

Volumen 1, número 2

Julio-diciembre 2017



Saberes. Revista de historia
de las ciencias y las humanidades

2

HCH HISTORIADORES DE
LAS CIENCIAS Y LAS
HUMANIDADES A.C.

Esta publicación presenta los resultados de una investigación científica y contó con dictámenes de pares académicos, de acuerdo con las normas editoriales de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C.

Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades
vol. 1, núm. 2, Ciudad de México, julio-diciembre/2017, ISSN-2448-9166

D.R. © 2017 Óscar Moisés Torres Montúfar

D.R. © 2017 Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C.
Arquitectura 41, Depto. 13
Copilco Universidad Coyoacán
C. P. 04360, México, D.F.
www.hch.org.mx

ISBN: 978-607-9236-04-5

Diseño de portada: Fernando Ordoñez

Cuidado de la edición: Fernando Ibarra Chávez y Ana Lilia Sabas Silva

Todos los derechos reservados. Se autoriza la cita parcial, siempre que incluya la fuente.

Ciudad de México, 2017

SABERES. REVISTA DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS Y LAS HUMANIDADES, año 1, volumen 1, número 2, Julio – Diciembre 2017, es una publicación semestral editada por Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A.C., calle Arquitectura No. 41, Int. 13, Col. Copilco Universidad, Delegación Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04360, Tel. (55) 55326902, www.hch.org.mx, saberes.revista@hch.org.mx. Director general: Miguel García Murcia, Editores responsables: Rafael Guevara Fefer y Martha Ortega Soto. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2017-040510164400-203, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, ISSN-2448-9166. Responsable de la última actualización de este número: Historiadores de las ciencias y las humanidades, A.C., Lic. Samuel Martínez Martínez. calle Arquitectura No. 41, Int. 13, Col. Copilco Universidad, Delegación Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04360. Fecha de la última modificación y de término de edición del presente número: 10 de noviembre de 2017.



Editorial

Martha Ortega Soto _____ 5

Dossier:

Historias de la antropología. Liminar

Mechthild Rutsch _____ 7

Tiempo y reflexividad: la historia de la antropología en México (1970-1990)

Eduardo González _____ 9

Sobre el origen americano de los descubridores de metales en la primera mitad del siglo XVI novohispano

Oscar Hugo Jiménez Salas _____ 39

De tesoros y reliquias a vestigios arqueológicos. La Nueva España

Rosa Brambila Paz _____ 72

La antropología entre fronteras: Reflexiones sobre los aportes de Edward Holland Spicer (1906-1983) en el noroeste de México

Hugo Eduardo López Aceves y Claudia Jean Harriss Clare _____ 104

Ambivalencias: Günther Protásio Friel (1912-1974), misionero y antropólogo amigo de indígenas brasileños y ayudante de intereses gubernamentales

Beatrix Hoffmann _____ 124

Reseña: Yammerschuner. Darwin y la darwinización en Europa y América Latina

José Alfredo Uribe _____ 150

Reseña: Entre la Historia y las Relaciones Internacionales: Lothar Knauth 45 años de magisterio sobre Asia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Martha Ortega _____ 154

Breve recuento del X aniversario de HCH, A.C. Miguel García Murcia _____	158
Génesis de HCH: visión y misión Alberto Saladino García _____	164
En el décimo aniversario de Historiadores de las Ciencias y Humanidades, A.C. Recuerdos desde mi responsabilidad como secretario general. Leonel Rodríguez Benítez _____	169

Gracias a la colaboración y el entusiasmo de los miembros de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades A. C. presentamos el número 2 de la revista *Saberes. Revista de la historia de las Ciencias y las Humanidades*. Con la aparición de este número refrendamos el compromiso de cumplir con el objetivo de trabajar para consolidar el añejo proyecto de contar con un medio de difusión para los resultados de las investigaciones sobre la historia de las diversas disciplinas que nutren el conocimiento tanto en nuestro país como en el resto del mundo.

A propósito de esta tarea de historiar el desarrollo de los saberes, HCH se une al duelo por el deceso del investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, Dr. Álvaro Matute Aguirre acaecido el 12 de septiembre de 2017. Su trayectoria docente, de investigación y difusión de la Historia inició en la década de 1970 en la UNAM donde también se formó. Uno de los temas más importantes de su labor como historiador fue, precisamente, investigar acerca del desarrollo de esta disciplina en el siglo XX. Interesado también en la Revolución Mexicana, supo combinar estos dos intereses y producir obras en las que los conjuntó como en el libro *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución mexicana*, publicado por la UNAM en 2005. Formó a numerosas generaciones en el campo de la Historiografía mediante cursos impartidos tanto a nivel Licenciatura como a nivel posgrado. En los últimos años promovió la organización de reuniones académicas bajo el título Historia ¿para qué? en el IIH de la UNAM. Tales eventos se dedicaron a reflexionar sobre la teoría de la Historia desde el enfoque epistemológico así como de la práctica misma de esta disciplina. Producto de estas reuniones publicó dos textos que contenían las opiniones ahí vertidas. En su afán por difundir cómo se ha escrito historia en México, en 2015 publicó una selección de textos bajo el título *La teoría de la historia en México (1940-1968)* en el Fondo de Cultura Económica. En suma, la obra de Álvaro Matute es un conjunto bien logrado sobre la investigación de la historia de la disciplina de la Historia en México. Por tanto, su obra apuntala uno de los objetivos fundamentales de HCH: explicar la institucionalización y el desarrollo de la práctica las Ciencias y las Humanidades.



Este número contiene un *dossier* sobre la práctica de la Antropología en México coordinado por la Dra. Mechthilde Irgma, socia de HCH e investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Este dossier constituye una muestra de la situación actual de esta disciplina. A todos los colaboradores de este número, los editores agradecemos su participación.

Iztapalapa, CD MX, 26 de octubre de 2017

Dossier: Historias de la antropología Liminar

Mechthild Rutsch
DEAS-INAH

Investigar y escribir historia de la antropología es un oficio intersticial, no sólo porque éste recurre a preguntas y conceptos científicos propios de otras ciencias sociales. También lo es en tanto historia intelectual ocupada de la biografía de un personaje o una comunidad de antropólogos, a la vez que presta atención a sus contextos históricos, sociológicos y políticos. Pero tal vez, lo más importante sea que en el país y en muchos casos, este oficio se ha transformado de ser una ocupación del científico durante los últimos años de su vida profesional, en un reto cotidiano, regular y multidisciplinario. Es cierto que muchas historias de la antropología aún distan de superar un sesgo apologético, expresado por ejemplo en puntos de vista sobre algunos personajes considerados “padres fundadores” por el común de los antropólogos practicantes. Este sesgo persiste como una costumbre irreflexiva que, heredada de una forma ya pasada de historiar la ciencia, se orienta en “héroes” culturales, como si éstos no hubieran formado parte de una comunidad, un contexto institucional, como si no hubieran tenido ambiciones, anhelos y fracasos específicos. Hoy día y entre otras disciplinas, la sociología de la ciencia nos presenta un panorama distinto. La genealogía intelectual de la antropología y su historia experimentaron una ruptura en la reflexividad de una generación de jóvenes en los años sesenta y setenta del siglo pasado, como bien muestra Eduardo González en el ensayo que inaugura este dossier. A partir de entonces la legitimidad de la disciplina, además de su pasado en el país y en otras partes, fue interrogada cada vez más críticamente y formó parte de nuevas preocupaciones. Hace ya algunas décadas Theodor W. Adorno, en su polémica con Karl Popper, bien decía que “la sociología es crítica o no es nada”. Este enunciado, me parece, también debe ser principio conductor de la historia de la antropología.

Así como ésta en general,¹ la arqueología y el estudio de los vestigios del pasado se formaron en la búsqueda de sus significados. El objeto de la historia sobre la arqueología mexicana que nos presenta Rosa Brambila es demostrar que esos significados hunden sus raíces en tiempos aún anteriores

¹ No estará demás decir que en México comprende varias subdisciplinas: lingüística, antropología social, arqueología, etnología, antropología física y etnohistoria.



a la ilustración y que fueron construidos según los intereses de los diferentes sectores sociales.

Indagando los inicios de la Nueva España, Oscar Hugo Jiménez se pregunta por los descubridores de metales; debido el escaso número de migrantes españoles especialistas en estos oficios, el conocimiento sobre los lugares dónde buscar metales preciosos no pudo ser de los conquistadores. Tales conocimientos formaban parte de la tradición y las culturas mesoamericanas, y el proceso de conquista también implicó su apropiación.

El dossier cierra con la historia de dos antropólogos extranjeros, uno norteamericano y otro alemán. Sus etnografías y conocimiento de culturas indígenas, tanto en México como en el Brasil, fue fundamental en territorios poco explorados. Claudia Harriss y Hugo López nos acercan a la biografía intelectual de Edward H. Spicer, quien pasó del funcionalismo ahistórico a la etnohistoria; a la que identificó como parte vital en el análisis de los pueblos indígenas del noroeste de México y del suroeste de los Estados Unidos. Así, la obra de Spicer es pionera y básica para la comprensión de las particularidades del norte de México, aún tan escasamente investigado a causa del centralismo político del país.

El último trabajo presenta la historia de un misionero alemán en el Brasil, Günter Protasio Friel. Las ambivalencias de sus concepciones y de su trabajo con la étnia tiriyo y otras del alto Amazonas, evidencian los dilemas políticos y culturales de todo antropólogo abocado a intervenir en el cambio cultural.

Así, en este número de Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades quisimos ofrecer al lector una pequeña ventana hacia la actual historia de la antropología del país y de América Latina, apenas tocando sus múltiples aspectos analíticos. Agradecemos a los editores esta oportunidad de manifestarnos en el concierto de la historia de las ciencias. Cabe añadir que los autores de los artículos que conforman el dossier son miembros del Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, cuerpo interdisciplinario e interinstitucional que ya hace décadas se ha dedicado a discutir y producir obras en historia de la antropología. Parafraseando al antropólogo Eric Wolf, después de todo entender de dónde venimos, de muchas maneras nos ubica ante los problemas actuales.

Cuernavaca, en los días de otoño de 2017

Tiempo y reflexividad: La historia de la antropología en México (1970-1990)¹

Eduardo González
DEAS-INAH

RESUMEN

Este ensayo bibliográfico tiene como propósito analizar el surgimiento de la historia de la antropología en México como área de investigación, a partir de la identificación de un *corpus* publicado en este país entre 1970 y 1990. La conformación de tal disciplina ocurrió específicamente en los años ochenta del siglo XX, y fue el resultado de intensos procesos de reflexividad crítica surgidos en el seno de la antropología. La configuración gradual de la historia de la antropología como objeto de la historia de las ciencias, en general, se explica como parte de un momento específico del desarrollo histórico de la antropología y del propio país.

Palabras clave: Antropología mexicana, historiografía, reflexividad, historia de la ciencia.

¹ Agradezco a Carlos García Mora, quien me recibió en su estudio personal en octubre de 2015 para platicar acerca de la historia de la antropología, de la purepechología (tema de su interés especial), así como de las nuevas posibilidades de la comunicación y divulgación de las ciencias antropológicas. En particular, la conversación acerca de la antropología de 1970 a 1980 ha sido fundamental para comprender, a través del testimonio de uno de sus protagonistas e historiadores contemporáneos, el periodo de gestación y academización de la historia disciplinar de la antropología en México que aquí se documenta en términos historiográficos. Asimismo, debo a Carlos García Mora la fotocopia de un texto inédito, resguardado en su archivo, de la autoría de Andrés Medina; ese texto enriquece el corpus documental de la historiografía antropológica de la década de los ochenta.



ABSTRACT

This bibliographic essay traces the emergence of the history of anthropology in Mexico as a domain of academic research by selecting a *corpus* of historical works published in Mexico between 1970 and 1990. This disciplinary configuration occurred specifically in the decade of the 1980s and can be seen as resulting from wider and disputed processes of critical reflexivity occurring within anthropology itself. The gradual configuration of the history of anthropology as an object of the history of sciences in general is explained also as a specific moment in the historical development of both anthropology and the nation.

Key Words: Mexican Anthropology, Historiography, Reflexivity, History of Science.

INTRODUCCIÓN

Este ensayo bibliográfico tiene como propósito analizar el surgimiento de la historia de la antropología en México como área de investigación de la propia antropología, a partir de la identificación y clasificación de un *corpus* documental publicado en México entre 1970 y 1990 (un análisis más puntual y detallado de tales fuentes amerita un trabajo aparte). De acuerdo con el argumento central de este ensayo, la conformación de dicha disciplina ocurrió en los años ochenta del siglo XX, y fue el resultado de diversos procesos de reflexividad crítica que corresponden a una coyuntura específica y especialmente contradictoria del desarrollo histórico de la antropología, a saber, las décadas de 1960 y 1970, conocidas como el “periodo polémico”.² La historia sobre este periodo se documenta en los trabajos: “La quiebra política (1965-1976)”,³ de Guadalupe Méndez Lavielle; “La ENAH en los ochenta”,⁴ de Leopoldo Noyola y, más recientemente, en la ponencia de Carlos García Mora “Los antropólogos con la lanza en ristre: la disputa política de los años setenta

² Cfr. Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983; y Carlos García Mora y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica). La polarización (1971-1976)*, UNAM, México, 1986.

³ Cfr. Guadalupe Méndez Lavielle, “La quiebra política (1965-1976)”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2, México, INAH, 1987, pp. 341-437.

⁴ Cfr. Leopoldo Noyola, “La ENAH en los ochenta”, en: Blog “de antropología mexicana”, viernes 5 de marzo, 2010.

del siglo XX⁵, así como en la entrevista realizada al propio Carlos García Mora⁶. Esa coyuntura es parte de una célebre etapa de la formación histórica de la antropología en México que se distingue por una intensa reflexión, debate y crítica que abarcaron aspectos epistémicos, políticos, sociológicos e históricos de la propia disciplina. El periodo polémico puede ser visto también como una periodización del desarrollo de la antropología, basada en un trabajo historiográfico de organización de fuentes. De acuerdo con Carlos García Mora y Andrés Medina, en aquel periodo:

Prevaleció la concepción de la polémica como una serie de controversias de los antropólogos, sobre ellos mismos como gremio y sobre el carácter y destino de su profesión: la antropología [...] La polémica contemporánea se conformó en la década de los años sesenta y las posiciones de polarizaron irreversiblemente durante el sexenio.⁷

Precisamente como parte de los procesos de reflexividad crítica de los años sesenta y setenta, se gestaría el pensamiento histórico sobre la ciencia antropológica.⁸ En este contexto, la idea de “reflexividad crítica” hace referencia a un cuestionamiento integral de la antropología por parte de sus propios

⁵ Cfr. Carlos García Mora, “Los antropólogos con la lanza en ristre: la disputa política de los años setenta del siglo XX”, *Homenaje a Andrés Medina. Etnografía e historia de la antropología en México*, Jueves 20 de octubre, Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México, 2016.

⁶ Eduardo González, “Entrevista con Carlos García Mora”, 23 de octubre, Ciudad de México, 2015.

⁷ Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...* pp. 12-13.

⁸ La antropología estadounidense, cuyo desarrollo histórico ha resonado con el de la antropología en México, experimentó procesos de reflexividad histórica contemporáneos. George W. Stocking, considerado ampliamente como el más importante historiador de la antropología estadounidense, afirmó que “la aparición de la disciplina académica moderna, la preocupación sistemática” puede rastrearse a los trabajos de Irving Hallowell, “The History of Anthropology as An Anthropological Problem”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 1, no. 1, enero, Massachusetts, 1965, pp. 24-38. Posteriormente, el propio Stocking publicaría uno de sus textos programáticos más tempranos: “The History of Anthropology: Where, Whence, Whither?”, *Journal of the History of Behavioral Sciences*, vol. 2, no. 4, octubre, Massachusetts, 1966, pp. 281-290. Para 1973, siguiendo con el testimonio de Richard Handler, Stocking y sus colegas iniciaron la publicación del boletín *History of Anthropology Newsletter* y dos años más tarde el propio Stocking impartía un seminario “sobre la antropología de entreguerras en el que cada estudiante abordaba a una figura prominente de la época”, cfr. Richard Handler, “HAN and the Institutionalization of HoA”, *History of Anthropology Newsletter*, no. 40, febrero 18, Filadelfia, Pensilvania, 2016, n/p. Finalmente, en 1983 se publicaría el primer volumen de la serie *History of Anthropology* editada por Stocking que se extendió por 12 volúmenes hasta el año 2010, cfr. George Stocking (ed.), *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*, vol. 1., The University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1983.



practicantes, dicho cuestionamiento alcanzó tal magnitud que incluyó centralmente sus propios fundamentos disciplinares y se presentó como un imperativo político e incluso ético. En este sentido, durante la antropología del periodo polémico:

...el hecho central a toda la discusión ha sido una impugnación completa de la antropología en México y la necesidad de replantear sus múltiples manifestaciones sobre bases nuevas; su contenido, su papel en la sociedad contemporánea, sus compromisos políticos implícitos y explícitos, sus divergentes concepciones de la realidad social del país.⁹

La década de los setenta constituye, pues, un hito que señala una transformación radical en el entendimiento de la historia de la antropología. Luis Vázquez ha destacado los rasgos distintivos de este viraje, expresados en la historiografía que se desarrollaba a inicios de la década de 1970:

...en plena crisis de nuestra conciencia política y profesional, la historiografía antropológica dio un giro completo en su enfoque tradicional. Hasta entonces, la historia de la antropología se había escrito desde una perspectiva continuista, que asemejaba una mecánica suma de logros. Uno de los cambios positivos que arrojó la crisis experimentada por nuestra disciplina fue justamente la aparición de una historiografía teórica, externalista y muy sensible a la apreciación del cambio científico.¹⁰

12

El proceso de especialización de dicha disciplina no es lineal; más bien se puede ver retrospectivamente como un desarrollo que inicia con la utilización polémica de la historia con fines políticos e ideológicos específicos. Para tales fines, se seleccionan momentos del desarrollo histórico de la antropología que permitan defender una postura o un argumento, y sólo hasta la década de 1980 la antropología misma comienza a configurarse como un objeto de estudio de la historia de la ciencia.¹¹ Las marcas temporales de este periodo son, por

⁹ Andrés Medina y Carlos García Mora, *La quiebra política...*, p. 10.

¹⁰ Luis Vázquez, "La historiografía antropológica contemporánea en México", en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2..., p. 139.

¹¹ Cabe mencionar que esta configuración ocurrió como un proceso antes del auge de las reflexiones en torno a historia de las ciencias humanas y sociales en contextos no hegemónicos, *cfr.* Mechthild Rutsch y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, México, UNAM, 1997; Frida Gorbach y Carlos López (eds.), *Saberes locales: ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008. Asimismo, en la década de los ochenta comienza la intensa producción de Elías Trabulse como historiador de la "ciencia moderna" y la tecnología en México, específicamente las ciencias naturales, en el marco del desarrollo científico general, *cfr.* Elías Trabulse, *El círculo roto. Estudios sobre la ciencia en México*, México, FCE/SEP, 1982. Con ello quiero advertir que el surgimiento de la historia de la antropología como área de investigación de la historia de la ciencia, y también de la propia antropología, dio ocasión para conformar uno de los primeros esfuerzos en México por

un lado, la publicación del texto: *De eso que llaman antropología mexicana*¹² en donde se utiliza la historia disciplinar de manera argumental, y la publicación, en 1990, en la revista *Nueva Antropología* de la convocatoria para establecer el “Seminario de historia, filosofía y sociología de la antropología mexicana” en el seno del INAH, en donde convergen los esfuerzos, intereses y protagonistas de este periodo, que al final contribuyeron al proceso de academización de la historia de la antropología. Entre ambos marcadores temporales se desarrollaron reflexiones en torno a la historia disciplinar que muestran un inequívoco impulso hacia la investigación sistemática. Es posible afirmar que con los trabajos desarrollados en los setenta se constituyó “de hecho” el campo de la investigación sobre historia de la antropología, y con los textos de los ochenta se constituyó “de derecho” la historia de la antropología como área de investigación.

Cabe anotar que existen testimonios de reflexividad integral, e histórica en particular, situados en otros momentos históricos, los cuales también son susceptibles de un estudio historiográfico. Vale la pena mencionar al menos un par de ejemplos notables al respecto. El primero de ellos es la publicación, en 1920, del libro *Clasificación de las ciencias fundamentales*, de Andrés Molina Enríquez,¹³ quien justificó su obra como una respuesta a la “exigencia” de la “ordenación periódica” de los conocimientos científicos como una tarea de los propios científicos, derivada de sus constantes descubrimientos, de las transformaciones disciplinares, así como de la “variabilidad de las condiciones de observación de todos los fenómenos”,¹⁴ pero también como una estrategia de autoevaluación para determinar el “grado de desarrollo” que han alcanzado los conocimientos.¹⁵ En este interesante trabajo, Molina Enríquez plantea una tesis que anticipa a la sociología de la ciencia como orientación teórica de la sociología estadounidense de los años setenta; de acuerdo con ella: “en el estado actual de los conocimientos humanos se puede afirmar, que hay una relación precisa entre el desarrollo de las ciencias, la inteligencia humana que las elabora, y el desarrollo del estado social que nutre la actividad de dicha inteligencia”.¹⁶ Más aún, adelantando incluso las elaboraciones teóricas sobre el cambio científico, Molina afirmó, a partir de un determinismo sociológico, que los cambios sociales generan diferencias intelectuales y modificaciones en las ciencias: “en el momento en el que las expresadas diferencias se acusan, es en el que se hace necesario el trabajo de ordenación, porque es en él que la

instrumentar una reflexión en términos de la historia de las ciencias desde el interior de una disciplina concreta.

¹² Cfr. Arturo Warman, et al., *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Ed. Nuestro tiempo, 1970.

¹³ Cfr. Andrés Molina Enríquez, *Clasificación de las ciencias fundamentales*, México, INAH, 1990 [1935].

¹⁴ *Ibidem*, p. 7.

¹⁵ *Ibidem*, p. 8.

¹⁶ *Ibidem*, p. 28.



confusión se produce”.¹⁷ Si bien en esa obra Andrés Molina no lleva a cabo efectivamente una sociología de la ciencia en México, en tiempos convulsos, sugiere, en el plano teórico, la necesidad de replantear y reajustar los contenidos de las ciencias a partir de las “modificaciones del estado social”.¹⁸ En particular, en dicha obra propone un “esquema de las ciencias generales” a partir de la consideración de sus objetos.¹⁹

Otro ejemplo más cercano al periodo histórico aquí tratado es una tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la especialidad de etnología, presentada en 1966 bajo el título: *Problemática de la antropología social*.²⁰ Este trabajo, asesorado por Leonardo Manrique, y considerado por su autora como un “tema aventurado” que desbordó un interés inicialmente considerado “personal”, trata la cuestión de la antropología en términos de “la situación que ocupan los antropólogos sociales en el campo científico”, además reflexiona sobre el “quehacer dentro del campo antropológico” y “hacia dónde proyectar esos conocimientos en un momento de crisis disciplinar”.²¹ La autora de esta tesis plantea expresamente que:

...es precisamente a los antropólogos a quienes corresponde, con carácter de exigencia, entenderla plenamente e integrarla definitivamente en el ámbito de las ciencias sociales [...] la antropología social es ante todo una ciencia y no una posición política o filosófica, ni un medio para practicar filantropía [...] La principal misión del antropólogo es hacer ciencia; seguramente que sus conocimientos se aplican cuando se busca la solución de problemas sociales concretos, pero es necesario entender perfectamente que esto es una aplicación de la ciencia, que ha sido elaborada previamente.²²

Esta tesis propone un esclarecimiento fenomenológico de la antropología considerando la naturaleza de la ciencia, la antropológica en particular, su objeto y método; así como de la etnografía, la etnología, la antropología social y la antropología aplicada, definidas no como subdisciplinas sino como “los diferentes niveles de elaboración teórica en el estudio de la cultura”.²³

¹⁷ *Ibidem*, p. 8.

¹⁸ *Ibidem*, p. 13.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 84-94. Mechthild Rutsch subraya que Andrés Molina Enríquez, entonces catedrático del Museo Nacional, “se encuentra en el parteaguas de la tradición integral de las ciencias y la reflexión sobre sus especificidades, del positivismo evolucionista y la reivindicación de postulados relativistas, de una tradición integral y la reflexión sobre la nueva constitución epistemológica de las ciencias sociales arraigada –literal y metafóricamente– en suelo mexicano”, cfr. Mechthild Rutsch, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, INAH/UNAM, 2007, p. 116.

²⁰ Cfr. Eugenia María Aguirre Breniss, *Problemática de la antropología social*, tesis de etnología, México, ENAH, 1966.

²¹ *Ibidem*, p. 1, 6.

²² *Ibidem*, p. 4.

²³ *Ibidem*, p. 104.

Ciertamente, este tipo de reflexiones metantropológicas merece un examen historiográfico exhaustivo. Basta decir, por lo pronto, que estos ejemplos (incluido el periodo polémico de la antropología) comparten elementos básicos que definen los procesos de reflexividad crítica: se detonan desde la propia antropología, se establecen como tareas necesarias de dicha disciplina, entendida como una ciencia y, finalmente, ocurren en coyunturas críticas, sociales y políticas. Por ello, las reflexiones metantropológicas, concretamente la historia disciplinar, entendida como un objeto de estudio forjado de manera colectiva, pueden ser consideradas como expresiones de procesos de reflexividad crítica de la antropología.

Este ensayo bibliográfico se divide en tres partes. La primera identifica los trabajos sobre historia de la antropología elaborados antes del mencionado periodo polémico. Este apartado tiene el propósito de plantear una caracterización general del pensamiento histórico sobre la antropología y destacar los aspectos que permiten distinguir y contrastar dichos trabajos con las reflexiones históricas posteriores a 1970. Del mismo modo, la segunda parte identifica un *corpus* mínimo que permite caracterizar las reflexiones históricas del periodo polémico a partir de 1970 y contrastarlo con los trabajos previos. La comparación de los textos en cuestión se plantea en términos de los siguientes aspectos: la definición general del objeto de la historia de la antropología, el tipo de narrativa dominante, el lugar de la escritura de la historia y de los sujetos de conocimiento histórico, es decir, los historiadores. En el segundo apartado, se propone una tipología del *corpus* que muestra una diversificación del pensamiento histórico sobre la antropología, expresada en distintos modos de entender y hacer la historia disciplinar. Precisamente de esa tipología se desprende una categoría de textos que permite documentar la necesidad teórica de la historia de la antropología, así como el surgimiento de esta disciplina como un dominio de investigación academizado, tema del tercer apartado. El inventario bibliográfico de tales apartados se basa en el trabajo de Luis Vázquez: *La historiografía antropológica contemporánea en México*,²⁴ acaso el primer trabajo de historiografía crítica sobre antropología producido, por cierto, como parte del periodo histórico de formación disciplinar de la historia de la antropología.

Este ensayo se limita a textos publicados y por ello se hace evidente la importancia de complementar esos trabajos con otro tipo de documentos –por ejemplo testimonios orales o fuentes documentales inéditas–. Este ensayo pretende ser también una monografía historiográfica, más panorámica que exhaustiva, que contribuya a la documentación de los procesos de reflexividad en antropología, en términos de la “historiografía crítica”, como la ha definido Silvia Pappel, es decir, como un modo de problematizar el conocimiento sobre el pasado y los procesos de constitución del conocimiento histórico, así como las transformaciones de su significado.²⁵ Entre los debates donde se sitúa la

²⁴ Cfr. Luis Vázquez, *La historiografía antropológica...*

²⁵ Silvia Pappel, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, México, UAM-A, 2001, pp. 13-14.



historiografía crítica, Silvia Pappe destaca un eje de problemas que plantea del siguiente modo:

La participación en la historia, la identidad, los procesos de construcción de significados, la influencia de las tradiciones, aspectos dogmáticos y éticos en torno a la condena o rehabilitación del pasado [...] el poder, la existencia de historia oficial, el surgimiento de las historias de grupos marginados, la recuperación de lo olvidado, el valor de testimonios y fuentes, el trato que se les da a ‘datos informativos’ frente a ‘interpretaciones’ y opiniones.²⁶

En este sentido concreto, podemos pensar que la conformación de la historia de la antropología como área de investigación surgió a partir de procesos de reflexividad crítica que cuestionaron su relación con su propia historia disciplinar y gremial. Los historiadores de la antropología, a partir de 1970, efectivamente problematizaron los procesos de constitución del conocimiento sobre el pasado y cuestionaron las estrategias heredadas de hacer la historia.

I.

Durante la primera mitad del siglo XX, y hasta 1970, es posible detectar expresiones de reflexividad histórica en torno a la antropología. Existe un *corpus* de historias sobre dicha disciplina publicado entre 1948 y 1968, y todas ellas hacen, en alguna medida, un balance de la antropología hasta el momento de la escritura.²⁷ Ejemplo de ello es el trabajo pionero de Luis Vázquez, que presenta una caracterización de esa producción historiográfica al afirmar:

Una historia continuista, dada a colocar las obras científicas en un orden de sucesión cronológica –una especie de historia genealógica natural–, reacia por lo mismo a la asimilación del cambio científico. Desde el punto de vista filosófico [...] es una historiografía permeada por la teoría positivista, que se atiene tozudamente a lo dado, pero que elude responder al por qué y para qué. Su propia estructura lógica la obliga a descubrir precursores de tal o cual estrategia de investigación, suponiendo a los científicos al margen de la sociedad, o bien, aislados de las comunidades científicas y de otros agrupamientos sociales.²⁸

²⁶ *Ídem.*

²⁷ Cfr. Juan Comas, “Algunos datos para la historia del indigenismo en México”, en: *Ensayos sobre indigenismo, México*, III, 1953 [1948]; “Bosquejo histórico de la antropología en México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo 11, México, 1950; *La antropología social aplicada en México: trayectoria y antología*, México, III, serie Antropología social 1, 1964; Eusebio Dávalos, “La antropología”, sobretiro de *México: cincuenta años de revolución*, IV. La cultura, México, Fondo de Cultura Económica, 1962; Gonzalo Aguirre Beltrán, “Panorama de la antropología social y aplicada”, en: Manuel Gamio, *Arqueología e indigenismo*, México, SEP, 1972.

²⁸ Luis Vázquez, *La historiografía antropológica...* pp. 142-143.

Precisamente las historias de Juan Comas son las célebres representantes de esta tradición historiográfica, en donde, además, predomina una narrativa panorámica y “tradicional”, enfocada en activar la memoria histórica de los “orígenes que constituyen las formas presentes”.²⁹ Por otro lado, con los trabajos de Comas se inaugura también una línea de reflexión dominante que traza la trayectoria histórica del indigenismo científico y la antropología social y aplicada. Gracias a esa presencia disciplinar, las historias de la antropología previas a los años setenta son, por definición, historias del indigenismo científico y de la antropología social y aplicada. La obra de Comas reconstruye la trayectoria histórica del indigenismo científico, del proceso por el que gradualmente sus procedimientos se intentaron ajustar a la racionalidad científica inherente a la antropología:

Nuestra finalidad es esbozar una visión panorámica con las principales etapas que marcan el camino que las ‘ciencias del hombre’ han seguido en México desde sus inicios esporádicos y más bien teóricos hasta su efectividad, complejidad y madurez actuales, en su aplicación a una política de integración nacional.³⁰

Acaso las historias de Eusebio Dávalos matizan esta tendencia, pues recuperan la tradición integral de la antropología tal como se ha desarrollado en el marco del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), es decir, en términos de las disciplinas antropológicas.³¹

Siguiendo esta tradición historiográfica surge explícitamente Manuel Gamio como “el verdadero iniciador” de la antropología social en México³² y posteriormente Moisés Sáenz, como la figura que “realmente le dio la designación que hoy tiene la disciplina [...] cuando desde la SEP se había comprometido en una campaña de reinterpretación cultural que abarcaba todo el país”.³³ Del mismo modo, Dávalos encuentra en Manuel Gamio la figura señera de la antropología social.³⁴

²⁹ Jörn Rüsen, *History. Narration, Interpretation, Orientation*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2005, p.12-13.

³⁰ Juan Comas, *La antropología social...*, p. 1.

³¹ Por ejemplo, la breve historia de la etnología de Dávalos inicia con los cronistas y frailes novohispanos y continúa con los trabajos en el Museo Nacional, el INAH, la Sociedad mexicana de Antropología (SMA), la ENAH y el Instituto panamericano de Geografía e Historia (IPGH). Las personalidades de la etnología mencionadas por Dávalos son, entre otros: Pedro González, Miguel Othón de Mendizábal, Andrés Molina Enríquez y Wigberto Jiménez Moreno.

³² Juan Comas, *La antropología social aplicada...*, pp. 20-21.

³³ Gonzalo Aguirre, “Panorama de la antropología...”, p. 190.

³⁴ El cuestionamiento a los orígenes y a los “padres fundadores” de la antropología social se haría posible más tarde, a partir de una historia de la antropología teórica y metodológicamente orientada, y basada en fuentes documentales. Mechthild Rutsch argumenta que para el caso de la antropología social, Andrés Molina Enríquez, antes que Manuel Gamio, “comienza en el Museo Nacional la preocupación por la ingeniería



En términos del objeto del discurso histórico, Andrés Medina afirma que la obra de Comas de 1964 es el primer planteamiento del “desarrollo histórico a partir de una concepción definida de la antropología social y aplicada”.³⁵ En esa “concepción definida” de la antropología podemos encontrar precisamente una primera formulación de dicha disciplina en México, como objeto de la historia de la ciencia, pero no se trataba tanto de la historia de la antropología en un sentido integral, que abarcara la arqueología, la lingüística, la etnología, la etnohistoria y la antropología física; sino que se enfocaba de manera predominante en el desarrollo de la historia de la antropología social y aplicada, y del indigenismo científico gubernamental, expresado en narrativas tradicionales y panorámicas.³⁶ Esto explica también la preeminencia de una historiografía orientada a esa tradición particular de la antropología.³⁷

Finalmente, los trabajos que componen este *corpus* tienen en común la condición de presentar a los historiadores que los suscriben como sujetos del conocimiento y del discurso histórico, y evidenciar su situación coyuntural como historiadores de la antropología. En calidad de Director General del INAH (1957-1968), Eusebio Dávalos publica su historia panorámica y evaluativa, y enlaza narrativamente la Revolución Mexicana, con la Dirección de

social y la aplicación por parte del Estado a los grandes problemas nacionales [...] la etnología del momento, la única posible y deseable en el México de principios del siglo XX, es esta etnología aplicada. Es pues Molina Enríquez quien, mucho antes que Gamio, tiene esta visión política y revolucionaria de la etnología mexicana”, cfr. Mechthild Rutsch, *Entre el campo...* pp. 114, 148.

³⁵ Andrés Medina, *Recuentos y figuraciones. Ensayos de antropología mexicana*, México, UNAM, 1996, p. 22.

³⁶ La historiografía del resto de las ciencias antropológicas se ha producido más tardíamente, cfr. por ejemplo Bárbara Dahlgren, “La etnología” en: Carlos García Mora y Ma. de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 5 “Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera”, INAH, México, 1988, pp. 83-110; Luis Vázquez, *El levitán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS, 2003; Francisco Mendiola, *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua, México*, tesis de maestría en Antropología Social, México, CIESAS/ENAH Chihuahua, 2006; Mechthild Rutsch, *Entre el campo...*; Miguel García Murcia, *Profesionalización de la antropología física en México: la investigación, las instituciones y la enseñanza (1897-1942)*, tesis doctoral en historia, UNAM-FFyL, México, 2013.

³⁷ Cfr. María Ana Portal Ariosa y Paz Xóchitl Ramírez, *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*, México, UAM-I, 1995; Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”; Luis Vázquez, “Quo vadis anthropologia socialis?”, en: Guillermo de la Peña y Luis Vázquez, *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones*, México, INI-CNCA-FCE, 2002, pp. 50-104; Luis Vázquez, *Historia de la etnología. La antropología sociocultural en México*, México, Primer Círculo, 2014; Luis Vázquez, “La historiografía de la antropología como historia: entre la pluralidad y ortodoxia extremas”, *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, no. 81, año 37, julio-diciembre, 2016, pp. 9-39.

Antropología dirigida por Manuel Gamio y la fundación del INAH. De manera interesante, a partir de la fundación del INAH, Dávalos trata las cuestiones de la legislación, de los monumentos coloniales y de la vida académica, principalmente del INAH.³⁸

Por su parte, Gonzalo Aguirre Beltrán transitaba entre la Dirección del Instituto Indigenista Interamericano (III) (1966-1971) y del Instituto Nacional Indigenista (1971-1976). De hecho, su obra histórica citada fue originalmente una conferencia presentada en el Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México, el 5 de septiembre de 1968. El objetivo de dicho texto era hacer el “balance de las contribuciones que, en materia de antropología social ha realizado la escuela mexicana al acervo en incremento de la *ciencia del hombre*”.³⁹ Cabe recordar que la idea de “escuela mexicana de antropología” está asociada precisamente a la figura de Aguirre Beltrán y a una versión nacional del indigenismo científico gubernamental, llamado después “antropología social”.⁴⁰

En lo que respecta a Juan Comas, el autor vio la publicación de sus historias durante su “etapa indigenista”, pues entre 1948 y 1955 se vinculó al Instituto Indigenista Interamericano, primero como “colaborador técnico” y luego como Secretario General.⁴¹ No obstante, se debe recordar que Comas siempre desempeñó actividades académicas de docencia e investigación en diversas instituciones y, a decir de Luis Vázquez, fue “el único antropólogo que asumió la historia de la ciencia como una actividad formal”.⁴²

Además de ese conjunto de publicaciones, es posible documentar otras expresiones de reflexividad histórica, en el marco de la academización de la antropología en México, previas a 1970. Entre ellas podrían considerarse: el curso que impartió Paul Kirchhoff en el Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (IPN) titulado “Historia de los métodos y doctrinas etnológicas y sociológicas” como seminario para el cuarto año de la carrera de etnología en el plan de estudios de 1940, que para entonces logró unificar la currícula antropológica entonces dispersa entre el IPN y la UNAM.⁴³ Asimismo, con base en los anuarios de la ENAH, vemos que Kirchhoff impartió, a partir de 1942 y hasta 1947, el curso: “Métodos y doctrinas etnológicas y sociológicas” que se describía de la siguiente manera: “Relaciones entre la etnología y la sociología y otras ciencias sociales. Relación

³⁸ Eusebio Dávalos, “La antropología”, pp. 225-227.

³⁹ Gonzalo Aguirre Beltrán, “Panorama de la antropología...”, p. 189, énfasis en el original.

⁴⁰ Andrés Medina, *Recuentos y figuraciones...*, p. 235.

⁴¹ María Villanueva, “Juan Comas Camps” en: Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico, volumen 9 Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, México, INAH, 1988, p. 493.

⁴² Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”, p. 140.

⁴³ Cfr. Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), “Plan de Cooperación para la Enseñanza de la Antropología en México”, en: *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. IV, no. 3, septiembre a diciembre, México, 1940, pp. 217-227.



entre finalidad, método y teoría en la etnología; historia de los métodos y teorías etnológicas y su relación con los de la sociología".⁴⁴ Desconozco el contenido efectivo de estos cursos pero cabría preguntar, por ejemplo, cómo planteó Kirckhoff esa reflexión histórica sobre los métodos etnológicos y cómo planteaba las genealogías intelectuales y tradiciones científicas: ¿con una perspectiva externalista o internalista?, ¿en términos de una narrativa panorámica?

II

A partir de 1970, y durante el período polémico de la antropología en México, la historiografía antropológica experimentó un viraje y se diversificó no sólo en términos de sus estrategias narrativas y sus intenciones; también en términos de los sujetos del discurso histórico. La diversificación narrativa se expresó específicamente en una variedad de publicaciones y géneros escriturales, e incluso editoriales. Por ello es posible proponer diversas tipologías de esta producción historiográfica de acuerdo con sus intereses específicos de investigación. Y precisamente la tipología aquí propuesta permitirá distinguir el conjunto de trabajos que documentan el surgimiento de la necesidad teórica de la historia de la antropología durante los ochenta, lo cual se tratará en el siguiente apartado. Así, para los fines de este ensayo, la historiografía producida entre 1970 y 1990 puede clasificarse en dos tipos básicos: historia argumental e historia como cuestión.

El *corpus* correspondiente a la historia argumental pretende definir el conjunto de trabajos que recurren a la historia de la antropología, o bien a algún episodio en su devenir histórico, como una herramienta de debate y crítica para elaborar un argumento de tipo ideológico, político o sociológico, dirigido hacia la jerarquía institucional indigenista o antropológica, pero no centralmente para documentar el propio devenir histórico de la antropología como una cuestión investigativa, metodológica y técnicamente intencional.⁴⁵ Mínimamente, este *corpus* incluye la obra colectiva: *De eso que llaman antropología*

⁴⁴ Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), *Anuario para 1944*, México, INAH, 1944, p. 60.

⁴⁵ Es necesario recordar que en aquella impugnación al indigenismo, que coincidió con el inicio del régimen de Luis Echeverría (1970-1976), Gonzalo Aguirre Beltrán no sólo estimuló el debate sino que incluso participó en él desde la oficialidad del indigenismo (cfr. Aguirre 1983). Asimismo, durante el sexenio de Luis Echeverría, Aguirre Beltrán fungió como subsecretario de educación y desde ahí promovió la creación del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) en 1973, con lo cual la antropología social comienza su trayectoria como disciplina fuera del INAH, cfr. Eduardo González, "La antropología social mexicana en perspectiva", *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, nueva época, no. 1, México, 2017, pp. 37-50.

mexicana, publicada en 1970, y los dos tomos de *La quiebra política de la antropología social en México (antología de una polémica)*, compilaciones que reúnen trabajos de diversos autores, publicados entre 1960 y 1976, en torno al periodo polémico y crítico de la antropología.⁴⁶ A través de estos trabajos se evidencia, de manera heterogénea, que la historia de la antropología se utiliza como herramienta argumental para establecer un cuestionamiento en muchos sentidos sin precedentes en la propia antropología. Durante ese periodo, los procesos de constitución de lo histórico se dieron en términos de una crítica “sociohistórica” que recuperó historicidad para la antropología social y el indigenismo. Así, en el libro: *De eso que llaman antropología mexicana* se establece el tono originario de aquel *corpus* crítico al afirmarse:

En muchas situaciones históricas la posibilidad de entender los fundamentos de la conducta social se vislumbra como un recurso poderoso para reforzar la manipulación de las masas dominadas por los grupos dominantes; se procura entonces convertir la disciplina antropológica en un instrumento al servicio de quienes aspiran a mantener el statu quo que los beneficia. De esas alternativas opuestas surge la necesidad de una reflexión crítica constante sobre el estado que guarda la antropología y las líneas directrices que la informan.⁴⁷

La trascendencia de la historia, no como cuestión todavía, se expresa, pues, en un amplio conjunto de trabajos, que tienen en común una premisa básica, la cual, siguiendo a Ángel Palerm, se plantea de la siguiente manera: “el mayor acierto de la crítica fue el de colocar a la antropología contemporánea en el contexto de la crisis desarrollista”, si bien esta crítica también se dirigió a la “burocratización y falta de productividad científica de las instituciones oficiales”.⁴⁸ De este modo, Palerm planteó claramente la cuestión: la crítica a la antropología, en términos de la historia política del país, condujo necesariamente a postular una crisis de la antropología, en la medida en que su contexto era “la crisis del desarrollismo en México”, una crisis de legitimidad política, expresada en el recrudecimiento de la represión gubernamental entre 1968 y 1971, especialmente en contra del sector estudiantil.⁴⁹ Tal planteamiento fue un acierto porque los antropólogos historizaron su disciplina, se situaron en el tiempo y ataron la antropología a la historia del país para explicarla, por eso se hizo relevante aquel enfoque sociohistórico, desde el cual se constituyó su

⁴⁶ Cfr. Andrés Medina y Carlos García Mora, *La quiebra política...*; Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...*

⁴⁷ Arturo Warman et al., *De eso que llaman...* pp. 7-8.

⁴⁸ Ángel Palerm, “La disputa de los antropólogos mexicanos”, en: Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...*, p. 96.

⁴⁹ Cfr. José Lameiras, “La antropología en México. Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”, en Lorenzo Meyer y Manuel Camacho (eds.) *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 109-80; Andrés Medina, *En las cuatro esquinas, en el centro. Etnografía de la cosmovisión mesoamericana*, México, UNAM, 2000.



reflexión crítica. De este modo comienza a replantearse el concepto de la antropología como objeto de la reflexión histórica, en términos de una colectividad sociológicamente comprensible, que alberga fines políticos y epistémicos, y que puede explicarse en términos del desarrollo político de la nación.⁵⁰

En este marco, la crítica histórica hacia la antropología se originó en una nueva generación de antropólogos en México que detonó procesos intensos de reflexividad, especialmente sociopolítica y de crítica ideológica; entre ellos los del grupo de los llamados “magníficos”.⁵¹ Algunos de los más prominentes participantes y autores del inicio de la polémica se formaron y titularon en la ENAH durante la década de 1960; entre otros: Rodolfo Stavenhagen en 1958, Guillermo Bonfil Batalla, Margarita Nolasco y Mercedes Olivera en 1961, y Arturo Warman 1968.⁵² De este modo, el debate fue iniciado por la primera generación de antropólogos sociales formados en México desde que esta especialidad se consolidara en la ENAH, a mediados de la década de 1950, de la mano de Fernando Cámara Barbachano.⁵³ La pertenencia de los impugnadores a la especialidad en antropología social y aplicada explica también por qué su reacción se dirigió precisamente a las conexiones del indigenismo con la antropología.⁵⁴

Debido a esta impugnación generacional ocurrieron tres hechos significativos: i) la factura de la historia disciplinar de la antropología cambió de manos, desde las jerarquías institucionales hacia los antropólogos de las generaciones profesionalizadas de los sesenta, que comenzaron a situarse en el ámbito antropológico. ii) En consecuencia, la reflexión histórica disciplinar

⁵⁰ En cuanto al análisis sociopolítico e ideológico acerca el gremio antropológico, en 1976 se publicó el ensayo de Andrés Medina: *Ortodoxia y herejía en la antropología mexicana*, así como una respuesta crítica al mismo escrita por Carlos García Mora: *Corrientes político ideológicas de la antropología mexicana*. En esos trabajos, los autores plantean una tipología de las posturas ideológicas al interior de la comunidad antropológica de la época en términos de la situación social de cada grupo constitutivo del gremio antropológico. Cfr. Andrés Medina, “Ortodoxia y herejía en la antropología mexicana”, en: Carlos García Mora y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política...* pp. 129-142; Carlos García Mora, “Corrientes político ideológicas de la antropología mexicana”, en: Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...* pp. 143-153.

⁵¹ Cfr. ENAH/INAH, “La generación de los magníficos” en: *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, ENAH/INAH, 1982, pp. 43-83.

⁵² Cfr. Agustín Ávila, et al., *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*, México, INAH, 1988, p. 40ss.

⁵³ Cfr. Eduardo González, “La antropología social...”

⁵⁴ Vale la pena mencionar los temas de tesis de esa nueva generación de antropólogos sociales: Stavenhagen y Bonfil realizaron las primeras tesis de antropología social aplicada o potencialmente aplicable en México; por su parte, Nolasco trató el tema de la tenencia de la tierra, Olivera estudió las condiciones socioeconómicas en los procesos pedagógicos y Warman se tituló con una investigación sobre los procesos de aculturación, cfr. Felipe Montemayor, *28 años de antropología. Tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, 1971.

dejó de ser utilizada gradualmente como un modo de explicar y legitimar la presencia de la antropología en instituciones y programas de gobierno y, por lo tanto, entre las élites políticas y científicas. Comenzó entonces a ser esgrimida como una herramienta de crítica política dirigida a las generaciones precedentes de antropólogos y a las estructuras del gobierno. iii) Los antropólogos impugnadores se emanciparon en términos de conciencia histórica y comenzaron a detonar la reflexión histórica desde su propia situación social, gremial, ocupacional, profesional e ideológica, pero también a partir del reconocimiento de su coyuntura histórica específica, relativa tanto al desarrollo de su disciplina como del propio país, de ahí su profundo carácter reflexivo y crítico.

III

Como parte de ese proceso de emancipación de la conciencia histórica se puede identificar la formación, a finales de los años setenta y durante los ochenta, del *corpus* de la historia de la antropología como “cuestión”, es decir, como pregunta pero también como problema de investigación. Estos trabajos, ya inventariados y comentados por Luis Vázquez,⁵⁵ pueden complementarse con nueve trabajos de tesis de la ENAH, todos ellos en la especialidad de etnología, presentados entre 1976 y 1987,⁵⁶ así como con un ensayo inédito de 1985 escrito por Andrés Medina y resguardado en el archivo personal de Carlos García Mora.⁵⁷ En general, estos trabajos expresan un interés monográfico en dos ejes: por un lado, siguiendo al propio Luis Vázquez, los que tratan “el

⁵⁵ Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”

⁵⁶ Cabe notar que en el trabajo de Guadalupe Méndez Lavielle, “La quiebra política...” se examinan, quizás por primera vez, las tesis de la ENAH de ese periodo. Por otro lado, es notable que en esos trabajos se expresa explícitamente una justificación básica para la escritura de una tesis sobre la historia de la antropología en México, a partir de inquietudes personales de los autores, surgidas durante su etapa estudiantil, particularmente los trabajos de Claudio Mayer Guala, *La Escuela internacional de Arqueología y Etnología Americanas y los orígenes de la antropología mexicana a principios del siglo XX*, tesis en etnología, ENAH, México, 1976 y Sergio Ricco Monge, *La antropología mexicana reflexiones sobre una historia en construcción 1965-1980*, tesis en etnología, México, ENAH, 1987. Por esos años, Ángel Palerm también expresó su inquietud por la historia disciplinar: “desde mis tiempos de estudiante en la ENAH sentí la necesidad de un tratamiento de la historia de la etnología mucho más extenso, sistemático y profundo, que el que se hacía y sigue haciéndose en todas partes. Es verdad que cada uno de los profesores de los cursos generales [...] ofrecían un breve esquema del desarrollo histórico de la disciplina”, cfr. Ángel Palerm, *Historia de la etnología I: los precursores*, México, México, UIA, 1982 [1974], pp. 7-8.

⁵⁷ Cfr. Andrés Medina, “La historia de la antropología en México y la construcción de una ciencia nacional-popular”, México, 1985.



impacto de ciertos procesos históricos sobre la teoría”;⁵⁸ o bien trabajos monográficos sobre los procesos de institucionalización y academización de la antropología, especialmente aquellos reunidos en la obra colectiva: *La antropología en México. Panorama histórico*, publicada entre 1987 y 1988. Este texto representa, sin duda, el más importante proyecto editorial sobre la historia de la antropología en México y el más tardío del *corpus* aquí considerado.⁵⁹

En este mismo rubro, emerge también un grupo de trabajos históricos que vinculan el desarrollo de la antropología en México al desarrollo “universal” (es decir centroeuropeo y anglosajón) de la teoría e investigación científica, con el fin de comprender la propia tradición científica nacional en esos términos.⁶⁰ En tales trabajos podemos presenciar el inicio de una búsqueda por la legitimidad científica de la antropología, más allá de la legitimidad emanada de un proyecto Estado-nacional mexicano.

A partir de los esfuerzos realizados durante la década de los setenta se expresa, a inicios de los ochenta, la necesidad teórica y metodológica de una historia científica de la antropología, y nacen los primeros esfuerzos por investigarla como parte del desarrollo nacional de una ciencia específica. Surge en este marco la idea de una “antropología nacional”, no en el sentido de una ciencia gubernamental, sino de una ciencia genuinamente local y nativa; una “antropología nacional y popular”⁶¹ o bien “una auténtica antropología

⁵⁸ Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”, p. 142. Véase también: Luis Vázquez, “La práctica de la antropología social durante el cardenismo”, *Cuicuilco*, México, no. 5, julio, 1981, pp. 8-17; Ricardo Téllez, *Antropología y revolución social en México 1920-1940*, tesis en etnología, México, ENAH, 1979; Marcela Lagarde y Daniel Cazés, “Tesis para el estudio histórico de la antropología mexicana”, *Foro universitario*, enero, México, STUNAM, 1983, pp. 21-36.

⁵⁹ Cfr. Claudio Mayer Guala, *La Escuela internacional...*; José Lameiras, “La antropología en México...”, 1979, Janina Bonilla, *Proceso de formación desarrollo y resultados de los institutos nacionales de antropología en América Latina*, tesis de etnología, México, ENAH, 1977; Teresa Federico Arreola, *Evaluación de las investigaciones etnológicas realizadas en la península de Yucatán*, tesis en etnología, México, ENAH, 1977; Julio César Olivé, *La antropología mexicana*, México, Colegio Mexicano de Antropólogos, 1981; Dora Sierra, *La investigación en el Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, 1887-1984*, tesis de etnología, México, ENAH, 1985; Andrés Medina, “La historia de la antropología...”; Sergio Ricco, *La antropología mexicana...*; y Julio César Olivé y Augusto Urteaga, *INAH, una historia*, vol. I *Antecedentes, organización, funcionamiento y servicios*, México, INAH, 1988; Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama...* vols. 1 y 2.

⁶⁰ Cfr. Héctor Díaz Polanco, *Las teorías antropológicas. El evolucionismo*, México, Ed. Línea, 1983; Mechthild Rutsch, *Las teorías antropológicas. El relativismo cultural*, México, Editorial Línea, 1984.

⁶¹ Andrés Medina, “La historia de la antropología...”, p. 38.

nacional al servicio de las clases trabajadoras e inscrita en los procesos sociales y las corrientes de pensamiento de nuestro tiempo”.⁶²

Así, la “historia de la antropología” devino objeto de discusión en términos de su necesidad teórica, metodológica y técnica, es decir, se estableció la necesidad del rigor científico; pero también en términos de la necesidad de hacer de esa investigación una actividad gremial, colectiva y academizada.⁶³ Este primer impulso por academizar la historia de la antropología como área de conocimiento legítimo de la propia antropología se puede documentar también a partir de un conjunto de trabajos decididamente metantropológicos, pero generados dentro de la antropología.⁶⁴

Un punto de arranque de este proceso puede observarse en 1976, en el marco de un encuentro de historiadores de México y Centroamérica en la UNAM, momento en el que Andrés Medina y Carlos García Mora decidieron compilar los textos que conforman los dos volúmenes de *La quiebra política de la antropología social en México*.⁶⁵ Ese esfuerzo, inicialmente editorial e historiográfico, llevó a los autores a indagar en la historia de la antropología en términos de una historia oral y social de los antropólogos:

...nuestras discusiones y entusiasmos nos llevaron a consultar y dialogar con un amplio círculo de compañeros. Mucho hay todavía en la historia oral conservada y expuesta con lucidez por varios antropólogos, participantes y observadores acuciosos de la práctica profesional; por supuesto, sus exposiciones no se daban en el marco formal y austero del aula o el foro; comidas, reuniones ocasionales, congresos, recepciones profesionales, conversaciones posteriores a conferencias,

⁶² Carlos García Mora, “Exordio”, en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política...*, p. 15.

⁶³ Carlos García Mora subraya que la investigación sobre la historia de la antropología constituyó un desafío al canon del trabajo de campo de la antropología, pues remitía en primera instancia a la investigación de archivo y documental. Pero el trabajo de campo no fue ajeno a la historia de la antropología en México, precisamente porque emergió de la propia antropología, una ciencia que reivindica un papel central para el trabajo de campo. Carlos García Mora se refiere en este sentido a la obra posterior de Luis Vázquez, quien realizó efectivamente trabajo de campo entre los arqueólogos y acaso constituya el primer estudio de etnografía de la ciencia arqueológica, cfr. Luis Vázquez, *El leviatán arqueológico...*; Eduardo González. “Entrevista...”.

⁶⁴ Cfr. Andrés Medina y Carlos García Mora, *La quiebra política...*; Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...*; Andrés Medina, *La historia de la antropología...*; Carlos García Mora, “Exordio...”; Esteban Krotz, “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama...* vol. 1, pp. 113-138; Mechthild Rutsch y Luis Vázquez, “Convocatoria para el seminario de Antropología Mexicana”, *Nueva Antropología*, vol. XI, no. 37, abril, 1990.

⁶⁵ Cfr. Andrés Medina y Carlos García Mora, *La quiebra política...*; Carlos García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política...*



fueron momentos preciosos de exposición; en ellas aprendíamos, recuperábamos mucho del trasfondo humano de esta historia escueta, apenas si conformada con nombres, fechas y títulos [...] Así fuimos del gabinete a la biblioteca, al aula o al café, hablando sobre la vieja y la nueva antropología. Fue una experiencia emocionante el reencontrar las fuentes mismas del quehacer antropológico mexicano y el redescubrimiento de viejos maestros y pioneros, asumiendo la difícil actitud del discípulo que aún tiene mucho por conocer.⁶⁶

En esa misma publicación de 1983 aparecen dos textos introductorios y en muchos sentidos fundacionales: *Exordio*, de Carlos García Mora, y *Diez años decisivos* de Andrés Medina. Por un lado, en *Exordio* se plantea que “para volver a evaluar y replantear la antropología y sus diferentes concepciones en México [...] la primera exigencia es la de historiar analíticamente lo acaecido y discutido hasta el momento presente, en el ámbito de la antropología en el país”.⁶⁷

García Mora abogaba por una historia con base en datos nuevos tomados de archivos, entrevistas, hemerotecas y fototecas para elaborar un análisis “sociohistórico” y a partir de una serie de “sugerencias prácticas” como reconstruir el contexto histórico, documentar los procesos de institucionalización, reconstruir biografías, analizar corrientes de pensamiento, así como realizar análisis historiográfico de obras y fuentes.⁶⁸ En esta línea de reflexión, García Mora continúa el interés por las propuestas metodológicas, heurísticas y técnicas en torno a la historia de la antropología en el texto *Apéndice. Guión para recopilar y clasificar datos sobre la historia de la antropología en México*.⁶⁹

Por otro lado, en el trabajo de Andrés Medina *Diez años decisivos* se elabora una recuperación crítica de la obra de Thomas S. Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas*, publicada en 1962, para explicar el proceso que condujo a la crisis de la antropología mexicana en términos del cambio teórico científico, recuperando los “factores externos”, y a pesar de la supuesta “inmadurez paradigmática” de las ciencias sociales.⁷⁰ La recuperación del trabajo de historiadores contemporáneos de la ciencia y sus ideas teóricas permitió definir la antropología como ciencia y hablar de su historia como un proceso que desbordaba la historia de las ideas y, desde luego, la historia del Estado

⁶⁶ Andrés Medina y García Mora, *La quiebra política...*, p. 12.

⁶⁷ Carlos García Mora, “Exordio...”, p. 15. Carlos García Mora recuerda, además, que hasta esa fecha no se había publicado “una historia general de la antropología en México.”

⁶⁸ *Ibidem*, p. 19.

⁶⁹ Cfr. sin autor, “Apéndice. Guión para recopilar y clasificar datos sobre la historia de la antropología en México”, en: Carlos García Mora (coord.) (1987), *La antropología en México. Panorama...* vol. 2, pp. 525-527.

⁷⁰ Andrés Medina, “Diez años decisivos”, en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política...* pp. 28-29.

mexicano.⁷¹ Según Carlos García Mora, Andrés Medina “estuvo entre quienes aplicaron primero la teoría de la historia de la ciencia a la historia de la antropología en México”, precisamente en sus trabajos de finales de los setenta.⁷² Incluso el análisis y crítica del indigenismo se instrumentó en términos de un “paradigma indigenista”.

Junto a esos primeros trabajos que planteaban la historia de la antropología como ciencia, a partir del recurso conceptual del “paradigma científico”, se cuenta el texto: *La antropología en México. Panorama en lo que va del siglo* de José Lameiras, que constituye la primera historia panorámica periodizada de la antropología en México de esa etapa. En este trabajo, Lameiras parte del reconocimiento de una genuina antropología mexicana y nacional; no se trata de una afirmación dogmática, pues el autor argumenta a partir de una idea que en realidad es la definición de la antropología en tanto objeto de la historia de la ciencia: “en cada desarrollo histórico-geográfico de los paradigmas científicos se presentan peculiaridades que confieren una personalidad individual y distintiva a las expresiones nacionales-temporales de una disciplina”.⁷³ En esta obra, la antropología se entendía kuhnianamente, como el desarrollo local de un paradigma científico enmarcado en “una serie de contextos” relativos a “los aspectos sociales y políticos que de alguna manera la han influido en el interior o desde el exterior del país”.⁷⁴

En este mismo sentido, el planteamiento inédito de Andrés Medina propone además examinar los tres “problemas centrales para la historia de la ciencia” y en particular de la antropología: los orígenes, la periodización y la relación Estado-ciencia, “la pesada influencia que ejerce el aparato de estado”.⁷⁵ Respecto a este punto, Medina añade:

...ha resultado extremadamente difícil separar la trayectoria que ha seguido la investigación antropológica de los procesos históricos que han determinado la constitución del moderno Estado mexicano. Si de lo que se trata es de reconocer el desenvolvimiento de una práctica científica particular, una primera tarea es deslindar el espacio de su autonomía; esto también, obviamente, nos remite a cómo definamos la ciencia a que se refiere tal práctica.⁷⁶

Por su parte, Esteban Krotz en su texto *Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una polémica teórica* y Carlos García Mora, en *La antropología en México: presentación y preliminares*, muestran ya explícitamente la tarea de

⁷¹ A esas alturas de la historiografía aparecían citados en los argumentos y apartados bibliográficos los teóricos contemporáneos de la historia de la ciencia: al lado de Kuhn figuraban Alexandre Koyré, Georges Canguillhem, Gaston Bachelard, entre otros.

⁷² Carlos García Mora, “La antropología en México: presentación...”, en: Carlos García Mora (coord.) (1987), *La antropología en México. Panorama...*, vol. 1, p. 24.

⁷³ José Lameiras, “La antropología en México...”, p. 109.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 110.

⁷⁵ Andrés Medina, “La historia de la antropología...”, p. 8.

⁷⁶ *Ídem*.



reflexionar sobre la “necesidad teórica de la historia de la antropología”.⁷⁷ Desde esa concepción, Krotz propuso el análisis de la ciencia antropológica como “un fenómeno cultural específico, correspondiente a una determinada etapa histórica de una civilización particular, y se distingue tanto por una serie de rasgos estructurales propios, como por su organización social de otras formas de conocimiento”.⁷⁸

Es necesario subrayar que estos dos trabajos se publicaron como parte del proyecto colectivo editorial *La antropología en México. Panorama histórico* en 15 volúmenes, coordinado por Carlos García Mora.⁷⁹ De hecho se trata de ensayos normativos, de tipo teórico y metodológico, que preceden propiamente a las monografías históricas sobre instituciones, biografías, personajes, publicaciones y disciplinas que dan cuerpo a dicha obra colectiva de investigación. Estos planteamientos originarios resultan cruciales para la definición de la antropología como objeto de la historia de la ciencia, pues en ellos emerge claramente la definición de un concepto de la antropología como ciencia, una actividad cuya historia se plantea imbricada pero irreductible a la historia de Estado mexicano.

Finalmente, el *corpus* constitutivo de la historia de la antropología como área de investigación de la historia de la ciencia en México se completa con el texto *Convocatoria para el seminario de Antropología Mexicana*, publicado en la revista *Nueva Antropología* en 1990.⁸⁰ De “entre el cúmulo positivo de cambios y continuidades heredados” de la época polémica, afirma la convocatoria, “hay que destacar uno en especial: el desarrollo de una conciencia del carácter histórico de la antropología [...] la conciencia de la historicidad de la disciplina nos ha hecho más modestos en [lo] relativo a lo endeble de los presupuestos teórico-metodológicos heredados”⁸¹ y finaliza:

...se impone una actitud reflexiva de nuestra parte, la cual podríamos sintetizar como una estrategia cooperativa de contextualización del conocimiento antropológico nacional [...] se trata de ubicar las distintas fases y formas de investigación antropológica en sus contextos epistemológicos, sociológicos e históricos que arrojen nuevas luces a la constitución de un autoconocimiento indispensable para la antropología mexicana en las postrimerías del siglo XX.⁸²

La convocatoria se dirigió a “la comunidad profesional” con el fin de conformar un seminario sobre “historia, filosofía y las relaciones sociales de la antropología mexicana” y así “enriquecer el conocimiento disciplinario” y “desarrollar de forma concomitante la conciencia histórica y metodológica de

⁷⁷ Cfr. Esteban Krotz, “Historia e historiografía...”

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 114 y 121.

⁷⁹ Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama...*vols. 1-15.

⁸⁰ Mechthild Rutsch y Luis Vázquez, “Convocatoria para el seminario...”

⁸¹ *Ibidem*, p. 1.

⁸² *Ibidem*, p. 3.

la disciplina, un exigente código ético de las implicaciones del trabajo y de la investigación antropológicas”.⁸³

Este proceso cierra con el inicio de los trabajos, en 1990, del “Seminario de historia, filosofía y sociología de la antropología mexicana”, en el marco institucional del INAH, pero con la participación de antropólogos de diversas instituciones. A la primera reunión de este Seminario en la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del INAH, en el primer semestre de 1990, asistieron Luis Vázquez, Carlos García Mora, Esteban Krotz, Andrés Medina y Mechthild Rutsch.⁸⁴

Finalmente, en este ímpetu orientado a la reflexividad histórica, ocurrido desde finales de los setenta y hacia la década de los ochenta, cabe incluir los testimonios de los primeros representantes de la enseñanza formal de la historia de la antropología. Ángel Palerm abordó la cuestión de la historia de la etnología como un problema pedagógico central en la formación de los antropólogos y con ese espíritu diseñó su trilogía: *Historia de la etnología* dirigida a los estudiantes.⁸⁵ En el primer volumen, Palerm escribe el texto introductorio “Sobre el papel de la historia de la etnología en la formación de los etnólogos” y plantea que “la cuestión de la transmisión de una tradición cultural se convierte en un centro de inquietud”.⁸⁶ Por su parte, Carlos García Mora señala:

...desde que yo recuerdo que entré a la ENAH en 1969 la conciencia histórica es una constante y se transmitían consejas, por ejemplo, y también tradiciones, algunas orales y otras que venían de generación en generación, como los famosos proyectos de Carapan, el proyecto de Gamio en Teotihuacán, el proyecto llamado “Tarasco” de Mauricio Swadesh. Nos eran transmitidas por los maestros, por los antropólogos viejos [...] visiones que podrían ser quizás apologeticas otras no tanto. Finalmente era eso, la tradición oral, la memoria que se iba heredando de una generación a otra.⁸⁷

Carlos García Mora se refiere, además, a la existencia de cursos en la ENAH dedicados a corrientes teóricas en antropología, que invariablemente daban pie a reconstrucciones históricas de la disciplina, impartidos entre otros por Javier Guerrero y Carlos Martínez Marín.⁸⁸ Finalmente, en 1977, Augusto Urteaga y Carlos García Mora dirigieron “una serie de seminarios sobre

⁸³ *Ídem.*

⁸⁴ Mechthild Rutsch, *et al.*, “El seminario de historia, filosofía y sociología de la antropología mexicana. Una historia breve”, Ciudad de México, 10 de diciembre, 2014.

⁸⁵ Ángel Palerm, *Historia de la etnología...; Historia de la etnología II: los evolucionistas*, México, UIA, 1982 [1976]. *Historia de la etnología. Tylor y los profesionales británicos*, México, UIA, 2004 [1977].

⁸⁶ Ángel Palerm, *Historia de la etnología...*, p. 7.

⁸⁷ Eduardo González, “Entrevista con Carlos García Mora...”.

⁸⁸ *Ídem.*



la antropología mexicana en la ENAH”⁸⁹ La antropología mexicana emergía como una materia en los cursos de la ENAH.

CONCLUSIONES

Este ensayo bibliográfico propone la caracterización de un periodo histórico de aproximadamente dos décadas de duración, 1970-1990, a partir de la clasificación de conjunto de publicaciones. Se trata de un periodo genuinamente constitutivo a lo largo del cual el desarrollo histórico de la antropología se sometió al escrutinio político, sociológico, epistemológico, ideológico e histórico. En particular, el desarrollo histórico de la antropología se planteó como un problema para la conciencia de los antropólogos y luego para la historia de la ciencia, lo cual motivó una reflexión dentro de gremio antropológico que logró dar forma a un área de investigación. La historia de la antropología en México surge como un esfuerzo historizado (es decir, situado en su circunstancia histórica) que se presentó incluso como una obligación política y ética, colectiva, gremial y permanente. A través del *corpus* documental inventariado es posible atestiguar el desarrollo de un proceso de reflexividad crítica dentro del gremio antropológico en México. Se debatió públicamente, hubo crítica, reflexión y controversia. La historia de la antropología fue resultado de ese proceso social situado radicalmente en su actualidad que evidenció un fuerte contraste con las historias previas escritas por personajes prominentes como una reflexión individual o institucional.

La investigación en torno a la historia de la antropología ameritó en su momento una justificación. Entre otras, Luis Vázquez sugirió que una de ellas era “la relevancia de la antropología nacional como una poderosa herramienta para acrecentar su cientificidad”,⁹⁰ en el mismo sentido que Marvin Harris había dado a su célebre obra *El desarrollo de la teoría antropológica*: la historia como un modo de “hacer progresar la situación teórica de la antropología en las ciencias sociales”.⁹¹ Y también en el sentido propuesto por el historiador estadounidense de la antropología George Stocking, quien sugirió que la importancia de la historia de la antropología radica en si “ayuda a resolver problemas que los antropólogos están enfrentado o si sugiere otros donde puedan actuar fructíferamente”.⁹²

Aunado a ello, este recuento bibliográfico muestra que la historia de la antropología ha contribuido además a robustecer la conciencia política de los antropólogos. La historia disciplinar abre posibilidades también como un

⁸⁹ Carlos García Mora “La antropología en México: presentación y preliminares”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México...* vol. 1, p. 24.

⁹⁰ Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”, p. 141.

⁹¹ Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica*, México, Siglo XXI, 1996 [1968], p. 6.

⁹² Cfr. Luis Vázquez, “La historiografía antropológica...”, p. 141.

modo de politización gremial, en la medida en que implica una actualización de aspectos cruciales como lo son su relevancia para la sociedad amplia, la actualidad de sus categorías o su capacidad para codificar y expresar a través de ellas los “grandes problemas nacionales”.

En efecto, el periodo polémico de la antropología y su impulso crítico, instrumentado desde el seno de la crisis política y económica del desarrollismo, pueden verse ahora en perspectiva como una crítica dirigida hacia las contradicciones inherentes al desarrollo del Estado-nacional, y concretamente a los modos en que esa configuración política generó concepciones, relaciones y prácticas relativas a la diversidad poblacional del país. En este sentido, durante aquel periodo polémico la antropología hizo un aporte fundamental al pensamiento crítico político, pues, en la medida en que problematizó sus propios fundamentos socioculturales, problematizó también un tipo de relaciones sociales especialmente definitorias para la nación mexicana, a saber, las relaciones entre el Estado y la población de México, especialmente la población indígena. ¿Qué lugar debían ocupar los pueblos indígenas y otros sectores sociales como campesinos y obreros en la configuración política estatal? ¿Cuál habría de ser la función de las ciencias sociales en esa configuración? Aquella crítica necesitó una actualización de la antropología, es decir, una historización de su actividad, lo cual implicó integrar a la propia disciplina al devenir del tiempo.

Iniciado el siglo XXI, la antropología mantiene la posibilidad y el desafío de contribuir a una crítica y una transformación política a partir de la actualización de sus empeños como empresa científica y, en particular, de sus conceptos y categorías, los cuales contienen potencialmente una especial capacidad explicativa y crítica, en la medida en que sean capaces de expresar y reflejar la realidad sociocultural.



BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Breniss, Eugenia María, *Problemática de la antropología social*, tesis de etnología, México, ENAH, 1966.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, "Panorama de la antropología social y aplicada" en: Manuel Gamio, *Arqueología e indigenismo*, México, SEP, 1972, p. 189-206.

———. "Indigenismo en México: confrontación de problemas" en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983, pp. 195-212.

Ávila, Agustín, et al., *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*, México, INAH, 1988.

Bonilla, Janina, *Proceso de formación desarrollo y resultados de los institutos nacionales de antropología en América Latina*, tesis de etnología, México, ENAH, 1977.

Comas, Juan, "Bosquejo histórico de la antropología en México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo 11, México, 1950.

———. "Algunos datos para la historia del indigenismo en México", en: *Ensayos sobre indigenismo*, México, III, 1953 [1948].

———. *La antropología social aplicada en México: trayectoria y antología*, México, III, serie Antropología social 1, 1964.

Dávalos Hurtado, Eusebio, "La antropología", sobretiro de México: *cincuenta años de revolución. IV. La cultura*, México, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

Dahlgren, Bárbara, "La etnología" en: Carlos García Mora y Ma. de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 5 "Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera", INAH, México, 1988, pp. 83-110.

———. "Resumen histórico de la antropología mexicana", *Memorias del Primer Congreso mexicano de Historia de la Ciencia I*, México, 1963, pp. 313-323.

Díaz Polanco, Héctor *Las teorías antropológicas. El evolucionismo*, México, Ed. Línea, 1983.

Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), *Anuario para 1944*, México, INAH, 1944.

———. /INAH, “Segunda Mesa Redonda. La generación de los magníficos”, en: ENAH/INAH, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Ediciones Cuicuilco, 1982, pp. 43-83.

Federico Arreola, Teresa, *Evaluación de las investigaciones etnológicas realizadas en la península de Yucatán*, tesis en etnología, México, ENAH, 1977.

García Mora, Carlos, “Exordio”, en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983, pp. 15-23.

———. “Corrientes político ideológicas de la antropología mexicana”, en: Carlos García Mora y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica). La polarización (1971-1976)*, UNAM, México, 1986, pp. 143-153.

———. (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vols. 1-15, México, INAH, 1987-1988.

———. (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 1, Los hechos de los dichos (1521-1880), México, INAH, 1987.

———. (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2, Los hechos de los dichos (1880-1986), México, INAH, 1987.

———. “La antropología en México: presentación y preliminares”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama...vol. 1*, México, 1987, pp. 17-113.

———. “Los antropólogos con la lanza en ristre: la disputa política de los años setenta del siglo XX”, (Conferencia) en Homenaje a Andrés Medina. Etnografía e historia de la antropología en México, Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México, 20 de octubre, 2016.

———. y Ma. de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 5, *Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, INAH, México, 1988.

———. y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica). La polarización (1971-1976)*, UNAM, México, 1986.



- García Murcia, Miguel, *Profesionalización de la antropología física en México: la investigación, las instituciones y la enseñanza (1897-1942)*, tesis doctoral en historia, UNAM-FFyL, México, 2013.
- González, Eduardo, "Entrevista con Carlos García Mora", Ciudad de México, 23 de octubre, 2015.
- . "La antropología social mexicana en perspectiva", *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, nueva época, año 1, no. 1, enero-junio, México, INAH, 2017, pp. 37-50.
- Gorbach, Frida y Carlos López (eds.), *Saberes locales: ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008.
- Güemes, Lina Odena y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico, volumen 9 Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, México, INAH, 1988.
- Handler, Richard, "HAN and the Institutionalization of HoA", *History of Anthropology Newsletter*, no. 40, febrero 18, Filadelfia, Pensilvania, 2016, en: <http://histanthro.org/han-and-the-institutionalization-of-hoa/>, consultado el 10/03/2017:
- Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica*, México, Siglo XXI, 1996 [1968].
- Hallowell, Irving, "The History of Anthropology as An Anthropological Problem", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 1, no. 1, enero, Massachusetts, 1965, pp. 24-38
- Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), "Plan de Cooperación para la Enseñanza de la Antropología en México", en: *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. IV, no. 3, septiembre a diciembre, México, 1940, pp. 217-227.
- Krotz, Esteban, "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica", en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 1, México, 1987, pp. 113-138.
- Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1978 [1962].
- Lagarde, Marcela y Daniel Cazés, "Tesis para el estudio histórico de la antropología mexicana", *Foro universitario*, México, STUNAM, enero, 1983, pp. 21-36.

Lameiras, José, “La antropología en México. Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”, en Lorenzo Meyer y Manuel Camacho (eds.) *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 109-80.

Mayer Guala, Claudio, *La Escuela internacional de Arqueología y Etnología Americanas y los orígenes de la antropología mexicana a principios del siglo XX*, tesis en etnología, ENAH, México, 1976.

Medina, Andrés, “Diez años decisivos”, en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983, pp. 27-74.

———. “La historia de la antropología en México y la construcción de una ciencia nacional-popular”, México, 1985 (inédito).

———. “Ortodoxia y herejía en la antropología mexicana”, en: Carlos García Mora y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica). La polarización (1971-1976)*, UNAM, México, 1986, pp. 129-142.

———. *Recuentos y figuraciones. Ensayos de antropología mexicana*, México, UNAM, 1996.

———. *En las cuatro esquinas, en el centro. Etnografía de la cosmovisión mesoamericana*, México, UNAM, 2000.

———. y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983.

———. “Prefacio”, en: Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México (Antología de una polémica) I. La impugnación*, México, UNAM, 1983, pp. 9-14.

Méndez Lavielle, Guadalupe (1987) “La quiebra política (1965-1976)”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico, vol. 2, Los hechos de los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987, pp. 341-437.

Mendiola Galván, Francisco, *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua, México*, tesis de maestría en Antropología Social, México, CIESAS/ENAH, Chihuahua, 2006.

Molina Enríquez, Andrés, *Clasificación de las ciencias fundamentales*, México, INAH, 1990 [1935].



- Montemayor, Felipe, 28 años de antropología. *Tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, 1971.
- Noyola, Leopoldo, "La ENAH en los ochenta", en el blog: "de antropología mexicana", viernes 5 de marzo, 2010, en: <http://deantropologiamexicana.blogspot.mx/2010/03/la-enah-en-los-ochenta.html>, consultado el 22/04/2017.
- Olivé, Julio César, *La antropología mexicana*, México, Colegio Mexicano de Antropólogos, 1981.
- . y Augusto Urteaga, INAH, *una historia*, vol. I *Antecedentes, organización, funcionamiento y servicios*, México, INAH, 1988.
- Palerm, Ángel, *Historia de la etnología I: los precursores*, México, México, UIA, 1982 [1974].
- . *Historia de la etnología II: los evolucionistas*, México, UIA, 1982 [1976].
- . *Historia de la etnología. Tylor y los profesionales británicos*, México, UIA, 2004 [1977].
- . "La disputa de los antropólogos mexicanos", en: Carlos García Mora y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica). La polarización (1971-1976)*, UNAM, México, 1986, pp. 87-104.
- Pappe, Silvia, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, México, UAM-A, 2001.
- Portal Ariosa, María Ana y Ramírez, Paz Xóchitl, *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*, México, UAM-I, 1995.
- Ricco Monge, Sergio, *La antropología mexicana reflexiones sobre una historia en construcción 1965-1980*, tesis en etnología, México, ENAH, 1987.
- Rutsch, Mechthild, *Las teorías antropológicas. El relativismo cultural*, México, Editorial Línea, 1984.
- . *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, INAH/UNAM, 2007.
- . y Luis Vázquez, "Convocatoria para el seminario de Antropología Mexicana", *Nueva Antropología*, vol. XI, no. 37, abril, 1990, pp. 1-3.

———. y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, México, UNAM, 1997.

———. Andrés Medina e Ignacio García, “El seminario de historia, filosofía y sociología de la antropología mexicana. Una historia breve”, Ciudad de México, 10 de diciembre de 2014, en: <http://deas.inah.gob.mx/index.php/seminario/103-seminario-de-historia-filosofia-y-sociologia-de-la-antropologia-mexicana>, consultado el 10 /03/2017:

Rüsen, Jörn, *History. Narration, Interpretation, Orientation*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2005.

Sierra, Dora, *La investigación en el Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, 1887-1984*, tesis de etnología, México, ENAH, 1985.

Sin autor, “Apéndice. Guión para recopilar y clasificar datos sobre la historia de la antropología en México” en: Carlos García Mora (coord.) (1987), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2, Los hechos de los dichos (1880-1986), México, INAH, 1987.

Stocking, George, “The History of Anthropology: Where, Whence, Whither?”, *Journal of the History of Behavioral Sciences*, vol. 2, no. 4, octubre, 1966, pp. 281-290.

———. (ed.), *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*, vol. 1., Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1983.

Téllez, Ricardo, *Antropología y revolución social en México 1920-1940*, tesis en etnología, México, ENAH, 1979.

Trabulse, Elías, *El círculo roto. Estudios sobre la ciencia en México*, México, FCE/SEP, 1982.

Vázquez, Luis, “La práctica de la antropología social durante el cardenismo”, *Cuicuilco*, México, no. 5, julio, 1981, pp. 8-17.

———. “La historiografía antropológica contemporánea en México”, en: Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 1, *Los hechos de los dichos (1521-1880)*, México, INAH, 1987, pp. 139-212.

———. “*Quo vadis anthropologia socialis?*”, en: Guillermo de la Peña y Luis Vázquez, *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones*, México, INI-CNCA-FCE, 2002, pp. 50-104.



———. *El leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS, 2003.

———. *Historia de la etnología. La antropología sociocultural en México*, México, Primer Círculo, 2014.

———. “La historiografía de la antropología como historia: entre la pluralidad y ortodoxia extremas”, *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, no. 81, año 37, julio-diciembre, 2016, pp. 9-39.

Villanueva, María, “Juan Comas Camps” en: Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico, volumen 9 Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, México, INAH, 1988, pp. 488-506.

Warman, Arturo *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Ed. Nuestro tiempo, 1970.

Sobre el origen americano de los descubridores de metales en la primera mitad del siglo XVI novohispano

Oscar Hugo Jiménez Salas
INAH

RESUMEN

Existe muy poca información sobre la manera en que se buscaban y descubrían yacimientos minerales durante la época mesoamericana, y en la primera mitad del siglo XVI novohispano. Este trabajo se centra en mostrar que los antiguos pueblos mesoamericanos fueron los primeros en descubrir yacimientos minerales de importancia económica, a través de saberes prácticos y de experiencia artesanal. El conocimiento tácito y la experiencia transmitida por generaciones tenían como base la observación de propiedades físicas de la materia mineral y metálica, al igual que la aplicación pragmática de procedimientos similares a los que todavía se llegan a emplear actualmente en la exploración y en la explotación minera. El entender la manera de adquirir y compartir este tipo de saberes está relacionado con el conocimiento cultural anterior a la denominada investigación científica.

39

ABSTRACT

There is a lack of information about the way of searching and finding mineral deposits during Mesoamerican epochs and earliest years of the colonial times in the New Spain. Therefore, this contribution deals with discovery of ore minerals by Mesoamerican native people through practical knowledge and artisan experience. The implicit knowledge and observational practices were the base for the ore mineral findings. These procedures are similar to those used today in exploration and mining, and could explain patterns of shared knowledge before the implementation of the so-called scientific research.

Palabras clave: Nueva España, minería, siglo XVI, descubridores de metales, Mesoamérica.



INTRODUCCIÓN

El tema de la minería novohispana ha sido tratado por varios autores, desde puntos de vista diferentes y abordando aspectos políticos,¹ socioeconómicos,² históricos,³ metalúrgicos y de explotación minera,⁴ entre otros. La mayoría de estos estudios cubren temporalidades posteriores a la primera mitad del

¹ Philip W. Powell, *Soldiers, indians and silver. The northward advance of New Spain. 1550-1600*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1952. Jorge Gurriá Lacroix, "La minería, señuelo de conquistas y fundaciones en el Siglo XVI novohispano", en *Minería Mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, pp. 33-55. Cuauhtémoc Velasco Ávila, Eduardo Flores Clair, Alma Parra Campos y Edgar Gutiérrez López, *Estado y Minería en México (1767-1910)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Inés Herrera Canales (coord.), *La minería mexicana. De la colonia al siglo XX*, México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Económicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. Edgar Gutiérrez López, *Economía política de la agrominería en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 407, 2000.

² Gilda Cubillo Moreno, *Los dominios de la plata, el precio del auge, el peso del poder: empresarios y trabajadores en las minas de Pachuca y Zimapán, 1552-1620*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Divulgación, 1991. David A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Peter J. Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. Carlos Marichal, *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

³ María Teresa Franco, Estela Jiménez Codinach, y María Correa Etchegaray, "Investigaciones sobre minería prehispánica en testimonios históricos", en *Geomimet*, núm. 62, México, 1973, pp. 19-23, 31-38. Miguel León Portilla, *La Minería en México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. Salvador Enciso de la Vega, "Algunos datos para la cronología de la minería y la geología en México", en *Geomimet*, 3ª época, núm. 104, 1980, pp. 63-72. Robert W. Randall, *Real del Monte: una empresa minera británica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987. Enrique Florescano, "La formación de los trabajadores en la época colonial, 1521-1750", en Pablo González Casanova (coord.) *La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores, 1996, pp. 9-124. José A. Uribe Salas (coord.), *Recuento histórico bibliográfico de la minería en la región central de México*, México, Departamento de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1994.

⁴ Modesto Bargalló, *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955. Carlos Prieto, *La minería en el nuevo mundo*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1968. Miguel León Portilla, "La Minería y la metalurgia en el México Antiguo" en *Minería Mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, pp. 3-30.

siglo XVI, cuando los principales reales de minas operaban ya en los actuales estados de Zacatecas, México, Hidalgo, Guanajuato, San Luis Potosí, Oaxaca, Jalisco y Guerrero.⁵

Del contenido de los estudios referidos sobresalen, temas como la explotación minera, los procesos metalúrgicos y los contextos sociales, políticos y económicos en que desarrollaban sus actividades los trabajadores al interior de las minas. Sin embargo, destaca la ausencia de investigaciones sobre la forma de prospeccionar e identificar minerales y metales, y sobre la manera en que se buscaban y descubrían yacimientos de dicha riqueza natural durante la primera mitad del siglo XVI novohispano y anteriormente.

Una de las razones para explicar dicha ausencia la señala María Luisa Rodríguez-Sala al mencionar que “durante el siglo XVI no se publican (...) obras de minería, si bien no hay duda acerca del desarrollo práctico de esa actividad a lo largo del primer siglo colonial”.⁶

Otra posible razón es que no se han encontrado todavía documentos de la época mesoamericana o novohispana en donde se explique quién buscaba metales y minerales y cómo lo hacía. Solamente se tiene información de zonas donde existía esa riqueza y lo que hacían con ella. Una tercera razón es que, dentro del proceso de descubrimiento del mineral, su búsqueda e identificación no era una fase de importancia, lo sustancial era encontrarlo.

Una razón más, con frecuencia invocada implícitamente para el caso novohispano, es que se asumía que los poseedores de ese conocimiento técnico eran los conquistadores, por lo mismo, se enfatizaba que los yacimientos minerales fueron descubiertos sorprendentemente rápido, dada la supremacía europea. Incluso se daba por hecho que, debido a la importancia de un hallazgo, el derecho a reportarlo pertenecía únicamente al conquistador o vencedor. En este caso, se dejaba de lado la posible participación de la población indígena y se negaba la posibilidad de que esta última poseyera saberes prácticos que la llevaran a descubrimientos de calidad.

En resumen, la prospección e identificación de recursos minerales durante la época mesoamericana y a inicios de la época colonial no ha sido estudiada, en términos históricos o historiográficos en la misma medida en

⁵ Rubén Pesquera Velázquez, “Principales minas antiguas inactivas o parcialmente trabajando en México”, en *Geomimet*, 3a. época, núm. 96, 1978, pp. 41-48, 53-60.

⁶ María Luisa Rodríguez-Sala, “Tres constructores de obras científico-técnicas de minería y metalurgia en la Nueva España del siglo XVII: Luis Berrio de Montalvo, Jerónimo de Becerra y Juan del Corro”, en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LVII, núm. 2, 2000, pp. 631-659.



la que lo han sido el ejercicio de la minería y la metalurgia mesoamericana⁷ e hispánica en general.

No obstante, es preciso señalar que, en el contexto de la producción minera, tanto actual como antigua, la prospección e identificación de minerales es la primera etapa fundamental para lograr el éxito posterior de cualquier empresa minera. La producción y el desarrollo minero no inician con la explotación mineral sino con la exploración, caracterización y ubicación del mineral en la naturaleza.

Ahora bien, desde la perspectiva antropológica, y de otras ciencias sociales, la exploración minera incide sobre las formas de conocimiento de la naturaleza por parte de las sociedades humanas: esto lleva a considerar la manera de adquirir, utilizar, ejercer y transformar ese conocimiento, incluyendo los motivos para hacerlo. La reflexión sobre estas consideraciones apela a un posible análisis posterior al propuesto aquí.

La finalidad del presente trabajo es mostrar que los antiguos mesoamericanos fueron los primeros en descubrir metales y minerales recurriendo a conocimientos prácticos y al sentido común, antes de la llegada de los españoles. Que fueron ellos también quienes encontraron algunos de los principales sitios mineros desarrollados durante las primeras décadas del contacto con los hispanos. Para ello, presentamos un recorrido que se sitúa temporalmente desde la llegada de los europeos a América hasta aproximadamente el tercer cuarto del siglo XVI, haciendo énfasis en tres líneas argumentativas con respecto a quiénes podían haberse dedicado a la exploración o prospección de metales y minerales, y a la forma en que lo hicieron.

La primera línea se refiere a los oficios que tenían los emigrantes que llegaron al llamado Nuevo Mundo. En la segunda se hace un recuento sobre los conocimientos prácticos de metalurgia y explotación minera que tenían los habitantes americanos antes de la llegada de los europeos. En la tercera línea se tratan algunos de los criterios que se han usado en el pasado, y siguen usándose actualmente, en la búsqueda de yacimientos minerales para, posteriormente, proponer que algunos de ellos fueron los utilizados por los descubridores de minerales en la época prehispánica. Esta propuesta puede derivar en estudios detallados e interpretaciones históricas con respecto a los saberes técnicos de la época, su importancia en la sociedad y los posibles nexos entre ciencia, tecnología y antropología.

Pero antes de iniciar el recorrido se hacen dos acotaciones sucintas que permiten dar contexto a la época considerada. Por un lado, los aspectos

⁷ Existen varias investigaciones sobre la metalurgia mesoamericana, véase por ejemplo a Scott E. Simmons y Aaron N. Shugar, "Archaeometallurgy in Ancient Mesoamerica", en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (eds.), *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 1-28, que enfatizan la importancia de los procesos metalúrgicos en relación con sus aspectos tecnológico, social y antropológico, pero sin atender el tema de la búsqueda o prospección de la materia prima con la que se fabricaron los objetos metálicos.

político-económicos generales de Europa y, por el otro, una aclaración del término “minero” y sus implicaciones en el ámbito de la minería antigua y actual.

Durante la primera mitad del siglo XVI, el oro procedente de América fue decisivo para el desarrollo económico-político de España y Europa.⁸ En esos momentos de la historia mundial, existían dos situaciones particulares que incidían en la minería novohispana. La primera situación era que, ante el descubrimiento de América, Europa atravesaba un proceso de transición con respecto al conocimiento, no sólo en el campo de la minería sino de otros muchos campos del saber, tales como la técnica de navegación, la construcción de barcos, la cartografía, la historia natural y, en general, la cosmografía.⁹

Con el invento de la imprenta, a finales del siglo XV, se publicarían los primeros documentos sobre metalurgia y minería, apenas en la segunda mitad del siglo XVI. Los más destacados de ellos son el texto intitulado *De la Pirotechnia*¹⁰ y el ampliamente conocido y utilizado *De Re Metallica*.¹¹ Dicho despunte técnico minero que se llevó a cabo en Europa central generó abundante información impresa, la cual llegaría tardíamente a América.¹²

La segunda situación era que en España se vivía, desde las primeras décadas del siglo XVI, el reinado de Carlos V, quien abdica en 1556 y deja su lugar a su hijo Felipe II. Esta transición fue muy compleja por los conflictos que se sucedían en toda la región europea.¹³ El principal interés de Carlos V fue la unificación cristiana¹⁴ y para ello requería del oro y la plata procedentes del nuevo continente.

⁸ Earl J. Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000.

⁹ José María López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Editorial Labor, 1979. María Portuondo, *Secret Science - Spanish Cosmography and the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009. Antonio Sánchez Martínez, “Ciencia ibérica y mundo atlántico”, en *Dynamis*, vol. 31, núm. 1, 2011, pp. 245-259. Incluso, en lo referente al imaginario de los indígenas y españoles véase el segundo apartado del trabajo de Javier Martínez Villarroya, *Las estructuras antropológicas del imaginario órfico. El cetro, la cratera y el niño*, en Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 2003, pp. 19-27.

¹⁰ Vannoccio Biringuccio, *The Pirotechnia of Vannoccio Biringuccio: The Classic Sixteenth-Century Treatise on Metals and Metallurgy*, New York, Dover, 2006 [1540].

¹¹ Georgius Agricola, *De Re Metallica*, New York, Dover, 1950 [1556].

¹² En Marvin Lang, “La tecnología alemana en la minería virreinal”, en *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2002, pp. 55-63, se menciona que un grupo de técnicos alemanes llegó a Sultepec (Nueva España) en 1536 para realizar explotación minera y, de ahí difundir la actividad hacia otros lugares del continente.

¹³ Alexander Wilckens Ureta, “Carlos V 1500-1558”, en *Revista Archivum*, núm. 51, 2002, pp. 247-250.

¹⁴ Joseph Pérez, “Carlos V y el Atlántico”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 51, 2005, pp. 271-284.



De manera que, el objetivo de los primeros años de la conquista fue colonizar, imponer la fe cristiana y obtener la mayor cantidad posible de apoyo económico, es decir, de oro. Por el contrario, durante el reinado de Felipe II la situación cambiaría, debido a que el monarca tenía gran interés por las artes y las ciencias, en las que veía un gran apoyo para el progreso de su imperio,¹⁵ pero este proceso se efectuaría hasta el último cuarto del siglo XVI,¹⁶ así como en el siglo XVII.

En resumen, durante la época del descubrimiento de América, en el panorama internacional existía un interés directo de colonización territorial y obtención de recursos naturales y humanos. En forma paralela, se desarrollaba una transición en la concepción científica y religiosa, aunque en América había una falta de información y de disponibilidad de libros impresos que no llegarían inmediatamente.

En relación con el término “minero”, son varios los autores que lo han utilizado marcando diferencias con respecto a su significado y uso. Por ejemplo, Carlos Prieto comenta:

Al decir mineros aludimos, ciertamente, a los promotores de empresas mineras y a los técnicos –ingenieros y facultativos-, que a veces son uno y lo mismo con aquellos; pero queremos incluir también dentro del término al que en México se denomina gambusino y que fue, y sigue siendo, uno de los principales protagonistas de la minería.¹⁷

Por su parte, Peter J. Bakewell aclara:

...la palabra “minero” se usa (...) en su acepción colonial, es decir, empresario, dueño de minas y de haciendas de beneficio, y generalmente en ambas. Nunca se usa en el sentido de trabajador.¹⁸

Esto podría ser interpretado como un simple pero importante desarrollo en la división del trabajo y de los saberes, al conformarse dos grupos de actividades casi siempre paralelas. Dichas actividades se desarrollaron desde el principio de la conquista y siguieron sus adecuaciones incluso hasta nuestros días. Debemos, entender entonces que el peón del metal de la época colonial se fue convirtiendo poco a poco en el gambusino de nuestros días. Esto se debió,

¹⁵ Raquel Álvarez Peláez, “Felipe II, la Ciencia y el Nuevo Mundo”, en *Revista de Indias*, vol. LIX, núm. 215, 1999, p.12.

¹⁶ Las relaciones geográficas solicitadas por Felipe II tuvieron su efecto modernizador hacia finales del siglo XVI, véase René Acuña, *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*. 10 vols, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982-1988. Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. Enrique Delgado López, “Las Relaciones Geográficas como proyecto científico en los albores de la modernidad”, en *Estudios Mesoamericanos*, Nueva época, núm. 9, julio-diciembre, 2010, pp. 97-106.

¹⁷ Carlos Prieto “La minería en...”, p. 58.

¹⁸ Peter J. Bakewell, *Minería y sociedad...*, p. 9.

probablemente, a que a pesar de que los indígenas fueron esclavizados se les permitió localizar y vender ellos mismos el metal que recuperaban a través de la llamada *pepena* y, por lo tanto, ellos continuaron desarrollando su conocimiento y el oficio heredado de sus antepasados mesoamericanos, aunque posteriormente enriquecido en información y conocimiento a partir de su aprendizaje pragmático en las profundas excavaciones mineras novohispanas.

Por su parte, el término “minero” continuaría teniendo su acepción de dueño, empresario y promotor de minas, y de beneficiario de metales. Aunque en la actualidad se le llama también minero al trabajador que entra a la mina y al estudioso de las minas desde el punto de vista técnico.

Una última consideración es que el estudioso que planteó la posibilidad de que fueran los indígenas americanos quienes descubrieron las minas y yacimientos, a principios de siglo XVI, mientras realizaban tareas que actualmente desempeñan los denominados gambusinos, fue Carlos Prieto, quien afirmó:

...el gambusino posee las mismas virtudes (...) propias de los mineros (...) lo que le diferencia es que su saber sobre la materia (...) no ha sido adquirido en las aulas ni en los libros, sino en la vida misma, en plena Naturaleza, caminando por los montes (...) intuyendo y observando estratos, inclinaciones, piedras, contactos, colores y hasta sabores que le indiquen metales y sustancias utilizables. Puede afirmarse que aparte contadas excepciones, la época heroica de la minería americana (es decir, la de los cuarenta años después del descubrimiento) estuvo a cargo de gambusinos que poseían ese don, de adivinación casi, de encontrar los metales, no solo en los placeres, en estado natural, sino en las rocas.¹⁹

Así, podemos decir que el gambusino actual es la herencia viviente de los conocimientos prácticos del indígena y del español que han evolucionado hasta nuestros días. No obstante, continúa la pregunta de si realmente fueron los europeos o los indígenas americanos quienes descubrieron los primeros sitios mineros durante las décadas iniciales del siglo XVI. ¿Cómo responder a esa cuestión?, ¿cómo diferenciar si fueron buscadores indígenas o exploradores españoles, o inclusive si fueron ambos?

EMIGRACIÓN Y OFICIOS EN LA NUEVA ESPAÑA

A inicios del siglo XVI no cualquier persona podía emigrar hacia el recién descubierto continente. Los viajes transatlánticos no eran tarea fácil pues primero había que ser admitido y, luego era necesario aguantar los inconvenientes de un viaje de tal magnitud. Se requerían muchas formalidades, permisos, dinero, e incluso buena salud. Hasta los religiosos debían pagar su pasaje y manutención a lo largo del viaje. Entonces, ¿quiénes eran los emigrantes y cuáles sus oficios? Algunas respuestas son aportadas por José Luis Martínez, quien subraya que:

¹⁹ Carlos Prieto, *La minería en...*, p. 58.



...durante varias décadas, a partir del descubrimiento de América, los viajes transatlánticos tuvieron como propósito la exploración, la conquista y el comercio (...) los pasajeros fueron sólo un añadido (...) Por lo general, se trataba de frailes o clérigos que viajaban para cumplir sus tareas religiosas; de soldados o colonizadores; de funcionarios que (...) iban a tomar posesión, volvían de sus puestos o debían realizar inspecciones; de comerciantes y sus agentes, de hombres en busca de fortuna, de caballeros de industria, de aventureros y, los menos, de simples viajeros a los que movía la curiosidad.²⁰

Por su parte, Boyd-Bowman, en una investigación sobre la emigración hacia la Nueva España, encuentra 56 mil pobladores hispanos y europeos, entre los que se enlistan los siguientes oficios en relación con la minería y la metalurgia:

...tres batidores de oro, un destinatario de oro cubano, cuatro dueños de minas, un *ensayador*, un *explorador*, nueve *fundidores de oro*, diecinueve herreros, un *lavador de oro*, un *maestre lavador de oro*, treinta y nueve mineros, once plateros, dos quilatadores, dos veedores de fundición, y un veedor de minas (las cursivas son nuestras).²¹

Es decir, Boyd-Bowman²² documenta cantidades de viajeros para los cinco periodos en que divide su estudio. En tres de dichos periodos enlista: 5,481 viajeros del año 1439 al 1519, más otros 13,262 emigrantes del año 1529 al 1539 y registra 9,044 viajeros del año 1540 al 1559. Esto es, de aproximadamente la mitad de los 56 mil pobladores emigrados, únicamente se tiene el registro de un explorador, un lavador de oro y un maestre lavador de oro.²³

En el caso del padre Bartolomé de Las Casas, al hablar sobre los oficios de las personas que llegaron en los primeros viajes de colonización, refiere lo siguiente:

...llegáronse mil quinientos hombres, todos o todos los más a sueldo de su Alteza, porque pococ [sic] fueron sin sueldo; creo que no pasaron veinte de a caballo, todos peones, aunque los más hidalgos y personas que, si tuvieran de qué comprarlos, no les fueran desproporcionados los caballos. Fue mucha parte de gente trabajadora de campo, para trabajar, arar y cavar y para sacar el oro de las minas que, si supieran el trabajo, bien creo yo que uno no viniera, y,

²⁰ José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias*, México, Alianza Universidad, 1984, p. 13.

²¹ Peter Boyd-Bowman, *Índice biogeográfico de más de 56 mil pobladores de la América hispánica, 1493-1519, tomo I*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 225.

²² Peter Boyd-Bowman, *Índice biogeográfico de...*, p. 362.

²³ En otro estudio acerca de la distribución de ocupaciones y profesiones de los cultivadores de la ciencia en España, para el periodo entre 1481 y 1600, realizado por José María López Piñero *Ciencia y técnica...*, p. 49, se enlistan solamente 16 mineros, 2 ensayadores, y un orfebre, de un total de 572 biografías analizadas para ese periodo de estudio. Lo cual podría indicar que en España también había pocos prospectores de metales y lavadores de oro.

finalmente, para todo lo que les mandaran, y de todos oficios algunos oficiales; toda la mayor parte iba con sus armas para pelear.²⁴

Así mismo, Las Casas, en sus relatos de cuando Colón convenció a los Reyes de la necesidad de contar con colonos, menciona que:

...hicieron merced a todos los que quisiesen venir a estar y morar en esta isla sin llevar sueldo alguno de sus Altezas, con tanto que no pasasen acá sin su licencia o del que tuviese cargo de darla, que todo el oro que cogiese y sacasen de las minas, con que no fuese de rescate o conmutación con los indios, llevasen la tercera parte, y con las dos acudiesen a los oficiales de sus Altezas...²⁵

Y agregó que los reyes aceptaron, por medio de dos mandatos despachados el 22 de junio de 1497, que se poblara primero con:

...todas y cualesquiera personas, hombres y mujeres, delincuentes, que hubiesen cometido hasta el día de la publicación de sus cartas cualquier crimen de muerte o heridas, y otros cualesquiera delitos de cualquier natura o calidad que fuesen, salvo de herejía o *lesae maiestatis* o *perduellionis* o traición o alveo, o muerte segura o hecha con fuego o con saeta, o de falsa moneda, o de sodomía, o de sacar moneda u oro o plata u otras cosas vedadas fuera del reino, viniesen a servir acá en lo que el Almirante, de parte de los Reyes, les mandase, y sirviesen a su costa en esta isla.²⁶

En este mismo contexto, Enrique Semo señala que:

...los hidalgos, el sector más bajo de la nobleza, constituyeron un sector muy importante de los emigrantes y fueron ellos los que imprimieron a la empresa colonial española el espíritu caballeresco, aventurero, rapaz y reacto a las ocupaciones productivas que la caracterizó en sus periodos iniciales.²⁷

Por último, cabe señalar el comentario contrastante de Francisco Morales acerca de los oficios y características de los colonizadores, quien afirma:

...la colonización no fue obra de aventureros. Los tan traídos y llevados criminales fueron pocos (...) las expediciones estuvieron integradas por sectores medios, bajos y capas inferiores o pobres de la nobleza peninsular, en proporción mayor que en la población de España o de cualquier parte de Europa (...) entre el elemento humano que nutrió la corriente conquistadora se percibe la presencia de gran proporción de hidalgos, muchos de ellos muy pobres (...) la conquista fue obra de la nobleza inferior y de gente que había convergido

²⁴ Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo 1, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, p. 362.

²⁵ *Ibidem*, pp. 458-459.

²⁶ *Ídem*.

²⁷ Enrique Semo, *Historia del capitalismo en México*, México, Editorial Era, 1991, p.114.



hacia las ciudades o se había formado en ellas (artesanos, marineros, clérigos, religiosos).²⁸

De esta manera, podríamos resumir que dentro los primeros grupos de emigrantes que fueron llegando al Nuevo Mundo había muy pocos o ningún explorador de metales (también llamado prospector o descubridor), y que los emigrantes correspondían mayormente a reclutados que eran capitaneados por adelantados, gobernadores y altos funcionarios, además de gente común y pobre, religiosos, e incluso mujeres.²⁹ Los mercaderes, capitanes de navío y marineros eran los que cruzaban constantemente el océano Atlántico, dado que eran épocas de conquista, comercio y exploración geográfica de nuevos territorios. Había metales para traer y llevar, no había la necesidad de buscarlos.

EXPEDICIONES, ENCOMIENDA Y ESCLAVITUD

Fue desde la Isla de Cuba de donde se inicia el apoyo para la conquista de México-Tenochtitlan, tal como fue relatado por Colón³⁰ y Cortés³¹ y, de cierta manera, ese lugar se convertiría en el punto de partida de las expansiones y exploraciones hispánicas que contribuyeron al engrandecimiento económico de la Nueva España.

Las expediciones de exploración y conquista territorial lograron de manera particularmente eficaz el control del pueblo mexica desde las primeras décadas del siglo XVI. La eficiente colonización del centro de México se debió, entre otras varias razones, a que los conquistadores se encontraron con poblaciones indígenas bien organizadas y con un gran desarrollo cultural, pero con la costumbre, ampliamente difundida, de pagar tributo.

El grupo mexica era el que controlaba por medio del tributo a la mayoría de los pueblos del área de Mesoamérica,³² A pesar de ello, existían grupos que se resistían al sometimiento y llevaban, por así decirlo, un desarrollo

²⁸ Francisco Morales Padrón, *Historia de España*, tomo 14, América hispana, Madrid, Editorial Gredos, 1986, pp. 131-132.

²⁹ Para un ejemplo de mujeres migrantes véase Juan Francisco Maura, *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005.

³⁰ Cristobal Colón, *Los cuatro viajes testamento*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

³¹ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1985.

³² Pedro Carrasco, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La triple Alianza de tenochtitlan, tetzcoco y tlacopan*, México, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 1996.

independiente del poder central mexica.³³ Fueron varios pueblos los que se aliaron a los españoles para lograr vencer al grupo hegemónico en el poder.

No obstante, el derrumbe del poder mexica no provocó la completa desarticulación cultural de los pueblos mesoamericanos. Al contrario, muchos de ellos, sobre todo los aliados de la conquista y sus clases superiores, se insertaron en la nueva organización española que supo aprovechar las costumbres de sometimiento, tributo y organización estratificada que existían previamente en el mundo prehispánico. Los españoles, al dominar rápidamente el área cultural mexica, lograron imponer su organización a la numerosa población indígena, la cual fue repartida como botín de guerra entre las huestes conquistadoras.³⁴ La experiencia colonizadora previamente llevada a cabo en las Antillas permitió a los conquistadores importar el mismo estilo de trabajo indígena bajo la forma de tributo, de esclavitud y de la institución denominada “encomienda”.³⁵

Además, hubo la promoción de nuevos controles educativos hacia los indígenas, con la ayuda de los frailes mendicantes y con la implantación de las formas institucionales típicas de la corona española. Aquí los frailes mendicantes jugaron un papel sobresaliente, pues fueron también ellos los que lograron conocer, a partir de los llamados *informantes*, cuáles eran las costumbres, ideas y comportamientos de los diferentes pueblos. Entre estos conocimientos estaban los materiales que utilizaban y los lugares de donde podían provenir, por ejemplo los metales y, de cierta manera, cuál era su significado en la cosmogonía prehispánica.³⁶

El estilo religioso de conquista espiritual favoreció la concentración demográfica y, consecuentemente, las actividades agrícolas, manufacturera y, desde luego, minera. De esta manera, el antiguo conocimiento indígena en un principio siguió funcionando y sólo alteró, particularmente, la estructura económica que exigía la intensificación de la productividad y la imposición de

³³ Siempre hubo resistencia, y no sólo al grupo mexica, una muestra de ella es la que presenta John K. Chance, *La conquista de la Sierra. Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*, México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes-CIESAS, 1988, para una región de la Sierra Norte del estado de Oaxaca, donde zapotecos, mixes y chinantecos resistieron al control español hasta casi el último tercio del siglo XVI.

³⁴ Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³⁵ Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores, 2007.

³⁶ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Cien de México, tomo III, 2000.



reglas económicas diferentes a las prevalecientes en la época prehispánica.³⁷ Para lograr todo ello, se requirió la fuerza de trabajo de los indígenas.³⁸

Por consiguiente, los conquistadores repitieron la forma en que logran obtener el oro durante sus expediciones en las regiones del Caribe. Es decir, al llegar a la tierra firme aplicaron el mismo estilo de control, esclavitud y peonaje sobre las poblaciones indígenas.³⁹ En este sentido, Florescano subraya que:

...los españoles se dedicaron a una verdadera caza de esclavos entre 1521 y 1540. Todas las empresas que acometieron en estos años (lavaderos de oro en los ríos, explotación de yacimientos mineros, cultivo de la seda, del añil y de la hierba pastel) fueron precedidas o acompañadas por salvajes incursiones de rescate en los pueblos indios, o por presiones en los pueblos de encomienda para obtener esclavos.⁴⁰

Y, enfatiza que:

...de manera creciente y vigorosa, a partir de 1530 los productos del tributo fueron orientados por los encomenderos a la extracción del oro y la plata. Cientos, miles de indígenas fueron convertidos en esclavos y obligados a trabajar en la extracción de metales preciosos. Decenas de pueblos fueron coaccionados a dar trabajadores, cargadores, materias primas y alimentos en las áreas de explotación minera. La disposición de estos recursos llevó a los encomenderos menos ricos en hombres y tributos a juntarse en compañías dedicadas a la explotación minera, y a los más ricos a fundar las primeras explotaciones (...) mineras en gran escala.⁴¹

Aunado a lo anterior, Florescano remarca:

... lo más notable de estas compañías de encomenderos de escasos recursos y de las empresas más grandes patrocinadas por un solo encomendero poderoso, es que la mayor parte de los medios de producción procedían de los pueblos de indios encomendados. En el alba de la sociedad colonial la base que sostenía estas compañías eran los trabajadores y éstos, en su mayoría eran esclavos indios que los pueblos de encomienda daban a los encomenderos como parte del tributo, aunque también era frecuente que los encomenderos los poseyeran como botín de guerra, y entre 1530 y 1540, que fueran adquiridos por compra.⁴²

³⁷ Francisco R. Calderón, *Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

³⁸ Silvio Zavala, *La esclavitud de los indios*, México, El Colegio Nacional, 1981.

³⁹ Silvio Zavala, *Estudios indianos*, México, El Colegio Nacional, 1984.

⁴⁰ Enrique Florescano, "La formación de los trabajadores en la época colonial, 1521-1750", en Pablo González Casanova (coord.) *La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores, 1996, p. 56, pp. 30-31, 54-55.

⁴¹ *Ídem*

⁴² *Ídem*

En este contexto de encomienda y esclavitud podemos citar también el trabajo de Brígida Von Mentz⁴³ quien, al tratar sobre el trabajo, sujeción y libertad de los pueblos indios, explica cómo se aceleró la esclavitud entre las sociedades indígenas y, con base en varias fuentes tempranas, relata la transición del esclavo indio (*tlacotin*) de las épocas mesoamericanas al esclavo del encomendero y conquistador. Así, Von Mentz al hablar de los trabajadores mineros, destaca:

...llama la atención el hecho de que los trabajadores especializados del conquistador sean indios chontales, o sea de la misma región donde se encontraron los yacimientos de plata de Taxco, Zacualpan o Sultepec (...) Considero que precisamente los habitantes indígenas de esta zona debieron dedicarse ya en el periodo prehispánico al trabajo especializado de la metalurgia (...) Los códices de la zona de Tlapa y de la región que hoy conforma el estado de Guerrero, el Azoyú o el Codex Humboldt, ratifican con sus enlistados de oro laminado y en pepitas la riqueza de ese metal en la zona y el hecho de que sus habitantes se dedicaban a su recolección, extracción y fundición (...) Si los pueblos denominados simplemente extranjeros o chontales por los mexicas, y que habitaban la "Provincia de la Plata" (como se llamó en el siglo XVI la zona de Taxco, Sultepec, Temascaltepec) eran predominantemente lavadores de oro, descubridores de vetas, fundidores y batihojas, sería lógico que el conquistador los haya ocupado como tales.⁴⁴

También Von Mentz⁴⁵ señala que el mismo Cortés, ya para el año de 1543, ocupó a los "chontales" bajo un oficio de nombre, y agrega: "de los datos de sus empresas (...) cinco varones se describen como chontales y los oficios de tres de ellos son descubridor, el otro fundidor y el tercero igualmente fundidor." En consecuencia, si para mediados del siglo XVI seguían existiendo esclavos dedicados a trabajar como descubridores y fundidores de metales, no sería extraño pensar que así sucedió durante toda la primera mitad del mismo siglo. Por otro lado, una vez disminuidos los recursos explotables por los indígenas, se inició la exploración minera hispánica, a partir de la prospección en los lugares de yacimientos minerales previamente descubiertos por los indígenas descubridores y lavadores.

⁴³ Brígida Von Mentz, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial, 1999.

⁴⁴ Brígida Von Mentz, *Trabajo, sujeción y...*, p. 97-98.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 96.



CONOCIMIENTOS PREHISPÁNICOS MINERO-METALÚRGICOS

Son abundantes las publicaciones arqueológicas e históricas que tratan el tema y los saberes⁴⁶ de la minería y de la orfebrería, practicados por las principales culturas mesoamericanas,⁴⁷ y no sólo de esta región americana sino de otras del suroeste norteamericano,⁴⁸ Sudamérica⁴⁹ y Centroamérica,⁵⁰ para dar sólo unos ejemplos.

⁴⁶ Sobre la temática de si los indígenas americanos poseían un sistema de conocimiento lo suficientemente avanzado para compararlo con el conocimiento del mundo occidental parecería que todavía hubiera debate, véase María Teresa Franco, Estela Jiménez Codinach, y María Correa Etchegaray, *Investigaciones sobre minería...* 1973. Cf. Elías Trabulse *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVI*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Fondo de Cultura Económica, 1985. Sin embargo, existen otros especialistas que han hecho un llamado sobre la necesidad de evitar juzgar los conocimientos o formas de pensamiento de las sociedades mesoamericanas bajo un modelo de discurso antropológico típicamente occidental, véase Guy Rozat "El redentor occidental y sus fantasías técnicas", en Enrique Florescano y Virginia García Acosta (coords.) *Mestizajes tecnológicos y cambios culturales en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial, 2004, pp. 262-310. En nuestro caso, no entramos en el debate, pero mostramos evidencias que sustentan el conocimiento sólido sobre minería y metalurgia que tenían las antiguas culturas mesoamericanas.

⁴⁷ Modesto Bargalló, *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955. David Pendergast, "Metal Artifacts from Amapa, Nayarit, Mexico", en *American Antiquity*, vol. 27, núm. 4, 1962, pp. 520-545. Carlos Prieto, *La minería en...* 1968. Miguel León Portilla, *La minería y la metalurgia...* 1984. Hans Roskamp y Mario Rétiz, "An Interdisciplinary Survey of a Copper-Smelting Site in West Mexico: The Case of Jicalán el Viejo, Michoacán", en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (Eds.) *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013.

⁴⁸ Clair C. Patterson, "Native Copper, Silver, and Gold accessible to early metallurgists", en *American Antiquity*, vol. 36, 1971, pp. 286-321. Jay W. Palmer, Mark G. Hollander, Pamela S. Z. Rogers, Timothy M. Benjamin, Clarence J. Duffy, Joseph B. Lambert, y James A. Brown, "Pre-Columbian metallurgy: technology, manufacture, and microprobe analyses of copper bells from the greater southwest", en *Archaeometry*, vol. 40, núm. 2, 1998, pp. 361-382.

⁴⁹ Heather Lechtman, "The production of copper-arsenic alloys in central Andes: highland ores and coastal smelters?", en *Journal of Field Archaeology*, vol. 18, 1991, pp. 43-76. Anne Marie Hocquenghem y Luisa Vetter, "Las puntas y rejas prehispánicas de metal en los Andes y su continuidad hasta el presente", en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 34, núm. 2, 2000, pp.141-159.

⁵⁰ Warwick Bray, "Metallurgy and anthropology: two studies from prehispanic America", en *Boletín del Museo del Oro*, vol. 42, 1997, pp. 37-55. Richard Cooke, Luis A. Sánchez Herrera, y Diana R. Carvajal, "Los pueblos indígenas de Panamá durante el siglo XVI", en *Mesoamérica*, vol. 45, 2003, pp. 1-34.

Nuestro recorrido aborda someramente el área mesoamericana. Para continuar nos referiremos a dos casos particulares: *la Matrícula de Tributos*⁵¹ y *el Lienzo de Jucutacato*.⁵² *La Matrícula de Tributos* es un código prehispánico dedicado a la administración y hacienda pública, donde se hace explícito el tributar oro en forma de polvo, barras y discos, además de hachas de cobre, todo lo cual debería ser entregado por los pueblos que estaban dominados por el grupo mexica⁵³. A través de la copia realizada de *la Matrícula de Tributos*, conocida como *Código Mendocino*⁵⁴ se pueden encontrar también vocablos indígenas que hacen referencia a lugares y materiales con presencia de metales, rocas y pigmentos naturales. Este hecho implica que los pueblos tributarios conocían bien los metales y los sitios de obtención de éstos, para poder incluirlos en su respectivo tributo.

Por su parte, *el Lienzo de Jucutacato* es un documento que contiene la historia del origen y la fundación de asentamientos y pobladores de origen nahua en territorio tarasco.⁵⁵ Este lienzo tiene importancia pues sirvió de prueba para los múltiples conflictos⁵⁶ entre grupos de habitantes originales y, posteriormente, contra españoles, por el control de minas y recursos naturales existentes en esa región del occidente mexicano. Destaca la presencia del cobre⁵⁷ como materia prima para fabricar herramientas, utensilios y piezas rituales. Sin embargo, durante los conflictos se peleaba, incluso entre los españoles, por la explotación y posesión de los recursos minerales, entre los que aparecía el tributo de oro y plata por medio de las encomiendas.⁵⁸ Todo lo cual indica que los antiguos habitantes conocían una manera de encontrar, explotar

⁵¹ Anónimo, "La matrícula de tributos", en *Arqueología Mexicana*, Edición Especial, México, núm. 14, 2003.

⁵² Hans Roskamp, "El Lienzo de Jucutacato. La historia sagrada de los nahuas de Jicalán, Michoacán", en *Arqueología Mexicana*, vol. XXI, núm. 23, 2013, pp. 47-54.

⁵³ Ross Hassig, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del Valle de México en el siglo XVI*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

⁵⁴ María Teresa Franco, Estela G. Jiménez Codinach, y María L. Correa Etchegaray, *Investigaciones sobre minería...* 1973.

⁵⁵ Hans Roskamp y Mario Rétiz, "Jicalán el Viejo, Michoacán: una prospección arqueológica e histórica (resultados primera fase)", en José A. Oliveros Morales (Ed.) *Raíces culturales en la historia de la Tierra Caliente michoacana*, El Colegio de Michoacán, Zamora, México, 2011, pp.167-206.

⁵⁶ Hans Roskamp, *El Lienzo de Jucutacato...*, 2013.

⁵⁷ Benedict J. Warren, "Informe del Lic. Vasco de Quiroga sobre el cobre de Michoacán, 1533", en *Anales del Museo Michoacano*, Tercera época, Morelia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 30-52.

⁵⁸ Benedict J. Warren, *La conquista de Michoacán, 1521-1530*. FIMAX Publicistas, Morelia, México, 1977, pp. 248-249, y 275. Hans Roskamp, "Las matrículas de tributos de Cutzio y Huetamo, Michoacán, siglo XVI", en Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón (Coords.) *Caminos y mercados de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, p. 227.



y fundir metales y minerales, pues cuando llegaron los españoles, alrededor de 1522, esos mismos habitantes pagaban ya tributo a los caciques originarios de la región.

Sobre el conocimiento de los metales, Miguel León Portilla⁵⁹ contribuye con varias investigaciones sobre la base de testimonios aportados por los informantes de Sahagún y otras fuentes y códices que tratan acerca las características, lugares de obtención y significado de varios metales como el oro, la plata y el plomo, según la cosmovisión prehispánica. El oro era conocido como “excrecencia divina amarilla” y la plata como “excrecencia divina blanca”. El oro era recuperado de las arenas de ríos y arroyos, aunque también de excavaciones mineras. Con respecto a otros metales León Portilla refiere lo dicho por los informantes de Sahagún:

Amóchitl, estaño. Su nombre viene de *atl*, “agua” y *móchitl* que quiere decir “espuma”. Puede significar también “vapor de agua”. Así se dice de él que es blanco, un poco como la plata, un poco duro, que aparece un poco allá en las minas, igual que el oro allí está su madre.⁶⁰

Más adelante, citando la misma fuente, reporta:

Temetztlí, plomo. Su nombre viene de *tetl*, “piedra”, y *metztlí*, “luna”, porque a veces se ve, aparece, de noche como un atole extendido. Dicen que es excrecencia o excremento de la luna, blanco pero un poco oscuro... También está en las minas, como el oro; allí se halla también su madre, como venas o vetas en zig zag, dentro de la tierra. Y puede ser lavado, fundido, vuelto líquido, que se derrite. Es oscuro, negro, pesado, muy pesado.⁶¹

Los metales eran tan importantes en la cosmovisión mexica que tenían un dios llamado Xipe como patrono de los orfebres.⁶² Acerca de los hallazgos arqueológicos sobre minería prehispánica, es decir, la explotación minera del sitio mineralizado, se tienen los estudios realizados por Adolphus Langenscheidt⁶³ quien hace énfasis en los lugares de extracción de metales, minerales y rocas. El mismo autor⁶⁴ presenta otras investigaciones sobre el trabajo minero prehispánico en México, donde muestra instrumentos y objetos arqueológicos

⁵⁹ Miguel León Portilla, *La Minería en...*, 1978. Miguel León Portilla, *La Minería y la metalurgia...*, 1984. Miguel León Portilla, *Oro y plata...*, 1997.

⁶⁰ Miguel León Portilla, *La Minería en...* 1978, pp. 18-19.

⁶¹ *Ibidem*, p. 19.

⁶² Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

⁶³ Adolphus Langenscheidt, “Bosquejo de la minería prehispánica de México”, en *Revista Quiipu*, vol. 2, núm.1, 1985, pp.37-57. Adolphus Langenscheidt, “La minería en el área Mesoamericana”, en *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 27, 1997, pp. 6-15.

⁶⁴ Adolphus Langenscheidt, “Las minas y la minería prehispánicas”, en Margarita Velasco Mireles (coord.), *La Sierra Gorda, documentos para su historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 340, 1997, pp. 409-414.

utilizados en las actividades de excavación minera en búsqueda de cinabrio en la región queretana de la Sierra Gorda.

De igual modo, José Luis Carrasco⁶⁵ estudia, para diferentes periodos de ocupación prehispánica, una abundante serie de bocaminas, herramientas para excavación y molienda de mineral, además de material arqueológico diverso que se utilizó durante la extracción y aprovechamiento de cinabrio, en la zona de Soyatal, estado de Querétaro.

Para la zona noroeste de México, se tienen varios registros sobre actividad minera, particularmente en el estado de Zacatecas, en lo que se conoce como cultura Chalchihuites.⁶⁶ Dicha actividad no se refiere a la explotación de metales sino al mineral turquesa, pero aporta con ello certidumbre acerca del conocimiento de la técnica minera de excavación a cielo abierto y la utilización de herramientas y objetos en tiempos prehispánicos.

Finalmente, se tienen investigaciones que dan cuenta de materiales y minas de óxidos de hierro, y ponen de manifiesto el desarrollo tecnológico de la metalurgia a través de la utilización del cobre y sus aleaciones en la porción occidental de México, en los actuales estados de Guerrero y Michoacán,⁶⁷ durante periodos anteriores a la llegada de los españoles.⁶⁸

⁶⁵ José Luis Carrasco, "Trabajos y excavaciones arqueológicas y material recuperado", en Margarita Velasco Mireles (coord.), *La Sierra Gorda, documentos para su historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 340, 1997, pp. 415-502.

⁶⁶ Phil Weigand, "The mines and mining techniques of the Chalchihuites Culture", en *American Antiquity*, vol. 33, núm. 1, 1968, pp. 45-61. Vincent Shrivastava, "La minería prehispánica de chalchihuites", en *Arqueología Mexicana*, vol.1, núm. 6, 1994, pp. 48-51. Fiorella Fenoglio Limón, *Minería en la cultura chalchihuites*, México, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 571, 2011. Dora M. de Grinberg, "Tecnologías metalúrgicas tarascas", en *Revista Ciencia y Desarrollo*, vol. 15, núm. 89, 1989, pp. 37-52. Dora M. de Grinberg, "¿Qué sabían de fundición los antiguos habitantes de Mesoamérica? Parte I", en *Ingenierías*, vol. 7, núm. 22, 2004, pp. 64-70. Luis Torres y Francisca Franco, "La metalurgia tarasca. Producción y uso se metales en Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996. Blanca Maldonado, "Mining and metallurgy, and the evidence for their development in West Mexico", en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (Eds.) *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 51-75.

⁶⁷ No sólo de México también de Sudamérica, de donde se supone llegó el conocimiento metalúrgico al occidente mexicano, véase Dorothy Hosler, "West Mexican Metallurgy: revisited and revised", en *Journal of World Prehistory*, vol. 22, núm. 3, 2009, pp. 185-212.

⁶⁸ Pedro Rodolfo Hendrichs, "Datos sobre la técnica minera prehispánica", en *El México Antiguo*, tomo 5, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1941-1944, pp. 148-160, 179-194 y 311-328. Lawrence Anderson, *La platería en México*, México, Editorial Porrúa, 1956. Humberto Besso-Oberto, "Mina prehispánica de Tecozahuil", en *Arqueología y etnohistoria del Estado de Guerrero*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, pp. 345-350. Dorothy Hosler, "La tecnología de la metalurgia sagrada del Occidente



Todo lo anterior pone en evidencia el conocimiento técnico que tenían los indígenas americanos sobre metalurgia, excavación minera y manipulación y transformación de metales, principalmente, cobre, plata y oro. En consecuencia, se puede afirmar que los pobladores mesoamericanos sabían identificar los materiales y encontrar sus lugares de procedencia mucho antes de la llegada de los españoles.

Pero, ¿cómo buscaban metales y minerales los antiguos pobladores mesoamericanos?, ¿qué criterios utilizaban para identificarlos?, ¿qué características veían en el terreno mineralizado? ¿cuáles eran las señales que les indicaban la presencia de metales y minerales?

DESCUBRIMIENTO DE METALES Y MINERALES

Responder a las preguntas anteriores resulta demasiado complejo, sobre todo porque no se cuenta con un documento prehispánico o español que describa el procedimiento que seguían los indígenas americanos para buscar, identificar, o localizar sitios con metales y minerales asociados. Por otra parte, las cuestiones planteadas poseen implicaciones epistemológicas que tampoco se pueden resolver en este momento. Es por ello que partimos del supuesto de que los antiguos mesoamericanos adquirían primero un conocimiento tácito al seguir enseñanzas prácticas y creencias espirituales para, luego, evaluar sus necesidades cotidianas y tomar decisiones que los llevaban a una acción razonada sobre su entorno natural. El razonamiento daba lugar entonces a una experiencia que se manifestaba en forma de conocimiento práctico, el cual respaldaba su capacidad para identificar, encontrar y ubicar metales, minerales, pigmentos y rocas útiles para sus propósitos. Es probable que el conocimiento se transmitiera entre los practicantes a partir de la observación directa y compartida de manera oral, y de generación en generación.

Consideramos que el trabajo de los descubridores de minas mesoamericanos puede ser comparado con lo que actualmente realiza un gambusino

de México”, en *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 27, 1997, pp. 34-41. Dorothy Hosler y Andrew Macfarlane, “Copper sources, metal production and metal trades in Late Post-classic Mesoamerica”, en *Science*, núm. 273, 1996, pp. 1819-1824. Marco A. Ríos Palma, “La metalurgia: tecnología ancestral en Mesoamérica”, en Ilse A. Álvarez Palma, Sandra G. Pichardo Arellano, y César Salazar Velázquez (eds.) *Ciencia y tecnología. Apuntes para su reflexión en la historia de México*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, A.C., 2012, pp. 11-18. Hans Roskamp y Mario Rétiz, “An Interdisciplinary Survey of a Copper-Smelting Site in West Mexico: The Case of Jicalán el Viejo, Michoacán”, en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (Eds.) *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 29-50.

o un artesano en general. De acuerdo con Pamela H. Smith⁶⁹ existe un *conocimiento artesanal práctico* que prevalece y se diferencia de aquel adquirido de manera teórica y sistemática en lugares específicos de enseñanza, aun cuando no podemos asegurar que esto último sucediera o no, durante la época mesoamericana o novohispana inicial. El trabajo práctico es una forma de adaptarse a la naturaleza o, si se quiere, de apropiarse de ella, como sucedió siglos más tarde en el mundo occidental europeo,⁷⁰ cuando se empezó a forjar el concepto de ciencia, de acuerdo con el cual la observación de la naturaleza, por parte del individuo fue el pilar del desarrollo de las ciencias experimentales modernas.⁷¹

Entonces, preferimos hacer una analogía de actividades, desde las cotidianas hasta las rituales, por parte de los pueblos mesoamericanos. Por un lado, los indígenas americanos clasificaban y utilizaban plantas, frutos, semillas y animales, no sólo para su sustento diario, sino para practicar la herbolaria, la medicina, la colección y la astronomía.⁷² Otro ejemplo es el trabajo detallado que hacían con varias sustancias metálicas, minerales, suelos y rocas, lo cual demuestra la necesidad de contar con habilidades y conocimientos técnicos para un trabajo disciplinado, selectivo y detallado.⁷³ Todos estos saberes están bien documentados.

Por otro lado, al tener materiales y objetos metálicos y líticos finamente terminados es lógico pensar que realizaban actividades de búsqueda, lo cual requiere un proceso que incluye la identificación, la separación y el uso preferencial de lo encontrado. En términos generales, debió utilizarse un procedimiento similar al aplicado en otras actividades ligadas al entorno natural, en donde lo único que cambiaba era el objeto de estudio o, más bien, de búsqueda.

⁶⁹ Pamela H. Smith, *The body of the artisan. Art and experience in the scientific revolution*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004, p. 6.

⁷⁰ Mauricio Nieto Olarte, *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del nuevo mundo*, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad de los Andes, 2006. Juan Pimentel, "The Iberian Vision: science and empire in the framework of the universal monarchy, 1500- 1800", en *Osiris*, vol. 15, 2000, pp. 17-30.

⁷¹ Lorraine Daston, y Elizabeth Lunbeck, *Histories of scientific observation*. Chicago, The University of Chicago Press, 2011.

⁷² Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, 2000. Martín de la Cruz, *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis. Manuscrito azteca de 1552*, vol. I y II, traducción latina de Juan Badiano, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Mexicano del Seguro Social, 1991. Hernán Cortés, *Cartas de relación...*1985. Varios autores, "Animales en el México Prehispánico", en *Imagen Veterinaria*, vol.3, núm. 4, octubre-diciembre, 2003. Jesús Galindo Trejo, "La Astronomía prehispánica en México", en *Lajas Celestes: Astronomía e Historia en Chapultepec*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2003, pp. 15-77. Anthony Aveni, *Skywatchers, Revised and updated version*, Austin, University of Texas Press Austin, 2001.

⁷³ Existen numerosas publicaciones sobre este tema, para un ejemplo general de ellas véase autores varios, "Rocas y minerales del México antiguo", en *Arqueología Mexicana*, número 27, septiembre-octubre, 1997.



En otras palabras, el asumir que cuando los indígenas americanos buscaban minerales metálicos y no metálicos procedían de manera similar a cuando realizaban actividades cotidianas o rituales, y que esas actividades de naturaleza cognitiva coinciden en parte con las que se pueden llevar a cabo en nuestros días, obliga a hacer un repaso de conceptos y procedimientos posiblemente seguidos.

El primer acercamiento a los metales y minerales debió haber sido su identificación, con base en sus características físicas naturales y, después, el reconocimiento de su ubicación en los lugares específicos donde los encontraban. Esto es, la forma de descubrir precisa saber identificar los atributos físicos de los materiales y, después, continuar su búsqueda sobre la superficie del terreno, con la intención de hallarlos en concentraciones naturales⁷⁴ mayores, que actualmente llamamos “menas”.

Una mena es la concentración mayor de cierto metal o mineral que tenga algún tipo interés para extraerlo o recuperarlo.⁷⁵ Claro, no necesariamente se encontraba una mena, podía encontrarse también la llamada “ganga”, que es la roca con bajo contenido de metal,⁷⁶ pero de la cual es posible extraer dicho metal por varios métodos rudimentarios. Por ejemplo, para extraer los metales de plata y cobre diseminados en una roca sería necesario triturar la roca (ganga) que los contiene, y así reducir el conjunto a polvo o fragmentos manipulables, y, posteriormente, usar un procedimiento de separación que permita aislar los metales para su uso y transformación.

Cuando las menas son abundantes en la masa rocosa, entonces el lugar se denomina “yacimiento mineral”.⁷⁷ Así, los yacimientos minerales son masas de roca que portan concentraciones metálicas y no metálicas de diferentes formas y tamaños, particularmente, filones, vetas, bolsas o diseminaciones en zonas determinadas de la roca, que conforma el macizo rocoso.⁷⁸ Muchos de estos yacimientos pudieron convertirse en zonas mineras al ser posteriormente explotados mediante excavaciones profundas por largo tiempo. Esto fue lo que sucedió con los denominados “reales de minas” en la época novohispana.

⁷⁴ Cabe señalar que no sería necesario que existieran abundantes concentraciones, pues en cierta perspectiva, el interés que los indígenas americanos tenían por los metales y minerales no era un interés económico, como lo fue para los españoles novohispanos.

⁷⁵ Douglas G.A. Whitten, y John R.V. Brooks, *A dictionary of Geology*, England, Penguin Books, 1975.

⁷⁶ Michael Allaby, *Oxford Dictionary of Earth Sciences*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

⁷⁷ Yacimiento mineral es también conocido actualmente con el sinónimo de *yacimiento económico*.

⁷⁸ Vladimir I. Smirnov, *Geología de yacimientos minerales*, Moscú, Editorial Mir, 1982. John M. Guilbert, y Charles F. Park, *The Geology of Ore Deposits*, Long Grove, Waveland Press, 2007.

Por otro lado, existen también los llamados “yacimientos de placer”, o simplemente “placeres”, que se originan a partir del intemperismo de los macizos rocosos que contienen metales como el oro, la plata y otras aleaciones naturales. Los placeres se forman como resultado de una concentración mecánica de minerales metálicos de alta densidad y resistencia al deterioro físico y químico.⁷⁹ Es decir, son concentraciones de metales que fueron liberados por la erosión de las rocas que los contenían (separación de la mena y la ganga) y que pasaron a depositarse, conjuntamente con los sedimentos, en cauces de ríos y playas, debido a la acción de la fuerza de gravedad y de su transporte por actividad del agua.

Las propiedades físicas comunes y fácilmente reconocibles a simple vista por alguien que se interese en la búsqueda de metales y minerales son: el color, la dureza, el brillo, la forma, la densidad y, en algunos casos, hasta el tacto, el sabor y el olor, entre otras propiedades físicas. La dureza es una importante propiedad que se asocia también con el color característico del residuo que deja un metal o mineral al ser rayado con algo de mayor dureza. Esta propiedad física de los materiales era muy bien conocida por los indígenas americanos, pues sabían de la dureza necesaria para tallar rocas y minerales como la obsidiana, el cuarzo, la caliza, el basalto y muchas más, utilizadas tanto para esculturas como para edificaciones y manufactura de pigmentos y abrasivos.

El oro nativo, por ejemplo, tiene color amarillo y una brillantez metálica inconfundible, peso específico relativamente alto, buena maleabilidad, resistencia a la alteración química y raya de color igual a su superficie que lo hace fácilmente reconocible. Su gran resistencia a la alteración lo hace casi indestructible en condiciones naturales normales. La plata es igualmente identificable por su color blanco plateado y dureza o, si está alterada, por su coloración gris o negruzca. El cobre tiene brillo metálico y una típica coloración de tonalidad rojiza, aunque, igual que la plata, el cobre es afectado fácilmente por procesos de oxidación superficial que le aporta otras coloraciones.⁸⁰

Por otra parte, en la naturaleza los metales no se encuentran regularmente en forma nativa, sino que con frecuencia constituyen aleaciones o compuestos químicos en los cuales se mezclan elementos químicos en forma de cationes y aniones diferentes, que dan lugar a minerales con propiedades físicas diferentes.

Entonces, la existencia de otros grupos de minerales metálicos y no metálicos que se presentan en un macizo rocoso indica la presencia de ciertos metales nativos dada su afinidad química. Si se identifica algún mineral de esos grupos se puede inferir que hay presencia de un metal específico. Las agrupaciones de minerales según su composición química son: los óxidos,

⁷⁹ Michael Allaby, *Oxford Dictionary of Earth...*, 2008.

⁸⁰ Douglas G.A. Whitten, y John R.V. Brooks, *A dictionary of Geology...*, 1975.



los haluros, los sulfuros, los carbonatos y los silicatos, entre otros más.⁸¹ Así, por ejemplo, tenemos que el oro puede ser nativo o estar asociado a minerales como la silvanita (Au, Ag) Te₂, la calaverita (AuTe₂), la pirita (FeS₂) y el cuarzo (SiO₂). La plata se encuentra con la proustita (Ag₃AsS₃), la pirargirita (Ag₃SbS₃), la argentita (Ag₂S) y la polibasita ([Ag, Cu]₁₆Sb₂S₁₁). Con el cobre se asocian otros minerales tales como la calcosina (Cu₂S) y la bornita (Cu₅FeS₄). El estaño se encuentra en la casiterita (SnO₂) y el plomo en la galena (PbS).

Asimismo, varios grupos de minerales se pueden formar por la alteración que sufre la roca y sus minerales, lo cual da lugar a minerales de características físicas que pueden ser rápidamente reconocibles en el terreno. Por ejemplo, minerales ferrosos en zonas de oxidación son la hematita (Fe²⁺O³⁻), la limonita (FeO•OH•nH₂O), la pirolusita (MnO₂), la cerusita (PbCO₃), la anglesita (PbSO₄) y las ampliamente conocidas malaquita (Cu₂[CO₃](OH)₂), azurita (Cu₃[CO₃]₂(OH)₂) y la crisocola (~Cu₄H₄Si₄O₁₀(OH)₈•nH₂O), con sus colores típicos verde, azul y verde con rojo, respectivamente.

En otras palabras, durante la búsqueda de metales nativos también se encuentran otras agrupaciones mineralógicas con las cuales suelen estar asociados. Estas agrupaciones sirven como indicadores o guías fácilmente reconocibles en el terreno, que hacen patente la presencia de los metales buscados. De este modo, la existencia de metales nativos puede descubrirse al encontrar otros grupos de compuestos químicos del tipo de óxidos, telurios, sulfuros, carbonatos, silicatos, entre otros más.

La búsqueda se hacía en las rocas expuestas en la superficie del terreno, particularmente en barrancas, laderas y acantilados donde se forman cortes naturales, o simplemente promontorios o depresiones que resaltan en el paisaje, lo cual tiene que ver con su resistencia al intemperismo. Y, desde luego, en arroyos, ríos y cañadas donde es posible encontrar fragmentos de rocas y sedimentos fluviales, eluviales e incluso costeros. Las características de los suelos, el material pedregoso, los fragmentos de roca, la distribución de plantas y vegetales particulares también servirían de guías para hallar lugares con mineralizaciones de interés.

Por último, es conveniente señalar dos aspectos aclaratorios. El primero concierne a que el procedimiento arriba indicado es parecido al que todavía se llega a utilizar en la actualidad para prospectar minas, y proviene de un largo proceso inventivo realizado por diferentes culturas en distintos lugares del planeta desde hace muchos siglos. El segundo aspecto es que este procedimiento se ha convertido actualmente en una metodología que se lleva a cabo en la etapa inicial de la exploración regional de cualquier tipo de yacimiento para explotación económica. De ahí que algunos autores distinguen entre la

⁸¹ Los minerales se pueden clasificar o agrupar de acuerdo a su composición química. En general, los minerales formadores de menas son los óxidos, hidróxidos, sulfuros, carbonatos y, desde luego, metales nativos y aleaciones naturales, véase Cornelis Klein, y Cornelius S. Hurlbut, *Manual of Mineralogy*, New York, John Wiley & Sons, 1993.

actividad de exploración y la de prospección, siendo este último término el más apropiado para asignar al descubridor de minerales de la época tanto mesoamericana como del contacto con los españoles. Actualmente, las etapas de aprovechamiento de los metales son: búsqueda y localización (prospección o exploración), extracción y explotación (minería), transformación y beneficio (metalurgia), preparación y uso (manufactura).

CONCLUSIONES

Durante las primeras décadas del contacto entre los mesoamericanos y los españoles, llegaron a América principalmente soldados, colonizadores, marinos, campesinos, religiosos, comerciantes y hasta aventureros, con el fin de lograr exploraciones territoriales, conquistas y comercio. Dada la riqueza en metales encontrada, también arribaron, en menor cantidad y según su oficio, dueños de minas, ensayadores, herreros, plateros, lavadores de oro, quilatadores, veedores de fundición, pero casi ningún buscador de metales y minerales.

Con las encomiendas se comenzó a aprovechar la experiencia española colonizadora y se impulsó el trabajo obligado de los indígenas bajo la forma de tributo y esclavitud, siendo ellos mismos los que explotaban las minas y señalaban los lugares ya conocidos por su contenido mineral. Por su parte, los encomenderos no se preocupaban por contar con buscadores de metal, pues ya contaban con indígenas que tenían ese oficio.

Los hallazgos arqueológicos demuestran que los nativos de las tierras americanas poseían un conocimiento práctico decisivo acerca de la explotación minera, del trabajo metalúrgico y de la orfebrería. En consecuencia, los pueblos mesoamericanos debieron tener gente que buscaba y encontraba sitios mineralizados, los cuales casi siempre explotaban a cielo abierto o en condiciones de poca profundidad terrestre.

El conocimiento tácito adquirido por parte de los buscadores durante la prospección, se apoyaba en la comprensión de las propiedades físicas de los minerales y de las características de terreno.

Los indígenas americanos tenían un conocimiento avanzado, pues colectaban piedras, minerales y metales, localizaban minas y tenían la capacidad técnica de beneficiar esos materiales que estaban ligados a su cosmovisión. De tal forma que podrían ser denominados guías, descubridores o buscadores y fueron quienes se convirtieron, décadas después, en los llamados buscones o gambusinos.

Los buscadores distinguían las características físicas de los minerales, tales como color, dureza, brillo, sabor, peso, etcétera. A través de estas propiedades pudieron identificar claramente la mayoría de los minerales que se encontraban en la naturaleza.

Gracias a que conocían las propiedades físicas de la materia mineral, buscaban en las rocas y hacían recorridos en las partes altas de los cerros,



en tajos naturales, en cañadas y en fracturas de la masa rocosa, tratando de identificar la presencia de vetas, filones y bolsas de minerales, con base en las coloraciones de manchas, brillantez de las partículas, peso de las rocas y su facilidad de desprendimiento de las laderas montañosas.

Dichas propiedades funcionaban como indicadores que se podían observar directamente en fragmentos de roca, estratos intercalados, depósitos de bloques desprendidos y arrastrados o, simplemente, aflorando en la superficie del terreno. En caso contrario, realizaban pequeñas calas o agujeros en el terreno hasta encontrar diferencias en las propiedades físicas del suelo, de sus estratos y de las rocas circundantes, con la intención de encontrar, por ejemplo, manchas de colores típicos de oxidación de hierro. Esto tenía que ver también con la época del año y la zona climática en la que se hacía la prospección, la cual se realizaba no solamente en las laderas de cerros, mesetas y planicies, sino también en las orillas de ríos, arroyos y cuerpos de agua, en donde fuera posible que se acumularan los minerales en los sedimentos de arrastre para formar placeres.

La presencia o ausencia de vegetación podía ser, en ocasiones, signo de ayuda para comprobar la existencia de cierto tipo de minerales, ya que algunos de ellos son tóxicos, como ciertos sulfuros, además de que no permiten el crecimiento de abundante vegetación. Asimismo, algunas características del agua de manantiales como su color y sabor, podían aportar evidencias para localizar menas y vetas.

Una vez encontrado el metal, o los indicios de su presencia, seguía una etapa de excavación en forma de hoyos, tajos o túneles de poca profundidad, utilizando mazos, martillos y cuñas fabricadas con piedra, madera y astas de animales. Posteriormente, molían sobre piedra el material recuperado, limpiaban, cernían y separaban metales para elaborar objetos, en pocas palabras, llevaban a cabo todas las etapas que incluso actualmente se practican en el medio minero.

Esta forma de aproximarse a la naturaleza por parte de la población mesoamericana aún es poco entendida. Su estudio en detalle, bajo una óptica antropológica, ayudaría a comprender sus peculiaridades, sus objetivos de conocimiento y sus patrones para explicar otra manera de transmisión cultural anterior a la instauración de la denominada "investigación científica".

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, René, *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982-1988.
- Agricola, Georgius, *De Re Metallica*, New York, Dover, 1950.
- Álvarez Peláez, Raquel, "Felipe II, la Ciencia y el Nuevo Mundo", en *Revista de Indias*, vol. LIX, núm. 215, pp. 9-30.
- Allaby, Michael, *Oxford Dictionary of Earth Sciences*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- Anderson, Lawrence, *La platería en México*, México, Editorial Porrúa, 1956.
- Anónimo, "La matrícula de tributos", en *Arqueología Mexicana*, Edición Especial, México, núm. 14, 2003.
- Aveni, Anthony, *Skywatchers, Revised and updated version*, Austin, University of Texas Press Austin, 2001.
- Bakewell, Peter J., *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Bargalló, Modesto, *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Besso-Oberto, Humberto, "Mina prehispánica de Tecozahuatl", en *Arqueología y etnohistoria del Estado de Guerrero*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, pp. 345-350.
- Biringuccio, Vannoccio, *The Pirotechnia of Vannoccio Biringuccio: The Classic Sixteenth-Century Treatise on Metals and Metalurgy*, New York, Dover, 2006.
- Boyd-Bowman, Peter, *Índice biogeográfico de más de 56 mil pobladores de la América hispánica, 1493-1519*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Brading, David A., *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bray, Warwick, "Metallurgy and anthropology: two studies from prehispanic America", en *Boletín del Museo del Oro*, vol. 42, 1997, pp. 37-55.



- Calderón, Francisco R., *Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Carrasco, José Luis, "Trabajos y excavaciones arqueológicas y material recuperado", en Margarita Velasco Mireles (coord.), *La Sierra Gorda, documentos para su historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 340, 1997, pp. 415-502.
- Carrasco, Pedro, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La triple Alianza de tenochtitlan, tetzcoco y tlacopan*, México, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 1996.
- Chance, John K., *La conquista de la Sierra. Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*, México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes-CIESAS, 1988.
- Colón, Cristobal, *Los cuatro viajes testamento*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1985.
- Cooke, Richard, Luis Sánchez Herrera, y Diana Carvajal, "Los pueblos indígenas de Panamá durante el siglo XVI", en *Mesoamérica*, vol. 45, 2003, pp.1-34.
- Cubillo Moreno, Gilda, *Los dominios de la plata, el precio del auge, el peso del poder: empresarios y trabajadores en las minas de Pachuca y Zimapán, 1552-1620*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Divulgación, 1991.
- Daston, Lorraine y Elizabeth Lunbeck, *Histories of scientific observation*. Chicago, The University of Chicago Press, 2011.
- Delgado López, Enrique, "Las Relaciones Geográficas como proyecto científico en los albores de la modernidad", en *Estudios Mesoamericanos*, Nueva época, núm. 9, julio-diciembre, 2010, pp. 97-106.
- De Grinberg, Dora M., "Tecnologías metalúrgicas tarascas", en *Revista Ciencia y Desarrollo*, vol. 15, núm. 89, 1989, pp.37-52.
- . "¿Qué sabían de fundición los antiguos habitantes de Mesoamérica? Parte I", en *Ingenierías*, vol. 7, núm. 22, 2004, pp. 64-70.
- De la Cruz, Martín, *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis. Manuscrito azteca de 1552*, vol. I y II, traducción latina de Juan Badiano, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Mexicano del Seguro Social, 1991.

De Las Casas, Bartolomé, *Historia de las Indias*, tomo 1, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.

Enciso de la Vega, Salvador, "Algunos datos para la cronología de la minería y la geología en México", en *Geomimet*, 3ª época, núm. 104, 1980, pp. 63-72.

Fenoglio Limón, Fiorella, *Minería en la cultura chalchihuites*, México, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 571, 2011.

Florescano, Enrique (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

———. "La formación de los trabajadores en la época colonial, 1521-1750", en Pablo González Casanova (coord.) *La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores, 1996, pp. 9-124.

Franco, María Teresa, Estela Jiménez Codinach, y María Correa Etchegaray, "Investigaciones sobre minería prehispánica en testimonios históricos", en *Geomimet*, núm. 62, México, 1973, pp. 19-23/31-38.

Galindo Trejo, Jesús, "La Astronomía prehispánica en México", en *Lajas Celestes: Astronomía e Historia en Chapultepec*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2003, pp. 15-77.

Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores, 2007.

Guilbert, John M., y Charles F. Park, *The geology of ore deposits*, Long Grove, Waveland Press, 2007.

Gurría Lacroix, Jorge, "La minería, señuelo de conquistas y fundaciones en el Siglo XVI novohispano", en *Minería Mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, pp. 39-62.

Gutiérrez López, Edgar, *Economía política de la agrominería en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 407, 2000.



- Hamilton, Earl J., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000.
- Hassig, Ross, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del Valle de México en el siglo XVI*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- Hendrichs, Pedro Rodolfo, "Datos sobre la técnica minera prehispánica", en *El México Antiguo*, tomo 5, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1941-1944, pp. 148-160, 179-194 y 311-328.
- Herrera Canales, Inés (coord.), *La minería mexicana. De la colonia al siglo XX*, México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Económicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- Hocquenghem, Anne Marie y Luisa Vetter, "Las puntas y rejas prehispánicas de metal en los Andes y su continuidad hasta el presente", en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 34, núm. 2, 2000.
- Hosler, Dorothy, "La tecnología de la metalurgia sagrada del Occidente de México", en *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 27, 1997, pp. 34-41.
- 66 ————. "West Mexican Metallurgy: revisited and revised", en *Journal of World Prehistory*, vol. 22, núm. 3, 2009, pp. 185-212.
- Hosler, Dorothy y Andrew Macfarlane, "Copper sources, metal production and metal trades in Late Postclassic Mesoamerica", en *Science*, núm. 273, 1996, pp. 1819-1824.
- Klein, Cornelis y Cornelius S. Hurlbut, *Manual of Mineralogy*, New York, John Wiley & Sons, 1993.
- Krickeberg, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Lang, Marvin, "La tecnología alemana en la minería virreinal", en *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2002, pp. 55-63.
- Langenscheidt, Adolphus, "Bosquejo de la minería prehispánica de México", en *Revista Quipu*, vol. 2, núm.1, 1985, pp.37-57.
- . "La minería en el área Mesoamericana", en *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 27, 1997.

- . “Las minas y la minería prehispánicas”, en Margarita Velasco Mireles (coord.), *La Sierra Gorda, documentos para su historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Científica núm. 340, 1997.
- Lechtman, Heather, “The production of copper-arsenic alloys in central Andes: highland ores and coastal smelters?”, en *Journal of Field Archaeology*, vol. 18, 1991.
- León Portilla, Miguel, *La Minería en México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- , “La Minería y la metalurgia en el México Antiguo” en *Minería Mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, pp. 3-30.
- León Portilla, Miguel, Oro y plata de Mesoamérica vistos por indígenas y europeos, en *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 27, 1997.
- López Piñero, José María, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Editorial Labor, 1979.
- Maldonado, Blanca, “Mining and metallurgy, and the evidence for their development in West Mexico”, en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (Eds.) *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 51-75.
- Marichal, Carlos, *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Martínez, José Luis, *Pasajeros de Indias*, México, Alianza Universidad, 1984.
- Martínez Villarroya, Javier, *Las estructuras antropológicas del imaginario órfico. El centro, la cratera y el niño*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 2003.
- Maura, Juan Francisco, *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005.
- Morales Padrón, Francisco, *Historia de España*, tomo 14, América hispana, Madrid, Editorial Gredos, 1986.
- Nieto Olarte, Mauricio, *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del nuevo mundo*, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad de los Andes, 2006.



- Palmer, Jay W., et al., "Pre-Columbian metallurgy: technology, manufacture, and microprobe analyses of copper bells from the greater southwest", en *Archaeometry*, vol. 40, núm. 2, 1998, pp. 361-382.
- Patterson, Clair C., "Native Copper, Silver, and Gold accessible to early metallurgists", en *American Antiquity*, vol. 36, 1971, pp. 286-321.
- Pendergast, David, "Metal Artifacts from Amapa, Nayarit, Mexico", en *American Antiquity*, vol. 27, núm. 4, 1962, pp. 520-545.
- Pérez, Joseph, "Carlos V y el Atlántico", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 51, 2005, pp. 271-284.
- Pesquera Velázquez, Rubén, "Principales minas antiguas inactivas o parcialmente trabajando en México", en *Geomimet*, núm. 96, 1978, pp. 41-48, 53-60.
- Pimentel, Juan, "The Iberian Vision: science and empire in the framework of the universal monarchy, 1500- 1800", en *Osiris*, vol. 15, 2000, pp. 17-30.
- Portuondo, María, *Secret Science-Spanish Cosmography and the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009.
- 68 Powell, Philip W., *Soldiers, indians and silver. The northward advance of New Spain. 1550-1600*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1952.
- Prieto, Carlos, *La minería en el nuevo mundo*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1968.
- Randall, Robert W., *Real del Monte: una empresa minera británica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Ríos Palma, Marco A., "La metalurgia: tecnología ancestral en Mesoamérica", en Ilse A. Álvarez Palma, Sandra G. Pichardo Arellano, y César Salazar Velázquez (eds.) *Ciencia y tecnología. Apuntes para su reflexión en la historia de México*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, A.C., 2012, pp. 11-18.
- Rodríguez-Sala, María Luisa, "Tres constructores de obras científico-técnicas de minería y metalurgia en la Nueva España del siglo XVII: Luis Berrio de Montalvo, Jerónimo de Becerra y Juan del Corro", en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LVII, núm. 2, 2000, pp. 631-659.

Roskamp, Hans, "Las matrículas de tributos de Cutzio y Huetamo, Michoacán, siglo XVI", en Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón (coords.) *Caminos y mercados de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, pp. 221-238.

———. "El Lienzo de Jucutacato. La historia sagrada de los nahuas de Jicalán, Michoacán", en *Arqueología Mexicana*, vol. XXI, núm. 23, 2013, pp. 47-54.

Roskamp, Hans y Mario Rétiz, "Jicalán el Viejo, Michoacán: una prospección arqueológica e histórica (resultados primera fase)", en José A. Oliveros Morales (Ed.) *Raíces culturales en la historia de la Tierra Caliente michoacana*, El Colegio de Michoacán, Zamora, México, 2011, pp. 167-206.

———. "An Interdisciplinary Survey of a Copper-Smelting Site in West Mexico: The Case of Jicalán el Viejo, Michoacán", en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (Eds.) *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 29-50.

Rozat, Guy, "El redentor occidental y sus fantasías técnicas", en Enrique Florescano y Virginia García Acosta (coords.) *Mestizajes tecnológicos y cambios culturales en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial, 2004, pp. 128-150.

Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Cien de México, tomo III, 2000.

Sánchez Martínez, Antonio, "Ciencia ibérica y mundo atlántico", en *Dynamis*, vol. 31, núm. 1, 2011, pp. 245-259.

Semo, Enrique, *Historia del capitalismo en México*, México, Editorial Era, 1991.

Shiavitti, Vincent, "La minería prehispánica de chalchihuites", en *Arqueología Mexicana*, vol.1, núm. 6, 1994, pp. 48-51.

Simmons, Scott E., y Aaron N. Shugar, "Archaeometallurgy in Ancient Mesoamerica" en Aaron N. Shugar y Scott E. Simmons (eds.), *Archaeometallurgy in Mesoamerica. Current approaches and new perspectives*, Boulder, University Press of Colorado, 2013, pp. 1-28.



- Smirnov, Vladimir I., *Geología de yacimientos minerales*, Moscú, Editorial Mir, 1982. John M. Guilbert, y Charles F. Park, *The Geology of Ore Deposits*, Long Grove, Waveland Press, 2007.
- Smith, Pamela H., *The body of the artisan. Art and experience in the scientific revolution*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.
- Torres, Luis y Francisca Franco, "La metalurgia tarasca. Producción y uso se metales en Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, pp. 51-75.
- Trabulse, Elías, *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVI*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Uribe Salas, José A. (coord.), *Recuento histórico bibliográfico de la minería en la región central de México, México*, Departamento de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1994.
- Varios Autores, *Imagen Veterinaria. Animales en el México Prehispánico*, vol.3, núm.4, octubre-diciembre, 2003.
- Varios Autores, *Arqueología Mexicana. Rocas y minerales del México antiguo* número 27, septiembre-octubre, 1997.
- Velasco Ávila, Cuauhtémoc, et al., *Estado y Minería en México (1767-1910)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Von Mentz, Brígida, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial, 1999.
- Warren, Benedict J., "Informe del Lic. Vasco de Quiroga sobre el cobre de Michoacán, 1533", en *Anales del Museo Michoacano*, tercera época, Morelia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 30-52.
- . *La conquista de Michoacán, 1521-1530*. FIMAX Publicistas, Morelia, México, 1977.
- Weigand, Phil, "The mines and mining techniques of the Chalchihuites Culture", en *American Antiquity*, vol. 33, núm. 1, 1968, pp. 45-61.

Whitten, Douglas G.A. y John R.V. Brooks, *A dictionary of Geology, England*, Penguin Books, 1975.

Wilckens Ureta, Alexander, "Carlos V 1500-1558", en *Revista Archivum*, núm. 51, 2002, pp. 247-257.

Zavala, Silvio, *La esclavitud de los indios*, México, El Colegio Nacional, 1981.

———. *Estudios indianos*, México, El Colegio Nacional, 1984.



De tesoros y reliquias a vestigios arqueológicos. La Nueva España

Rosa Brambila Paz
Dirección de Etnohistoria, INAH

RESUMEN

La idea de que la arqueología mexicana se inventa en la Ilustración está muy extendida. Sin embargo, desde tiempo antes, los vestigios del pasado están insertos en la vida cotidiana y despiertan una curiosidad tal que lleva a discutirlos y explicarlos. Este trabajo conduce la mirada hacia las diferentes perspectivas que hubo sobre los objetos mesoamericanos en el periodo colonial. Al analizar cómo se transformaron los significados que cada sector novohispano dio a los objetos del pasado, se subrayan las circunstancias que impulsaron el pensamiento y dieron origen al carácter científico de las disciplinas sociales.

72

ABSTRACT

The idea that Mexican archeology is an invention of the Enlightenment period is widespread. However, the vestiges of the past are embedded in everyday life and awaken a curiosity that leads to their discussion and investigation. This work directs the focus toward the ideas that the different social groups had about the prehispanic objects during the colonial period. To see how each social sector gave meanings to the objects of the past highlights the circumstances that prompted thought and gave rise to the scientific disciplines toward the end of the 18th century.

Palabras clave: Arqueología, Nueva España, territorio, Mesoamérica, historia.

INTRODUCCIÓN

En la vida cotidiana, el pasado prehispánico está más presente de lo que se piensa. A lo largo del día, uno se topa con múltiples manifestaciones de la antigüedad: en la arquitectura, anuncios de cerveza, telenovelas, videojuegos, dichos populares, documentales, etcétera. Si las reminiscencias del pasado antiguo son parte de la cultura popular, es sin duda porque se trata de un tema de amplio reconocimiento y relevancia social. Esto no es nuevo. El hombre

siempre ha recolectado, conservado y atesorado elementos que no tienen otra utilidad que aportar señales de un pasado más o menos lejano. Esa actividad adquiere el carácter de asignatura científica cuando construye modelos explicativos de los fenómenos sociales pasados.

Durante el siglo XIX, se pensaba que los componentes estructurales de la sociedad poseían cierto grado de autonomía que autorizaba su análisis de manera aislada. En este contexto germinan las disciplinas que hoy integran las ciencias sociales y humanas. Como parte de esa fragmentación de la sociedad y del conocimiento, se deslindaron los quehaceres de historiadores y arqueólogos. Las sociedades “letradas” y en consecuencia “civilizadas” serían el campo de estudio de los primeros, mientras que a la arqueología se le asignó la tarea de examinar las sociedades “sin historia”, entendidas como aquellas sin documentos escritos acreditadores de su devenir. Así, la arqueología surge como un medio para hacer accesible el pasado a través de objetos y marcas de la historia en el paisaje. Resulta ser una ciencia de lo tangible.

Al pretender explicar una cultura a través de las cosas que produce, la arqueología transmuta los objetos en signos y hechos, los transforma en una fuente de información. Los objetos, inertes, sobreviven en un mundo al que ya no pertenecen. Así, para que los objetos hallados en la tierra se consideren signos históricos, es necesario que la mirada del observador sea, en sí misma, histórica o antropológica. La observación sistemática de los rastros del pasado conduce forzosamente a la descripción de los lugares que tiene la rúbrica del tiempo humano. Para establecerse y perdurar, el devenir social tiene necesidad de apoyarse en un rincón del territorio, con vestigios que señalan el espacio y construyen zonas de recuerdos. Investir los objetos y marcar un territorio como parte del pasado es la fuerza de la arqueología.¹

La idea de que a través de los objetos y su ubicación en un espacio puntual se puede conocer el pasado sustenta la propuesta de que la arqueología debe argumentar a la manera de las matemáticas, es decir, usando premisas y reglas lógicas claras, que se deben interpretar como una normatividad epistemológica propia.² Este proceso tiene lugar cuando se añaden capas de significado al significado original del objeto y paisaje en cuestión. Lo que implica asumir la práctica arqueológica como productora de conocimiento.

Gracias al expansionismo del mundo occidental, los europeos se toparon con sociedades que agruparon bajo el apelativo genérico de “bárbaras”, a las cuales incorporaron de manera subordinada y dependiente a sus ámbitos de influencia. Tales empresas avasalladoras no sólo ignoraron la historia de los pueblos colonizados, sino que frenaron su estudio como una estrategia efectiva para subyugarlas. Así, se les implantó una concepción hegemónica de lo que es el pasado, con la pretensión de hacer pasar conceptos creados para

¹ Alain Schnapp, *La conquête du passé*, Paris, Éditions Carré, 1993.

² Jean-Claude Gardin, *La logique du plausible. Essais d'épistémologie pratique*, Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1981.



Occidente como universales.³ El origen foráneo de los discursos científicos complicó seriamente el reconocimiento de discursos propios, especialmente en territorios como la Nueva España, que era una colonia.

En México, a finales del siglo XVIII, Francisco Xavier Clavijero lamenta en su *Carta a la Real y Pontificia Universidad de México* la falta de interés en las antigüedades mexicanas, como si hasta entonces nadie se hubiera interesado por los objetos del pasado americano. Algunos lustros después, Benito de Moxó describe y juzga el culto del que fue objeto la recién descubierta Coatlicue y la práctica ritual de los otomíes en cuevas, como si fuera una novedad.⁴ Podemos suponer que los estudiosos deseaban sacudir el juicio europeo que calificaba a las sociedades americanas como incivilizadas. Para lograrlo, ellos mismos aplicaron su visión europeizada de la historia, sin tomar en cuenta que durante 300 años en la Nueva España hubo diversos acercamientos a los objetos que guardaban el pasado de las poblaciones originarias, y sin considerar las versiones de los primeros cronistas. Con ello obliteraban la conformación de la malla sostén de los paradigmas que se consolidarían en la era positivista.

En la historia de la arqueología mexicana con frecuencia se recalca la labor de los individuos que concretaron la disciplina. Algunos estudiosos reconocen que los primeros pasos del quehacer arqueológico se dieron en los inicios del siglo XX, con la consolidación del positivismo en las esferas académicas nacionales; otros los remontan a épocas anteriores y resaltan algunas prácticas como si fueran esporádicas. En las páginas que siguen se pretende atisbar las diferentes actividades novohispanas que, en varios grados y formas, se acercaron a las antigüedades. El interés en el periodo colonial se apoya en las premisas de a) que el conocimiento se fragua dentro de una colectividad, y b) que el conocimiento especializado entra en conflicto con otros saberes.⁵

Antes de aproximarnos a ciertas posturas novohispanas frente a los objetos, es necesario tomar en cuenta que cuando se descubre América los europeos estaban transformando la manera de acercarse al pasado a través de los objetos. Entre los siglos XIV y XVI, los letrados italianos –con impulso renacentista– echaron los cimientos académicos para el estudio del pasado.

³ Víctor M. Fernández Martínez, “Arqueología y patrimonio en el mundo postoccidental: estudio de dos casos de Etiopía”, en Carlos Ferrer García y Jaime Vives-Fernández Sánchez (eds.), *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio arqueológico, territorio y museo*, Valencia, Museu de Prehistòria de València, Diputació de Valencia, 2012, pp. 7-30.

⁴ Francisco Javier Clavijero, “Carta a la Real y Pontificia Universidad de México”, en *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1945, pp. 21-22; Benito María de Moxó, *Cartas mejicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, Fundación Miguel Alemán, A.C., 1999, pp. 215-274.

⁵ Poco a poco en las historias de la arqueología mexicana se enfatiza el contexto en que surgen las ideas explicativas del pasado, véase Navarrete, Carlos, *Palenque, 1784: El inicio de la aventura arqueológica maya*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Durante las modificaciones urbanas de Roma descubrieron el mundo grecorromano que les maravilló. Se inició así un movimiento, tanto erudito como popular, que se declaró partidario de la Roma clásica. Como consecuencia de esta admiración por la Antigüedad y del deseo de imitar tanto su forma de gobierno como sus obras artísticas y literarias, se desarrolló un nuevo interés por los restos materiales (especialmente epígrafes, monedas, joyas y monumentos insertos en la geografía). Se hizo frecuente la práctica de coleccionar y estudiar los “sellos de la historia” que lacran el territorio. Alejandro Farnese (Papa Pablo III) creó, el 28 de noviembre de 1534, el cargo de Comisario della Antichità. El acercamiento a los vestigios arqueológicos se acompañó de la crítica a las fuentes escritas. De este modo, se puso en cuestión la veracidad de los documentos pues lo que se ve y se toca es más confiable que la palabra escrita. Pero la obtención de reliquias tuvo también otra cara: algunos individuos deseaban poseerlas para obtener prestigio y riqueza. Ambas perspectivas se manifestaron en España.⁶

La corte de Nápoles fue el eslabón que enlazó el mundo de la península ibérica con Italia. Alfonso V de Aragón, IV de Cataluña y I de Nápoles residía entonces en la capital de Campania, entre 1443 y 1458. Allí entró en contacto con el movimiento renovador que llevaría a producir un cambio profundo de mentalidades en Europa. Su afición por la literatura clásica culminó con la creación de una gran biblioteca, en la que artistas y filósofos encontraban un espacio adecuado para su desarrollo, dentro de un ambiente que también era afín a las curiosidades de la tierra. Los Reyes Católicos (1475-1516) –que buscaban la unidad territorial, la centralización del poder y el control sobre la iglesia– fueron herederos de esa corriente humanista. La inquietud por conocer de forma sistemática el pasado de España, respaldó la necesidad política de generar un nexo común que trascendiera la diversidad de costumbres, lenguas y tradiciones de la península ibérica. Este espíritu, en cierta medida, pasó a América.⁷

⁶ La mirada de los diferentes reinos de la península italiana a los objetos de la antigüedad clásica está bosquejada por Anthony Grafton, *Rome Reborn. The Vatican Library and Renaissance Culture*, Washington, Library of Congress, 1993; Vittorio Braco, *La lunga illusione dell'archeologia*, Roma, Lit Edizioni, 1979. Sobre la disputa de la veracidad de la palabra escrita, la tradición oral y los objetos véase Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005; y Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁷ José Alcina Franch, *El descubrimiento científico de América*, Barcelona, Editorial Antropos, 1988.



DESCUBRIR TESOROS

Los recién llegados a los territorios de las antiguas culturas americanas muy pronto descubrieron en ellos ciertas alteraciones en el paisaje. Lugares que habían sido construidos y abandonados por sus antiguos habitantes y que, al paso del tiempo, se cubrieron de vegetación y tierra. Eran tan abundantes en la Nueva España, que merecieron un vocablo particular: “cues”. Montículos que contenían una diversidad de objetos que las ilusiones europeas fácilmente supusieron tesoros o, por lo menos, imaginaron que encerraban algún tipo de riqueza. De acuerdo con el pensamiento religioso español, estos objetos procedían del error, el engaño y la idolatría. Las crónicas relatan que desde los primeros días de su llegada, los españoles recuperaban para sí piezas elaboradas en materiales preciosos como oro y alabastro, amén de obras diversas. Estos beneficios eran útiles para la adquisición de bienes en España. Por ejemplo, Hernando de Camargo, en 1534, importó oro y plata para acuñar monedas, con las que pagaría tierras compradas al obispo de Zamora.⁸

Como estas lucrativas expediciones se hicieron frecuentes, los reyes se vieron en necesidad de legislar la extracción de objetos para asegurar su parte. La norma jurídica estableció que todo lo desenterrado pertenecería a la Corona. Además, en este precepto se reglamentó que para sacar objetos de sepulturas o adoratorios se requería una autorización en la que se fijaría el monto y partes en que se dividiría el botín. El solicitante haría el descubrimiento con recursos propios y se obligaba, por medio de una fianza, a pagar los daños que sufrirían los dueños del terreno. Por su parte, la autoridad local comisionaría a una persona “de confianza, rectitud y satisfacción” para acompañar al explorador y tasar lo descubierto. Es importante remarcar que a los indios se debía aplicar lo ordenado con los españoles, y que iglesias y visitantes no tenían derecho a tesoros ni bienes de los lugares sagrados de los indios.⁹

Dicha normatividad se aplicó, por ejemplo, a la excavación que, el 22 de febrero de 1564, comenzó Hernando Arias en las cercanías del pueblo de Tepapayeca, Puebla. El alcalde mayor de Izúcar lo detuvo y, para proseguir el descubrimiento del supuesto tesoro, Arias debió solicitar licencia. El Virrey don Luis de Velasco se la otorgó, a condición de que lo descubierto se llevara a la casa de fundición en la ciudad de México. La concesión advertía sobre el castigo que se administraría en caso de daño o perjuicio a los indios.

⁸ Véase documento 1 del anexo.

⁹ “De los tesoros, depósitos y rescates”, en Andrés Ortega, *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias*, tomo tercero, libro octavo, título XII, Madrid, 1774. Para estudios recientes sobre la legislación novohispana de los monumentos precolombinos véase: Sonia Lombardo de Ruiz, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998; María de Lourdes López Camacho, “El caso particular de la legislación sobre los monumentos arqueológicos”, en *Revista de la Facultad de Derecho*, no. 294, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. 185-204.

No todos los vestigios de la civilización prehispánica podían pasar por la casa de fundición. En ocasiones eran aprovechados de forma directa, como lo demuestra el caso de la licencia para extraer dos mil carretadas de material que se otorgó al Licenciado Marcelino Cabello. Dicho material se arrancó de un muro que “estaba perdido e sin que persona alguna tuviese aprovechamiento ni señorío de ella y había sido echadiza e puesta en el tiempo de Moctezuma”.¹⁰

Obtener riqueza a partir de lo que se descubría en las entrañas de la tierra se ha reconocido como una práctica característica del periodo colonial. Esta actividad, sin embargo, no desapareció en la subsecuente historia del México. No se usurpan los objetos antiguos por interés de conocer el pasado. La avidez, pasada y presente, no obstante, ha sido parte de la tramoya que señala lugares ricos en objetos.

CONSERVAR RELIQUIAS

Junto al panorama marcado por el pillaje y latrocinio hubo espíritus humanistas. En ocasiones, los castellanos enviaron a la península regalos de gobernantes y objetos producto del expolio. Tales obras terminaron como curiosidades en manos de la corte, la nobleza o el clero y, con el tiempo, se consideraron de valor para conocer a los americanos.¹¹ La costumbre de los “regalos” y su conservación se prolongó hasta el siglo XVIII. Los estudios de Andrés Ciudad

¹⁰ Véanse documentos 2 a 4 del anexo. En este apartado se presenta una selección de texto que ejemplifican las diferentes facetas de la extracción de objetos antiguos. Poco a poco se difunden las fuentes documentales para conocer la historia de la disciplina.

¹¹ Es cierto que la Corona, en su empeño hegemónico, inhibió el desarrollo de herramientas novohispanas de comprensión histórica, como sucedió en los casos de Boturini y de Sahagún. Una cédula real de Felipe II del 22 de abril de 1577 ordenaba al virrey Enríquez respecto a la obra de Sahagún: “ha parecido que no conviene que este libro se imprima ni ande de ninguna manera en esas partes, por algunas causas de consideración; y así os mandamos que luego que recibáis esta nuestra cédula, con mucho cuidado y diligencia procuréis haber estos libros, y sin que de ellos quede original ni traslado alguno, los enviéis a buen recaudo en la primera ocasión a nuestro Consejo de las Indias para que en él se vean; y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera, persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro”; *apud* Miguel León Portilla, *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional, 1999, pp. 167-168. En lo que se refiere al italiano, su colección de manuscritos fue confiscada por el gobierno virreinal en 1743. Boturini recabó información y recursos para la coronación de la imagen de Guadalupe. En el transcurso de sus gestiones se interesó por el mundo prehispánico, del cual recopiló información. La supuesta ilegalidad de su presencia y de sus actividades en la Nueva España motivó su encarcelamiento y la incautación de sus bienes.



Ruiz y Ma. Josefa Iglesias constatan el permanente interés de conquistadores, funcionarios, religiosos y colonos de la América española por la historia indígena y sus manifestaciones materiales.¹² En la Nueva España, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, civiles y religiosos examinaron antiguallas y visitaron sitios arqueológicos. Sus descripciones servían a divagaciones varias sobre los orígenes y particularidades de lo americano. Entre ellos, Carlos de Sigüenza y Góngora, quien, además de coleccionar documentos antiguos, excavó un monumento arqueológico para esclarecer un problema histórico.¹³

La secular transformación del modo de custodiar el pasado, estudiar la antigüedad e interrogarse sobre su relación con el estado presente es vista, en las descripciones de la arqueología occidental, como una continuidad. Desde esta perspectiva, el cometido del arqueólogo estaría enraizado en el del anticuario.¹⁴ Este aspecto se omite en las crónicas sobre la arqueología mexicana. En el mejor de los casos, los historiadores de la museística nacional hacen alguna mención al respecto.¹⁵ El estigma de considerar diabólicos los objetos o de valorarlos porque son fuente de riqueza es lo que más llama la atención, por lo que no es tarea fácil hablar de los aficionados a compilar objetos curiosos durante la Colonia. Sin embargo, existen indicios al respecto, y los estudiosos contemporáneos empiezan a tocar el tema.

En su *Diálogo Primero*, Francisco Cervantes de Salazar, en boca de Gutiérrez, recién llegado a la Nueva España, acepta la natural inclinación de querer detenerse en lo que percibe por primera vez, y declara: “Dígotte todo esto para que entiendas, que no la codicia, como en muchos sucede, sino el deseo de ver cosas nuevas, es lo que me ha hecho atravesar con tanto peligro

¹² Andrés Ciudad Ruiz y Ma. Josefa Iglesias Ponce de León, “La arqueología americana en la tradición arqueológica española”, en *Cumplutum*, vol. 16, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 231-243. El interés español por la historia de las Indias se muestra en la creación del puesto de Cronista de las Indias, Mariano Cuesta Domingo, “Los cronistas oficiales de Indias. De López de Velasco a Céspedes del Castillo”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, Madrid, Universidad Complutense, 2007 pp. 115-150.

¹³ Daniel Schávelzon, “La primera excavación arqueológica de América. Teotihuacán en 1676”, *Anales de Antropología*, vol. 20, no. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, pp. 121-132.

¹⁴ Glyn Edmund Daniel, *A hundred and fifty years of archaeology*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1976; Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff, *A history of American archaeology*. New York, W. H. Freeman, 1993. En algunas regiones como Italia o Francia, se enlaza el afán del coleccionista con el surgimiento de la historia del arte: Marcello Barbanera, *Storia dell'archeologia classica in Italia*, Bari, Italia, Editori Laterza, 2005; P.J. Fowler, *The Past in Contemporary Society: Then, Now*, Londres y New York, Routledge, 1992.

¹⁵ Luis Gerardo Morales Moreno, *Orígenes de la museología mexicana: fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional. 1780-1949*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.

el inmenso océano.”¹⁶ Por supuesto que éste no es un caso aislado. El primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, venía de una familia partidaria de la intensión real de unificar y modernizar el naciente imperio español. Por ello, durante su estancia en la Nueva España, el virrey mostró su espíritu renacentista.¹⁷ Alina Mendoza ha señalado el rostro de mecenas del gobernante al promover obras como la *Relación de Michoacán* y el desarrollo del conocimiento del pasado indígena.¹⁸ Don Antonio no fue la única autoridad virreinal que impulsó la creación de una intelectualidad consciente de la historia. Existen ejemplos como el del arzobispo Lorenzana quien, hacia finales del periodo colonial, edita las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y las del virrey Revillagigedo que promueve la entrega de los 32 tomos para escribir la *Historia general de las Indias*.¹⁹

Otro indicio de la existencia de lo que se podría llamar “coleccionismo” de objetos, tanto prehispánicos como coloniales, se observa en el proceso administrativo de la recopilación de los documentos para la mencionada *Historia general de Indias*. El primer requerimiento de documentos para el trabajo de Juan Bautista Muñoz fue la orden real del 12 de mayo de 1780, suscrita por José de Gálvez, ministro de Indias, y dirigida al recién nombrado virrey, Martín de Mayorga. El rey mandaba recoger libros y documentos sobre sus dominios de todas las bibliotecas y archivos públicos, de comunidades y de particulares. Éstos debían depositarse en el archivo y librería de la Secretaría

¹⁶ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, p

¹⁷ Arthur Scott Aiton, *Antonio de Mendoza, first viceroy of New Spain*, Durham, Duke University Press, 1927; Ruiz Medrano, Ethelia, *Gobierno y sociedad en Nueva España: Segunda Audiencia y Antonio de Mendoza*, México, El Colegio de Michoacán, 1991. El aspecto renacentista de Mendoza en la Nueva España ha sido señalado por varios autores, véase especialmente Tovar de Teresa, Guillermo, “La utopía del Virrey de Mendoza”, en Guillermo Tovar de Teresa, Miguel León Portilla y Silvio Zavala, *La utopía mexicana del siglo XVI. Lo bello, lo verdadero y lo bueno*, México, Publicación del Grupo Azabache, 1992; Guillermo Tovar de Teresa, “Antonio de Mendoza y el urbanismo en México”, *Cuadernos de arquitectura virreinal*, no. 2, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, 1985.

¹⁸ Alina Mendoza, “El carácter mecénico de Antonio de Mendoza y de su linaje según sus biógrafos”, Conferencia presentada en el Consejo Interno de la Dirección de Etnohistoria, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 20 de septiembre de 2016.

¹⁹ María de Lourdes Díaz-Trechuelo Spinola, Concepción Pajarón Parodi y Adolfo Arubio Gil, *Juan Vicente de Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo (1789-1794)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1972; Sonia Lombardo de Ruiz, Lina Odena Güemes, Héctor Madrid Mulia, *Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo. Testimonio documental*, México, Gobierno de la Ciudad de México, 1999. Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de México*, edición facsimilar de la de 1770, con texto y notas biobibliográficas de Andrés Henestrosa, México, Editorial Porrúa, 1998.



de Estado y del Despacho Universal de Indias para ser remitidos a España.²⁰ Entre lo pedido estaba el llamado “Museo Boturini”, las colecciones de la universidad y la obra de Mariano Echeverría y Veytia. En las listas que se hicieron de libros y manuscritos usualmente se describía la presencia de algunos objetos: espadas, esculturas, etcétera. Lo mismo sucedió con algunas entregas de los bienes confiscados a los jesuitas.²¹

La práctica de coleccionar objetos en el periodo novohispano está por aclararse, sin embargo, ha sido reconocida en los siglos XIX y XX. En el proceso de conformación de la unidad nacional, crear un pasado común se planteó como un factor determinante.

NORMAR PARA CONOCER

La naciente Corona española se preocupó por conocer los territorios y poblaciones de sus dominios en Europa y ultramar. El 5 de abril de 1528, los reyes ordenaron a la primera Audiencia de México, a obispos y priores hacer y enviar a la corte la “descripción y relación de la tierra”. Instrucción que se repitió durante todo el periodo colonial, de manera que cada vez exigieron reportes más detallados. Para ello, sus asesores desarrollaron varias técnicas de recopilación de datos, fundamentales para el buen gobierno y mejor explotación de los recursos. En la segunda mitad del XVI se consolidaron algunos formularios que compendian la información de manera sistemática. En ellos se pedían datos suficientes para tener una descripción completa de la geografía, mineralogía, botánica, zoología, historia, lengua y costumbres, así como las estadísticas demográficas y económicas de todas y cada una de las regiones, ciudades, villas y pueblos de las Indias. Francisco de Solano afirma que dichos documentos fueron diseñados para ser “lo más científicamente veraces”.

Con respecto a la historia de los pueblos americanos, en el cuestionario de 1577, en los rubros 14 y 15, Felipe II expresamente pide saber:

14. Cuyos eran en tiempo de su gentilidad, y el señorío que sobre ellos tenían sus señores y lo que tributaban, y las adoraciones, ritos y costumbres, buenas o malas, que tenían.

²⁰ Archivo General de la Nación, México, Reales Cédulas Originales, vol. 119, núm. 59, f. 69.

²¹ “Lista de libros y manuscritos entregada por el rector José Ignacio Beye de Cisneros, 21 de diciembre de 1787”, AGN, Historia, vol. 35, ff. 41-50; “Carta en que el Virrey Revillagigedo da cuenta a Su Majestad por conducto del Excelentísimo Señor don Pedro de Acuña, ministro de Gracia y Justicia. 31 de diciembre de 1792. El virrey de Nueva España remite en 32 tomos la Colección de documentos para la Historia General de Indias, avisa sus costos y recomienda al padre colector fray Manuel de Vega y a su reverendo provincial fray Francisco García Figueroa”, AGN, Correspondencia de Virreyes, tomo 168, no. 515, fs. 176-179v.

15. Cómo se gobernaban y con quién traían guerra, y cómo peleaban, y el hábito y traje que traían y el que ahora traen, y los mantenimientos de que antes usaban y ahora usan, y si han vivido más o menos sanos antiguamente que ahora, y la causa que de ello se entendiere...²²

El registro sistemático de material para responder a los requerimientos de la corona se acompañó de elementos gráficos. Éstos fueron un apoyo importantísimo para conocer mejor las nuevas culturas incorporadas al reino de España.

Las réplicas a la solicitud imperial fueron muy variadas. Algunas se exhibían en el tema de la vida antigua de las poblaciones autóctonas, como la que elaboró para Tlaxcala Diego Muñoz Camargo, en 1584, mientras que otras apenas abordaban el asunto. Las pinturas solicitadas, y que aún se conservan, usualmente fueron elaboradas con información oral y, a veces, por la mano de un tlacuilo. La relatoría indígena y el dibujo fueron instrumentos indispensables para el conocimiento de la realidad americana, por lo que autores como Estrada y Solano los consideran el inicio de una metodología para el conocimiento del pasado.²³ En efecto, en las primeras prácticas de civiles y religiosos se destaca la necesidad de establecer una estrecha correspondencia entre la palabra del relator indígena, la consulta de códices prehispánicos y los vestigios materiales antiguos, para elaborar textos explicativos del pasado. Con ello se da relevancia a los objetos y a la multiplicidad de fuentes necesarias para construir la antigüedad.

Ahora nos detendremos un momento en los documentos gráficos coloniales, como ejemplo de la fragua saberes. En muchos casos, dichos documentos son narraciones históricas o míticas que se sucedieron en un territorio real o recreado. Algunos contienen imágenes que señalan lugares precisos donde se observan trazos del pasado. La arquitectura era un elemento del paisaje que no podía escapar al ojo y por ello marcaban su presencia en tales representaciones. Un ejemplo es la primera lámina del Códice Xólotl.²⁴ Allí, el conjunto

²² *Las Relaciones geográficas* han sido objeto de innumerables estudios. En este trabajo nos apoyamos en las observaciones de Cline, Howard F., "The Relaciones Geográficas of the Spanish Indies. 1577-1648", en *Handbook of Middle American Indians*, v. 12, parte 1, Texas, The University of Texas Press, 1972, pp. 183-242; René Acuña, "Prólogo", en *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Guatemala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. 7-13; Francisco de Solano, *Cuestionarios para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias, siglos XVI-XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988; Manuel Carrera Stampa, "Relaciones geográficas de Nueva España. Siglos XVI y XVIII", en *Estudios de historia novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, <http://www.ojs.UNAM.mx/pdf.132.247.146.34> (05/2016).

²³ Elena Isabel Estrada de Gerlero, "Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España", en Xavier Moyssén y Louise Noelle (coords.), *1492-1992. V Centenario arte e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 63-92; Francisco de Solano, 1988.

²⁴ Charles E. Dibble, *Códice Xólotl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

de glifos indica que el grupo encabezado por Xólotl visitó y admiró varias ruinas, representadas por estructuras circunscritas con piedras desordenadas que indican pirámides y templos caídos, y un manojo de zacate señala que los basamentos están llenos de hierba. El significado de la representación gráfica se corrobora por algunas glosas que en náhuatl aclaran se trata de antiguos edificios toltecas.²⁵ En su recorrido por el Altiplano Central, este grupo reconoce varios lugares abandonados como Tula, Hidalgo; Cahuacac, el Estado de México, entre otros. No podía faltar Teotihuacán, urbe representada por las pirámides del Sol y de la Luna sobre una cueva. El Códice de Huamantla representa también las dos pirámides del clásico y narra el sacrificio de Nanahuatzin que permitiría el surgimiento del Quinto Sol. En la pintura que acompaña la Relación Geográfica de Tequizistlan y su partido, aparecen las dos pirámides mayores con las menores, que flanquean la Calzada de los Muertos, en medio se lee “oráculo de Monteçuma”. No sólo son representados los grandes monumentos del valle de México, en una pintura cartográfica/histórica elaborada en 1550 se plasman los lugares defendidos por los chichimecas, entre ellos el peñol del Teúl, Jalisco. En esta elevación se distinguen dos rectángulos, que muestran la voluntad de representar vestigios antiguos.²⁶



Figura 1 a

Representaciones de vestigios arqueológicos en la lámina 1 del Códice Xólotl.

- a) Representación de Tula, Hidalgo. b) Las pirámides del Sol y la Luna sobre una cueva en Teotihuacán. Fotografías de Agustín Estrada.

²⁵ El náhuatl dice: In cuauyacatlicpac tleco in oztoc òtlachia Tolteca teopan. Subió a la cueva de Cuauyacatl; miraba al templo Tolteca. Ixtlilxóchitl dice “Y de este lugar (Tzinacanoztoc) se subió al cerro de Cuauhyaca, en donde vido un templo muy grande de los tultecas que estaban en aquellos llanos con muchos edificios arruinados, llamados Toltecatzopan”, Charles E. Dibble, 1996, pp. 21.

²⁶ Carmen Aguilera, *Códice de Huamantla*, México, Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, Tlaxcala, 1984; Acuña, René, “Relación de Tequizistlan y su partido”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, vol. 7, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 211-251; “Mapa de la Nueva Galicia”, AGI, Mapas y planos, México, 560.



Figura 1 b
Representaciones de vestigios arqueológicos en la lámina 1 del Códice Xólotl.
c) Cahuacac. d) Vestigios toltecas entre Tepetlaoztoc y Tzinacanoztoc.
Fotografías de Agustín Estrada.

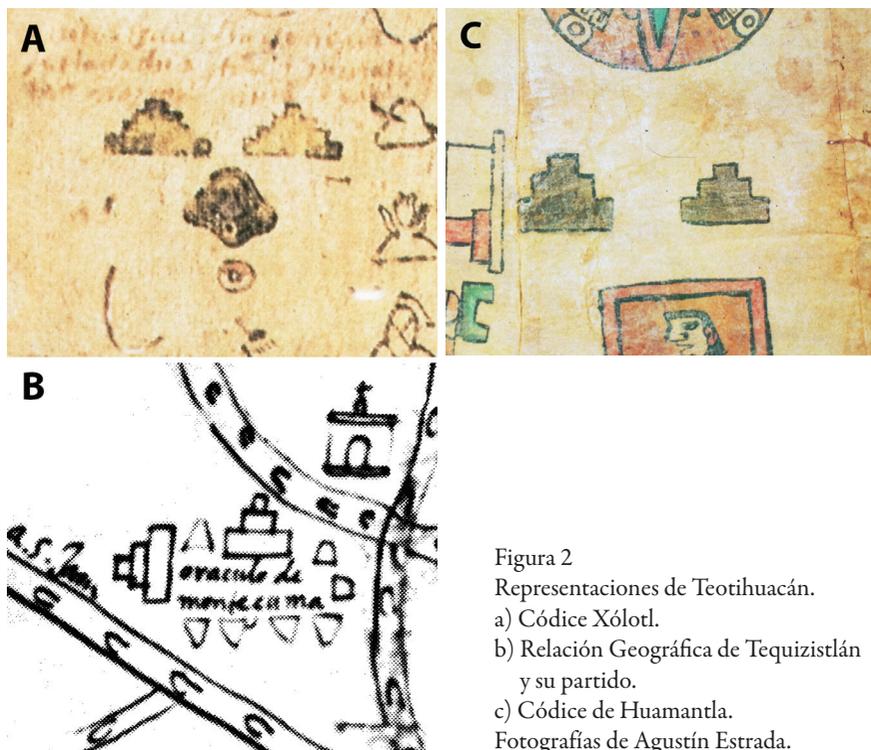


Figura 2
Representaciones de Teotihuacán.
a) Códice Xólotl.
b) Relación Geográfica de Tequizistlán y su partido.
c) Códice de Huamantla.
Fotografías de Agustín Estrada.



Figura 3

Representación de la zona arqueológica del Teúl, Jalisco en el Mapa de la Nueva Galicia, AGI, Mapas y planos, México, 560. Fotografías de Agustín Estrada.

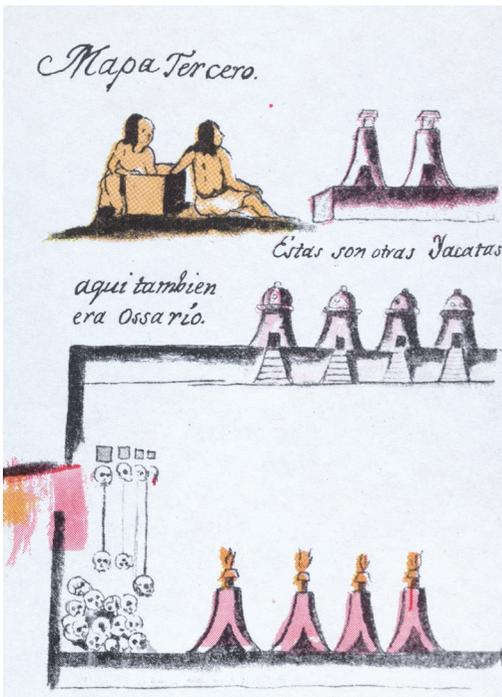


Figura 4

Ilustración de la obra Pablo fray
Beaumont, *Crónica de Michoacán*,
México, Balsal Editores,
Michoacán, 1985, T II.
Fotografía de Agustín Estrada.

Podría considerarse ese tipo de representación visual como una herramienta para asir objetos y monumentos, y poder mostrarlos. Esta práctica abre la posibilidad de comunicar y hacer circular un saber.

La obra de fray Pablo Beaumont sobre Michoacán muestra la eficacia de la imagen como fuente informativa para conocer a los pueblos sojuzgados. En su tiempo (la segunda mitad del siglo XVIII) las edificaciones que albergaban la residencia del señor tarasco en 1521 ya estaban arruinadas, y de esa manera las reseñó. Visitó las construcciones antiguas de la región, anotó sus medidas, su distribución en el paisaje y describió las esculturas y objetos esparcidos entre los escombros. De Tzintzuntzan mencionó:

En el centro de estos cimientos hay cinco cerrillos o cuicillos, que llaman los yácatas, de piedra laja hechas a mano, en que regularmente no falta un indio como de custodia, y los indios aun en el día no permiten desentrañar estos cimientos. Hubo un clérigo indio llamado Domingo Reyes Corral, a quien obedecían los indios, y éste se puso de propósito a desentrañar las yácatas, y en un pedazo que cavó como de ocho varas un cuarto, sacó mucha piedra labrada; murió, y los indios luego taparon el hoyo, y no han consentido a otro alguno que allí cavarán.²⁷

La actitud de los michoques es una reverberación del talante con que Moctezuma respondió a las ironías de Hernán Cortés de la siguiente manera:

...señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Aquestos tenemos por muy buenos y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos y tenemoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor.²⁸

Al iniciar el siglo XVIII se instauró la dinastía Borbón, caracterizada por un intenso regalismo que influyó en la percepción de la historia. Fernando VI mostró interés por todo tipo objetos, pero Carlos III (1759-1788) fomentó la búsqueda y la recopilación de piezas arqueológicas y etnográficas de todos sus reinos. La dificultad para interpretar elementos que escapaban a la tradición clásica obligó a buscar una manera de ver, clasificar y ordenar objetos y monumentos. Esta sistematización avanzó a la par del desarrollo de reformas que redundarían en un mejor conocimiento de la realidad americana, para un óptimo aprovechamiento de sus recursos. Al igual que en el resto de Europa, los Borbones crearon organismos oficiales con el objetivo de estudiar y conservar los monumentos de antaño. Ejemplo de ello fueron el cargo de “antiguario” y la “Comisión de Antigüedades”, que culminarían en una Real Cédula que aprueba y manda observar la instrucción formada por la Real Academia de la

²⁷ Fray Pablo Beaumont, *Crónica de Michoacán*, México, Balsal Editores, Michoacán, 1985, t. II, p. 54.

²⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1955, cap. 92.



Historia sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos del reino.²⁹

En ese siglo, los conflictos entre las casas gobernantes de los imperios europeos se manifiestan también en disputas por el pasado. España tiene que lavar su imagen justificando la conquista y colonización que franceses y británicos denostaban. La brutalidad para dominar a los americanos y el escaso valor atribuido a las culturas autóctonas sojuzgadas son los principales temas en desavenencia. Para contrarrestar esa imagen, la elite liberal reactivó las expediciones científicas patrocinadas por la Corona y dispuso escribir la Historia General de España que iría acompañada de una reevaluación de las culturas americanas. Alrededor de 1730 se elaboró el *Interrogatorio para adquirir una exacta noticia de todas las ciudades, villas y lugares de los reinos e islas de América*, y en 1765 apareció un cuestionario de la Real Academia de Historia que, como cronista de Indias, elaboró para que lo contestaran las autoridades hispanoamericanas. Ambos instrumentos incorporan cuestiones acerca de las antigüedades, lo cual implica estudios históricos específicos.³⁰

Las expediciones hacia América debían aportar noticias sobre los edificios de la gentilidad, en ellas se debía detallar su capacidad, entradas y distribución interna. Además, recopilarían vasijas, herramientas para cultivar, armas “como arcos, flechas, lanzas, dardos, ondas, etcétera, con sus nombres, según se conservare la noticia de la lengua”, dijes o ídolos, adornos, divisas e insignias.³¹ Hacia finales de ese siglo, ya está consolidada la idea de que los objetos son:

...las memorias de la antigüedad, las demostraciones verídicas de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren. Por ellos vienen a averiguarse lo que alcanzaron, el modo en que se manejaron, su gobierno y economía; [...] sin los monumentos, que sin embargo de la ruina de los tiempos se conservan en alguna parte, no habría documentos formales de donde inferirlo.³²

El registro de los monumentos debía ser acompañado de dibujos con la mayor exactitud posible. Al igual que en el siglo XVI, el dibujo se concibe como un instrumento de conocimiento; ahora, además, es usado para la protección de los monumentos antiguos. Los anticuarios dieciochescos, vieron en el grabado y el dibujo realista instrumentos indispensables al servicio del conocimiento que, sobre todo, abrían la posibilidad de emprender un inventario sistemático de los descubrimientos arqueológicos.

²⁹ Este mandamiento se imprimió en Córdoba, Imprenta Real de Don García Rodríguez de la Torre en 1803.

³⁰ Elena Estrada de Gerlero, 1993, p.70.

³¹ “Antonio de Ulloa. Cuestionario para la formación del completo conocimiento de la geografía, física, antigüedades, mineralogía y metalurgia de este reino de Nueva España e instrucción sobre el modo de formarlas”, AGN, Bandos, vol. X, fols. 17-20v.

³² Antonio de Ulloa, *Noticias Americanas*, Madrid, Imprenta Real, 1772, p. 295.

El encargado de elaborar los anales de la presencia española en América y conocer a los sometidos para la Historia General de España fue Juan Bautista Muñoz.³³ En su calidad de cronista de Indias, Muñoz solicitó se le enviara escritos y objetos que mejor le ayudaran en su tarea. Por ejemplo, leyó la documentación remitida por Estachería sobre las investigaciones en Palenque y, entre otras cosas, escribió: “Según los informes de Calderón y Bernasconi se echa de ver en aquellas ruinas hay ladrillos y ollas, argamasa o mezcla y estuco, ventanas, arcos y bóvedas. Desearía ver pedazos de esas materias para certificarme del uso de la cal y del barro cocido”.³⁴

Asimismo, en la Nueva España resonaba el interés de Carlos III por las antigüedades. Los mestizos y criollos de segunda y tercera generación, atesoraban objetos de la antigüedad. Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini, entre otros eruditos del periodo colonial, son recordados por los documentos que resguardaron y poco se menciona su labor de coleccionar objetos. El alcance de guardar muestras prehispánicas se observa en los actores que remodelaron la capital de la Nueva España. Era el año de 1790 cuando se descubrieron la Coatlicue, la Piedra del Sol y la de Tízoc. El Corregidor intendente Bernardo Bonavía y Zapata, don Miguel Constanzo, el escribano don José Antonio Cosío, don José Damián Ortíz, Maestro Mayor encargado de la obra, entre muchos otros, tenían su gabinete propio con curiosidades. El primero recomendó medir las piezas, hacer dibujos y grabados para publicar esa información con las noticias del hallazgo.³⁵ He aquí una innovación que permite el surgimiento de la disciplina decimonónica: el hacer del dominio público las explicaciones del pasado elaboradas a través de cosas, de hechos tangibles. La intención de difundir las interpretaciones del pasado comportaba una homogenización de la información.

En el México moderno y contemporáneo, dentro de las evaluaciones de recursos estatales y nacionales se incluye el registro de sitios con ocupación prehispánica hasta culminar en el primer catálogo de sitios arqueológicos del Porfiriato.

Al principio de este trabajo se afirmó que la observación de las ruinas y la colección de objetos se integran a una visión del pasado que reivindica la historia como una totalidad cognoscible. Sin embargo, la pasión de los hombres por las huellas materiales del pasado no es la historia de sucesos en armonía, todo lo contrario. La ordenación sistemática de las antigüedades al estilo científico

³³ Juan Bautista Muñoz (1745-1799) participó en la formación y reglamento del Archivo General de Indias. En su calidad de cronista realizó trabajos sobre el Darién y el Perú que le sirvieron para la elaboración de un “Plan Metódico” donde subyacen muchas de sus propuestas en el uso de documentos originales y vestigios arqueológicos para discernir lo verdadero de lo falso en la elaboración de la nueva historia de España.

³⁴ Paz Cabello Carro, “Un siglo de coleccionismo maya en España: de 1785-1787 a 1888”, en *Los mayas de los tiempos tardíos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Mayas, Instituto de Cooperación iberoamericana, 1986, pp. 99-120.

³⁵ Véase documento 5 del anexo.



tiene su aparición en un contexto social y político determinado que no surgió de las voluntades individuales ni excluyó otras aproximaciones. Las huellas palpables del pasado en el periodo novohispano se convierten en reliquias, tesoros, escombros y documentos.

A vuelo de pájaro, se han mostrado formas diferentes de aproximación hacia los objetos durante el periodo colonial, con la intención de incluir este periodo en la historia de la arqueología mexicana. Junto con Nancy Márquez, se quiere argumentar que el desarrollo de las ciencias en este periodo se puede entender mejor si se ve a la Nueva España como un centro productivo y no como una región periférica en el proceso científico. En el territorio novohispano se aplicaron técnicas indígenas y del viejo mundo para observar y medir los objetos antiguos.³⁶

En este sentido, como punto final, quisiera señalar que las poblaciones originarias -que recrearon y reprodujeron la antigua tradición mesoamericana- también tienen una percepción propia de los objetos. Es cierto, como afirma Martínez Ayala en su estudio sobre la peregrinación del lago de Pátzcuaro a Tierra Caliente, que los sacerdotes del periodo colonial “no pudieron evitar las metáforas simbólicas presentes y las asociaciones que hicieron los pobladores del antiguo Michoacán; sin embargo, la religión prehispánica fue diluyéndose con las nuevas prácticas religiosas y al morir aquellos que conocían los mitos que permitían la interpretación de las antiguas prácticas surgieron las leyendas y los mitos coloniales, a veces presentes en los “milagros.”³⁷

Ya desde el siglo XVII, fray Juan de Torquemada apuntó que el arzobispo don García de Santamaría había mandado picar y desfigurar unas esculturas “aunque en su tiempo era ya tarde la diligencia, [puesto] que los indios que viven no sólo no las estiman, pero ni aun advierten que están allí, o de qué hubiesen servido.”³⁸ En el mismo sentido, Alcina recuerda, que pese a su ascendencia indígena, Garcilaso de la Vega desconocía los pormenores sobre Sacsahuaman [Cuzco], pues nunca había visto la fortaleza en funcionamiento, de modo que “su descripción resulta fría y remota”.³⁹ Por su parte, Ciriaco

³⁶ Nancy Márquez, *Shifting the Frontiers of Early Modern Science: Astronomers, Botanists, and Engineers in Viceregal New Spain during the Habsburg Era, 1535-1700*, Tesis de doctorado, Nueva Zelanda, Victoria University of Wellington, 2017, en: <http://hdl.handle.net/10063/6196>.

³⁷ Jorge Amós Martínez Ayala, “De Xarácuaro a Carácuaro. Las relaciones entre el Lago, la Tierra Caliente y el culto al Cristo Negro”, en Carlos Paredes y Jorge Amós Martínez Ayala, (coords.), ...*Alzaban banderas de papel. Los pueblos originarios del oriente y la Tierra Caliente de Michoacan*, México, Comisión Nacional para el desarrollo de los pueblos indígenas, 2012, p. 428.

³⁸ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, t. III, México, Editorial Porrúa, 1975, p. 54.

³⁹ Alcina, 1988, p. 88.

González Carvajal lamenta la exigua memoria conservada y menciona que la población apenas recordaba algunos parajes de hechos relevantes.⁴⁰

El extravío del significado original de muchas prácticas y por tanto de objetos y lugares, se explica por las condiciones de subordinación a las que sometieron a la población originaria. Sin embargo, algunas prácticas ancestrales se ejecutaron soterradamente y se resignificaron tanto objetos como lugares. Actualmente, entre otomíes y nahuas, objetos arqueológicos siguen integrados a su ritualidad: navajas de obsidiana, puntas de flecha, figurillas, esculturas y, sobre todo, cuevas, afloramientos rocosos y cimas, conservan un lugar privilegiado para cultivar la identidad de los grupos.⁴¹



Figura 5 a

Utilización de figurillas prehispánicas en los rituales otomíes de la localidad de San Miguel, municipio de San Bartolo Tutotepec, Hidalgo. 2012.

Fotografías cortesía de Patricia Gallardo Arias.

⁴⁰ "Informe sobre recolección de manuscritos relativos a la historia natural de este reino" AGN, Historia, vol. 116, exp. 4; publicado por Sonia Lombardo de Ruiz, 1998, pp. 30-31.

⁴¹ Ejemplos de rituales en los que se incluyen vestigios arqueológicos están reportados en la sierra de Puebla por Gallardo Arias, Patricia, *Ritual, palabra y cosmos otomí: yo soy costumbre, yo soy antigua*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012; y en la región de la Montaña de Guerrero por Villela, Samuel, "Los 'San Marquitos', culto vigente en el museo Xipe Tótec de Guerrero", en *Gaceta de Museos*, tercera época, febrero-mayo, número 40, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007, pp. 8-11.



Figura 5 b

Utilización de figurillas prehispánicas en los rituales otomíes de la localidad de San Miguel, municipio de San Bartolo Tutotepec, Hidalgo. 2012.
Fotografías cortesía de Patricia Gallardo Arias.

De la época virreinal, los Códices *Techialoyan*, los *Memoriales* y *Títulos Primordiales* guardan la memoria oral del devenir de los pueblos. En ellos la narración histórica sirve de argumento para defender un derecho corporativo vigente frente a los conflictos por tierras y agua pero, al mismo tiempo, resume la permanencia voluntaria de la materialidad pasada. Los grupos de origen mesoamericano recuerdan la historia a través de la memoria oral y su preservación corresponde a las instituciones relacionadas con las prácticas religiosas, falta puntualizar cómo se transformó su mirada a los objetos y sitios prehispánicos.

ANEXO DOCUMENTAL*

Doc. 1

Archivo General de Indias, Sevilla; Indiferente, 422, L. 16, s/f.

[Al margen:] "Acuerdo de Camargo."

El Rey

Nuestro corregidor o juez de residencia de la ciudad de Segovia o vuestro lugarteniente en el dicho oficio // sabed que en cumplimiento de la cédula que mandé dar dirigida a las nuestras justicias de nuestros reinos para que el oro, plata y perlas y piedras que Hernando de Camargo, clérigo, natural de la fuente del Sauco, trajo de la provincia del Perú, sin registrar, se lo secretasen⁴² en poder de una persona de confianza, el Licenciado Martín del Valle, Teniente de Corregidor de esa dicha ciudad, secretó al dicho Hernando de Camargo ciertas piezas de oro y plata que halló en su poder que había llevado a la dicha ciudad para hacer moneda que son diez rieles⁴³ de oro que pesaron ocho marcos⁴⁴ y cinco onzas y cinco ochavos, y otros diez y ocho rieles de oro que pesaron con un pedacito de oro diez y seis marcos y medio y seis ochavos, e otros veinte e un rieles que pesaron diez y nueve marcos de oro, e otros once rieles y medio e unos pedacitos de oro que pesaron once marcos y una onza y dos ochavos de oro, y seis rieles de plata cendrada⁴⁵ que pesaron diez marcos e cinco onzas e media, e más otros seis rieles de la dicha plata que pesaron quince marcos y cinco onzas, y se puso en secreto y manifiesto en poder de Antonio del Sello, mercader vecino de esa dicha ciudad, e agora el dicho Hernando de // Camargo por una petición que presentó en el nuestro Consejo de las Indias me suplicó vos mandase desembargádes el dicho oro y plata para se amonedar⁴⁶ y pagar al obispo de Zamora un cuento⁴⁷ y cincuenta y cinco mil maravedíes de ciertas heredades⁴⁸ que de él compró sobre cuatrocientos ducados⁴⁹ que le tiene dados en señal que él tiene por bien que las dichas heredades estén embargadas con lo demás, mandándole acudir con los frutos y rentas de ella para las labrar e tener en pie porque no se perdiesen, o como la mi merced

* Transcripción y paleografía de Rosa Brambila Paz y Alejandra Medina Medina.

⁴² Secretar: lo mismo que secuestrar. Retener, embargar.

⁴³ Rieles: la barra pequeña de oro o plata en bruto.

⁴⁴ Marco: Peso que es la mitad de una libra.

⁴⁵ Cendrada: metafóricamente vale lo mismo que limpio y purificado.

⁴⁶ Amonedar: Hacer moneda, acuñar la plata, el oro y otro metal.

⁴⁷ Cuento: el número que se produce por la multiplicación de cien mil por diez, lo mismo que millón.

⁴⁸ Heredad: la tierra que se cultiva y da fruto.

⁴⁹ Ducado: moneda labrada de once reales y un maravedí.



fuese; e visto en el nuestro Consejo de las Indias fue acordado que debía mandar dar esta mi cédula para vos, por ende yo vos mando que luego que ésta recibáis proveáis cómo el dicho oro y plata que de suso se hace mención que así se secrestó en poder del dicho Antonio del Sello se haga luego moneda, y hecha cumpláis de ella al dicho obispo de Zamora o quien su poder hobiere sobre los dichos cuatrocientos ducados que así dizque ha recibido del dicho Hernando de Camargo en señal de las dichas heredades que del dicho obispo ha comprado al dicho un cuento y cincuenta y cinco mil maravedíes, con tanto que el dicho Hernando de Camargo ante todas cosas dé ante vos persona lega, llana e abonada en que se obligue que terná⁵⁰ todas las dichas heredades // que el dicho obispo de Zamora le ha vendido por el dicho un cuento y cincuenta y cinco mil maravedíes en depósito y secresto, y no acudirá con ellas al dicho Hernando de Camargo ni a otra persona alguna sin nuestra licencia y especial mandado, y la tal obligación y depósito que se hiciere enviaréis ante los del nuestro Consejo de las Indias con persona de recaudo⁵¹, y hecho esto acudiréis por inventario y ante escribano público con todos los marevedíes⁵² restantes que se hobieren del dicho oro y plata a Francisco de Arteaga, mercader de la Emperatriz y Reina, mi muy cara y mi muy amada mujer, o a quien su poder para ello hobiere para que lo tenga en secresto hasta tanto que otra cosa se mande, que por la presente doy por libre del dicho depósito que se hizo en el dicho Antonio del Sello. Hecho en Toledo, a cuatro días del mes de mayo de mil y quinientos y treinta y cuatro años. Yo el Rey. Refrendada del Comendador Mayor y señalada del Cardenal, y Beltrán, y Juárez, y Bernal y Mercado.

92

Doc. 2

Archivo General de la Nación, México; Mercedes; vol. 7; s/exp.; f. 316r-316v.

[Al margen:] "Licencia a Hernando Arias para descubrir el tesoro que dice haber tenido noticia, inserta la ley."

Yo, don Luis Velasco, Visorrey etétera. Por cuanto Hernán de Arias, estante en esta Nueva España, me hizo relación que a su noticia era venido que en términos del pueblo de Tepapayeca donde él comenzó a cavar hasta que él fue prohibido por el alcalde mayor de Izucar a cierto tesoro de lo cual halló señales ciertas, e me pidió le mandase dar licencia para poder proseguir la busca y descubrimiento del dicho tesoro que él lo manifestaba con obligación de acudir a Su Majestad con la parte perteneciente a su real hacienda, e por mi visto atento a lo susodicho e que en una carta y provisión real de Su Majestad que

⁵⁰ Terná: arcaísmo de tendrá.

⁵¹ Recaudo: la persona destinada a la cobranza de tributos, rentas o encargado de recibir caudales.

⁵² Maravedí: moneda. La tercia parte de un real.

cerca de esto está dada, firmada de la Emperatriz Reina Nuestra Señora, que santa gloria haya, se declara la orden que se ha de tener cerca de lo susodicho cuyo tenor es el siguiente:

Ítem, que todo el oro e plata, piedras y perlas y otras // cosas que se hallaren y hobiere, así en enterramientos, sepulturas o cues o templos de indios como en los otros lugares do solían ofrecer sacrificios a sus ídolos o otros lugares religiosos escondidos o enterrados en casa o en heredad o en otra cualquier parte pública o concejil y particular de cualquier estado, preminencia o dignidad que sea de todo ello y de todo lo demás que de esta calidad se hobiere y hallare agora, se halle por acacimiento o buscándolo de propósito, se nos pague de todo ello la mitad sin descuento de cosa alguna quedando la otra mitad para la persona que así lo hallare y descubriere, con tanto que si alguna persona o personas encubrieren el oro, plata y piedras o perlas que hallaren e hobieren así en los dichos enterramientos, sepulturas, cues o templos de los indios o otros lugares do solían ofrecer sacrificios a sus ídolos e otros lugares religiosos escondidos o soterrados de suso declarados, y no lo manifestaren para que se les dé conforme a este capítulo lo que les puede pertenecer de ello, hayan perdido todo el oro y plata, perlas y piedras y más la mitad de los otros sus bienes para nuestra cámara y fisco.

Por ende, por la presente en nombre de Su Majestad doy licencia y facultad al dicho Hernán de Arias para que pueda ir e vaya a la parte e lugar donde así comenzó a cavar el dicho tesoro y, hallándolo, pueda sacar y saque sin que en ello le sea puesto embargo ni impedimento alguno, por ningunas justicias ni otras personas, conque todo lo que hallare lo traiga sin faltar cosa alguna a la casa de la fundición de esta ciudad, para que de ello haya e lleve Su Majestad la parte que le pertenece conforme al dicho capítulo, so la pena en él contenida, conque no haga daño ni perjuicio a los indios ni les ocupe en este negocio contra su voluntad, so pena de ser castigado. Hecho en México, a XXII de febrero de mil e quinientos e sesenta e cuatro años. Don Luis de Velasco. Por mandado de Su Señoría, Antonio de Turcios.

Doc. 3

Archivo General de la Nación, México; Mercedes; vol. 7; s/exp.; f. 339 v.

[Al margen:] “Inserta la ley para que Bartolomé Núñez e Gamarra puedan descubrir cierto tesoro que han manifestado.”

Yo etcétera. Por cuanto Juan Rodríguez Gamarra y Bartolomé Núñez, vecinos de esta ciudad de México, que a su noticia era venido que en esta ciudad en un solar que está en frente de las casas de la morada de Bernardino del Castillo está cierto tesoro e mina de él debajo de tierra de lo cual hasta agora no se ha tenido noticia, e me pidieron les mandase dar licencia para poder cavar y descubrir y sacar el dicho tesoro, el cual manifestaron para acudir a Su Majestad



con la parte contenida en su Real Cédula, lo cual por mí visto atento a lo susodicho e que en una carta y Provisión Real de Su Majestad que cerca de esto está dada, firmada de la Emperatriz Reina Nuestra Señora, que santa gloria haya, se declara la orden que se ha de tener cerca de lo susodicho cuyo tenor es el siguiente:

Ítem, [...]

Por ende, por la presente en nombre de Su Majestad doy licencia e facultad a los dichos Juan Rodríguez Gamarra y Bartolomé Núñez para que en la parte que de suso se hace mención puedan cavar e descubrir el dicho tesoro, sin que en ello ningunas // justicias ni otras personas no les pongan embargo ni otro impedimiento alguno, conque todo lo que hallaren lo traigan sin faltar cosa alguna a la casa de la fundición de esta ciudad para que de ello haya e lleve Su Majestad la parte que le pertenece conforme al dicho capítulo, so la pena en él contenida, conque no hagan daño ni perjuicio a ningún tercero ni ocupe[n] a los indios en este negocio por fuerza, so pena que serán castigados. Hecho en México, a XI de marzo de mil e quinientos e sesenta e cuatro años. Don Luis de Velasco. Por mandado de Su Señoría, Antonio de Turcios.

Doc. 4

94

Archivo General de la Nación, México; Mercedes; v. 9; s/exp.; f. 40r.

[Al margen:] “Merced al Licenciado Marcelino Cabello de dos mil carretadas de piedra de los paredones aquí contenidos en forma.”

Don Gastón etcétera. Por cuanto el Licenciado Marcelino Cabello, vecino de esta ciudad, me pidió que en nombre de Su Majestad le hiciese merced de la piedra que estaba en los paredones que están en el camino que viene del pueblo de Amecameca al de Ayocingo, atento que estaba perdida e sin que persona alguna tuviese aprovechamiento ni señorío⁵³ de ella y había sido echadiza e puesta en el tiempo de Motezuma, para con ella edificar una casa que tenía en esta ciudad, y por mí fue cometido a Antonio de Nava, Alcalde Mayor de la provincia de Chalco, para que viese la dicha piedra y cantidad de ella e averiguase si de se hacer la dicha merced que pedía vendría algún perjuicio a indios o a otro tercero, por el cual en cum- // plimiento de lo que le fue mandado, fueron hechas ciertas diligencias y averiguaciones, e no embargante la contradicción que a ello pusieron los indios de Tenango siendo para ello citados, diciendo ser en su perjuicio por las causas e razones en su contradicción contenidas, declaró y dio por parecer podersele hacer merced de la piedra que hubiese en los paredones que están de una parte y de otra en el camino que viene del pueblo de Popula al de Ayotzingo que comienzan dende un cue que está fuera del dicho pueblo de Tepopula [sic] en la cual dizque podrá

⁵³ Señorío: dominio o mando sobre alguna cosa, como propia o sujeta.

haber hasta tres mil carretadas de piedra poco más o menos de la pesada y rolliza, menuda y gruesa, atento que está sin perjuicio, todo lo cual siendo traído ante mí y por mí visto, atento lo que por ello consta, por la presente en nombre de Su Majestad e sin perjuicio de su derecho e de otro cualquier tercero hago merced al dicho Licenciado Marcelino Cabello tan solamente de dos mil carretadas de la piedra de los dichos paredones que es las dos terceras partes de las tres mil carreadas que el dicho alcalde mayor dice poder haber en la parte de los dichos paredones contenida en su parecer, para que de ellas puede hacer o disponer como de cosa suya propia adquirida con justo título, y sea suya e de sus herederos e sucesores e de aquél o aquéllos que de él o de ellos hubieren e tuvieren título e causa con derecho, conque no la pueda vender, trocar ni enajenar a iglesia y monasterio ni a persona eclesiástica, e mando al dicho alcalde mayor que la mida, tase y modere, señale y amojone las dichas dos mil carretadas de piedra en la parte donde dio parecer podersele hacer la merced como juez que lo vio conforme al parecer que en el caso dio, y le meta en la posesión de ello, de la cual no sea despojado sin ser primeramente oído y por fuero e derecho vencido ante quien y con derecho deba. Hecho en México, a dos de abril de MDLXVII años. El Marqués de Falces. Conde. Refrendado del Secretario Juan de Cueva.

Doc. 5⁵⁴

95

Archivo General de la Nación, México; Universidad, vol. 62, f. 875 -882r.

+

A consulta del señor intendente corregidor de esta capital, determiné en 6 de este mes se pasase a esa Real Universidad la figura de piedra encontrada en las excavaciones de la plaza principal, para los mismos fines que Vuestra Ilustrísima solicita igual providencia en oficio de 16.

El no haberse ya remitido consistirá [sic] en que había de medirse, pesarse, dibujarse y grabarse con la mira de publicarla con las noticias que tuviera o descubriese ese ilustre cuerpo, pero en vista del citado oficio de Vuestra Ilustrísima paso hoy el oportuno al señor intendente previéndole también le remita noticia auténtica del hallazgo.

⁵⁴ Un ejemplar de este documento se encuentra en el Archivo Histórico de la Ciudad de México, signatura: Ayuntamiento, Historia General, vol. 2254, exp. 22, INFORME DEL SUPERINTENDENTE, CORREGIDOR DE LA CIUDAD DE MÉXICO, BERNARDO BONAVÍA, AL AYUNTAMIENTO SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE UNA PIEDRA LABRADA DE CONSIDERABLE MAGNITUD, LA CUAL FUE ENCONTRADA AL REALIZAR OBRAS EN UNO DE LOS CONDUCTOS DE LA PLAZA MAYOR. PIDE SE LE HAGA SABER AL VIRREY DE ESTOS HECHOS. 4 DE SEPTIEMBRE-21 DE OCTUBRE. 1790. Una descripción de él la hace López Luján, Leonardo, "El ídolo sin pies ni cabeza: la Coatlicue a fines del siglo XVIII", *Estudios de cultura náhuatl*, vol. 42, México, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, 2011. pp. 203-232.



Dios guarde a vuestra ilustrísima muchos años. México 22 de septiembre de 1790.

El conde de Revillagigedo. Rúbrica
Señor rector de la Real Universidad //

+

Sellos.

Un cuartillo

Sello cuarto, un cuartillo, año de mil setecientos noventa y noventa y uno.

Señor Intendente. Se avisó a Vuestra Señoría que el día trece de agosto se descubrió la piedra y se sacó el día cuatro de septiembre de mil setecientos noventa, lo que le participo a vuestra señoría que es la razón que me pidió el señor don Miguel Costanzo [sic] quien me mando se la entregue a Vuestra Señoría. José Antonio Cosío.

[Al margen:] Auto

En la ciudad de México, a siete de octubre de mil setecientos noventa, el señor don Bernardo Bonavía y Zapata, Caballero Comendador de Betundeira en el orden de Alcántara, Coronel de los reales ejércitos, Corregidor propietario e Intendente interino de esta capital y su provincia dijo: que a consecuencia de hallarse con superior orden del excelentísimo señor virrey para averiguar en qué día se descubrió una piedra labrada de considerable magnitud // que parece ser monumento de la gentilidad, el cual estaba a poca distancia de los Cajoncillos de Señor San José, subterráneamente y se manifestó a tiempo de continuar la excavación de la Plaza Pública de esta capital, debía mandar, y su señoría mandó, que agregándose la adjunta esquela⁵⁵ se notifique al sujeto que la firmó declare acerca de la certeza de su contenido e igualmente el arquitecto que dirige la obra del rebajo de dicha plaza, a efecto de que ambos digan a qué profundidad se hallaba dicha piedra respecto del alto que tenía la misma plaza, su estructura, tamaño y demás que hallen por conveniente. Y por este auto así lo proveyó, mandó y firmó. Bernardo Bonavía. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Citación

En la ciudad de México, a once de octubre de mil setecientos noventa, yo el escribano, siendo presente don José Antonio // Cosío le cité con el auto que antecede para la declaración que se manda, de que entendido dijo: lo oye y está pronto a darla el día que se le prevenga, y lo firmó. José Antonio Cosío. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Otra

En la ciudad de México, a trece de octubre de mil setecientos noventa. Yo el escribano, siendo presente don José Damián Ortiz, Maestro Mayor de esta nobilísima ciudad, a cuyo cargo es la obra del rebajo de la Plaza Mayor de ella, le hice otra notoriedad como la que antecede, de que entendido dijo: lo

⁵⁵ Esquela: carta breve.

oye [y] que está pronto a cumplir con lo que se le manda, y lo firmó, doy fe. José Damián Ortiz. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Declaración

En la ciudad de México, a quince de octubre de mil setecientos noventa. Yo el escribano, habiendo comparecido // don José Damián Ortiz, académico de mérito de la Real de San Carlos de esta Nueva España y uno de los maestros mayores de esta nobilísima ciudad, para dar la declaración que previene el Auto de la primera foja, habiendo hecho juramento por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz de decir verdad en lo que supiere, siendo preguntado dijo: que el día trece de agosto de este año se descubrió, en uno de los conductos cubiertos que se están construyendo en la Plaza Mayor de esta corte inmediato a los Cajoncitos que llaman de Señor San José y a distancia como de cinco varas de la acequia real y treinta y siete del Real Palacio, una figura de piedra de Chapultepec que al parecer la arrojaron porque estaba boca abajo, que // la profundidad a que se halló fue de vara y tercia por la cabeza y de una vara por los pies; que el día cuatro de septiembre a las doce de la noche se paró por medio de un aparejo real compuesto de una doble polea que se afianzó en la andamiada que para el fin se formó, y otras dos sencillas que se colocaron en la propia figura, la una para doblar el cable y la otra para el retorno cuya maniobra se facilitó por medio de torno, por cuyo medio se izaba con mucha igualdad y mayor ventaja, que en esa misma noche sólo se enderezó dicha figura y en la siguiente, que fue la del día veinte y cinco a la misma hora, se sacó y colocó frente de la puerta chica del Real Palacio, donde existe. Que lo que lleva dicho es la verdad so cargo // de su juramento, en que se ratificó y lo firmó. José Damián Ortiz. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Otra

En la ciudad de México, a diez y nueve de octubre del mil setecientos noventa. Ante mí el escribano, compareció don José Antonio Cosío, Sobrestante Mayor de la obra del rebajo de la Plaza pública de esta nobilísima ciudad, y para que declare le recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz, bajo del cual ofreció decir verdad en lo que supiere, y siendo preguntado dijo: que el día trece de agosto de este año por la mañana yendo a trabajar con intermediación a los Cajoncillos del Señor San José, se descubrió a distancia como de dos varas frontero de sus puertas una piedra labrada de tres varas // de largo y poco más de vara de ancho, que el vulgo ha llamado El Ídolo, a profundidad de cosa de tres cuartas por un extremo y por otro como vara y cuarta; que el día cuatro de septiembre pasado, a las doce de la noche, se sacó dicha piedra y se puso en el lugar donde donde [sic] hoy está, frente de la puerta chica del Real Palacio, y que esto es lo que tiene dicho en su esquila que corre agregada es la verdad, y en ello se ratifica bajo de su juramento en que se ratificó y lo firmó, de que doy fe y de conocerle. José Antonio Cosío. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Otra

En la ciudad de México, a diez y nueve de octubre de mil setecientos noventa. Ante mí el escribano, compareció de orden verbal del señor



corregidor intendente don Pedro José // Esquivel, español, vecino de esta capital y dueño de la tienda de cacahuatería números 5 y 6 de las que llaman Cajoncitos de Señor San José, y para que declare le recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz en forma, bajo del cual ofreció decir verdad en lo que supiere, y siendo preguntado dijo: que lo que puede declarar y sabe es que el día catorce de agosto por la mañana sin embargo de sus ocupaciones, observó que los operarios que trabajaban en el rebajo de la Plaza Mayor descubrieron a poca distancia de la puerta de su tienda un pedazo de piedra labrada, y habiendo excavado más se halló ser una piedra grande de la misma // figura que se ve en el día, la cual le parece haberse sacado enteramente el cuatro de septiembre, y que esto es la verdad con arreglo a su juramento y lo firmó, de que doy fe y de conocerle. Pedro José Esquivel. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Otra

En el mismo día. Ante mí el escribano, compareció don Juan Andrés Gutiérrez, vecino y del comercio de esta corte, dueño de la tienda de mercería número 4 de las que llaman Cajoncitos de Señor San José, y para que declare le recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz según derecho, bajo del cual ofreció decir verdad en lo que supiere, y siendo preguntado dijo: que el día catorce del pasado agosto estando trabajando en las inmediaciones de su puerta los operarios del rebajo de la Plaza Mayor, // entre nueve y diez de la mañana, fueron descubriendo una piedra, de que no habiéndose hecho el mayor aprecio a los principios, siguiendo el trabajo para abrir una zanja hallaron una piedra quebrada que hoy se manifiesta, la cual sabe haberla sacado el día cuatro de septiembre por la noche. Que esto es la verdad y lo que puede declarar bajo su juramento que tiene fecho en que se afirmó, ratificó y lo firmó, de que doy fe. Juan Andrés Gutiérrez. Juan Antonio Gómez.

[Al margen:] Auto

México, veinte y uno de octubre de mil setecientos noventa. Sáquese testimonio de este expediente y remítase al excelentísimo señor virrey como su excelencia tiene prevenido, archivándose su original en el oficio para su constancia en todo tiempo. Así lo proveyó // el señor intendente corregidor de esa capital y lo firmó. Bernardo Bonavía. Juan Antonio Gómez.

Concuerta con el expediente formado sobre averiguar el día y forma en que se descubrió una piedra labrada que se hallaba enterrada en la Plaza pública de esta ciudad; que original queda en el archivo de este oficia[l] mayor de cabildo de mi cargo a que me remito, y para que conste en virtud de lo mandado en el último auto inserto hice sacar el presente, yo don Juan Antonio Gómez, Escribano de Su Majestad de la Real Junta de Policía y Mayor Interino del Excelentísimo Cabildo de Justicia y Regimiento de esta nobilísima ciudad y demás ramos. México, veinte y dos de octubre de mil setecientos noventa. Entre renglones: "la mañana", vale. Juan Antonio Gómez. Rúbrica. //

+

En cumplimiento de lo que el excelentísimo señor virrey se sirvió prevenirme en oficio de 22 del mes último, pasó a Vuestra Señoría testimonio que acredita el hallazgo de la figura de piedra, al parecer gentílica, encontrada en las excavaciones de la Plaza Mayor, la que desde luego puede Vuestra Señoría disponer se traslade a la Real Universidad con el fin propuesto de que se conserve y que con las luces de los documentos de la biblioteca se forme la disertación correspondiente, quedando a mi cuidado en estando allí hacerla pesar, medir y grabar para que al mismo tiempo se dé noticia al público con su estampa, peso y dimensiones.

Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años. México 29 de octubre de 1790.

Bernardo Bonavia. Rúbrica.

Señor Rector de la Pontificia y Real Universidad.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, René, "Prólogo", en *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Guatemala, México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

Aguilera, Carmen, *Códice de Huamantla*, México, Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, Tlaxcala, 1984; Acuña, René, "Relación de Tequizistlan y su partido", en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, vol. 7, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Aiton, Arthur Scott, *Antonio de Mendoza, first viceroy of New Spain*, Durham, Duke University Press, 1927.

Alcina Franch, José, *El descubrimiento científico de América*, Barcelona, Editorial Antropos, 1988.

Archivo General de la Nación, México, Reales Cédulas Originales, vol. 119, núm. 59, f. 69.

———. "Lista de libros y manuscritos entregada por el rector José Ignacio Beyre de Cisneros, 21 de diciembre de 1787", AGN, Historia, vol. 35, ff. 41-50.

———. "Mapa de la Nueva Galicia", AGI, Mapas y planos, México, 560.

———. "Informe sobre recolección de manuscritos relativos a la historia natural de este reino", Historia, vol. 116, exp. 4, 1998.



Archivo Histórico de la Ciudad de México, signatura: Ayuntamiento, Historia General, vol. 2254, exp. 22, *Informe del superintendente, corregidor de la ciudad de México, Bernardo Bonavía, al ayuntamiento sobre el descubrimiento de una piedra labrada de considerable magnitud, la cual fue encontrada al realizar obras en uno de los conductos de la Plaza Mayor. Pide se le haga saber al virrey de estos hechos. 4 de septiembre-21 de octubre, 1790.*

Barbanera, Marcello, *Storia dell'archeologia classica in Italia*, Bari, Italia, Editori Laterza, 2005; Fowler, P.J., *The Past in Contemporary Society: Then, Now*, Londres y New York, Routledge, 1992.

Beaumont, Pablo fray, *Crónica de Michoacán*, México, Balsal Editores, Michoacán, 1985, t. II, p. 54.

Braco, Vittorio, *La lunga illusione dell'archeologia*, Roma, Lit Edizioni, 1979.

Cabello Carro, Paz, "Un siglo de coleccionismo maya en España: de 1785-1787 a 1888", en *Los mayas de los tiempos tardíos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Mayas, Instituto de Cooperación iberoamericana, 1986.

Carrera Stampa, Manuel, "Relaciones geográficas de Nueva España. Siglos XVI y XVIII", en *Estudios de historia novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, <http://www.ojs.UNAM.mx/pdf.132.247.146.34> (05/2016).

Cervantes de Salazar, Francisco, *México en 1554*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.

Ciudad Ruiz, Andrés y Ma. Josefa Iglesias Ponce de León, "La arqueología americana en la tradición arqueológica española", en *Cumplutum*, vol. 16, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2005.

Clavijero, Francisco Javier, "Carta a la Real y Pontificia Universidad de México", en *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1945, pp. 21-22; Moxó, Benito María de, *Cartas mejicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, Fundación Miguel Alemán, A.C., 1999.

Cline, Howard F., "The Relaciones Geográficas of the Spanish Indies. 1577-1648", en *Handbook of Middle American Indians*, v. 12, parte 1, Texas, The University of Texas Press, 1972.

Cuesta Domingo, Mariano, "Los cronistas oficiales de Indias. De López de Velasco a Céspedes del Castillo", *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, Madrid, Universidad Complutense, 2007.

De Solano, Francisco, *Cuestionarios para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias, siglos XVI-XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.

De Lorenzana y Buitrón, Francisco Antonio, *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de México*, edición facsimilar de la de 1770, con texto y notas biobibliográficas de Andrés Henestrosa, México, Editorial Porrúa, 1998.

De Torquemada, fray Juan, *Monarquía indiana*, t. III, México, Editorial Porrúa, 1975.

De Ulloa, Antonio, "Cuestionario para la formación del completo conocimiento de la geografía, física, antigüedades, mineralogía y metalurgia de este reino de Nueva España e instrucción sobre el modo de formarlas", AGN, Bandos, vol. X, fols. 17-20v.

———. Antonio, *Noticias Americanas*, Madrid, Imprenta Real, 1972.

Daniel, Glyn Edmund, *A hundred and fifty years of archaeology*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1976; Willey, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff, *A history of American archaeology*. New York, W. H. Freeman, 1993.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1955.

Díaz-Trechuelo Spinola, María de Lourdes, Concepción Pajarón Parodi y Adolfo Arubio Gil, *Juan Vicente de Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo (1789-1794)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1972.

Dibble, Charles E., *Códice Xólotl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

Estrada de Gerlero, Elena Isabel, "Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España", en Xavier Moyssén y Louise Noelle (coords.), *1492-1992. V Centenario arte e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.



Fernández Martínez, Víctor M., "Arqueología y patrimonio en el mundo postoccidental: estudio de dos casos de Etiopía", en Carlos Ferrer García y Jaime Vives-Fernández Sánchez (eds.), *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio arqueológico, territorio y museo*, Valencia, Museu de Prehistòria de València, Diputación de Valencia, 2012.

Gallardo Arias, Patricia, *Ritual, palabra y cosmos otomí: yo soy costumbre, yo soy antigua*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

Gardin, Jean-Claude, *La logique du plausible. Essais d'épistémologie pratique*, Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1981.

Grafton, Anthony, *Rome Reborn. The Vatican Library and Renaissance Culture*, Washington, Library of Congress, 1993.

León Portilla, Miguel, *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional, 1999.

Lombardo de Ruiz, Sonia, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.

102

Lombardo de Ruiz, Sonia, Lina Odena Güemes, Héctor Madrid Mulia, *Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo. Testimonio documental*, México, Gobierno de la Ciudad de México, 1999.

López Camacho, María de Lourdes, "El caso particular de la legislación sobre los monumentos arqueológicos", en *Revista de la Facultad de Derecho*, no. 294, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

López Luján, Leonardo, "El ídolo sin pies ni cabeza: la Coatlicue a fines del siglo XVIII", *Estudios de cultura náhuatl*, vol. 42, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

Márquez, Nancy, *Shifting the Frontiers of Early Modern Science: Astronomers, Botanists, and Engineers in Viceregal New Spain during the Habsburg Era, 1535-1700*, Tesis de doctorado, Nueva Zelanda, Victoria University of Wellington, 2017, en: <http://hdl.handle.net/10063/6196>, consultado el 19/08/2017.

Martínez Ayala, Jorge Amós, "De Xarácuaro a Carácuaro. Las relaciones entre el Lago, la Tierra Caliente y el culto al Cristo Negro", en Carlos Paredes y Jorge Amós Martínez Ayala, (coords.), *Alzaban banderas de papel. Los pueblos originarios del oriente y la Tierra Caliente de Michoacán*, México, Comisión Nacional para el desarrollo de los pueblos indígenas, 2012.

Mendoza, Alina, "El carácter mecánico de Antonio de Mendoza y de su linaje según sus biógrafos", Conferencia presentada en el Consejo Interno de la Dirección de Etnohistoria, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 20 de septiembre de 2016.

Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la museología mexicana: fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional. 1780-1949*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.

Navarrete, Carlos, *Palenque, 1784: El inicio de la aventura arqueológica maya*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Ong, Walter J., *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Ruiz Medrano, Ethelia, *Gobierno y sociedad en Nueva España: Segunda Audiencia y Antonio de Mendoza*, México, El Colegio de Michoacán, 1991.

Schàvelzon, Daniel, "La primera excavación arqueológica de América. Teotihuacán en 1676", *Anales de Antropología*, vol. 20, no. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

Schnapp, Alain, *La conquête du passé*, Paris, Éditions Carré, 1993.

Tovar de Teresa, Guillermo, "La utopía del Virrey de Mendoza", en Tovar de Teresa, Guillermo, Miguel León Portilla y Silvio Zavala, *La utopía mexicana del siglo XVI. Lo bello, lo verdadero y lo bueno*, México, Publicación del Grupo Azabache, 1992.

———. "Antonio de Mendoza y el urbanismo en México", *Cuadernos de arquitectura virreinal*, no. 2, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, 1985.

Villela, Samuel, "Los 'San Marquitos', culto vigente en el museo Xipe Tótec de Guerrero", en *Gaceta de Museos*, tercera época, febrero-mayo, número 40, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007.



La antropología entre fronteras: reflexiones sobre los aportes de Edward Holland Spicer (1906-1983) en el noroeste de México

Hugo Eduardo López Aceves

DEAS-INAH

Claudia Jean Harriss Clare

DEAS-INAH

RESUMEN

El desarrollo de la antropología mexicana en la región noroeste del país, en tanto área geográfica y cultural, se caracterizó en el pasado por generarse dentro de un debate académico de corte político e ideológico que tuvo por eje el centrismo mesoamericano. En este diálogo, sostenido entre investigadores nacionales y norteamericanos, entregados a la tarea de definir una regionalización, salieron a la luz una serie de problemas etnocéntricos en ambos lados de la frontera.

El antropólogo Edward Holland Spicer, investigador de la Universidad de Arizona, estuvo presente como parte de esta discusión desde la década de 1940, con su trabajo etnográfico y etnohistórico de los pueblos indígenas de la región, del cual surgieron obras particularmente relacionadas con la teoría de la aculturación y la etnohistoria. En este trabajo se analizará la vida y obra de Spicer, con el propósito de explicitar sus aportes a dicho debate, así como su posicionamiento en la historia de la antropología del noroeste mexicano.

Palabras claves: Noroeste mexicano, antropología aplicada, aculturación, etnografía, etnohistoria.

ABSTRACT

The history of anthropology in Mexico's Northwestern geographical and cultural region has, in the past been characterized within the country's broader *Mesoamerican* academic debates. This was a sustained dialog, between researchers from both sides of the international border involved in defining *cultural areas*. During this process, ethnocentric notions from all sides became apparent. Within this context, in the 1940s Edward Holland Spicer from the University of Arizona emerged as a leading figure in ethnographic and ethno historic research among Native peoples, in particular within the framework of

acculturation theory. In this article we discuss the life and work of Edward H. Spicer, in addition to his importance, role and historical positioning in North-western Mexican anthropology.

Key words: Northwest Mexico, applied anthropology, acculturation, ethnography, ethnohistory.

INTRODUCCIÓN

En este artículo se analizará la vida y obra de Edward Holland Spicer, antropólogo, docente e investigador de la Universidad de Arizona, con el propósito de exponer sus aportes y posicionamiento en la historia de la antropología del noroeste mexicano. Este objetivo nos llevó a conocer su trayectoria en los Estados Unidos entre las décadas de 1930 y 1980, a fin de situarlo en el contexto de la antropología mexicana posrevolucionaria y el predominio de la mesoamericanística. Mientras el desarrollo de la antropología del noroeste, en tanto área geográfica y cultural, se caracterizaba por estar al margen del centralismo académico, Spicer ya había publicado su investigación etnográfica de los yaquis de Pascua, Arizona, en 1940, y había iniciado, al año siguiente, su trabajo de campo con los yaquis de Sonora. La importancia de este esfuerzo se refleja hoy en sus estudios transfronterizos de los pueblos indígenas del suroeste de los Estados Unidos y el noroeste de México, que Spicer desarrolló en el marco de la aculturación y la etnohistoria.

Edward Holland Spicer nació en Pensilvania en 1906,¹ dentro de una familia cuáquera de ideales pacifistas y humanitarios. Hasta los trece años de edad, su educación fue impartida en casa, y tras padecer múltiples enfermedades y pasar por distintas carreras, estudió economía en la Universidad Johns Hopkins, carrera que concluyó posteriormente en la Universidad de Arizona (UA) en 1931. Ahí mismo inició su maestría en arqueología, la cual concluyó en 1933.² Más tarde, estudió el doctorado en antropología cultural, con Robert Redfield y Alfred Reginald Radcliffe-Brown, en la Universidad de Chicago, del cual se tituló en 1939 con la tesis: *A Yaqui Indian Village in Arizona*, publicada en 1940 por la misma institución³ y reeditada en 1984 bajo el título: *Pascua: A Yaqui Indian Village in Arizona*, por la Universidad de Arizona.

Si bien durante su doctorado Spicer recibió la influencia de Redfield, la cual lo llevó a seguir el esquema de *estudios de comunidad* (al estilo de *Tepoztlán*,

¹ James E. Officer, *Edward Holland Spicer 1906-1983, Biographical Memoir*, Washington DC, National Academies Press, 1995, pp. 325-345.

² Watson Smith, "The Archaeological Legacy of Edward H. Spicer", en *Kiva*, Vol. 49, No. 1-2, Fall-Winter, 1983, pp. 75-79, p. 75.

³ James E. Officer, *Edward Holland Spicer...*, p.332.



a *Mexican Village*),⁴ también mostró una marcada preferencia teórica hacia la escuela funcionalista de Durkheim y la del propio Radcliffe-Brown, en particular por su atención al sistema de parentesco. Dicho toque se deja ver en su tesis, en la casi total ausencia de contextualización histórica y en el énfasis que hace en la etnografía de las instituciones sociales de los yaquis de Arizona, puestas bajo el análisis característico del pensamiento funcionalista.⁵ Uno de los aspectos problemáticos de dicha obra fue notado por Ralph L. Beals,⁶ quien señaló que el interés principal de Spicer era explicar el contacto cultural siguiendo el modelo funcionalista de manera un tanto “rígida”. Según Beals, este análisis no favorecía el esclarecimiento de fenómenos como el contacto y el cambio cultural. En contraste, Beals destacó la excelencia etnográfica de Spicer.

Al obtener su grado de doctor, Spicer regresó a vivir a Arizona y comenzó su fecunda trayectoria como docente y antropólogo de los pueblos indígenas de dicha región y también de Nuevo México. De su labor en este ámbito destaca su trabajo entre los yaquis del suroeste de los Estados Unidos y los del noroeste mexicano.⁷

SPICER, EL ARQUEÓLOGO

De 1932 a 1933 estudió su maestría en arqueología en la UA.⁸ Ahí realizó excavaciones bajo la tutela de su profesor, Dean Byron Cummings, en dos sitios del territorio yavapai, cerca de Prescott, Arizona, los de King’s Ruin y Fitzmaurice.⁹ Los artefactos recuperados en dichos lugares terminaron en el Museo Smoki

⁴ Robert Redfield, *Tepoztlán, a Mexican Village: A study in folk life*, Chicago, The University of Chicago, 1930; Alejandro Figueroa Valenzuela, “La etnología en Sonora”, *La Antropología en México: Panorama Histórico. Volumen 12. La antropología en el Norte de México*, Carlos García Mora (coord.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 89-125, p. 95.

⁵ Edward Holland Spicer, *Pascua: A Yaqui Village in Arizona*, Chicago, The University of Chicago, 1940, reimpresso por la University of Arizona, 1984.

⁶ Ralph L. Beals, “Book Review of Pascua: A Yaqui Village of Arizona”, *American Anthropologist*, n. s., 43, 1941, pp. 440-442.

⁷ Para más información biográfica véase, James E. Officer, “Edward H. Spicer and the Application of Anthropology”, *Journal of the Southwest*, Vol. 32, No. 1, Spring, 1990, p. 27-35; James E. Officer, *Edward Holland Spicer 1906-1983...*; Rosamond B. Spicer, “A Full Life Well Lived: Account of the Life of Edward H. Spicer”, *Journal of the Southwest*, Vol. 32, No. 1, Spring, Tucson, 1990, p. 3-17; Watson Smith, “The Archeological Legacy...y William Y. Adams, “Edward Spicer, Historian”, *Journal of the Southwest*, Vol. 32, No. 1, Spring, 1990, pp. 18-26.

⁸ Watson Smith, “The Archeological Legacy...”, pp. 75-79; James E. Officer, *Edward Holland Spicer 1906-1983...*, p. 328.

⁹ *Ibidem*, p. 75.

del pueblo de Prescott.¹⁰ Presentó los resultados de estas excavaciones en Las Cruces, Nuevo México, en 1933, para la *American Association for the Advancement of Science*. Asimismo, produjo dos estudios inéditos sobre materiales esqueléticos de Cuicuilco.¹¹

En 1934 dirigió, junto con Louis Caywood, Harry Getty y Gordon Baldwin, a 102 mineros sin experiencia arqueológica, para efectuar trabajos de excavación en Valle Verde, Arizona.¹² Asimismo, mientras realizaba sus estudios doctorales en antropología, durante los veranos de 1938 y 1939, participó excavando en una “field school” de la Universidad de Chicago, en Kincaid, Illinois, y se encargó de ella en 1939. Tras concluir su doctorado regresó a Arizona junto con su esposa, quien obtuvo su posgrado en antropología en Chicago el mismo año, para dedicarse a la antropología cultural, retomar sus estudios entre los yaquis de Pascua y Pótam, y trabajar como docente hasta 1942.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. SPICER Y LA ANTROPOLOGÍA APLICADA NORTEAMERICANA

En 1942, cuando Spicer y su esposa efectuaban trabajo de campo etnográfico entre los yaquis de Pótam, en Sonora, el gobierno mexicano los repatrió, debido al ataque japonés a Pearl Harbor.¹³ De vuelta en Estados Unidos, Spicer fue enviado a trabajar en Poston, Arizona, con japoneses detenidos, y luego a Washington con el *War Relocation Authority*, hasta su cierre en 1946.¹⁴ En dicha institución se emplearon antropólogos para estudiar y elaborar recomendaciones para abordar los “problemas” asociados con el traslado forzoso de más de 100,000 japoneses de la costa occidental a centros de detención al este de las sierras.¹⁵

Spicer trabajó por cuatro años para el *War Relocation Authority* y, por un tiempo desconocido, colaboró en uno de los campos de detenidos que albergaba a ciudadanos norteamericanos con antecedentes japoneses y a migrantes de nacionalidad afín. Según la historiadora y diseñadora Michi Nishiura Weglyn,¹⁶ la mayoría de las 120,000 personas encarceladas en estos centros, llamados *Japanese Internment Camps*, eran niños. Ella misma vivió esta experiencia durante su adolescencia.

¹⁰ *Ibidem*, p. 76.

¹¹ *Ibidem*, p. 78.

¹² *Ibidem*, p. 77.

¹³ Rosamond B. Spicer, “A Full Life...”, p. 15.

¹⁴ Watson Smith, “The Archeological Legacy...”, p. 79; James E. Officer, “Edward Holland Spicer and the Application...”, p. 27.

¹⁵ George, M. Foster, *Antropología aplicada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 304.

¹⁶ Michi Nishiura Weglyn, *Years of Infamy: The untold story of America’s concentration camps*, Seattle, The University of Washington Press, 1996.



La autora señala que la mayoría de los cautivos provenían de las costas del oeste, pese a que poseían la residencia legal. Los prisioneros fueron encarcelados debido a su raza y no pasaron por los procesos jurídicos adecuados. Muchos perdieron sus trabajos y casas; a veces las autoridades los separaban de sus familias y eran obligados a vivir en campos remotos resguardados con alambre de púas y soldados armados. El propio presidente Roosevelt etiquetó estos sitios como “campos de concentración”. Algunos internos (hombres, mujeres y menores) murieron en los campamentos por falta de servicios médicos, el maltrato de los guardias y el estrés emocional.¹⁷ La autora indica que este episodio en la historia norteamericana obedeció a una especie de histeria colectiva combinada con los prejuicios raciales que prevalecían durante la época, amén de la falta de voluntad y liderazgo político. Años después, en 1998, los sobrevivientes recibieron una disculpa presidencial formal y a cada víctima del internamiento forzado le fue otorgada una compensación de 20,000 dólares.

Es importante señalar que durante la Segunda Guerra Mundial el servicio militar y otras actividades ordenadas por el Estado eran obligatorias. En el caso de Spicer, el hecho de tener estudios doctorales en antropología, en combinación con su delicado historial de salud, posiblemente motivaron a los oficiales a descalificar su entrada en las fuerzas armadas y sustituirla por el trabajo social interno, experiencia que marcó su trabajo académico en años posteriores. En este sentido, se podría decir que la antropología aplicada norteamericana fue impulsada por el gobierno durante la guerra como una manifestación de “colonialismo interno”, mediante la cual los antropólogos se integraron a la maquinaria administrativa para controlar a una población minoritaria.¹⁸

En 1946, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Spicer regresó a la docencia e investigación en la UA, responsabilidades que sostuvo hasta su jubilación en 1978.¹⁹ A su vuelta también se ocupó de la vicepresidencia de la *Society for Applied Anthropology*, organización creada en 1941,²⁰ de la que él fue uno de los fundadores.²¹ Su experiencia como antropólogo inmerso en la burocracia de Washington, además de su participación en el desarrollo de políticas públicas y el *cambio cultural dirigido*, tuvieron en él un fuerte impacto. Al respecto James E. Officer, uno de sus discípulos en la UA, declara:

...he repeatedly emphasized the need for anthropologists to share their holistic philosophy with others— especially individuals such as bureaucratic administrators – whose professional responsibilities include planned intervention of a formal sort. To Ned (Spicer), such persons were engaged in a delicate business

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Laura Bartoli, *Antropología aplicada. Historia y perspectivas en América Latina*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2002.

¹⁹ Watson Smith, “The Archeological Legacy...”, p. 79; James E. Officer, “Edward Holland Spicer...”, p. 339.

²⁰ George Foster, *Antropología aplicada*, p. 305.

²¹ James E. Officer, “Edward Holland Spicer the Application...”, p. 34.

whose full implications could not be predicted easily. He felt that anthropologists should help them wherever possible so their good intentions did not produce disastrous results.²²

Spicer no concebía una separación entre las ciencias “puras” y las ciencias “aplicadas”, por lo que declaró: “I was not making a sharp dichotomy between academic and no academic employment. The application of anthropology seemed to me like the most natural thing in the world”.²³

No obstante, Officer afirmó que le preocupaba, por un lado, que la academia no aceptara la utilidad de la aplicación de la antropología y, por otro, la falta de claridad de los objetivos y prácticas que engloba la antropología aplicada como subdisciplina.²⁴ Estas preocupaciones se reflejaron en sus cursos impartidos en la UA, a saber: “La aplicación de la antropología”, “Cambios culturales” y el “Seminario de desarrollo comunitario”, este último para el *Bureau of Indian Affairs*. Además de estas asignaturas, elaboró varios documentos que señalan las virtudes y los peligros de la “intervención comunitaria”.²⁵

Entre sus obras en la materia destacan: *Human Problems in Technological Change*²⁶ y *Perspectives in American Indian Culture Change*,²⁷ textos básicos que formaron una generación de asistentes técnicos para el desarrollo comunitario en los Estados Unidos.²⁸ En México publicó, en 1945, su artículo: “El problema Yaqui”²⁹ en la revista *América Indígena* del Instituto Indigenista Interamericano, y posteriormente, durante su año sabático (1963-1964) trabajó con dicha institución.³⁰

Durante este periodo colaboró también con Alfonso Villa Rojas y Miguel León Portilla, analizando las distinciones entre las administraciones y las políticas públicas indigenistas de México y de los Estados Unidos.³¹ Consideramos que la base de estas reflexiones ya estaba presente en su obra *Cycles of Conquest* de 1962 (desde ahora *Cycles*); texto en el que distinguía entre el indigenismo mexicano y el impacto del sistema de reservaciones indígenas en

²² *Ibidem*, p. 29.

²³ *Ibidem*, p. 32.

²⁴ *Ibidem*, p. 27.

²⁵ *Ibidem*, p. 33

²⁶ Edward Holland Spicer, *Human Problems in Technological Change: A Casebook*, New York, John Wiley and Sons Eds., 1952.

²⁷ Edward Holland Spicer, *Perspectives in American Indian Culture Change*, Chicago, University of Chicago Press, 1961, pp. 517-45.

²⁸ James E. Officer, “Edward Holland Spicer the Application...”, pp. 33-34.

²⁹ Edward Holland Spicer, “El problema Yaqui”, *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 5 (4), 1945, pp. 273-286.

³⁰ Edward Holland Spicer, “La Danza Yaqui del Venado en la Cultura Mexicana”, *América Indígena*, Vol. XXV, No. 1, enero, 1965, Instituto Indigenista Interamericano, México, p. 2.

³¹ James E. Officer, “Edward Holland Spicer the Application...”, p. 35.



los Estados Unidos.³² Finalmente, en 1973, como director de la *American Anthropological Association*, presidió su reunión anual en la Ciudad de México, para la cual invitó a León Portilla como conferencista magistral.³³

Su interés por la antropología aplicada lo llevó a dirigir en los Estados Unidos entre 1960 y 1982, nueve tesis de posgrado relacionadas con el tema, efectuadas por sus estudiantes de la UA, quienes trabajaron en México con los pápagos, yaquis y tzeltales.³⁴ Por último, en 1976, la Sociedad de Antropología Aplicada le otorgó el premio *Bronislaw Malinowsky Award*.³⁵

No obstante lo dicho, y a pesar de su importancia, las reflexiones de Spicer acerca de la antropología aplicada en México al parecer tuvieron escaso eco; por ejemplo, Aguirre Beltrán sólo incluye dos referencias a su trabajo en *Regiones de Refugio*, utilizadas para reforzar sus argumentos sobre la economía ladina y la acción *indigenista*.³⁶

SPICER Y LAS TEORÍAS DE ACULTURACIÓN

Mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, existía en la antropología norteamericana una preocupación por los procesos de aculturación de sus pueblos indígenas, lo cual influenció a muchos antropólogos de la época. Este interés fue estimulado por Ralph Linton y su *Acculturation in Seven American Indian Tribes*, de 1940.³⁷ En este apartado, las palabras de Officer nos llevan a considerar que las reflexiones académicas surgidas de dicha preocupación tal vez tuvieron un antecedente en el desplazamiento cultural observado entre la población indígena, que era más que evidente en las políticas segregacionistas del sistema de reservaciones.

Como hemos visto, Spicer experimentó la continuidad de esta situación en su quehacer profesional; sin embargo, a pesar de que sabemos que estaba a favor de que los ejecutores de las políticas indigenistas estadounidenses llevaran a cabo una revisión radical de sus acciones, no podemos afirmar que él apoyara el cambio cultural dirigido o que simpatizara igualmente con una política de "autodeterminación" indígena. Esta idea la inferimos de la postura de dos de sus estudiantes que promovieron, en la década de 1960, incidir en las políticas del *Bureau of Indian Affairs*.³⁸

³² Edward Holland Spicer, *Cycles of Conquest. The impact of Spain, Mexico y the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, Tucson, The University of Arizona, 1962.

³³ James E. Officer, "Edward Holland Spicer...", p. 336-338.

³⁴ *Ibidem*, pp. 30-31.

³⁵ *Ibidem*, p. 338.

³⁶ Gonzalo Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo-América*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1967, (Ediciones especiales, 46), pp. 125, 253.

³⁷ James E. Officer, "Edward Holland Spicer...", p. 335.

³⁸ James E. Officer, "Edward Holland Spicer the Application...", p. 30.

Con el fin de precisar las implicaciones de la aculturación como tópico antropológico, en el verano de 1953 Spicer organizó un seminario para explorar los aspectos prácticos y teóricos del cambio cultural.³⁹ En 1954 publicó *Spanish-Indian acculturation in the Southwest*, en *American Anthropologist*, donde detalla los procesos de aculturación entre los pueblos indígenas del noroeste de México y del suroeste de la unión americana. Dicha obra, influenciada por el *Memorandum for the Study of Acculturation de Redfield, Linton y Herskovitz*,⁴⁰ se centra en el desciframiento de los distintos “rasgos culturales” y los diferentes procesos involucrados en los cambios culturales observados entre los pueblos navajo, apache y *cahita* (yaquis y mayos), principalmente a partir de su contacto durante la colonia con misioneros franciscanos o jesuitas y, por supuesto, desde la dominación militar española en el periodo que va de 1540 a 1820.⁴¹

Con esta obra, nuestro autor se acercó a la historia, a las formas de contacto y a las distintas reacciones de los “tribus” ante los “agentes de cambio”.⁴² Los cambios observados a través de esta relación incluían: patrones de asentamiento, tecnologías, nuevos sistemas productivos, elementos religiosos, sistemas de cargos, organización social introducida, cambios lingüísticos, transformación de los estilos artísticos de cerámica y textiles, además de alteraciones en las identidades. Sirviéndose de un método comparativo y de una lista de materiales y elementos o *items*, trató de ilustrar los “patrones de ajustes”, “patrones de cambio” y el surgimiento de “nuevas formas y rasgos culturales”. Una herramienta que utilizó para esto fue el bosquejo de Redfield, Linton y Herskovits⁴³ antes señalado, para determinar con él las distintas categorías de análisis en los estudios de aculturación, entre ellos: los rasgos introducidos, los rasgos perdidos y los rasgos cambiados con la finalidad de determinar los “resultados de la aculturación”.⁴⁴

De esa forma, Spicer buscaba entender, primero, las llamadas condiciones del contacto y los procesos de rechazo, ajustes, orientación y reorientación de los procesos productivos, las alteraciones en el “inventario cultural” y los cambios en la religiosidad de estos pueblos. Respecto de las condiciones del contacto, destacó que las tácticas de inserción de los franciscanos variaban mucho de las usadas por los jesuitas; por ejemplo, a los primeros no les interesó aprender los idiomas nativos, mientras que para los ignacianos fue una importante herramienta de contacto y de cambio.⁴⁵

³⁹ *Ibidem*, 335,345.

⁴⁰ Robert Redfield, Linton, R. y Herskovits, M.J., “Memorandum for the Study of Acculturation”, *American Anthropologist*, (38), 1936, pp. 149-152.

⁴¹ Edward Holland Spicer, “Spanish-Indian Acculturation in the Southwest”, *American Anthropologist*, 56 (4), 1954, pp. 663-678.

⁴² *Ibidem*, p. 666.

⁴³ Robert Redfield, Linton, R. y Herskovits, M.J., “Memorandum for the Study...”

⁴⁴ Edward Holland Spicer, “Spanish-Indian Acculturation”, pp. 665, 667.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 668-679.



Más tarde, a partir de su colaboración en un segundo seminario sobre cambio cultural en 1956, Spicer, junto con Evon Z. Vogt, publicó en 1961 *Perspectives in American Indian Culture Change*. En esta obra, además de escribir la introducción y un ensayo sobre los yaquis, Spicer aportó el capítulo final titulado: Types of Contact and Processes of Change. Según las palabras de Officer, Vogt destacó como contribuciones conceptuales de Spicer los “cambios culturales dirigidos” y “cambios culturales indirectos”, además de enfatizar la atención puesta en la estructura social de la comunidad “receptora”, en tanto factor “determinante” del proceso de cambio.⁴⁶

Esto último constituyó una innovación importante respecto del lenguaje usado por Redfield, Linton y Herskovits,⁴⁷ en el cual los “agentes de cambio” representaban las fuerzas introducidas que provocaban los cambios “directos” en las comunidades. En este orden de ideas, “la comunidad” quedaba claramente conceptualizada como un factor “pasivo” que frente al contacto siempre se transformaba. Ahora, puesto el énfasis en dichas colectividades, en tanto determinantes en los “resultados de aculturación”, Spicer las reconoce como “agentes activos” en los procesos de contacto y cambio. El peso de esta aseveración prevalece en su publicación posterior: *Persistent Cultural Systems*,⁴⁸ donde su noción rectora, la de “persistencia indígena”, sigue vigente hasta nuestros días en los trabajos de antropólogos e historiadores interesados en el noroeste mexicano, por ejemplo: Crumrine,⁴⁹ McGuire,⁵⁰ Figueroa,⁵¹ Moctezuma,⁵² Harriss⁵³ entre otros.

Parte de este corpus se conoció en su momento en México con la publicación, en 1965, del artículo de Spicer “La danza yaqui del venado”, en el que destaca que los yaquis mostraron ante las enseñanzas de los jesuitas, no una resistencia, sino más bien una alta receptividad.⁵⁴ El objetivo de este trabajo es considerar la difusión que ha tenido esta danza en la cultura mexicana mediante su divulgación por el *Ballet Folklórico de México*, fenómeno que ilustra

⁴⁶ James E. Officer, “Edward Holland Spicer...”, pp. 335-336.

⁴⁷ Robert Redfield, Linton, R. y Herskovits, M.J., “Memorandum for the Study...”

⁴⁸ Edward Holland Spicer, “Persistent Cultural Systems”, *Science Magazine*, 174, 1971, pp. 795-800.

⁴⁹ Ross Crumrine, *The Mayo Indians of Sonora. A People who Refuse to Die*, Tucson, University of Arizona Press, 1977.

⁵⁰ Thomas R. McGuire, *Politics, economic dependence and ethnicity in the Yaqui Valley*, Tesis, The University of Arizona, 1979.

⁵¹ Alejandro Figueroa Valenzuela, *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*. México, INAH/SEP, 1985.

⁵² José Luis Moctezuma Zamarrón, *Adaptación, cambio y persistencia de las lenguas yaquis y mayo frente al español*, México, El Colegio de Sinaloa / Siglo XXI, 2001.

⁵³ Claudia Jean Harriss Clare, *wa’ási-kehki buu naaósa-buga. Hasta aquí son todas las palabras. La ideología lingüística en la construcción de la identidad entre los guarijío del alto Mayo*, México, PIALLI / ICHICULT / CONACULTA, 2012.

⁵⁴ Edward Holland Spicer, “La danza yaqui...”, p. 118.

el “proceso de fusión cultural o sincretismo”; un proceso universal de aculturación que ocurre cuando “un grupo humano dominante, en condiciones de contacto cultural, impone una creencia religiosa, una forma política u otro elemento cultural a un grupo humano subordinado”.⁵⁵

A la par de lo anterior, consideramos que el autor amplió su interés por los procesos de aculturación con un giro complementario hacia la etnohistoria, lo que le brindó la posibilidad de ahondar en el conocimiento de la historia del contacto y los cambios culturales resultantes, síntesis que materializó en su obra *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, publicado en 1962. Esta obra muestra un abordaje etnohistórico de dimensiones profundas para la comprensión de las características de los pueblos del noroeste-suroeste, y del impacto que produjo el contacto entre indígenas, españoles, mexicanos y estadounidenses, así como de las políticas posteriores del sistema de reservaciones en los Estados Unidos y las del indigenismo en el México de los años 50 y 60.

La construcción de su obra *Cycles*, además de lo antes dicho, parte de una síntesis; es decir, de las definiciones de “áreas culturales” desarrolladas por Sauer,⁵⁶ Beals⁵⁷ y Kroeber.⁵⁸ Al respecto, acotamos brevemente que esta noción se configuró por la reformulación de las “áreas” de Otis T. Mason hechas por G. Holmes, que a su vez fueron la base para el tratamiento fundador de Clark Wissler y, posteriormente, de Kroeber.⁵⁹ “De cualquier manera, es correcta la apreciación de este último en el sentido de que “el concepto de área cultural fue una formulación común de casi toda la escuela de antropología estadounidense”.⁶⁰

En *Cycles* la demarcación que siguió Spicer, tanto en términos de áreas culturales como lingüísticas, se manifiesta en los denominados “Noroeste de México y Suroeste de los Estados Unidos”, regiones que comprenden del norte de Nayarit hasta el actual estado de Nuevo México. Sin embargo, él mismo subrayó que estamos a la espera de una mejor definición que dé cuenta de esta unidad geográfico-cultural.⁶¹

Así, podemos pensar que, aunque en su momento tanto Spicer como sus contemporáneos utilizaron la definición de “áreas culturales” derivada de

⁵⁵ *Ibidem*, 119.

⁵⁶ Carl Sauer, *The Distribution of Aboriginal Tribes and Languages in Northwestern Mexico*, Berkeley, The University of California Press, 1934, (Ibero-Americana, 5).

⁵⁷ Ralph L. Beals, *Primary report on the Ethnography of the Southwest*, Berkeley, National Park Service, 1935.

⁵⁸ Alfred L. Kroeber, *Cultural and natural areas of native North America*, Berkeley, University of California Press, 1939.

⁵⁹ Jesús Jáuregui, “¿Quo vadis, Mesoamérica?”, *Antropología Boletín Oficial del INAH, Nueva Época*, abril / junio, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2008, pp. 3-31, p. 8.

⁶⁰ Citado por Jesús Jáuregui, “¿Quo vadis, Mesoamérica?”, p. 8.

⁶¹ Edward Holland Spicer, *Cycles...*, p. VIII.



listas de *ítems*, como la lengua, entre otros elementos para explicar el contacto, los cambios en el “inventario cultural” y las nuevas formas surgidas o “resultados de esta aculturación”, él advirtió las limitantes de estas categorías, lo que lo llevó a buscar una nueva vía para realizar estudios más profundos: la etnohistoria.

SPICER, EL ETNOHISTORIADOR

En los inicios de la investigación etnohistórica en Estados Unidos, los primeros estudios de la frontera norte de México fueron elaborados en el periodo de fines del siglo XIX y principios del XX por Adolph Bandelier, Charles F. Lummis, Hubert H. Bancroft y su alumno Herbert E. Bolton. Durante las primeras décadas de la centuria pasada, en Estados Unidos no hubo una gran cantidad de materiales académicos dedicados a la etnohistoria mexicana. En cambio, en los años cuarenta, nació un serio interés por la disciplina cuando los litigios de los indios por reclamos de tierras hicieron que los estudiosos advirtieran el valor de los documentos nativos americanos, tanto en su país como en México. El trabajo en la frontera norte mexicana fue continuado por investigadores como John R. Swanton, Frederick Webb Hodge, Alfred L. Kroeber y Henry R. Wagner.⁶²

Sobre lo dicho, Carlos Martínez Marín señala que en la academia norteamericana, desde 1950, la etnohistoria inició su desarrollo principalmente como una subdisciplina dentro de los departamentos de antropología en las universidades. Según el autor, un suceso que provocó el interés en este campo interdisciplinario fue:

...la aprobación en 1946, de la Ley de Reclamaciones Indígenas que daba derecho a los grupos indios a reclamar al gobierno indemnizaciones por las tierras que les quitaron los colonizadores blancos, siempre y cuando las hubieran perdido mediante tratados. Para precisar la existencia de éstos y sus estipulaciones, para identificar las antiguas localidades y los territorios “cedidos”, se recurrió a etnógrafos que investigaron en los archivos y acudieron a toda clase de evidencias pertinentes. El “acercamiento” se había producido y surgía así un nuevo campo de trabajo, la etnohistoria norteamericana”.⁶³

⁶² Ver Susan Schroeder, “Los aportes de la etnohistoria estadounidense”, en Carlos García Mora / María de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La Antropología en México. Panorama histórico 5 Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, México, INAH, 1988, pp. 473-505. (Colección Biblioteca del INAH), pp. 476-477.

⁶³ Carlos Martínez Marín, “La Etnohistoria: Un intento de Explicación”, *Cuaderno de Trabajo de la Especialidad de Etnohistoria de la ENAH*, Departamento de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, Año 1, número 1, 1976, p. 4.

Además, apunta que con este nuevo enfoque interdisciplinario, los antropólogos podían entender “el cambio sociocultural producido por el contacto”.⁶⁴

Hacia 1956 un grupo de académicos estadounidenses organizó la *Conferencia Etnohistórica sobre los Indios Americanos* y publicó un boletín que posteriormente se convirtió en su revista oficial: *Ethnohistory*. Inicialmente, el interés de este colectivo se centraba en los indígenas de su país, pero hacia 1966 su ámbito se amplió a otras áreas geográficas, por lo que cambió su nombre a “Sociedad Americana para la Etnohistoria”. Gracias a su creciente interés por la etnohistoria mexicana, esta asociación se acercó a la investigación enfocada “hacia los grupos nativos del norte de México”.⁶⁵

En adelante, la situación de la etnohistoria mexicana en Estados Unidos alcanzó niveles de alta calidad, como ejemplifica la obra de Charles Gibson para la sociedad colonial indígena del centro de México, la cual tuvo su equivalente en el norte del país, casi en las mismas fechas, con el trabajo de Spicer, quien prácticamente reunió todo el conocimiento sobre los pueblos nativos en la frontera mexicana (desde el contacto hasta el periodo moderno) en 1962 con su obra *Cycles*.⁶⁶

Cuando este libro se publicó, Spicer ya era considerado por sus contemporáneos como un “historiador cultural”. No obstante, según William Y. Adams,⁶⁷ su interés por la historia ya estaba presente en una serie de artículos publicados en la década de 1940, donde destaca la necesidad de examinar más a profundidad el contexto histórico y su importancia para la comprensión de los indígenas. Este enfoque se observa por primera vez en su ensayo de Pótam,⁶⁸ en un capítulo dedicado a las influencias de los procesos históricos en la vida del pueblo yaqui.

Sin duda, *Cycles* es la obra donde Spicer se explaya como etnohistoriador. Esta obra magna, con más de seiscientos cuartillas, cubre un periodo que va de 1533 a 1960. Se trata de lo que ahora denominamos una “historia cultural” del contacto y el cambio producido por la confrontación de españoles, mexicanos y estadounidenses con los distintos grupos indígenas de ambos lados de la frontera internacional, entre ellos: los indios pueblo, tarahumaras, mayos, yaquis, pimas, ópatas, seris, navajos, apaches y yumas.

Cuando la frontera entre México y el país vecino quedó definida, las diferencias y particularidades del contacto en cada país, y a la par de sus políticas indigenistas, determinaron el destino de sus grupos, además de su incorporación política, la difusión y unificación lingüística, la diversificación religiosa, la integración económica y, en algunos casos, la reorientación y los cambios en los patrones de parentescos.

64 *Ídem*.

65 Susan Schroeder, “Los aportes de la etnohistoria...”, pp. 486-487.

66 *Ibidem*, 490.

67 William Y. Adams, “Edward Spicer. Historian...”, p. 19.

68 Edward Holland Spicer, “Potam, A Yaqui Village in Sonora”, *American Anthropological Association, Memoir* 77, 1954.



Entre toda esta gama de tópicos destaca un concepto clave para la comprensión del devenir histórico de estos pueblos, nos referimos al de “gente de ranchería” (*rancheria people*), el cual refiere a una particular forma de organización social conformada por pequeñas agrupaciones de casas dispersas en amplias áreas. La mayoría de sus ocupantes eran hablantes de lenguas yutoaztecas y su distribución abarcaba tres cuartas partes de los pueblos del noroeste, siendo éste el patrón dominante en Sonora y Chihuahua.⁶⁹ Es importante señalar que esta modalidad distintiva de los indígenas del noroeste mexicano se encuentra actualmente en un proceso de debate académico, cuyas particularidades toman distancia del ámbito mesoamericano.

Es interesante destacar que Spicer observaba que, más que la desaparición o desplazamiento de elementos culturales, en ocasiones hubo una ampliación del repertorio de las representaciones religiosas o una plena incorporación de nuevos sistemas económicos. En suma, se puede decir que *Cycles* es una obra fundamental para los etnógrafos, arqueólogos e historiadores del noroeste de México; sin embargo, paradójicamente, nunca ha sido traducida al español y, como muchos otros aspectos de la frontera norte, es prácticamente desconocida por la antropología mexicana del centro y sur del país.

Otro aporte desde la etnohistoria lo tenemos en su libro: *Los Yaquis. Historia de una cultura de 1980*, trabajo que inició en comunidades yaquis de Arizona y Sonora, desde 1936 hasta 1970. Además de su residencia fundamentalmente en Pascua, Arizona, y Pótam, Sonora, el texto lo integró junto con la experiencia personal derivada de sus varias estancias en dicha región, el uso de escritos históricos documentados, fuentes documentales primarias y estudios antropológicos. El proceso que siguió para incorporar esta variedad de recursos fue principalmente el inventario de las actividades humanas, enfoque “que se concentra en lo concreto y lo presenta de manera de sugerir un todo orgánico” llamado por Kroeber “descripción integradora”.⁷⁰ Spicer nos dice que los datos no están en bruto, pues hay un análisis detrás de cada descripción, y el marco analítico hace posible la integración “de las innumerables manifestaciones de los intereses y valores yaquis en una serie abarcable y comprensible de casos”.⁷¹ El autor basó la incorporación de datos históricos a la etnografía en la “moderna disciplina” de la etnohistoria, “consistente en la interpretación de eventos documentados del pasado por medio del conocimiento de situaciones que los antropólogos han adquirido a través del estudio de sociedades vivientes”.⁷²

Por el uso del punto de vista etnohistórico, dice que los antropólogos “han identificado con comprensión cada vez mayor los rasgos comunes de lo

⁶⁹ Edward Holland Spicer, *Cycles...*, p. 12.

⁷⁰ Edward Holland Spicer, *Los Yaquis. Historia de una cultura*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994. (Serie: Historiadores y Cronistas de indias, 9), p. IX. Primera edición 1980.

⁷¹ *Ibidem*, p. IX.

⁷² *Ibidem*, p. X.

que llamamos, por ejemplo, situaciones de aculturación, o de contacto cultural”.⁷³ Asimismo, advierte que cuando un pueblo domina políticamente a otro, y además instituye programas para modificarlo, se pueden generar incomprendimientos y conflictos. El conflicto, en parte, deriva de “percepciones distintas de los mismos acontecimientos, que surgen de distintos antecedentes culturales; otros conflictos provienen de las hostilidades generadas por los esfuerzos de los pueblos dominantes por imponer cambios”.⁷⁴ De ese modo, Spicer nos dice que su libro es el resultado de la combinación de dos enfoques: el de la descripción controlada y el de la etnohistoria.⁷⁵

Del mismo modo que en *Cycles* ofrece al estudioso la noción de “gente de rancharía”, en el capítulo final de *Los Yaquis* menciona a “los pueblos resistentes”, y analiza algunos de estos, por ejemplo, los mayas yucatecos, los hopis, los irlandeses, los vascos y por supuesto los yaquis. Podríamos suponer que en este capítulo Spicer desmenuza la reflexión que anticipó en 1971 en su artículo: “Persistent Cultural Systems” señalado antes, de tal forma que tenemos aquí probablemente una muestra de la evolución de su pensamiento.

Pocos años después de la publicación de *Los Yaquis* en 1980, y de la muerte de Spicer en 1983, Thomas Sheridan⁷⁶ indica que sigue habiendo debates en torno a los métodos y las dimensiones epistémicas de la etnohistoria. Si bien para este autor Spicer fue un pionero de la etnohistoria de los pueblos indígenas del noroeste de México y del suroeste de los Estados Unidos, sus críticas provenían principalmente de los historiadores que negaban la validez del empleo de las evidencias etnográficas para interpretar el pasado.

Sheridan explica que ciertamente Spicer se basaba en fuentes secundarias de literatura histórica y en documentación etnográfica, más que en archivos o fuentes primarias. Según sus críticos, esto daba la impresión de que la historia de los indígenas yaquis consistía en una serie de grandes episodios entre los cuales había vacíos, indicativos de la necesidad de más atención al orden cronológico.⁷⁷ No obstante, también señala los limitantes de “la narrativa histórica” basada exclusivamente en la documentación primaria, particularmente cuando los archivos son escritos por foráneos que sienten poca empatía hacia los nativos. Sheridan ejemplifica lo dicho con el caso de la historiadora y especialista en los yaquis Evelyn Hu-DeHart, quien rechaza “categóricamente” el uso que da Spicer a la interpretación etnográfica como herramienta para la comprensión de los procesos históricos. Al hacer eso, ella cae en una especie de “reduccionismo documental”, que para este autor, no debe ser considerado,

⁷³ *Ídem*.

⁷⁴ *Ídem*

⁷⁵ *Ídem*

⁷⁶ Thomas Sheridan, “How to Tell the Story of a ‘People without History’: Narrative versus Ethnohistorical Approaches to the Study of the Yaqui Indians through Time”, *Journal of the Southwest*, Vol. 30, No. 2, Summer, 1988, pp. 168-189.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 175.



pues la consecuencia de esto sería la negación de la existencia de patrones y relaciones culturales.⁷⁸ En palabras de Sheridan:

At its most extreme, such methodological myopia leads her [Hu-DeHart] to make a number of statements about Yaqui society and culture that strike an anthropologist as simplistic and naive.⁷⁹

En resumen, las críticas a la obra de Spicer y en consecuencia a la etnohistoria en general, son pertinentes, no obstante, apuntan también a algunas de las insuficiencias de ambas disciplinas y a la necesidad de ampliar los vínculos que nutran las metodologías y las interpretaciones de una y otra.

REFLEXIÓN FINAL

Este acercamiento a la obra de Edward H. Spicer tuvo como primera intención exponer su influencia en el desarrollo de la antropología del noroeste mexicano, la cual nos llevó a comprender los distintos momentos de su trayectoria académica. Esto nos permitió apreciar que no mantuvo una sola línea de pensamiento teórico, a pesar de conocer los distintos paradigmas de su época, pues obedeció siempre, en nuestra opinión, a un sano eclecticismo que fue de la mano con su propia maduración intelectual.

A partir de su formación inicial en la economía, transitó por un periodo breve como arqueólogo en la UA, para insertarse luego en la antropología cultural dentro de la Universidad de Chicago, bajo la tutela de Redfield y regresar finalmente a Arizona, donde se establecería definitivamente y configuraría valiosos aportes a la antropología aplicada, las teorías de aculturación, la etnohistoria y donde desarrollaría sus reflexiones sobre los conceptos de cambio y persistencia. No obstante, a pesar de su importancia en los Estados Unidos y sus obras publicadas o traducidas al español, su trabajo ha repercutido poco en México debido a una serie de motivos interrelacionados.

En primer lugar, el contexto de la antropología que Spicer encontró en México desde la década del cuarenta, tenía el énfasis puesto en el centralismo avasallador de la mesoamericanística. En este panorama, el noroeste del país seguía siendo un ámbito escasamente trabajado por los antropólogos mexicanos, como ejemplifica el caso de Alfonso Fabila,⁸⁰ quien estuvo con los yaquis en los años finales del Cardenismo.

Esta situación comenzó a cambiar en los años sesenta, con los trabajos de antropólogos mexicanos como Fernando Cámara Barbachano, Ricardo Pozas

⁷⁸ *Ibidem*, p. 178.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 177.

⁸⁰ Alfonso Fabila, *Las tribus yaqui de Sonora, su cultura y anhelada autodeterminación*, México, Departamento de Asuntos Indígenas, 1940.

y Margarita Nolasco⁸¹ y posteriormente con la creación del Centro Regional INAH-Sonora en 1973, año que estimamos como el despegue de la investigación antropológica en el noroeste del país, aunque con un evidente predominio de la arqueología. A partir de entonces, la presencia de los estudiosos nacionales se sintió más, sobre todo desde la década de 1980, periodo en que se percibe un mayor interés por la obra de Spicer, lo cual persiste hasta nuestros días al ser ésta una de las entradas que permiten comprender la complejidad de la región.

A lo anterior agregamos que, antes de la presencia de los estudiosos nacionales, el noroeste era un “coto” abordado casi en su totalidad por antropólogos estadounidenses, entre ellos Spicer y sus alumnos de la Universidad de Arizona. El interés de éstos no se concentró sólo en el estudio de los yaquis, lo que ejemplifica el clásico texto de Crumrine, intitulado: *El Ceremonial de Pascua y la identidad de los Mayos de Sonora* (1974),⁸² desarrollado en la década del sesenta. En él, este autor empleó diversos enfoques teóricos que, en la opinión de Figueroa, no fueron consistentes, no así la depurada calidad de su etnografía.⁸³

A la par de continuar ejercitando la minuciosidad etnográfica, los discípulos de Spicer siguieron desarrollando estudios de comunidad, todo esto siempre bajo un clima de tolerancia académica. Según Thomas McGuire, uno de ellos: “Oddly, Spicer seldom challenged other views of ethnic persistence with his own. Uncontentious by temperament he did not engage himself actively in the theoretical debates of the 1970s”.⁸⁴

Considerando que la labor de Spicer es una herencia que ha permitido el diálogo transfronterizo entre académicos desde hace varias décadas, y además es fundamental tanto para comprender la complejidad de los pueblos indígenas del noroeste mexicano, como el impacto de la sociedad dominante sobre ellos, nos preguntamos ¿por qué ya no toda la obra de Spicer, sino tan sólo *Cycles of Conquest*, a pesar de su cardinalidad, sigue sin traducirse al español en México? Para nosotros, tal ausencia es simplemente inaudita.

⁸¹ Alejandro Figueroa Valenzuela, “La Etnología en...”, p. 106.

⁸² Ross Crumrine, *El Ceremonial de Pascua y la identidad de los Mayos de Sonora*, (México), Instituto Nacional Indigenista, 1974.

⁸³ Alejandro Figueroa Valenzuela, “La Etnología...”

⁸⁴ Thomas R. McGuire, *Politics and Ethnicity on the Rio Yaqui: Potam revisited*, Tucson, The University of Arizona, 1986, p. X.



BIBLIOGRAFÍA

- Adams, William Y., "Edward Spicer, Historian", *Journal of the Southwest*, Vol. 32, No. 1, Spring, 1990, pp. 18-26.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *El Proceso de Aculturación y el cambio socio-cultural en México*, México, UNAM, 1957.
- . *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo-América, México*, Instituto Indigenista Interamericano, 1967.
- "Colaboradores", *América Indígena*, Vol. XXV, No 1, enero, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1965.
- Bartoli, Laura, *Antropología aplicada. Historia y perspectivas en América Latina*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2002.
- Beals, Ralph L., *Primary report on the Ethnography of the Southwest*, Berkeley, National Park Service, 1935.
- . "Book Review of Pascua: A Yaqui Village of Arizona", *American Anthropologist*, n. s., 43, 1941, pp. 440-442.
- Crumrine, Ross, *El Ceremonial de Pascua y la identidad de los Mayos de Sonora*, (México), Instituto Nacional Indigenista, 1974.
- . *The Mayo Indians of Sonora. A People Who Refuse to Die*, Tucson, University of Arizona Press, 1977.
- Fabila, Alfonso, *Las tribus yaqui de Sonora, su cultura y anhelada autodeterminación*, México, Departamento de Asuntos Indígenas, 1940.
- Figueroa Valenzuela, Alejandro, *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*. México, INAH/SEP, 1985.
- . "La etnología en Sonora", *La Antropología en México: Panorama Histórico. Volumen 12. La antropología en el Norte de México*, Carlos García Mora (coord.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, pp. 89-125, (Colección Biblioteca del INAH).
- . *Por la tierra y por los santos. Identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*, México, Dirección General de Culturas Populares, 1994.

Foster, George, M., *Antropología aplicada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974. Primera edición 1969.

Harris Clare, Claudia Jean, *wa'ási-kehkí buu naaósa-buga. Hasta aquí son todas las palabras. La ideología lingüística en la construcción de la identidad entre los guarijó del alto Mayo*, México, PIALLI / ICHICULT / CONACULTA, 2012.

Jáuregui, Jesús, "¿Quo vadis, Mesoamérica?", *Antropología Boletín Oficial del INAH, Nueva Época*, abril / junio, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2008, pp. 3-31.

Kroeber, Alfred L., *Uto aztecan languages of Mexico*, Berkeley, 1934, (Iberoamericana, 8).

———. *Cultural and natural areas of native North America*, Berkeley, University of California Press, 1939.

———. *The nature of culture*, Chicago, University of Chicago Press, 1952.

Martínez Marín, Carlos, "La Etnohistoria: Un intento de Explicación", *Cuaderno de Trabajo de la Especialidad de Etnohistoria de la ENAH*, Departamento de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, Año 1, Número 1, 1976.

McGuire, Thomas R., *Politics, economic dependence and ethnicity in the Yaqui Valley*, Tesis, The University of Arizona, 1979.

———. *Politics and Ethnicity on the Rio Yaqui: Potam revisited*, Tucson, The University of Arizona, 1986.

Moctezuma Zamarrón, José Luis, *Adaptación, cambio y persistencia de las lenguas yaquis y mayo frente al español*, México, El Colegio de Sinaloa / Siglo XXI, 2001.

Officer, James E., "Edward H. Spicer and the Application of Anthropology", *Journal of the Southwest*, Vol. 32, No. 1, Spring, 1990, pp. 27-35.

———. *Edward Holland Spicer 1906-1983, Biographical Memoir*, Washington DC, National Academies Press, 1995, pp. 325-345.

Redfield, Robert, *Tepoztlán, a Mexican Village: A study in folk life*, Chicago, The University of Chicago, 1930.



Redfield, Robert, Linton, R. y Herskovits, M.J., "Memorandum for the Study of Acculturation", *American Anthropologist*, (38), 1936, pp. 149-152.

Sauer, Carl, *The Distribution of Aboriginal Tribes and Languages in Northwestern Mexico*, Berkeley, The University of California Press, 1934, (Ibero-Americana, 5).

———. *Aztlán*, México, Siglo XXI, 1998. Primera edición 1934.

Schroeder, Susan, "Los aportes de la etnohistoria estadounidense", en Carlos García Mora / María de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La Antropología en México. Panorama histórico 5 Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, México, INAH, 1988, pp. 473-505. (Colección Biblioteca del INAH).

Sheridan, Thomas, "Telling the story of a persistent people: Edward H. Spicer's Ethnohistory of the Yaqui Indians", ponencia presentada en *84th Annual meeting of the American Anthropological Association*, Washington, DC, 1958.

———. "How to Tell the Story of a 'People without History': Narrative versus Ethnohistorical Approaches to the Study of the Yaqui Indians through Time", *Journal of the Southwest*, Vol. 30, No. 2, Summer, 1988, pp. 168-189.

Smith, Watson, "The Archaeological Legacy of Edward H. Spicer", en *Kiva*, Vol. 49, No. ½ (Fall-Winter), 1983, pp. 75-79.

Spicer, Edward H., *A Yaqui Indian Village in Arizona*, tesis de doctorado en antropología, The University of Chicago, 1939.

———. "El problema Yaqui", *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 5 (4), 1945, pp. 273-286.

———. *Human Problems in Technological Change: A Casebook*, New York, John Wiley and Sons Eds., 1952.

———, "Potam, A Yaqui Village in Sonora", *American Anthropological Association*, Memoir 77, 1954.

———. "Spanish-Indian Acculturation in the Southwest", *American Anthropologist*, 56 (4), 1954, pp. 663-678.

- . *Perspectives in American Indian Culture Change*, Chicago, University of Chicago Press, 1961.
- . *Cycles of Conquest. The impact of Spain, Mexico y the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, Tucson, The University of Arizona, 1962.
- . "La Danza Yaqui del Venado en la Cultura Mexicana", *América Indígena*, Vol. XXV, No. 1, enero, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1965.
- . "Persistent Cultural Systems", *Science Magazine*, 174, 1971, pp. 795-800.
- . "Eventos Fundamentales de la Historia Yaqui", Miguel León Portilla (coord.) *Culturas en Peligro*, México, Alianza Editorial, 1976.
- . *Pascua: A Yaqui Village in Arizona*, Chicago, The University of Chicago, 1940, reimpresso por la University of Arizona, 1984.
- . *The Yaquis: A Cultural History*, The University of Arizona Press, 1980.
- . *Los Yaquis. Historia de una cultura*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994. (Serie: Historiadores y Cronistas de Indias, 9).
- . *People of Pascua*, Tucson, The University of Arizona, 1988.
- Spicer, Rosamond B., "A Full Life Well Lived: Account of the Life of Edward H. Spicer", *Journal of the Southwest*, Vol. 32. No. 1, Spring, Tucson, 1990, pp. 3-17.
- Steward, Julian H., *Alfred Kroeber (1976-1969) A Biographical Memoir*, Washington, D.C., National Academy of Science, 1962.
- Weglyn, Michi Nishiura, *Years of Infamy: The untold story of America's concentration camps*, Seattle, The University of Washington Press, 1996.



Ambivalencias: Günther Protásio Friel (1912-1974), misionero y antropólogo amigo de indígenas brasileños y ayudante de intereses gubernamentales¹

Beatrix Hoffmann
Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn

RESUMEN

Günther Protásio Friel (1912-1974) es uno de los menos conocidos antropólogos alemanes del siglo XX, quien se dedicó a investigar las fronteras en el norte de Brasil, desde la década de 1940 hasta su muerte en 1974. Viajó a Brasil en 1934 como misionero franciscano y comenzó su investigación antropológica mientras viajaba por las vastas regiones del río Trombetas, donde encontró miembros de diferentes grupos indígenas. Friel debe ser considerado el primer antropólogo que estableció contacto con los tiriyo y estudió intensivamente su cultura, lengua e historia; además observó cuidadosamente los cambios culturales causados por el contacto intenso con los neo-brasileños. Pero al mismo tiempo fue él quien ayudó a conectar la tierra originaria de los tiriyo con los centros urbanos de Brasil, pues entregó información importante sobre la región y sus habitantes, a fin de asistir los preparativos para la construcción de un aeropuerto de la Fuerza Militar Brasileña (FAR).

Palabras clave: Friel, Tiriyo, Kaxuyana, Amazonas, cambio cultural.

ABSTRACT

Günther Protásio Friel (1912-1974) is one of the lesser known German Anthropologists of the 20th. century, who did frontier research in northern Brazil from the 1940s on till his death in 1974. He came to Brazil in 1931 as a Franciscan Missionary and started his anthropological research doing his mission work by traveling the vast regions of the Trombetas river basin, where he met members of several different indigenous groups. Friel has to be seen as the first Anthropologist, who came as scientist into contact with the Tiriyo and who studied their culture and language intensively. The work with the Tiriyo

¹ Traducción del alemán por Mechthild Rutsch, DEAS-INAH, 2016.

was Frikels “life’s work” and he documented their material culture, language and history and observed carefully the cultural changes among them, caused by an intensified contact to the Neo-Brazilians. But at the same time, he was the one who helped to connect the remote homeland of the Tiriyo to urban centers of Brazil by delivering major information about the region and its inhabitants to assist the preparation of the construction of an Aircraft runway by the Brazilian Air Force (FAB).

Key words: Frikel, Tiriyo, Kaxuyana, Amazon, cultural change.

La etnología se encuentra en un estado triste y absurdo, por no decir trágico, pues justo en el momento que intenta poner orden en su taller, forjar sus propias herramientas y cumplir con su tarea especial, desaparecen rápidamente y sin remedio los materiales que intenta analizar. Y es justo ahora, cuando los métodos y fines de la etnología científica de campo han tomado su forma, [...] éstos [los pueblos indígenas] se mueren ante nuestros ojos.²

Para salvar aquello que todavía puede rescatarse se deben coleccionar de inmediato las pocas reliquias que aún existen y asegurarles un lugar en los museos [...] hoy apremia el tiempo, pues por la desaparición de las tribus originales y su transformación bajo las nuevas influencias, ya hemos perdido sin remedio muchas oportunidades favorables.³

El tema del objeto de estudio en desaparición acompaña a la etnología desde sus primeros tiempos, cuando ésta se estableció como disciplina académica en museos y universidades, durante la segunda mitad del siglo XIX. Este tema se mantuvo hasta muy entrado el siglo XX.

En la medida en que la etnología (es decir, sus representantes) no fue capaz de reconocer y reflexionar de forma crítica sobre su propio papel catalizador en este proceso, en esa misma medida, la mayoría de los etnólogos no logró conceptualizar los procesos de transformación como la médula de la cultura. Si los grupos indígenas, o algunos de sus representantes, mostraban cambios culturales rápidos, resultado de su contacto con sociedades dominantes como las europeas, tales procesos eran juzgados una contaminación del “estado original”, que se consideraba el único estado digno de ser documentado e investigado por la etnología.

También Günther Protásio Frikel (1912-1974), un etnólogo alemán prácticamente olvidado fuera del Brasil, buscaba, a mediados del siglo XX, encontrar en sus investigaciones entre diferentes grupos indígenas del Amazonas lo auténtico y original de la cultura (véase imagen 1). El foco de su interés fueron

² Bronislaw Malinowski, *Argonauten des westlichen Pazifik. Ein Bericht über Unternehmungen und Abenteuer der Eingeborenen in den Inselwelten von Melanesisch-Neuguinea*. Eschborn, 2007 [1921].

³ Adolf Bastian, *Koenigliche Museen. Führer durch die Ethnographische Abteilung*. Berlin, 1877.



los tiriyó, de lengua caribe, a los que estudió de manera continua durante casi 25 años y con los que no sólo estableció el primer contacto científico, sino que lo mantuvo de modo permanente.⁴ Durante todo ese tiempo, Frikel observó y documentó el veloz cambio cultural de este grupo, en el que él tuvo participación fundamental, sin que lo haya reconocido así, al menos no en la percepción de alguien ajeno.



Fig. 1

Protásio Frikel (NLM Hannover, Völkerkunde-Archiv des Niedersächsischen Landesmuseums Hannover, Ordner Erwerbungen und Tausch, 1970-1974).

Los viajes de Frikel y sus estancias entre los tiriyó allanaron sustancialmente el camino hacia ese grupo por parte de representantes de la sociedad mayoritaria brasileña, como la fuerza aérea, científicos, misioneros cristianos y también aventureros. Las consecuencias fueron el choque de la cultura indígena con la cultura del Estado nacional y occidental, así como el establecimiento de una

⁴ Cf. Beatrix Hoffmann, "Am Anfang steht die Begegnung: Tiriyo, Xikrin, Apiaká.", en Gabriele Herzog-Schröder (coord.), *Von der Leidenschaft zu finden. Die Amazonien-Sammlung Fittkau*. München, 2014, pp. 24-36.

zona de contacto en el sentido de Mary Louise Pratt.⁵ Con ello, Frikel no sólo fue el pionero de la investigación etnológica entre los tiriyo, sino que también preparó el avance de la zona de contacto, esto es, se convirtió en uno de sus protagonistas.

Este artículo presenta a Frikel como etnólogo de ascendencia alemana que halló su campo de trabajo en América Latina y cuyas investigaciones representan una importante aportación a la etnología de la baja Amazonia. Si se considera el papel de Frikel como protagonista de la zona de contacto, la presente contribución se pregunta también por las consecuencias de sus actividades para la población indígena y para él mismo. Bajo el término de “zona de contacto”, Pratt entiende:

...social spaces, where cultures meet, clash and grapple with each other in context of highly asymmetrical relations of power, such as colonialism, slavery or their aftermaths [...].⁶ Son espacios caracterizados por “imperial encounters, in which peoples geographically and historically separated come into contact with each other and establish ongoing relations, usually involving conditions of coercion, radical inequality and intractable conflict.”⁷

Según Pratt,⁸ las zonas de contacto conllevan violencia y destrucción, pero también muestran nexos interculturales en un marco de “*transracial sexual alliances and intermarriages*”, así como fenómenos de transculturación. Con este concepto califica el trabajo del antropólogo cubano Fernando Ortiz (1881-1969),⁹ quien lo desarrolló en su obra *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, publicado por vez primera en 1940. En esta obra, Ortiz postulaba que el contacto de culturas distintas lleva al desarrollo de nuevos rasgos culturales, nutridos por las culturas participantes. Para ilustrar este proceso, Ortiz recurre a las similitudes y diferencias entre padres e hijos, cada uno de los cuales posee atributos de ambos padres pero, a pesar de ello, resultan ser totalmente distintos a ellos.

La transculturación como forma de asimilación y supervivencia en situaciones de subordinación político-cultural supone, por ejemplo, según Pratt¹⁰, la adopción de técnicas y materiales ajenos y su adaptación a la producción cultural propia. Pratt desarrolla esto mediante el ejemplo de Guamán Poma de Ayala y de su *Nueva crónica y buen gobierno*,¹¹ obra que, siendo una autoetnografía, es considerada el resultado típico de la transculturación. Esta crónica,

⁵ Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: travel writing and transculturation*. London, 1992.

⁶ *Ibidem*, p. 7.

⁷ *Ibidem*, p. 8.

⁸ *Ibidem*, pp. 7, 52-54.

⁹ Fernando Ortiz, *El Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana. 1983, 86-90, (http://www.fundacionfernandoortiz.cult.cu/downloads/ortiz/Del_fenomeno_social_de_la_transculturacion.pdf; consultado el 07/02/2016).

¹⁰ Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: travel*, 8-11.

¹¹ Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, Caracas, 1980.



escrita en forma de una carta de Guamán Poma de Ayala al rey español, se redactó en su mayor parte en español, con el uso ocasional del quechua y es el ejemplo por excelencia de la transculturación como forma de asimilación a una zona de contacto, en este caso al Perú colonizado por los españoles. Hasta la conquista, y según lo que hoy sabemos, el quechua no tenía escritura. En el Perú prehispánico, tanto la escritura como el uso de papel y técnicas relacionadas, por ejemplo el dibujo sobre papel, eran desconocidas. En los casi 400 dibujos que anexó a su crónica, Guamán Poma de Ayala enlazó conceptos visuales andinos y europeos.¹²

En las explicaciones acerca del concepto de autoetnografía puede advertirse lo que Pratt entiende por transculturación, ya que se focaliza sobre todo en las estrategias culturales de aquellos –subalternos– que son forzados a aceptar las consecuencias del ejercicio del poder ajeno y se encuentran inermes ante las prácticas y técnicas culturales ajenas. Sin embargo, Ortiz señala en su obra que pueden observarse procesos transculturales en ambos, esto es, en todas las partes que intervienen. Por ello es necesario preguntarse, más allá de Pratt, qué formas desarrollan los protagonistas de las zonas de contacto para asimilarse a esta situación. Aquí se intentará investigarlo a partir del ejemplo de Frikel.

MISIONERO Y ANTROPÓLOGO: GÜNTHER PROTÁSIO FRIKEL

En 1931, Frikel viajó de Alemania a Brasil para formarse como sacerdote y ser misionero de la orden franciscana en el territorio de la Amazonia. Un año antes obtuvo su bachillerato en el gimnasio conventual de Bardel, Baja Sajonia. Frikel fue, por tanto, uno de los primeros jóvenes egresados de este gimnasio y enviados al Brasil. Bardel se había fundado en 1921¹³ como un gimnasio de

¹² Mercedes López-Baralt, “La persistencia de las estructuras simbólicas andinas en los dibujos de Guamán Poma de Ayala.”, en *Journal of Latin American Lore*, 1979/5, 83-116. La representación de Adán y Eva como criaturas de dios, por ejemplo, muestra una estructura tripartita vertical con una división dual horizontal. La división vertical del mundo corresponde al imaginario andino de un mundo arriba-ahora-abajo, mientras la estructura bipartita horizontal representa el pensamiento andino orientado en lo dual y en la complementariedad, que divide al mundo en espacios de arriba-abajo, derecha-izquierda, masculino-femenino. Así se encuentra el lado masculino, pensado como hanan (arriba), al lado derecho de dios, y en éste también se encuentra el sol. En cambio, el lado femenino se encuentra a la izquierda de dios y se conceptualiza como *hurin* (abajo), a él le corresponde la luna (cf. “Crió Dios al mundo. Entregó a Adán y a Eva”, Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, 10).

¹³ En la página web del convento de Bardel (<http://www.bardel.de/Kloster/>) encontramos que sus comienzos datan de 1922, pero Klemens Dieckmann, en su artículo “Bardel –eine Gründung für Brasilien in Deutschland– Ergänzende Aspekte.”, en Hugo Frago (coord.), *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*.

misioneros por parte de la provincia franciscana San Antonio del norte de Brasil; su finalidad era subsanar la falta de nuevas generaciones en la orden. Esta carencia databa de la segunda mitad del siglo XIX y fue consecuencia de las disputas entre la iglesia católica y el emperador brasileño. El meollo de estas querellas fueron los límites entre la jurisdicción secular y la eclesiástica, así como la afiliación del clero a asociaciones masónicas.¹⁴

Frikel cursó primero sus estudios de teología en Olinda, Pernambuco (1931-1933) y los continuó en Salvador, Bahía, donde presentó su examen en 1937. Ya durante sus tiempos de estudiante, Frikel se había interesado por temas antropológicos y se ocupó intensamente del *Candomblé bahiano*, para el que Salvador, como uno de sus más importantes centros, fue un sitio muy apropiado. Después de su unción sacerdotal en 1938, Frikel fue adscrito a la prelatura de Santarém¹⁵ y entonces comenzó en verdad su trabajo de misionero. Hasta 1957 laboró en diferentes parroquias¹⁶ y por último en la de Santarém, a la que pertenecían las estaciones Alenquer, Óbidos, Faro, Oriximiná y Juruti, todas al norte del río Amazonas.

Durante ese tiempo, el énfasis del trabajo misionero franciscano en el Amazonas y en Brasil se trasladó menos a la población indígena que a la población neobrasileña.¹⁷ Se trataba de reencauzar a los brasileños¹⁸ que, desde el punto de vista de la teología católica, se habían alejado de la fe durante el siglo XIX, y de devolverlos al seno de la iglesia y al camino de la fe (católica) verdadera.¹⁹ A pesar de ello, y poco después de su cambio de adscripción al

Mettingen, 1998, 275, escribe que la primera piedra fue colocada en 1921, y en 1922 entraron los primeros jóvenes al noviciado.

¹⁴ Roland Spliesgart, *‘Verbrasilianerung’ und Akkulturation. Deutsche Protestanten im brasilianischen Kaiserreich am Beispiel der Gemeinden in Rio de Janeiro und Minas Gerais (1822-1889)*. Wiesbaden, 2006, 479.

Hugo Fragoso, ofm, “Das geistige Umfeld der Erneuerung der Franziskaner-Provinz vom Heiligen Antonius”, en Hugo Fragoso, ofm (coord.), *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*. Mettingen, 1998, I-LVII, p. V.

¹⁵ Pertenecía originalmente al obispado de Belém, pero la prelatura fue excluida en 1903. Hasta 1979 la prelatura recibió el estatus de obispado independiente y con validez plena, pero sigue siendo subordinada a la arquidiócesis Belém.

¹⁶ Aunque las parroquias llevan los mismos nombres que los municipios en los que están ubicadas, sus fronteras, al menos en 1953, no coincidían con las de las comunidades eclesiásticas y de la administración estatal (Protásio Frikel, *O Cinquentenário da Prelazia de Santarém: 1903-1953*, Petrópolis, 1953, p. 39).

¹⁷ Honorio Rito, “Vom Sinn einer Gedächtnisfeier.”, en Hugo Fragoso, ofm (coord.), *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*, Mettingen, 1998, 77-102, p. 94.

¹⁸ Hugo Fragoso, ofm, “Das geistige Umfeld”, XI.

¹⁹ Con este objetivo, los franciscanos establecieron un programa pastoral en Brasil dedicado a la pastoral y a la educación de la población pobre en los centros urbanos. Esta obra misionera con y para los pobres de Brasil puede haber sido una de las fuentes que condujeron al desarrollo de la teología de la liberación. Es bastante improbable que



bajo Amazonas, Frikel estableció contacto con el Museo Goeldi en Belém (hoy Museo Paraense Emílio Goeldi, MPEG), tal vez guiado por su interés antropológico y con la esperanza de entablar un contacto más estrecho con la población indígena. Desde su fundación en 1866, el Museo fue un espacio de encuentro para científicos del país y colegas extranjeros. Durante mucho tiempo fue también referencia obligada para los científicos que investigaban en el Amazonas o que allí se proponían investigar.²⁰ Éste fue el caso de diversos científicos naturales y humanistas, entre ellos lingüistas, etnólogos y arqueólogos.

Como sacerdote y misionero, las tareas de Frikel eran, sobre todo, el cuidado espiritual de las almas y actividades como la celebración de misas, bautizos, matrimonios y entierros en la iglesia principal de las respectivas parroquias. Además, debía cuidar también las estaciones externas de cada parroquia, pequeñas capillas muy lejanas²¹ a las que habitualmente sólo se podía llegar en barco y después de largos viajes. No obstante, Frikel persiguió también su interés antropológico desde el principio de su labor misionera. De este modo, durante los primeros años se dedicó sobre todo a la arqueología.

En las orillas de los ríos que visitó durante sus viajes (sobre todo la cuenca del río Trombetas), Frikel encontró diversos sitios arqueológicos tanto sambaquis²² como montículos de *terra preta*.²³ Allí realizó breves indagaciones

el trabajo de Frikel a los tiriyó haya sido influenciado por el hecho de que había estado trabajando principalmente como antropólogo desde finales de los años cincuenta y abandonó el orden franciscano ya en 1963 –unos años antes del desenvolvimiento de la Teología de la Liberación–.

²⁰ Hasta el día de hoy el museo no ha perdido su importancia. Todavía sigue siendo una de las direcciones y puntos de salida para toda investigación en ciencias naturales y de las culturas de la Amazonía. Durante los últimos decenios, y en relación a la investigación biológica del Amazonas, el Instituto Nacional de Pesquisas de Amazônia (INPA), fundado en 1952, y que se encuentra en Manaus, puede considerarse de la misma importancia que este museo.

²¹ En ocasiones se necesitaban viajes de hasta 120 km al día, a fin de llegar hacia las diferentes capillas. Adalbert Kirschbaum, “Als Missions-Pionier in Brasilien. Aus dem Tagebuch des P. Adalbert Kirschbaum.”, en Hugo Frago, ofm (coord.), *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*. Mettingen, 1998: 38-49, p. 47.

²² *Sambaquis* son montículos prehistóricos de origen humano. Tales montículos fueron creados por el depósito de las partes no comestibles de conchas y crustáceos, en el contexto de una subsistencia basada en frutos acuáticos. Son una de las huellas más antiguas de la presencia humana en América del Sur. Sin embargo, ya que desde tiempos coloniales fueron hurtados como depósitos de cal para la fabricación de mortero, muchos de ellos han desaparecido hoy (cf. Maura Imazio da Siveira e Denise Pahl Schaan “A vida nos manguezaís: a ocupação humana da Costa Atlântica Amazônica durante o holoceno”, en Edith Pereira y Vera Guapindaia (coords.), *Arqueologia Amazônica*, Belém do Pará, 2010/1, 35-48, p. 38.

²³ *Terra preta* es la designación para montículos de tierra negra de origen humano. Proviene del aprovechamiento agrícola del suelo, de desechos de la vida cotidiana y por eso también contienen artefactos.

y colección de superficie. En sitios específicos, por ejemplo el sambaqui “Punta do Jaurí”, también pudo efectuar investigaciones arqueológicas más detalladas. Y en sus viajes a lo largo de los ríos, Frikel se encontró con gran número de indígenas que vivían en esta región. En un artículo de 1957 sobre asuntos lingüísticos del norte de Pará, Frikel menciona que hasta ese momento²⁴ se había encontrado con miembros de más de 30 diferentes grupos indígenas.²⁵ Se trataba en realidad de grupos lingüísticos caribes, sobre todo.²⁶ Desde 1944, Frikel se ocupó de manera más directa de aspectos etnológicos. Después de conocer a algunos kaxuyana, los visitó en el río Cachorro,²⁷ un afluente del río Trombetas. Hasta 1968 se encontraba allí su mayor asentamiento (véase imagen 2). El objetivo de Frikel consistía en investigar la cultura y las lenguas de estos grupos caribes y documentarlos. En los siguientes seis años, continuó sus investigaciones de manera sistemática y cada año pasó varias semanas con los kaxuyana.

Al mismo tiempo, intentó establecer contacto con otros grupos indígenas de la región, por ejemplo, con los kahyana²⁸ y los parukoto.²⁹ En 1949, Frikel se encontró por vez primera con algunos miembros de los tiriyo, un grupo indígena que en estos años vivía muy retirado y desperdigado en un vasto territorio, que a su vez pertenecía a pueblos de lengua caribe. La región en la que habitaban, de difícil acceso, comprendía el nacimiento de los ríos Erepecurú (también llamado Paru do Oeste), Jari, Maicurú y Paru Leste. Frikel pronto desarrolló un extraordinario e intenso interés en el estudio de la cultura de los tiriyo, que lo acompañó durante el resto de su vida. Al año siguiente, en 1950, visitó por primera vez a algunos tiriyo. Hasta 1974 le siguieron 13 visitas a diferentes grupos tiriyo. El estudio de su lengua y cultura se convirtió en la obra magna de su vida y hasta el día de hoy Frikel es reconocido como su mejor conocedor y mayor simpatizante. Al mismo tiempo, es en

²⁴ En años posteriores se añadieron otros grupos, a los que Frikel encontró en el río Tapajos, el río Xingu y el río Tocantins.

²⁵ En esta lista Frikel enumera varios grupos, tales como los aramayana, los maraxó y los okómoyana, a los que más tarde reúne bajo el término de tiriyo.

²⁶ Las lenguas caribe pertenecen a una de las familias lingüísticas más importantes de la población indígena de América del Sur, sobre todo se encuentra en el norte del continente.

²⁷ Ya que a la mitad del siglo XX no existía una ortografía común para gran parte de las designaciones geográficas, Frikel escribe el nombre del río, que en los mapas actuales se llama río Kaxuru, de modo parecido a la palabra “cachorro”, tal como se llama a los perros al norte del Brasil.

²⁸ Un grupo de lengua caribe que vive cerca de los kaxuyana, que muy poco después de que Frikel los visitó prácticamente ya no existían (Protásio Frikel “Os últimos Káhyana.” en: *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, São Paulo, 1966, 7-34, p. 7).

²⁹ Al igual que los tiriyo, los parukoto son un conglomerado de distintos grupos a los que también pertenecen los hixkaryana y los ewarhoyana (Wolfgang Müller, *Die Indianer Amazoniens*, München, 1995, 83).

las relaciones entre Frikel y los tiriyo en las que se perfila con mayor claridad su papel protagonista de la zona de contacto.

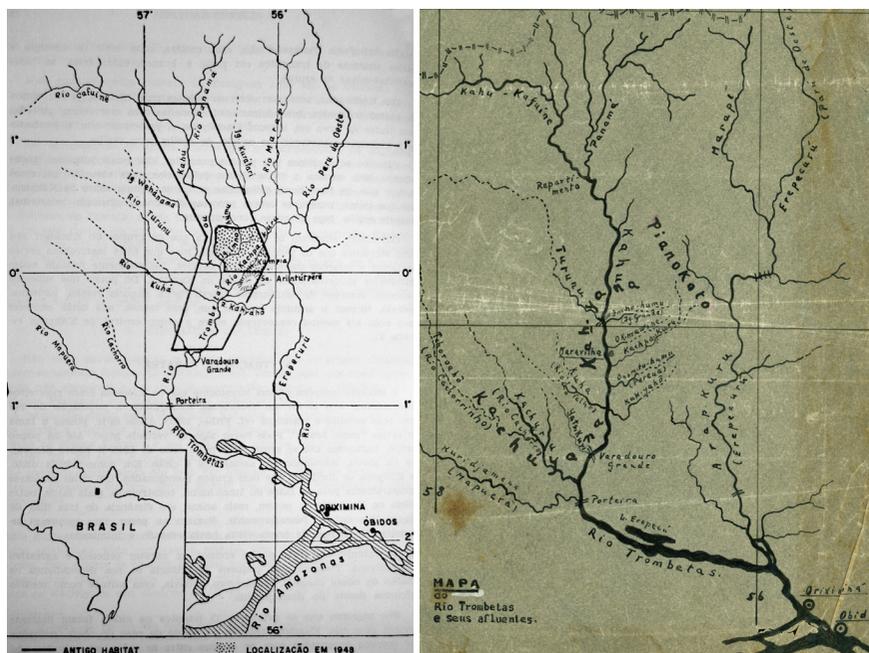


Fig. 2:

Mapa de la región Kaxuyana y de la cuenca del Río Trombetas
(aus: Frikel, Protásio, 1966: Os últimos Káhyana. p. 16).

LA GUYANA CENTRAL COMO ZONA DE CONTACTO

El nacimiento de los ríos Paru do Oeste, Jari, Maicurú y Paru se encuentra en dos cadenas montañosas; la sierra Acarai y la sierra de Tumucumaque, que pertenecen a tierras centrales guyanesas. La línea de las cumbres más altas de estas dos cadenas de montaña establece una división de vertientes de drenaje entre el Amazonas y el Atlántico. A lo largo de este trazo se encuentra asimismo la frontera entre Brasil y Guyana, Surinam y Guyana Francesa. Los asentamientos tiriyo se hallan a ambos lados de esta línea y, por tanto, se sitúan tanto en territorio brasileño como surinamés y son transnacionales. Las visitas familiares, viajes con motivos económicos y cambios de residencia no consideraban las fronteras entre las naciones y los tiriyo solían cambiarse de un territorio a otro. Hasta la mitad del siglo XX, esto tuvo escasa relevancia para la vida tiriyo, ya que se asentaban con libertad en ambos lados de la frontera y aún estaban relativamente aislados de las sociedades nacionales.

Esta forma de vida tan aislada cambió cuando se tomaron medidas para el trazado de las fronteras y de sus fortificaciones, durante la década de 1950: en ambos lados se establecieron puestos militares permanentes y se inició la construcción de pistas aéreas para aprovisionarlos. Hasta entonces, la zona residencial tiriyo había sido una región sumamente aislada. Desde el lado brasileño, el acceso a la región de la divisoria de vertientes entre Amazonas y Atlántico fue extraordinariamente difícil, en especial el acceso a la sierra de Tumucumaque.

La única forma de llegar a esta región era viajando río arriba sobre el cauce de los ríos que fluían en dirección del Amazonas, hasta llegar a sus nacimientos. Para ello hay tres grandes ríos: el río Paru Leste, el río Jari (ambos con desembocadura directa en el Amazonas) y el río Erepecurú (es decir, río Paru do Oeste) que desemboca en el río Trombetas, junto con sus dos afluentes de los que nace: el río Paru do Oeste y el río Marapi. Los viajes sobre estos dos ríos eran extenuantes y tardados, ya que las montañas tienen laderas muy empinadas hacia el lado del Amazonas. En los trechos medios de estos ríos existen numerosas cataratas y peligrosos rápidos, que dificultan enormemente los viajes. Debido a estos obstáculos, los botes deben jalarsse o vaciarse de todo equipaje, y el bote se carga, lo que resulta en largas demoras. El viaje desde el raudal inferior del río Erepecurú hasta el primer pueblo tiriyo, en la región de la cuenca del río, podía durar casi tres meses.³⁰

Hasta bien entrado el siglo XIX, los tiriyo se asentaron también en las regiones medias de algunos de los ríos que nacen en las montañas de Acarai y Tumucumaque, donde probablemente también tuvieron un contacto más cercano con poblaciones no indígenas.³¹ A causa de experiencias traumáticas con la política de desplazamiento de los europeos y de sus descendientes, los tiriyo y otros grupos indígenas que habitaban la región (por ejemplo los apalai, wayana y kaxuyana) se retiraron a esta región que hasta la mitad del siglo XX fue de muy difícil acceso.

Cuando Frikel visitó a los tiriyo por vez primera, vivían en aldeas muy espaciadas entre sí, llamadas *pata*. En estas *pata* habitaban pequeños conjuntos familiares de no más de 30 personas que practicaban una economía de subsistencia, sobre todo mediante tumba, quema y roza (con la mandioca como el cultivo más importante), y se nutrían también de la caza, la pesca y los frutos de bosque que recolectaban.

Durante un periodo prolongado, y en virtud del aislamiento de la región en la que vivían, los tiriyo sólo tenían contacto esporádico con la población

³⁰ Cf. Thomas Kockmeyer, "Die Expedition zu den Tyrió-Indianern", en *Kirche und Indianer. Berichte und Dokumente aus Brasilien*. Essen, 1980/19, 74-84, p. 74.

³¹ Protásio, "Tradition und Archäologie im Tumuk-Humak /Nordbrasilien" en *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlin, 1961/94, 1-17. Hasta hoy día las estribaciones al sur de la cadena montañosa son una de las regiones de refugio para los grupos indígenas, los que hasta la actualidad evitan el contacto con la sociedad mayoritaria brasileña, pero también con otros grupos indígenas, a ellos pertenecen por ejemplo los z'océ.



no indígena. Éste tuvo lugar en particular con los cimarrones, ex esclavos africanos de las colonias guyanesas. Desde finales del siglo XVIII, y en especial en el siglo XIX, los cimarrones fungían como mediadores entre los centros urbanos de la región y la población indígena aislada que vivía en el interior. Los cimarrones les proveían de mercancías industriales: vasijas de esmalte, redes de mosquitos, keroseno, herramientas de metal, telas de algodón y perlas de vidrio, entre otras.³²

Desde comienzos del siglo XVIII algunos cuantos europeos también se aventuraron por el camino hacia el interior de las Guayanas. Según la información disponible hasta ahora, tales exploraciones sólo se efectuaban desde el lado atlántico, hasta bien entrado el siglo XX. Gerrit Jacobz redactó un informe temprano y en 1718 y 1720 avanzó por el río Corantyne hasta el interior de lo que hoy es Surinam.³³ Jacobz también se encontró con los tiriyo, a los que en su crónica llamó drijanen.³⁴ Más de 100 años después de este viaje, Robert Hermann Schomburgk (1804-1865), durante sus viajes de 1835 a 1843, logró también avanzar hasta el interior de las Guayanas. Por su parte, a finales del siglo, Jules Crevaux (1847-1882) cruzó las montañas Tumucumaque y bajó al río Jari en 1877, y al río Paru Leste en 1878 hasta el río Amazonas. Tanto Schomburgk como Crevaux tuvieron contacto con los tiriyo.³⁵ También el holandés Claudius H. De Goeje (1879-1955), que participó entre 1901 y 1907 en varias expediciones al interior de Surinam, se encontró con los tiriyo.

Estos contactos tempranos entre europeos y tiriyo se diferenciaron de manera fundamental de las empresas de Frikel. Mientras los encuentros con los viajeros que venían del lado atlántico más bien fueron casuales, Frikel (después de haber conocido a algunos tiriyo) encaminó sus pasos directamente hacia ellos y entre ellos pasó un tiempo prolongado.

Ni los contactos indirectos, mediados por los cimarrones, ni los muy raros encuentros directos entre los tiriyo y los miembros de las sociedades nacionales y coloniales del Brasil y de Surinam, que tuvieron lugar hasta mediados del siglo XX, lograron transformar el núcleo de la tierra de las Guayanas en una zona de contacto (en el sentido de Pratt). Durante estos muy breves intercambios, la disparidad de poder político entre la población indígena de la

³² Protásio Frikel, "Tradition und Archäologie", 6. Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação Tiriyo: 1960-1970. Mudanzas e problemas*, Belém do Pará, 1971, 10.

³³ Lodewijk Hulsmán, "The Guyana's routes: a trip from Suriname to the Branco River in 1718", en Reginaldo Gomes de Oliveira and Melissa Ifill (coords.), *From historical paths to the cultural processes between Brazil and Guyana*. Boa Vista, 2011, 45-66, p. 47ss.

³⁴ Se le debe a Jan Willem Yzerman, "Twee reizen van Paramaribo, een naar de Parima in 1718 en een naar de Boven - Corantijn in 1720", en *Tijdschrift van het Kon. Nederlandsch Aardsijkskundig*, 1911, 648-661, p. 650, que los drijanen se reconocieran como tiriyo, esto es, trio, como se les llama en Surinam (Lodewijk Hulsmán, "The Guyana's routes", 48).

³⁵ Richard Schomburgk *Reisen in Britisch-Guiana in den Jahren 1840-1844*. Vol. 2, Leipzig, 1848, p. 472; Jules Crevaux, *Voyages dans l'Amérique du Sud*. Vol. 1, Paris, 1883, p. 261ss.; Peter G. Rivière, *Marriage among the Trio: a principle of social organisation*. Oxford, 1969, p. 12.

región y los miembros de las sociedades coloniales y nacionales, que llegaban de modo ocasional a su territorio, podía desarrollarse en un sentido que hubiera provocado una colisión violenta entre las culturas.

A pesar de ello, la cultura material de los tiriyo atestiguan procesos transformativos que constituyen indicios de los encuentros y el intercambio con grupos no indígenas, entre ellos los cimarrones y los europeos, o sus descendientes. Frikel remarca como ejemplo el hecho de que los tiriyo adoptaron de los cimarrones un tipo de habitación: una casa construida sobre zancas de base cuadrada.³⁶ En la colección Guyana del Linden-Museum de Stuttgart se encuentran varios de los así llamados modelos tipiti (cilindros para exprimir el veneno del pulpo de la mandioca), que los tiriyo compraron antes de 1920 en Surinam. Sin embargo, mientras que los cilindros usados para la preparación de la mandioca, que muchas veces alcanzaban hasta 2 metros y tienen hasta hoy una función central en los hogares indígenas de la región del Amazonas, los tipiti miniatura no parecen tener una utilidad práctica reconocible. Son demasiado pequeños para usarse en la prensa de la raíz de mandioca rallada. Empero, a diferencia de los *tipiti*, que normalmente se emplean en los hogares indígenas, aquéllos tienen una decoración bicromática. Por esa razón es muy probable que estos objetos en miniatura fueran en realidad productos que, todavía a principios del siglo XX, se elaboraban para la venta directa de artesanía. Un diseño correspondiente debía hacerlos más atractivos para los compradores potenciales (véase imagen 3, a y b).



Fig. 3a:

Miniatura de un *tipiti*. Linden-Museum Stuttgart, col. Scheurlen (1920), N° 96333.

Foto: Anatol Dreyer (2016).

³⁶ Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*: 11. Esta casa se llamó entre los tiriyo “mekoro-pa” (en portugués: *casa de moçambeiro*), es decir, casa de cimarrón.



Fig. 3b:

Miniatura de un *tipiti*. Linden-Museum Stuttgart, col. Scheurlen (1920), N° 96336 (fig.4b).
Fotos: Anatol Dreyer (2016).

FRIKEL COMO PROTAGONISTA DE LA ZONA DE CONTACTO

136

Pese a que los viajes para visitar a los tiriyo eran extraordinariamente extenuantes y consumían mucho tiempo, después de su primera visita en 1950, Frikel volvió con ellos en periodos regulares, cada dos años. Aprendió la lengua tiriyo y estudió su historia; recopiló tradiciones orales y las relacionó con sus sitios arqueológicos.³⁷ Más aún, Frikel estudió su cultura material junto colecciones etnográficas de considerable tamaño.

Durante la década de 1950, Frikel logró intensificar sus contactos con el MPEG y con instituciones científicas brasileñas, pero aun así, en su carácter de misionero y miembro de la orden franciscana, siguió visitando a los tiriyo. En un viaje efectuado entre 1958 y 1959 lo acompañó otro misionero franciscano, el padre Thomas Kockmeyer. En un informe de Kockmeyer puede leerse que el viaje sirvió para concluir “la investigación exhaustiva y misionera de la región del Trombetas”,³⁸ además de los preparativos para establecer una misión de los franciscanos entre los tiriyo, que se hizo realidad año y medio después.

Unos meses más tarde, todavía en 1959, Frikel acompañó a miembros de la Fuerza Aérea Brasileña (FAB) a las montañas Tumucumaque. Esta expedición sirvió de preparación para el establecimiento de un puesto militar, con el fin de asegurar la frontera con Surinam; con este fin también se planeó la construcción de una pista aérea. En este momento, Frikel fue considerado el

³⁷ Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*, 11.

³⁸ Thomas Kockmeyer, “Die Expedition zu”, 75.

mejor conocedor no indígena de las montañas Tumucumaque del lado brasileño³⁹ y por lo mismo recibió la orden de acompañar a la FAB a esta región. En ese año se construyó la primera pista de aterrizaje en las cercanías de un case-río tiri-yó, al que le siguieron otras más en zonas de asentamientos de otros grupos, como los apalai, que vivían más al este. Con ello, la hasta entonces aislada región estaba conectada por vía aérea con los centros urbanos del Brasil. Casi al mismo tiempo, en el lado surinamés se observó un desarrollo paralelo, ya que en las cercanías de la frontera y en las zonas de asentamiento tiri-yó se construyeron puestos militares accesibles por vía aérea.

En 1960, los franciscanos comenzaron la construcción de una misión cerca de la pista de aterrizaje de la FAB. Las conexiones de transporte con el “mundo externo” facilitaron notablemente el acceso a la región, ya que permitieron, en pocas horas, llegar desde Belém o Macapá a la sierra de Tumucumaque. Una consecuencia de ello fue la presencia permanente de personas no indígenas en los asentamientos tiri-yó. La nueva presencia no sólo se integró con miembros de la fuerza aérea, sino también con colaboradores del MPEG y científicos relacionados con el museo, que aprovechaban el nuevo y mucho más fácil camino para explorar la región y sus habitantes. A ellos pertenecía, por ejemplo, Eduardo Galvão (1921-1976), que en 1960 era director del departamento antropológico del MPEG, además de científicos de la joven generación, como Arthur Napoleón Figueiredo en 1961 y Josef Fittkau (1927-2012) en 1962.

La constante presencia de personas no indígenas en sus zonas de asentamiento indujo un cambio cultural, tanto entre los tiri-yó como entre sus vecinos indígenas. En un tiempo sumamente corto, los tiri-yó abandonaron sus formas atomizadas de asentamiento por avocarse en los alrededores de la misión.⁴⁰ Este proceso se observó de manera paralela en el lado de Surinam, donde fue masivamente forzado, según la apreciación de Frikel, por los misioneros de aquella región. De acuerdo con Frikel, fue justo cuando los tiri-yó comenzaron a abandonar sus asentamientos brasileños con dirección a Surinam, para vivir en las cercanías de las misiones, cuando los franciscanos avocaron a los restantes tiri-yó en el contorno de la misión.⁴¹

Esta nueva forma de vida, en un territorio muy pequeño y en las proximidades de la misión, con sus suministros potenciales, provocó un cambio radical en la economía de subsistencia. Por ejemplo, muy pronto se abandonó la caza como fuente de proteínas, dada la falta de animales silvestres en el

³⁹ *Ibidem*, p.76.

⁴⁰ A mediados de la década de 1950, Frikel (Protásio Frikel, “Zur linguistisch-ethnologischen Gliederung der Indianerstämme von Nord-Pará (Brasilien) und den anliegenden Gebieten”, en *Anthropos*. 1957/52, 509-563, p. 559) da una cifra de población de los tiri-yó de 1,000 a 1,200 personas que vivían en aproximadamente 30 asentamientos (esta cifra se refiere a toda la región de asentamiento, inclusive a la parte de los que vivían en Surinam). A finales de la década de 1960, los tiri-yó vivían sobre todo en tres asentamientos, dos de ellos estaban en Surinam (Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*, 30).

⁴¹ Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*, 32.



territorio vecino a la misión. Al mismo tiempo, los misioneros comenzaron una empresa agrícola con cría bovina y maquinaria pesada, como tractores para la labranza.

Bajo la influencia de los misioneros cristianos, y en un tiempo muy corto, los tiriyo abandonaron parte de sus tradiciones culturales. Ya no se celebraron fiestas con baile y música y renunciaron al consumo de cashirí, una bebida ligeramente alcohólica elaborada sobre todo de mandioca, pero también de otros tubérculos y frutos ricos en azúcar y almidón. Dicha renuncia a las tradiciones culturales propias se debía, según Frikel, a la influencia de los misioneros evangélicos de Surinam, pero ésta también alcanzó a los tiriyo que vivían en el lado brasileño.

A causa de varias epidemias, en 1968 la sobrevivencia física de los kaxuyana estaba gravemente amenazada. En esta situación de crisis, consintieron la propuesta de abandonar su zona de asentamiento en el río Kaxuru (río Cachorro).⁴² Con la ayuda del FAB se instrumentó una acción de cambio de asentamiento y una parte de los sobrevivientes aceptó vivir bajo el cuidado de los misioneros franciscanos; desde entonces son vecinos cercanos de los tiriyo, con los que ya tenían una relación de tensión, cuando no de enemistad.

Frikel observó con precisión el cambio cultural de los tiriyo y lo documentó en su libro *“Dez anos de aculturação Tiriyo: 1960-1970. Mudanzas e problemas”*. En él describe y analiza el cambio cultural desde la construcción de la pista aérea. Señala también que diferentes causas pueden llevar al cambio cultural, por ejemplo, contactos con extractores,⁴³ contactos con caboclos⁴⁴ o los militares;⁴⁵ sin embargo, en relación con los tiriyo, llega a la conclusión de que el cambio cultural tan notable se debió, de manera exclusiva, a la labor de los misioneros cristianos, que laboraban en Surinam.⁴⁶ Esta aseveración no era del todo errónea, pero en mi opinión esta historia carece sobre todo de una mirada crítica acerca de las actitudes y acciones propias de Frikel.

En realidad, hay diferencias esenciales entre la orientación teológica misionera de los evangélicos y la teología misionera católica de tiempos recientes. Durante el siglo XX, la iglesia católica desarrolló en su teología misionera enfoques que persiguen una enculturación, esto es, aspiran a la inclusión de contenidos y preceptos cristianos en la preexistente tradición religiosa. De este modo, el mensaje cristiano se transmite, hasta donde sea posible, en consonancia con el imaginario religioso ya familiar. Con ello se espera que el éxito de las

⁴² Denise Fajardo Grupioni, “Kaxúyana”, en *Enciclopédia dos Povos Indígenas no Brasil*, Instituto Socioambiental, 2010 (<http://pib.socioambiental.org/pt/povo/kaxuyana>, consultado el 26/2/2016).

⁴³ Por ejemplo, recolectores de caucho, de marañón o buscadores de oro.

⁴⁴ Como caboclo se considera todo descendente de padres indígenas y europeos. El término designa también los descendentes de origen indígena que ya no tienen conexiones con sus raíces culturales.

⁴⁵ Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*, 21.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 78s.

misiones se eleve en términos cuantitativos, pero esto lleva, en una perspectiva teológica, a un sinnúmero de variantes locales.⁴⁷

A diferencia de este enfoque, las corrientes fundamentalistas de la teología protestante-evangélica apuestan por una predicación muy cercana a la *Biblia* y, enlazada con ella, defienden la extinción radical de ideas anteriores, por ejemplo, de concepciones indígenas. Por ello debemos entender que el accionar de los misioneros evangélicos forzó de manera especialmente intensa el cambio cultural, ya que buscaban que los tiriyó, mediante la advertencia del obrar del diablo, se abstuvieran de fiestas, danza, música y el consumo del cashirí o de cigarros, además de que les pedían vestirse como europeos y que asentaran su vivienda cerca de la misión.⁴⁸

Sin embargo, el asentamiento de los misioneros, también a consecuencia de la construcción de la pista de aterrizaje por la fuerza aérea, podía considerarse quizá como un efecto del apoyo que Frikel proporcionó a la FAB. Por lo menos no puede descartarse que la construcción de las pistas de aterrizaje en Surinam haya sido una respuesta a las actividades brasileñas de construcción. Y, más allá de esto, esa misión que apuesta por la enculturación lleva asimismo hacia un cambio cultural al que Frikel da la bienvenida y defiende: *“Por ello es imperativo de no prohibir a los indios el contacto con la civilización o de evitar las diferentes formas de aculturación, sino más bien estos contactos culturales deben ser guiados y controlados”*.⁴⁹

No obstante, a fin de cuentas, el propio Frikel llegó como misionero de los tiriyó, lo que sin embargo oculta en su trabajo sobre el cambio cultural. Al mismo tiempo, su percepción revela también los efectos de la competencia entre los misioneros evangélicos y los católicos. Aunque Frikel renunció a la orden para casarse y dedicarse de forma exclusiva a la antropología, en su vida futura permaneció, al parecer, leal al catolicismo. Esto se desprende de sus escritos y del hecho de que siguió usando las estaciones misioneras franciscanas para sus estancias durante su trabajo de campo, tanto entre los tiriyó como entre los munduruku.

PROFESIONALIZACIÓN Y REDES CIENTÍFICAS

Si bien Frikel inició sus investigaciones antropológicas como autodidacta y miembro de la orden franciscana, se concentró cada vez más en la investigación etnológica de grupos indígenas. En el transcurso del decenio de 1950, Frikel logró no sólo ampliar sus contactos científicos con el MPEG, sino

⁴⁷ Un ejemplo es el culto a los santos con sus innumerables expresiones locales, que abrevan tanto de personas históricas como de topografías sacralizadas (por ejemplo cuevas o brotes de agua o también montañas).

⁴⁸ Protásio Frikel, *Dez anos de aculturação*, p. 78s.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 28.



también con la estructura científica brasileña. A ello se debía la profesionalización creciente de su trabajo etnológico. En 1953 apareció su primera publicación etnológica, un trabajo sobre los kaxuyana. También en el mismo año, Herbert Baldus (1899-1970) – el entonces curador del departamento etnológico del Museo Paulista – le envió una invitación para asistir a un congreso, que en esta ocasión dudó en aceptar porque carecía de formación etnológica.⁵⁰

Con una beca de investigación brasileña, y por encargo del MPEG y el *Conselho Nacional de Pesquisas* (CNPq), en 1957 Frikel visitó por primera vez a los munduruku del río Cururu, un afluente del río Tapajós medio. En años sucesivos, y hasta 1963, recibió varias becas de investigación del CNPq que le facilitaron su trabajo científico en el MPEG.

Como trabajador del museo, Frikel conoció a muchos científicos brasileños e internacionales, pero sobre todo alemanes. Aparte de Eduardo Galvão, quien desde 1955 reorganizó de nueva cuenta el departamento antropológico del MPEG, también debe mencionarse al arqueólogo Peter Paul Hilbert (1914-1989). Es posible que Frikel, durante los primeros años de su trabajo en el Amazonas, haya conocido a Kurt Unkel Nimuendajú (1883-1945), un lingüista y etnólogo alemán. Este científico nació en Jena y en 1903 llegó al Brasil, donde investigó a muchos grupos indígenas. Entre 1941 y 1944 Nimuendajú ofreció conferencias con regularidad en el MPEG.⁵¹

Frikel dejó la orden franciscana en 1963, y desde entonces hasta su temprana muerte, en 1974, fue empleado científico en el departamento de antropología del MPEG. Esto le ofreció la posibilidad de colaborar de modo más cercano con otros colegas. Así, Frikel participó dos veces, en 1966 y 1967, en las expediciones del “*Projeto Alto Xingu*”, iniciado por Galvão. La tarea de este proyecto fue investigar, de manera sistemática, la cultura de los grupos indígenas de la región del alto río Xingu (centro del Brasil). En 1967 pertenecían al equipo de investigación colegas de instituciones internacionales, entre ellos Mark Münzel (Frobenius-Institut/Frankfurt a. Main, después profesor de etnología en la Universidad de Marburgo), Aurore Monod Becquelin (Musée del Homme/París, hoy CNRS) y Thomas A. Gregor (Columbia University/New York).

A principios de 1970, Frikel llevó a cabo investigaciones etnobotánicas entre los tiriyo, junto con su colega del museo, el biólogo y director de la colección botánica, Paulo Cavalcante. El resultado de esta expedición fue una colección botánica de más de 300 diferentes plantas y la documentación del uso que les daban los tiriyo. Al mismo tiempo, Frikel también favoreció a científicos jóvenes y los llevó consigo en sus investigaciones de campo, entre ellos a la lingüista Ruth Wallace, el sociólogo Roberto Cortéz y la antropóloga Lucia Hussak van Velthem. A otros, Frikel les consiguió una estancia de investigación, sobre todo en la misión de los tiriyo, por ejemplo, al antropólogo Napoleão

⁵⁰ Cf. una carta de Frikel a Baldus del 15/03/1953, escrita desde Santarém (Acervo MAE USP).

⁵¹ Marco Antonio Gonçalves, “Apresentação.” en Curt Nimuendajú, *Etnografía e Indigenismo. Sobre os Kaingang, os Ofaié-Xavante e os Índios do Pará*. Campinas, 1993, 9-53, p. 22.

Figueiredo y al biólogo marino alemán Josef Fittkau, con el que Frikel sostuvo una amistad personal muy cercana.⁵²

La pertenencia institucional al MPEG le confirió el espacio necesario para desarrollarse más como científico y pisar nuevos terrenos laborales. Uno de sus objetivos de investigación fue la indagación comparativa de grupos que tenían poco o ningún contacto con la sociedad neobrasileña. Con este fin se verificaron dos estancias (en 1962 y 1963) con un subgrupo de los kayapó, pertenecientes a los xikrín. Frikel debió interrumpir la segunda expedición, ya que tuvo dificultades de salud y se habían suscitado conflictos con los xikrín. Más aún, debido al contacto con personas no indígenas, este grupo había cambiado mucho desde los nueve meses de su última visita. La parte del grupo que rechazaba este contacto se había retirado a la protección de los bosques. La parte restante había entrado en una dependencia económica directa de los neobrasileños que vivían en su cercanía y con ellos se empleaban como trabajadores a sueldo.

En virtud de todo lo anterior, fue necesario cancelar la investigación de dicha cultura desde el punto de vista del interés de Frikel, esto es, la investigación de una cultura todavía intacta en gran medida. Sin embargo, René Fuerst, un joven suizo que acompañó a Frikel, permaneció entre los xikrín, y durante los siguientes años regresó varias veces con ellos. Fue sobre todo gracias al compromiso de Fuerst que este grupo, que habitaba junto al río Itacaiunas, pudo resistir los peligros del contacto con personas no indígenas, que por lo general acechaban en la relación de indígenas con las sociedades mayoritarias.

Otro campo de investigación que Frikel emprendió, de modo sistemático, fue el estudio de las colecciones etnográficas que visitó en diferentes museos. En 1964 viajó a Europa, a fin de conocer los grandes museos etnológicos. De los 27 museos que planeaba visitar, entre ellos los de Leipzig y Dresde (en la entonces República Democrática Alemana) sólo pudo visitar 10: Lisboa, Viena, Múnich, Copenhague, Hamburgo, Colonia, Hannover, Lübeck, Gotemburgo y Bremen. En estas visitas observó que las antaño tan ricas colecciones de la Amazonía habían sufrido mucho bajo la guerra y sus secuelas se advertían hasta entonces. Los museos alemanes, en particular, acusaban muchas bajas y, en la mayoría de los casos y por la falta de espacio físico, estas colecciones no podían exhibirse. Durante sus visitas a los museos, el investigador no sólo estableció contactos con sus colegas museólogos de Europa, también creó un puente entre el origen geográfico de los objetos y su sitio de conservación, lo que significó un primer paso hacia la repatriación virtual de estos testimonios de la cultura material. Así, llamó la atención de sus colegas en Brasil hacia estos tesoros y testimonios de las culturas indígenas, depositados en los museos europeos.

⁵² Beatrix Hoffmann, "Am Anfang steht die Begegnung", 26.

Beatrix Hoffmann, "Protásio Frikel (1912-1974): Ein biographischer Versuch.", en *Journal Fünf Kontinente*. 2015/1, 10-51.



Asimismo, Frikel conoció al etnólogo alemán Hans Becher (1918-2007) en ocasión del XXXI Congreso Internacional de Americanistas (ICA) de São Paulo, en 1954. Éste planeó investigaciones de campo en Brasil y recibió información y asistencia de Frikel en sus preparativos. Tal encuentro fue el comienzo de un intercambio científico duradero. En 1961 Becher asumió el puesto de curador de la sección etnológica del *Niedersächsisches Landesmuseum Hannover* (NLMH) y apoyó a Frikel en la publicación de sus trabajos en Alemania. Fue así que en 1973, publicó su monografía sobre la cultura material de los tiriyo en la serie de los trabajos del NLMH.

También se ocupó de la publicación de textos de colegas brasileños que Frikel había traducido al alemán (por ejemplo, de Galvão y Figueiredo). Con ello, ambos científicos apoyaron la internacionalización de la antropología brasileña, sobre todo de sus científicos jóvenes. En el marco de esta cooperación Frikel y Becher planearon, en 1974, la publicación de un volumen colectivo con las contribuciones de colegas brasileños. Para ello, Frikel consiguió el apoyo de Expédito Arnaud y Adélia Oliveira, además del de Galvão y Figueiredo.⁵³ Es probable que la muerte de Frikel impidiera su publicación. Un destino similar tuvieron los planes para un proyecto conjunto de investigación con el NLMH y el MPEG, que tampoco pudieron realizarse.⁵⁴

FRIKEL BAJO LA INFLUENCIA DE LA ZONA DE CONTACTO

Como ya se dijo en la introducción, este trabajo no sólo se ocupa de los procesos de transculturación en una zona de contacto, también se pregunta por sus protagonistas y por los cambios y transformaciones que pueden reconocerse en ellos. ¿Qué sucede con aquellos que, viniendo de fuera, inician estas transformaciones por su simple presencia en una zona de contacto?

En sus escritos, Frikel profesa gran simpatía y afecto a los indios, en especial a los tiriyo. Describe de forma extensa su rápido cambio cultural, debido a la influencia de los misioneros, y lo lamenta. Pero defiende al mismo tiempo la presencia de éstos en la región de asentamiento de los tiriyo. Según su propio análisis, esta presencia es responsable, en primer lugar, del cambio cultural, que finalmente culminaría con la asimilación de los tiriyo (y de todos los grupos indígenas) a la cultura occidental y las sociedades caracterizadas por ella.

De los textos de Frikel no se infiere que él mismo llegara a entender el papel central que desempeñó en estos procesos, ni que reflexionara sobre ello de forma crítica. Sin embargo, al ser el pionero y exhaustivo explorador del territorio tiriyo, debe considerarse que, sin lugar a dudas, él mismo preparó el

⁵³ Carta de Frikel a Becher del 08/04/1971 (Archivo NLMH).

⁵⁴ Carta de Becher a Frikel del 20/11/1970, después de que estuvo en Belém (Archivo NLMH).

camino para el notable cambio cultural y de vida que experimentaron los habitantes de dicha región. Con lo anterior, Frikel sigue la tradición de los dos etnólogos referidos en las citas introductorias: Malinowski y Bastian.

Tal parece que la “esencia” del etnólogo conlleva un peligro existencial para aquellas culturas que pretende estudiar, el peligro de iniciar un cambio radical. Al mismo tiempo, una de las características de los protagonistas en las zonas de contacto es que ellos mismos se perciben como salvadores que ofrecen cultura, mas no reconocen su papel destructor y de peligro (lo que, sin embargo, de hecho son). Es así como en las zonas de contacto y por parte de los protagonistas, se llega a una gran distancia entre la percepción ajena y la propia, la que consecuentemente convierte en salvación (algunas veces incluso heroica), lo que es una actuación tendenciosamente destructora.

En la segunda edición de su libro: *Imperial Eyes*, Mary Louise Pratt alude a este fenómeno, sin desarrollarlo a profundidad. Allí se refiere a la retórica guerrera de George W. Bush y de su antecesor Sir Stanley Maude (ambos conquistaron Bagdad en un lapso de 90 años). Ellos presentaron sus excursiones militares como salvación y liberación, cuando en realidad significaron violencia y muerte para la población local:

When George W. Bush early in 2003 told the U.S. army he was sending them to Iraq, not to conquer anybody, but to liberate people, he was ventriloquizing British Major General Sir Stanley Maude when he arrived to occupy Baghdad in March 1917. Our armies, said Maude, do not come into your cities and lands as conquerors or enemies, but as liberators.⁵⁵

143

Como consecuencia lógica, esta discrepancia lleva también a que los protagonistas de las zonas de contacto comprendan el establecimiento y la estabilización como actos de salvación y apoyo, dado que fomentan la presencia de miembros de la cultura más fuerte, desde el punto de vista político y del poder. Ello también se revela en la figura de Protásio Frikel quien ofreció su apoyo tanto a la fuerza aérea brasileña como a los misioneros franciscanos en su penetración a la región, al tiempo que ayudó a la creciente presencia de los científicos.

EL LEGADO CIENTÍFICO DE FRIKEL Y SU SIGNIFICADO PARA LA INVESTIGACIÓN

A los 62 años, en septiembre de 1974, Frikel murió de manera sorpresiva. Para su obra tuvo planes ambiciosos, aunque durante mucho tiempo no pudo continuar su trabajo tal como lo deseaba, por culpa de una enfermedad. Así sucedió durante su segunda estancia entre los xikrín, pero también durante el programa muy acortado de sus visitas a los museos europeos, en 1964. De

⁵⁵ Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes*, xiii.



acuerdo con estos planes, la monografía sobre la cultura material de los tiriyo⁵⁶ debía formar parte de una trilogía que abarcaría toda su cultura.

Frikel dejó a una viuda bastante más joven: Marlene da Silva Fritel, la que de inmediato se encontró en una situación económica precaria. Prácticamente no tuvo medios para vivir, dado que Fritel sólo había trabajado 11 años en el museo y como franciscano no pudo disponer de propiedades ni ingresos propios. Por ello, su viuda vendió el legado científico de su difunto esposo a los colegas de antaño. El material arqueológico fue comprado por la arqueóloga Edith Pereira (MPEG); los documentos etnológicos, sobre todo los diarios de campo, los adquirió Roberto Cortés (en especial el material sobre los tiriyo) y Lucia Hussak van Velthem compró el material sobre los apalai. El legado fotográfico (probablemente muy extenso) fue vendido a una, hasta ahora poco conocida, japonesa, según José Luís Ruiz-Peinado Alonso.⁵⁷ Estos fragmentos del legado Fritel que se encuentran en propiedad de particulares son, desde entonces, inaccesibles para otros científicos, y por tanto es imposible realizar una valoración integral de ellos.⁵⁸

La mayor parte del legado del autor que actualmente es accesible para la investigación se encuentra en el archivo del MPEG. Algunas partes de la correspondencia de Fritel pudieron localizarse en otras instituciones, entre ellas el NLMH y el Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo (MAE USP). El corpus que se encuentra en el MPEG incluye sobre todo textos dactilográficos, entre ellos muchos documentos administrativos, además de amplios esbozos para la monografía "Os Tiriyo"; dos listas de objetos; algunos dibujos de objetos; mapas y publicaciones de otros autores. En el legado del MPEG falta casi toda correspondencia con colegas extranjeros, editoriales e instituciones científicas. Al parecer, Fritel guardó sus notas manuscritas en su casa y, por ello, dada la venta que hizo de ellos su viuda, se encuentran hoy en propiedad de terceros.

La falta de correspondencia es particularmente notable. No existen cartas de los años tempranos de su trabajo en Brasil. Probablemente Fritel escribió a la abadía de Bardel, pero este archivo fue destruido durante el gobierno de los nacionalsocialistas.⁵⁹

En contraste con esta situación archivística, el material etnográfico y arqueológico que el autor reunió durante sus investigaciones se encuentra en instituciones científicas y por eso es accesible para la ciencia. Fritel mandó la mayor parte de sus hallazgos arqueológicos al MPEG. Allí, Mata Martins

⁵⁶ Protásio Fritel, *Os Tiriyo, seu sistema adaptativo*, Hannover, 1973.

⁵⁷ Comunicación oral de José Luís Ruiz-Peinado Alonso del 25/11/ 2015.

⁵⁸ Para sus investigaciones, Alonso Ruiz-Peinado tuvo permiso de consultar aquella parte del legado que estuvo en posesión de Cortés.

⁵⁹ Durante tiempos del gobierno nacionalsocialista, los franciscanos fueron expulsados, el edificio del convento fue expropiado y todos los documentos destruidos, (<http://www.bardel.de/cms/Missionsgymnasium/Geschichte/index1-a-42.html>, consultado el 20/01/2016).

comenzó su evaluación y reelaboración sistemática.⁶⁰ Este museo también posee una gran colección etnográfica de Frikel, que abarca más de 2,600 objetos, coleccionados entre más de 15 diferentes grupos indígenas. No obstante, también aquí queda al descubierto el foco de atención del trabajo de Frikel: más de la mitad de los objetos son de los tiriyo. Una parte de estos objetos etnográficos se vendió también a otros museos, entre ellos el Museo Paulista en São Paulo, el Museo de Etnología Hamburgo (apalai), y también el NLMH (alrededor de 200 objetos de los tiriyo y kaxuyana). Esta colección fue completada tiempo después por otra, propiedad del padre Mielert, un misionero franciscano que trabajó entre los tiriyo.

CONCLUSIÓN

El trabajo de Frikel, como protagonista de la zona de contacto en la región de asentamiento tiriyo, contribuyó de manera determinante a que este grupo indígena pasara por un cambio cultural radical. Aunque Frikel observó, documentó y lamentó tal cambio no pudo reconocer su propio papel en él, y tampoco lo analizó de manera crítica. En cambio, las acciones de los misioneros franciscanos, a los que allanó el camino hacia la Sierra de Tumucumaque, las interpretó como apoyo para los indios, e incluso como salvación en el camino de los tiriyo hacia la asimilación e integración a la sociedad brasileña occidentalizada. Con ello los franciscanos, y el mismo Frikel (quien todavía pertenecía a la orden mientras se llevaron a cabo los preparativos para la estación misionera) persiguieron sin duda la asimilación de la población indígena. En efecto, el apoyo continuo que brindan los franciscanos a los tiriyo hasta hoy día, así como el que ofrecen a otros grupos desaventajados de la sociedad brasileña, es sin duda una obra importante y digna de reconocimiento; con este apoyo, los tiriyo experimentaron un desarrollo continuo y diverso, si bien es un hecho que dicha ayuda sólo se volvió esencial a consecuencia del establecimiento de una zona de contacto.

La zona de contacto se caracteriza por iniciar formas de transculturación, como la autoetnografía o la aplicación de técnicas ajenas para transmitir ideas de la cultura propia. En sentido estricto, esta forma muestra rasgos de ambivalencia cultural. Si se reconoce tal ambivalencia como rasgo característico de la zona de contacto se podría concluir que, por lo menos en relación con Frikel, los protagonistas de la zona de contacto muestran también signos de transculturación. El comportamiento de Frikel se distingue por una notoria ambivalencia: él sentía gran simpatía por los tiriyo, pero al mismo tiempo efectuó un aporte fundamental para cambiar de manera radical la vida cultural de ese pueblo indígena. Esta situación ambivalente no es insólita en el trabajo

⁶⁰ Vitor Mata Martins, *Estudio Histórico, organização, análise e descrição da coleção Protásio Frikel. Relatório final*, Belém do Pará, 2010.



de antropólogos, que deciden realizar investigaciones de campo entre sociedades indígenas por las que sienten enorme simpatía, pero al mismo tiempo son los pioneros de la cultura occidental en establecer contacto con ellas.

Después de que Frikel renunciara a la orden franciscana, sólo le quedaron algo más de 10 años de trabajo como científico del MPEG. En estos años comenzó a construir una red científica, la que –aprovechando su origen alemán– tendió puentes también a Europa. Sin embargo, y tal vez debido a su temprana muerte, su obra científica apenas pudo desplegarse. Frikel no llegó a realizar la mayoría de sus planes editoriales; así, su monografía sobre la cultura material de los tiriyo la concibió como la primera parte de una trilogía que debía documentar y analizar todos los aspectos culturales de este grupo.

Entre los antropólogos alemanes que se ocupan de la región del Amazonas, Frikel ha sido olvidado. Puede ser que esto se explique por el hecho de que, después de un corto auge durante la década de 1960, su mayor área de investigación, los tiriyo, recayó en un sueño prolongado.

Frikel tuvo pocos seguidores en la región, entre ellos el lingüista Sergio Meira y la antropóloga Denise Fajardo Grupioni. Por otro lado, de los jóvenes científicos brasileños que lo acompañaron con los tiriyo, ninguno siguió sus huellas para continuar su labor; por ello, las investigaciones etnológicas de Frikel entre los tiriyo y sus resultados fueron, por decirlo de algún modo, puestos sobre hielo. Este proceso fue reforzado, ya que su legado científico –y con ello el material que Frikel había reunido– se volvió inaccesible por la venta que hizo su viuda de él. Sólo hasta fecha muy reciente se observa un redescubrimiento de la obra científica de este investigador y se ha iniciado una reelaboración científica tanto de sus colecciones arqueológicas⁶¹ como de las etnográficas.⁶²

FUENTES PRIMARIAS

Correspondencia P. Frikel – H. Becher, Archivo de Etnología del *Niedersächsischen Landesmuseums Hannover*, Folder “Erwerbungen und Tausch”, 1970-1974.

Correspondencia P. Frikel – H. Baldus, Acervo do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo, Brasil.

Legado Frikel, Museo Paraense Emílio Goeldi/Belém, Arquivo Guilherme de La Penha.

⁶¹ Mata Martins, *Estudio Histórico, organização*, s.p.

⁶² Desde 2015, el análisis de las colecciones etnográficas de los tiriyo forma parte de un proyecto de investigación (MDVindiGes) de la Universidad Bonn, junto con la Universidad Frankfurt a. Main, el Linden-Museum Stuttgart (financiado por el Ministerio Federal de la Ciencia y la Investigación, BMBF).

BIBLIOGRAFÍA

Bastian, Adolf, Koenigliche Museen. *Führer durch die Ethnographische Abteilung*, Berlin, 1877.

Crevaux, Jules, *Voyages dans l'Amérique du Sud*, vol. 1, Paris, 1883.

Dieckmann, Klemens, "Bardel –eine Gründung für Brasilien in Deutschland– Ergänzende Aspekte", en Hugo Fragoso (coord.), *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*.

Fajardo Grupioni, Denise, "Kaxúyana", en *Enciclopédia dos Povos Indígenas no Brasil*, Instituto Socioambiental, 2010, en: <http://pib.socioambiental.org/pt/povo/kaxuyana>, consultado el 26/2/2016.

Fragoso, Hugo, *Erneuerung der Franziskanerprovinz vom hl. Antonius in Brasilien (1893-1993)*, Mettingen, 1998.

Frikel, Protásio, *O Cinquentenário da Prelazia de Santarém: 1903-1953*, Petrópolis, 1953.

———. "Zur linguistisch-ethnologischen Gliederung der Indianerstämme von Nord-Pará (Brasilien) und den anliegenden Gebieten", en *Anthropos* 1957.

———. "Os últimos Káhyana", en *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, São Paulo, 1966, p. 7.

———. "Tradition und Archäologie im Tumuk-Humak /Nordbrasilien" en *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlin, 1961.

———. *Dez anos de aculturação Tiriyo: 1960-1970*. Mudanzas e problemas, Belém do Pará, 1971.

———. *Os Tiriyo, seu sistema adaptativo*, Hannover, Münstermann, 1973.

Gonçalves, Marco Antonio, "Apresentação" en Curt Nimuendajú, *Etnografia e Indigenismo. Sobre os Kaingang, os Ofaié-Xavante e os Índios do Pará*, Campinas, 1993.

Hoffmann, Beatrix, "Am Anfang steht die Begegnung: Tiriyo, Xikrín, Apiaká", en Gabriele Herzog-Schröder (coord.), *Von der Leidenschaft zu finden. Die Amazonien-Sammlung Fittkau*, München, 2014.



- . “Protásio Friel (1912-1974): Ein biographischer Versuch”, en *Journal Fünf Kontinente*, 2015.
- Hulsman, Lodewijk, “The Guyana’s routes: a trip from Suriname to the Branco River in 1718”, en Gomes de Oliveira, Reginaldo y Melissa Ifill (coords.), *From historical paths to the cultural processes between Brazil*, Boa Vista, Editora UFRR, 2012.
- Kockmeyer, Thomas, “Die Expedition zu den Tyrió-Indianern”, en Kirche und Indianer. Berichte und Dokumente aus Brasilien. Essen, 1980.
- López-Baralt, Mercedes, “La persistencia de las estructuras simbólicas andinas en los dibujos de Guáman Poma de Ayala”, en *Journal of Latin American Lore*, 1979.
- Malinowski, Bronislaw, *Argonauten des westlichen Pazifik. Ein Bericht über Unternehmungen und Abenteuer der Eingeborenen in den Inselwelten von Melanesisch-Neuguinea*, Eschborn, 2007.
- Mata Martins, Vitor, *Estudio Histórico, organização, análise e descrição da coleção Protásio Friel. Relatório final*, Belém do Pará, 2010.
- 148 Müller, Wolfgang, *Die Indianer Amazoniens*, München, 1995.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial eyes: travel writing and transculturation*, London, 1992.
- Pereira, Edithe y Vera Guapindaia (coords.), *Arqueologia Amazônica*, Belém do Pará, 2010.
- Ortiz, Fernando, *El Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, 1983, en: http://www.fundacionfernandoortiz.cult.cu/downloads/ortiz/Del_fenomeno_social_de_la_transculturacion.pdf, consultado el 07/02/2016.
- Poma de Ayala, Felipe Guamán, *Nueva crónica y buen gobierno*, Caracas, 1980.
- Rivière, Peter G., *Marriage among the Trio: a principle of social organisation*. Oxford, 1969.
- Schomburgk, Richard, *Reisen in Britisch-Guiana in den Jahren 1840-1844*, vol. 2, Leipzig, 1848.

Spliesgart, Roland, *'Verbrasilianerung' und Akkulturation. Deutsche Protestanten im brasilianischen Kaiserreich am Beispiel der Gemeinden in Rio de Janeiro und Minas Gerais (1822-1889)*, Wiesbaden, 2006, 479.

Yzerman, Jan Willem, "Twee reizen van Paramaribo, een naar de Parima in 1718 en een naar de Boven –Corantijn in 1720", en *Tijdschrift van het Koninklijk Nederlandsch Aardrijkskundig Genootschap*, E.J. Brill, Leiden, 1911.



Reseña: Yammerschuner. Darwin y la darwinización en Europa y América Latina

José Alfredo Uribe Salas
Facultad de Historia, UMSNH

Miguel Ángel Puig-Samper, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y José Alfredo Uribe Salas (eds.), *Yammerschuner. Darwin y la darwinización en Europa y América Latina*, Madrid, Editores Doce Calles, 2014, 351 pp.

Esta obra es el resultado del trabajo colectivo de los miembros de la Red de Estudios de Historia de la Biología y la Evolución,¹ que se integra por diversas instituciones y centros de investigación de Europa y América Latina, y expertos biólogos, geógrafos, geólogos, antropólogos, filósofos e historiadores de diferentes países.

El hecho de que los autores del libro pertenezcan a distintas instituciones y disciplinas ha permitido una mirada multicultural y multidisciplinaria de uno de los acontecimientos científicos de mayor trascendencia del siglo XIX que, al mismo tiempo, marcó el debate universal sobre la cultura secular y su historia hasta nuestros días. Su impronta en el pensamiento cultural y científico contemporáneo tiene que ver directamente con el estudio de la secuencia molecular del ADN.

Como bien se conoce, el ADN está presente en todas las células, y es el responsable de codificar la información genética de los órganos vivos, lo que facilita saber, en una visión retrospectiva, la ruta crítica que expusiera el sabio inglés Charles Darwin sobre el origen de la vida y la evolución de las especies a mediados del siglo antepasado.

El eje principal de las investigaciones que le dan cuerpo al presente volumen es la figura de Charles Darwin. Los posibles enfoques que se ensayan en él recorren un amplio abanico de temas y problemas que se imbrican en la historia de las ideas darwinianas y de la evolución en diferentes latitudes y sociedades. A su vez, esas perspectivas analíticas colocan en el centro del entramado del conocimiento científico múltiples conexiones con la sociedad

¹ Los trabajos fueron presentados y discutidos previamente en el V *Coloquio sobre darwinismo en Europa y América*, con el patrocinio de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, los días 23 al 25 de octubre de 2013, y la coordinación y planeación excepcional del Dr. Francisco Orrego.

en el espacio americano y europeo, por el interés social que despertaron sus implicaciones para la moral, la religión, la filosofía, la ética y la política.

Los textos que integran el libro recuperan el ambiente cultural de la época en la que vivió Charles Darwin (1809-1882); retoman las preguntas que la comunidad científica se hacía sobre el comportamiento de la naturaleza y las fuerzas físicas que provocaban la transformación de la corteza terrestre y con ello, el paisaje geográfico, la alteración de los “ecosistemas” y el destino de la flora y la fauna que en ellos habitaba.

De igual manera, en la obra se destaca la presencia de un grupo de profesionales de las ciencias naturales, contemporáneos a Darwin, interesados como él en la botánica, la geología, la zoología y la paleontología.

Un tercer punto que articula la unidad temática del libro es el que aborda los procesos de sociabilidad del conocimiento y a la integración de redes de interés, no exentos de fuertes debates de carácter ideológico y político, originados por las propuestas del geólogo Charles Lyell en su obra *Principios de Geología* (1830-1833), en la cual se establecían los principios uniformista según los cuales el relieve se formaba mediante surgimientos o hundimientos a lo largo de inmensos períodos de tiempo. De igual modo se abordan las repercusiones ideológicas surgidas de las teorías que el propio Charles Darwin postularía en su obra *El origen de las especies* (1859), sobre la teoría de la evolución.

Ambas teorías científicas socavarían los cimientos de convicciones sociales y culturales fuertemente arraigadas en la historia de la humanidad, como el origen divino de la vida y del hombre. Dicha agitación sólo puede ser comparada con la revolución científica del Renacimiento, que estableció una nueva astronomía en la que la Tierra dejaba de ser el centro de la creación.

Los enfoques que se despliegan en el libro, desde la historia social de las ciencias, recuperan la figura del sabio inglés en su travesía a bordo del *Beagle* (1831-1836). Tal exploración científica tenía como objetivo realizar medidas cronométricas alrededor del mundo y también verificar las mediciones topográfica de los territorios de la Patagonia y la Tierra del Fuego, el trazo de las costas de Chile y Perú, y del archipiélago de las Galápagos.

Justo es decir que los capítulos de Carmen Ortiz, Rafael Sagredo Baeza, Armando García González y Miguel Ángel Puig-Samper ofrecen nuevos datos y evidencias documentales en un cuidadoso análisis sobre el paso de Darwin por el archipiélago canario situado en el occidente del continente africano, las costas de Brasil en América y sus bosques tropicales, la Tierra del Fuego y su trasiego por la cordillera de los Andes o su estadía en las islas Galápagos.

Como es bien sabido, las islas Galápagos le servirían a Darwin de laboratorio para formular su famosa teoría científica. Los autores mencionados profundizan en el trabajo propiamente geológico de las erupciones volcánicas y la presencia de restos fósiles antiguos, o el trabajo sistemático sobre botánica que desarrollara Darwin en ese viaje; también reflexionan sobre el interés cada vez mayor que mostraba el naturalista inglés por el “estado moral de los hombres primitivos” con los que se cruzó y convivió en su largo viaje, y las “controversias antropológicas sobre el origen de los antiguos habitantes”



que poblaban los territorios visitados. Tan es así que en su obra *Origen del hombre* (1871), Darwin ya planteaba la tesis de que las razas humanas provenían de un tronco común único, frente a un cierto paternalismo eurocéntrico que consideraba a las razas americanas claramente inferiores en su evolución.

Otro grupo de artículos escudriñan la recepción del pensamiento evolucionista de Darwin en Francia, Alemania, España, México, Brasil, Ecuador y Argentina. A ese proceso de recepción aquí se le denomina “darwinización”. Esa categoría analítica fue elaborada por el filósofo español Carlos Castrodeza, y bien puede resumirse de la siguiente manera:

El ser humano, una especie surgida dentro del fondo de la biodiversidad de nuestro planeta por selección natural, como cualquier otra, pervive en su precariedad existencial mediante la puesta en juego de muy diversas estrategias adaptativas, muchas de las cuales, como ya observara el mismo Darwin, son productos reciclados, soluciones adaptativas locales que reconcilian, en alguna medida, al hombre y su ambiente. Estas adaptaciones se extienden desde los más elementales rasgos morfológicos y fisiológicos hasta las más complejas formas de comportamiento y creencia (y aquí entramos al mundo de lo histórico social), incluyendo el espeso y pretencioso mundo de experiencias conscientes, el mundo de las emociones, las ilusiones y las vivencias intencionales. Esta lógica adaptativa dibuja un ser humano con el perfil de un superviviente, dotado por la misma naturaleza de un conjunto singular de capacidades cognitivas, emocionales y comportamentales aptas para resolver los retos ambientales a los que se enfrentó nuestra especie hace miles de años.²

152

Por otro lado, los trabajos de la pluma de Antonello La Vergata, Rosaura Ruiz, Ricardo Noguera Solano, Juan Manuel Rodríguez Caso, José Alfredo Uribe Salas, Alberto Gomis, Almir Leal de Oliveira y Heloisa Bertol, Magali Romero, exploran con distintos matices teórico-metodológicos las profundas y complejas relaciones entre la naturaleza física y biológica y el ser humano, esa especie que somos nosotros, surgida, como ya se ha dicho, del fondo de la diversidad de nuestro planeta, gracias a la selección natural hace miles de años.

Los autores establecen un minucioso diálogo con la literatura especializada (tanto en la ciencias biológicas como en las humanidades) para decantar las condiciones locales y globales en las que se perfilaron, en cada latitud y comunidad científica, los cuestionamientos al orden natural existente, los experimentos realizados, la acumulación de evidencias a través de colecciones científicas de flora, fauna y restos fósiles, y el desencadenamiento de nuevos paradigmas explicativos sobre nuestro origen biológico.

El libro en su conjunto, y particularmente los artículos antes referidos, sugiere nuevas rutas en el campo de la historia de las ciencias, para abordar el dilatado proceso de construcciones locales de los espacios de certeza y

² Castro Nogueira, Miguel A.; Castro Nogueira, Laureano, “CARLOS CASTRODEZA. 2009. La darwinización del mundo. Barcelona: Herder”, *THEORIA. Revista de Teoría, Historia y Fundamentos de la Ciencia*, vol. 26, núm. 3, 2011, p. 377.

objetividad epistemológica que hemos elaborado para entender y resarcir el vínculo ancestral con la naturaleza.

Hablo aquí de construcciones locales y no universales, ya que una de las virtudes del libro es abordar tales construcciones, que están directamente relacionadas, en cada latitud o país, con la presencia de comunidades científicas fuertes y grandes o pequeñas y débiles, además de instituciones dedicadas a la sociabilidad de los conocimientos o a la recreación de sus prácticas científicas, entre otras variables y componentes que aquí no es posible desarrollar.

Por lo tanto, las construcciones locales que se exploran en el libro son resultado del ensamblaje de la necesidad adaptativa de cada raza o comunidad humana a su entorno y condiciones, de su andamiaje psicobiológico y los azares históricos que acompañan el desarrollo de todo acontecer humano.

Finalmente, hay otro grupo de trabajos de la autoría de Sandra Caponi, Marcos Sarmiento, Álvaro Girón, Francisco Pelayo, Nicolas Cuvi, Elisa y Ana Sevilla, Regina Ellero Gualtieri, Gustavo Vallejo, Marisa Miranda y Gustavo Caponi, que abordan el impacto del evolucionismo en otras corrientes del pensamiento moderno y contemporáneo, como las teorías de la eugenesia, la degeneración o la biologización de los hechos sociales.

El análisis que establecen estos autores en la última parte del libro remite, una vez más, a esas capacidades locales para construir los espacios públicos de certeza y objetividad epistemológica, pero con un fuerte contenido político e ideológico.

Temas, problemas y teorías como la evolución humana y la teología, la iglesia católica y el evolucionismo o el debate entre Darwin y Dios, son tratados con seriedad y originalidad. Esos atributos hacen de "*Yammerschuner*". *Darwin y la darwinización en Europa y América Latina* un material científico que no puede quedar de lado en la formación de los estudiantes universitarios ni fuera del debate actual sobre el ciudadano universal.

Esta magnífica obra fue editada por Ediciones Doce Calles, la Universidad Austral de Chile, la Universidad Nacional Autónoma de México, el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, y estuvo precedida por el trabajo de coordinación de los editores de la misma.



Reseña: *Entre la Historia y las Relaciones Internacionales: Lothar Knauth 45 años de magisterio sobre Asia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM*

Martha Ortega

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

Alfredo Romero Castilla y Carlos Uscanga (coords.), *Entre la Historia y las Relaciones Internacionales: Lothar Knauth 45 años de magisterio sobre Asia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM*, México, FCPyS, UNAM, 2015, 108 pp.

El texto que hoy presentamos es un testimonio de cómo se institucionalizó el estudio de las Ciencias Sociales en la actual Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Para ello hablaremos de la vida académica del Dr. Lothar Kanuth, a quien rendimos homenaje en febrero de 2013, por sus 45 años de enseñanza en dicha facultad, así como del capítulo de Alfredo Romero Castilla titulado “Los estudios asiáticos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales: 45 años de historia”. Ambos ejemplos nos muestran las vivencias de dos académicos que participaron en el proceso de institucionalización del estudio e investigación de las relaciones internacionales.

Dicha disciplina se divide en tantos campos como relaciones bilaterales y multilaterales han existido y existen entre los Estados nacionales y sus antecesores inmediatos, al menos desde el siglo XVII. Los historiadores sabemos que las relaciones internacionales se transforman a la par que las sociedades, porque los Estados emergen, cambian o desaparecen como resultado del proceso histórico humano. Por tanto, es necesario estudiar las relaciones entre pueblos y Estados en todo el orbe, como un desarrollo de larga duración, para comprender la realidad que vivimos y tomar decisiones aquí y ahora.

Pero el conocimiento no sólo se construye con investigaciones panorámicas y generales, que pueden conducirnos a interpretar de manera incorrecta procesos históricos particulares, ya sea locales o regionales, y de mediana o corta duración. Por ello, la institucionalización del estudio de las relaciones internacionales atravesó diversas etapas, como lo describe Romero Castilla al trazar la trayectoria académica de Lothar Knauth en la FCPyS.

Cuando se fundó la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, en 1951, se creó la Licenciatura en Ciencias Diplomáticas, bajo el principio de que la expresión de los vínculos entre los Estados se manifestaba en la

diplomacia desplegada entre ellos. La reforma de 1967, que dio lugar a la sustitución de dicha escuela por la FCPyS y la aprobación de la Licenciatura en Relaciones Internacionales en lugar de la de Ciencias Diplomáticas, implicó una concepción diferente de las relaciones entre los Estados, según la cual éstas son producto del desarrollo histórico de los pueblos que las practican. Por tanto, fue necesario introducir materias, en principio optativas, sobre regiones del mundo que no parecían tan directamente vinculadas con las relaciones internacionales del Estado Mexicano.

El año anterior se había fundado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (FFyL) el Centro de Estudios Orientales, dedicado a la investigación acerca de Asia, pero que recibió ese nombre de manera provisional. Dicho centro surgió bajo la dirección de Lothar Knauth, ¿quién mejor que él para impartir la materia optativa de “Asia y Extremo Oriente” en la Licenciatura de Relaciones Internacionales? De manera que, en la segunda mitad de la década de 1960, al mismo tiempo que se institucionalizó la investigación sobre las relaciones internacionales, Lothar Knauth emprendió una cruzada para romper el enfoque eurocentrista tanto de la historia como de las relaciones internacionales en nuestro país. Poco después, se unió a esta causa Alfredo Romero Castilla, quien obtuvo un posgrado en la Universidad Hanguk de Estudios Internacionales de Seúl, Corea del Sur.

La introducción y el primer capítulo del libro que presentamos relatan cómo poco a poco se ha optado por designar las investigaciones sobre Asia de acuerdo con la propia regionalización de tan vasto continente. Una regionalización recuperada de los propios procesos históricos que las sociedades asiáticas han experimentado a través del tiempo, los cuales explican su trato con otras naciones, especialmente con la mexicana.

Los siguientes dos capítulos del libro, escritos por Vera Valdés y Carlos Uscanga, son una muestra de la labor docente de Lothar Knauth, tanto en la FCPyS como en la FFyL, así como el trabajo de Alfredo Romero en la FCPyS. Valdés fue alumna de Lothar Knauth y Uscanga fue formado por Alfredo Romero; con ambos he tenido la satisfacción de compartir las enseñanzas de Lothar Knauth y los consejos, siempre valiosos, de Alfredo Romero.

Para quienes emprenden el estudio de las sociedades del este de Asia y sus vínculos con América Latina, así como el papel que el océano Pacífico ha tenido como puente vinculante entre ambas regiones, este libro se convierte en una fuente obligada de consulta, no sólo porque nos habla de cómo se construyen los saberes en la academia, sino porque ejemplifica, de forma fehaciente, los buenos resultados que seremos capaces de obtener para comprender y explicar la realidad en la que nos desenvolvemos y, de esta manera, tomar decisiones adecuadas y pertinentes en el presente. Asimismo, subraya la importancia de combatir las percepciones estereotipadas de los pueblos asiáticos que lamentablemente se reproducen en nuestro país, porque los medios masivos de comunicación, y la propia administración gubernamental, han sido incapaces de romper con los resabios del colonialismo europeo.



Somos los investigadores y los docentes quienes debemos continuar con la labor cotidiana de difundir en la sociedad mexicana una percepción de la realidad mundial basada en la historia propia y del resto de las sociedades, sin subordinarnos a la interpretación de la realidad que hemos importado de Europa occidental y los Estados Unidos, para ello no debemos ignorar el largo camino que se ha recorrido y el que queda aún por recorrer.

El capítulo “China de la fascinación por el pasado a la incógnita del presente”, escrito por Vera Valdés, se refiere a cómo se construyeron los imaginarios sobre China en la sociedad europea, desde la Antigüedad. Estos imaginarios llegaron con los conquistadores españoles a la Nueva España y fueron arraigando entre las capas ilustradas del virreinato. El flujo de información sobre China, procedente de Europa occidental, no cesó durante el siglo XIX. A pesar de que diplomáticos mexicanos se interesaron por dicha nación, la información que recopilaban provenía de esas fuentes.

La situación, según la autora, no ha cambiado radicalmente en el siglo XX y los primeros años del siglo XXI; en la sociedad mexicana prevalecen imaginarios sobre China contruidos con base en expectativas y temores, más que en una investigación profunda sobre la sociedad de este país. Asimismo, la autora señala cómo el gobierno chino ha difundido percepciones sobre las sociedades occidentales, contraponiéndolas a las bondades de la sociedad china. Valdés concluye su capítulo invitándonos a romper con los imaginarios estereotipados, a través del estudio profundo del desarrollo histórico de China, con el fin de comprender su pasado y entender su presente.

Por su parte, Carlos Uscanga, en su capítulo llamado “Las últimas misiones diplomáticas de México y de Japón en el marco del rompimiento de las relaciones políticas en diciembre de 1941”, realizó un ejercicio de historia de las relaciones internacionales entre ambos países, en el marco de la Guerra del Pacífico (1937-1945). De acuerdo con el autor, los altos mandos japoneses supusieron que las buenas relaciones con el gobierno mexicano les ayudarían a contrarrestar las consecuencias de la política estadounidense desplegada en su contra. Los buenos oficios del ministro plenipotenciario japonés en México, Yoshiaki Miura, no rindieron frutos, pues el ataque japonés a la base de Pearl Harbor alineó de inmediato al gobierno mexicano con el de los Estados Unidos. Asimismo, Uscanga relata las desventuras del ministro plenipotenciario de México en Japón, el general José Luis Amezcua Figueroa, quien debido a su ignorancia en las labores diplomáticas no cumplió con las indicaciones de la Cancillería mexicana. Este capítulo es valioso tanto por la situación de tensión que analiza como por la metodología empleada que, siguiendo a Knauth y Romero, atiende a la situación política de Japón y de México.

Por último, el capítulo “Los estudios latinoamericanos en Japón dentro de los contextos histórico y regional de Asia”, firmado por Mutsuo Yamada (quien no participó en el homenaje a Lothar Kanuth, pero fue colaborador de los investigadores sobre el este de Asia en la FCPyS) da cuenta de un proceso de institucionalización a la inversa del que se analiza en los capítulos previos. En efecto, el autor analizó cómo la transformación de la sociedad japonesa a

partir de 1868 condujo al gobierno japonés a buscar aliados entre países con experiencias similares a las suyas. Así nació el interés por conocer y entablar relaciones con los países de América Latina. Este capítulo es un ejemplo bien logrado de cómo, con base en el desarrollo histórico japonés, se institucionalizó el estudio de América Latina desde diversas disciplinas en Japón. Así, la pertinencia de incluirlo este en el libro que presentamos es incuestionable, pues demuestra cómo la creciente globalización mundial durante el siglo XX condujo a sociedades aparentemente disímiles a transitar por caminos semejantes, para generar el conocimiento que les permita relacionarse mejor entre sí.

En vista de lo comentado, considero que este pequeño libro, no por su corta extensión carece de valor, antes bien constituye una enorme contribución al estudio de la institucionalización de los saberes en nuestro país, en este caso de las relaciones internacionales y de los estudios sobre el este de Asia.



Breve recuento del X aniversario de HCH, A.C.

Miguel García Murcia
HCH, A.C.

Diez años pueden resultar un lapso de tiempo muy corto, especialmente para quienes dedicamos nuestros afanes al estudio de la historia. Sin embargo, al acercarse la fecha en que se cumpliría la primera década desde la creación de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A.C., el Comité Ejecutivo de la asociación consideró conveniente hacer un alto y mirar sobre el camino andado. Traer a la memoria las razones que movieron la voluntad de un pequeño grupo de académicos de amplia trayectoria para fundar una nueva organización, los pasos que dieron y contrastar la voluntad y el deseo con los logros alcanzados, es un ejercicio necesario que no sólo nutre la vida comunitaria, sino que también alienta y puede inspirar las acciones futuras.

Así, en su segunda reunión ordinaria de 2016, realizada en el mes de diciembre en las instalaciones de la Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, Mich., el Comité decidió realizar las Jornadas por el X Aniversario de HCH, A.C. en marzo de 2017. Se planearon con un formato diverso que incluiría mesas de análisis, conferencias magistrales, un conversatorio y entrega de reconocimientos. También se optó por contar con diversas sedes y fechas, considerando que ello facilitaría la participación de los socios y personas interesadas en distintas localidades y, a través de ello, se podría contribuir al estrechamiento de vínculos entre los socios, así como a una mayor difusión de los trabajos en proceso.

La primera jornada se realizó en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), en Morelia, Mich., el 3 de marzo. Después del acto de inauguración encabezado por el presidente de HCH, A.C., Dr. José Alfredo Uribe Salas, la jornada continuó con la Conferencia Magistral “Concepción de los sismos y escala de intensidades de sismos en Mesoamérica”, dictada por el Dr. Víctor Hugo Garduño. Enseguida se realizó la Mesa redonda “Misión y Visión de HCH”, en la que participaron los socios fundadores de la asociación: Dr. Alberto Saladino García, Dra. Luz Fernanda Azuela B. y el Mtro. Leonel Rodríguez Benítez. Se echó de menos la presencia del Dr. Omar Mocada Maya quien, por cuestiones ajenas a su voluntad, se vio impedido de participar. La jornada concluyó con la presentación del primer número de *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*.



Imagen 1.

Mesa redonda “Misión y Visión de HCH”, sala de Rectores,
 Centro Cultural Universitario, UMSNH, 3 de marzo de 2017. De izquierda a derecha:
 José Alfredo Uribe Salas, Alberto Saladino García,
 Luz Fernanda Azuela B. y Leonel Rodríguez Benítez.

La segunda jornada fue coordinada por el Mtro. Fernando González Dávila y se llevó a cabo en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, el 9 de marzo. En ella se hizo un balance de los diez años de existencia de HCH, A.C., y después se dio paso a la mesa de análisis “Arqueología y Antropología Física como sujetos de la historia: Enlaces entre su práctica científica y la historia de su práctica”, que integró las reflexiones del Dr. Carlos Viramontes Anzures, la Dra. Haydée López Hernández, el A.F. Israel Lara Barajas y el Dr. Miguel García Murcia.

La tercera etapa de las jornadas tuvo dos sedes en Ciudad de México. El 16 de marzo, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se realizaron tres mesas de análisis y, nuevamente, se presentó *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*. La primera mesa se tituló “Ciencia y proyecto de nación a cien años de la Constitución de 1917. Historia y prospectiva”, fue moderada por el Dr. José Alfredo Uribe Salas y en ella participaron el Dr. Alberto Saladino García, la Dra. Martha Ortega Soto y la Mtra. Sandra Martínez Solís. La segunda mesa, titulada “Las mujeres mexicanas en la historia de las ciencias y las humanidades”, reunió los puntos de vista de las doctoras Carmen Rovira Gaspar, Mechthild Rutsch y Ana Cecilia Rodríguez de Romo, fue moderada por la Dra. Irma Escamilla Herrera. La tercera mesa, conducida por el Mtro. Ricardo Govantes Morales, se denominó “La ciencia, sus miedos y sus monstruos, 200 años después de Frankenstein”, participaron el



Mtro. Fabián Jiménez Sánchez, la Dra. Blanca Uribe Mendoza y el Dr. Miguel García Murcia.



Imagen 2.

Mesa de análisis “Las mujeres mexicanas en la historia de las ciencias y las humanidades”, Aula Magna, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 16 de marzo de 2017. De izquierda a derecha, Ana Cecilia Rodríguez de Romo, Mechthild Rutsch, Carmen Rovira Gaspar e Irma Escamilla Herrera.



Imagen 3.

Entrega de reconocimientos a los socios fundadores, Museo de Geología de la UNAM, 17 de marzo de 2017. De izquierda a derecha, Leonel Rodríguez Benítez, Luz Fernanda Azuela B. y Alberto Saladino García.

La segunda sede en Ciudad de México fue el Museo de Geología de la UNAM, en cuyas instalaciones se desarrollaron las actividades el 17 de marzo. La sesión abrió con el conversatorio “Estado actual y desafíos para los estudios históricos sobre las ciencias y las humanidades”, en el que participaron los doctores Joel Vargas Domínguez, Blanca Uribe Mendoza y Rafael Guevara Fefer como moderador. A continuación, se celebró la ceremonia de aniversario conducida por el Dr. Miguel García Murcia, vicepresidente, el Mtro. Ricardo Govantes Morales, secretario general, la Dra. Lucero Morelos Rodríguez, tesorera, y los vocales y editores de la revista *Saberes*, Martha Ortega Soto y Rafael Guevara Fefer, en ella se hizo entrega de reconocimientos a los socios fundadores de la asociación, Alberto Saladino García, Luz Fernanda Azuela B., Leonel Rodríguez Benítez y Omar Moncada Maya, consistente en una medalla conmemorativa y una constancia como socios fundadores de HCH, A.C. La ceremonia concluyó con el anuncio de que la asociación instituiría el Reconocimiento a la trayectoria en la historia de las ciencias y las humanidades Carlos de Sigüenza y Góngora, consistente en una medalla y reconocimiento impreso, que en su primera edición se decidió conferir al Dr. Elías Trabulse Atala, quien lo aceptó mediante comunicación electrónica.

La última de las jornadas tuvo lugar el 23 de marzo en las instalaciones del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Coordinada por el Dr. Federico de la Torre de la Torre, la jornada inició con un recuento de los primeros diez años de HCH, A.C. y la presentación de la revista *Saberes*, participaron los doctores José Alfredo Uribe, Miguel García Murcia y Rebeca V. García Corzo como moderadora. A continuación, la Dra. Lilia V. Oliver Sánchez dictó una conferencia de apertura, seguida por una mesa de análisis dividida en dos partes. La primera estuvo conformada con la participación de la Dra. Virginia González Claverán, Dra. Rebeca V. García Corzo, el Mtro. Julio Alejandro Alejo, el Dr. Federico de la Torre y la Dra. Alicia Vargas Amésquita como moderadora. Mientras que en la segunda parte participaron los licenciados Laura Pacheco Urista, Rubén Ocegueda Torres, Joel Guzmán Anguiano, Gibrán E. Monterrubio García y el maestro Ricardo Govantes Morales en la conducción.



Imagen 4.

Mesa de análisis “La historia de las ciencias y las humanidades: miradas desde Jalisco” (primera parte), CUCSH, UdeG, 23 de marzo de 2017. De izquierda a derecha, Rebeca V. García Corzo, Alicia Vargas Amésquita, Federico de la Torre de la Torre y Virginia González Claverán.



Imagen 5.

Mesa de análisis “La historia de las ciencias y las humanidades: miradas desde Jalisco” (segunda parte), CUCSH, UdeG, 23 de marzo de 2017. De izquierda a derecha, Ricardo Govantes Morales, Gibrán E. Monterrubio García, Joel Guzmán Anguiano, Rubén Ocegueda Torres y Laura Pacheco Urista.

En esta sección de documentos especiales hemos querido dedicar algunas líneas para dejar constancia de los actos de celebración por el décimo aniversario de nuestra asociación, y no dudamos de que la mejor forma de hacerlo es incluyendo también breves fragmentos de las palabras que conformaron este emotivo festejo. De manera que, en las páginas siguientes, podrán leerse dos de las disertaciones presentadas en la mañana del 3 de marzo de 2017, en la sala de Rectores del Centro Cultural Universitario, de la UMSNH. Se trata de las palabras dirigidas por el Dr. Alberto Saladino García y las del Mtro. Leonel Rodríguez Benítez que formaron parte de la mesa con que dieron inicio los festejos por el aniversario de nuestra organización.

Para concluir este recuento, a continuación se reproduce el mensaje del doctor Elías Trabulse, recibido el 15 de febrero de 2017 con motivo del Reconocimiento a la trayectoria en la historia de las ciencias y las humanidades Carlos de Sigüenza y Góngora. Si bien está dirigido a quienes le comunicamos la decisión de nuestra asociación, no puede sino entenderse que su agradecimiento está dirigido a todos los socios de HCH, A.C.

Apreciados Dr. García Murcia y Mtro. Govantes Morales:

Recibí con gran satisfacción su comunicado del 12 de febrero pasado en el cual me informan de la distinción que su asociación Historiadores de Las Ciencias y las Humanidades A.C. me confiere, y que lleva por nombre el de un personaje al que yo admiro mucho y al que he dedicado algunos estudios. No puedo más que agradecerles sinceramente semejante reconocimiento.

163

Desde hace unos años me encuentro laborando fuera de mi país y me veo obligado, contra mis mejores deseos, a comunicarles que debido a los compromisos de trabajo que tengo no me es posible ir a México en los próximos meses. Realmente lamento esto.

Deseo sin embargo expresarles mi agradecimiento por su generosidad al otorgarme ese valioso reconocimiento, y les pido acepten mis más cumplidas disculpas.

Reciban un afectuoso saludo,

Dr. Elías Trabulse



Génesis de HCH: visión y misión

Alberto Saladino García
Facultad de Humanidades, UAEM

CRONOLOGÍA

La creación de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, AC tuvo diversas causas y antecedentes. Entre las causas estuvo la renuncia a la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología de varios de sus miembros, en la década de los años noventa del siglo pasado. En mi caso particular, por militar contra la reelección de directivos, como lo aprendí en el estudio de la lucha de los revolucionarios de 1910. Por su parte, otros colegas renunciaron por defender la transparencia en el uso de los recursos.

Todos los que abandonamos el proyecto de dicha asociación, inspirada por el siempre recordado Dr. Enrique Beltrán –no sin cierto dejo de nostalgia–, cobijamos la idea de agruparnos para contar con una plataforma desde la cual desarrollar nuestra vocación profesional, en beneficio del cultivo y la recuperación de la memoria científica y humanística.

Por lo que respecta a los antecedentes, traigo de la memoria algunos hechos que abonaron la pretensión de asociarnos. Uno de ellos fue mi participación en el proyecto de investigación internacional “La intelectualidad latinoamericana del siglo XX ante la condición humana”, coordinado por el cubano Pablo Guadarrama González, que contó con el apoyo moral de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). En él colaboré como responsable de los estudios sobre los intelectuales mexicanos. Para el cumplimiento de mi tarea invité a estudiosos de universidades públicas de varias partes del país, con el propósito de sistematizar ideas específicas acerca del humanismo entre artistas, científicos, humanistas, políticos y tecnólogos mexicanos del siglo XX. Justamente en los seminarios donde se discutieron sus trabajos, durante los años 2004 y 2005, participaron como invitados historiadores de las ciencias como Patricia Aceves Pastrana, Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya, Leonel Rodríguez Benítez, Graciela Zamudio Varela, así como Gabriela Castañeda López, Xóchitl López Molina, Ana Cecilia Rodríguez de Romo, Carmen Rovira Gaspar, Martha Rosas Vilchis, Gabriel Vargas Lozano, Carlos Viesca Treviño, Gloria Villegas, etcétera. En los recesos o en la sobremesa de dichos seminarios, los participantes comentaban lo virtuoso de los diálogos establecidos entre científicos y humanistas e incluso más de uno recomendaba continuar con esa labor o crear una organización para estimular este tipo de eventos.

Por eso resultó casi natural que en 2006, después del fraude electoral contra quien encabezaba el proyecto alternativo de izquierda, la desesperanza

nos volviera a la realidad, por lo que pareció racional propugnar la organización ciudadana desde la academia. Así, en encuentros y diálogos permanentes con los colegas Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya y el persistente Leonel Rodríguez Benítez, sistematizamos los trabajos para crear Historiadores de las Ciencias y las Humanidades A. C. (HCH).

Con base en las anotaciones hechas en mis agendas de los años 2006 y 2007 puedo compartir la cronología siguiente:

- *01 de agosto de 2006.* Intercambio de comentarios por correo electrónico con Luz Fernanda Azuela Bernal sobre la pertinencia de estimular la creación de trabajos relativos a la historia de la ciencia de manera colegiada.
- *31 de agosto de 2006.* Reunión en el Instituto de Geografía de la UNAM, a las 12:00 horas, con Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya y Leonel Rodríguez Benítez.
- *23 de septiembre de 2006.* Visita de Luz Fernanda Azuela Bernal a la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, donde impartió una conferencia y después de ella continuamos elucubrando sobre la posibilidad de crear una asociación orientada a historiar las ciencias y, yo agregaba siempre, las humanidades.
- *07 de noviembre de 2006.* Redacción de un borrador con la exposición de motivos y la propuesta de estatutos para crear la Asociación Mexicana de Historiadores de las Ciencias, las Humanidades y la Tecnología. ¡Propuesta inviable por su denominación barroca!
- *09 de noviembre de 2006.* Reunión de trabajo en el Instituto de Geografía con los colegas Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya y Leonel Rodríguez Benítez, de 12 a 14 horas, donde revisamos la exposición de motivos, la propuesta de estatutos y definimos el nombre: Asociación de Historiadores de las Ciencias y de las Humanidades. Leonel Rodríguez Benítez se adjudicó la tarea de diseñar el logotipo de la asociación. Luz Fernanda Azuela inició los contactos con el notario público.
- *13 de noviembre de 2006.* Envío de la versión corregida de estatutos, por correo electrónico a Luz Fernanda Azuela Bernal para que la hiciera del conocimiento del notario público, Lic. Heriberto Román Talavera.
- *08 de diciembre de 2006.* Expedición, por parte de la Secretaría de Relaciones Exteriores, del oficio de autorización sobre la denominación de nuestra organización: Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, Asociación Civil.
- *15 de febrero de 2007.* Reunión en el Instituto de Geografía de la UNAM, a las 13:00 horas, con la participación de Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya y Leonel Rodríguez Benítez, para conocer las condiciones de registro y empezar la organización de la asamblea constitutiva.



- 28 de febrero de 2007. Preparación de programa académico de HCH.
- 01 de marzo de 2007. Reunión en las oficinas de la Notaría N° 62, ubicada en San Francisco # 612, con la asistencia de Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya, Leonel Rodríguez Benítez y quien escribe. En la segunda cláusula de la Escritura N° 73,494 se señala: "... queda legalmente constituida la asociación denominada 'HISTORIADORES DE LAS CIENCIAS Y LAS HUMANIDADES, ASOCIACIÓN CIVIL'" por lo que fue inscrita inmediatamente en el Registro Público de Personas Morales del Distrito Federal, como asociación de nacionalidad mexicana, con duración indefinida y autorizada para admitir extranjeros. Todos los asistentes contribuimos monetariamente para el pago de los servicios de la notaría. Con esta fecha firmamos las cartas de invitación a los socios fundadores.
- 09 de marzo de 2007. Invitación del Servicio de Administración Tributaria de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público a realizar la solicitud de inscripción al Registro Federal de Contribuyentes.
- 13 de marzo de 2007. Elaboración de lista de invitados e invitaciones para convocar la primera Asamblea General Pública, que denominamos Asamblea Fundacional de HCH.
- 27 de marzo de 2007. Aceptación de la inscripción de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades A. C. en el Registro Federal de Contribuyentes, por lo que el Servicio de Administración Tributaria asignó la cédula de identificación fiscal para presentar declaración anual de impuesto sobre la renta para realizar: "Servicios de investigación y desarrollo en ciencias sociales y humanidades prestados por el sector privado".
- 09 de abril de 2007. Reunión de directivos fundadores de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades en el Instituto de Geografía de la UNAM para ultimar detalles de la Asamblea Fundacional de HCH.
- 12 de abril de 2007. Notificación por correo electrónico a Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya y Leonel Rodríguez Benítez el finiquito de detalles de la inminente Asamblea General.
- 19 de abril de 2017. Realización de la Asamblea Fundacional de HCH en el auditorio Ing. Geóg. Francisco Díaz Covarrubias del Instituto de Geografía de la UNAM, a las 12:00 horas, con la asistencia de medio centenar de académicos de diversas instituciones públicas de educación superior del país.

MISIÓN

Las actividades y obligaciones autoimpuestas colegiadamente por la asociación partieron de la pertinencia de promover la vida académica en los campos de la historia de las ciencias y las humanidades, mediante la docencia, la investigación, la difusión y la vinculación, con la finalidad de invitar a cultivar estas disciplinas a un mayor número de estudiosos, y a incardinarlos por todo el territorio nacional.

Así, HCH advino como una organización interesada en trabajar en espacios gnoseológicos hasta ahora soslayados o poco atendidos, y preocupada por plantearse la vinculación entre los saberes racionales desde un enfoque histórico y con perspectivas analíticas disciplinarias, interdisciplinarias, multidisciplinarias y transdisciplinarias.

De esta manera, la misión de HCH ha consistido en estimular el diálogo, la interacción y la colaboración entre pares para, con la suma de esfuerzos, contribuir a la consolidación de la cultura científica y humanística que tanto requiere México para impulsar su participación en igualdad de condiciones en la globalización de la sociedad del conocimiento y de la información.

Así, evocar y trabajar desde los criterios históricos implica reconstruir el entramado de las principales expresiones de la racionalidad humana para dar cuenta de sus procesos, toda vez que los conocimientos que genera resultan puntos de partida y, a la vez, de arriba, para explicar la realidad pretérita y entender mejor el presente.

VISIÓN

Reconocer la importancia de cultivar la historia de las ciencias y de las humanidades nos llevó a examinar la posibilidad de coadyuvar a la edificación de un futuro mejor pues, al estudiar crítica y holísticamente el pasado, este conocimiento se erige en instrumento de valor supremo en el anhelado proceso de liberación humana. Dicho saber respalda la cohesión y construcción de relaciones armoniosas; promueve el respeto a la esencialidad del otro y el reconocimiento a la identidad, con lo que la remembranza de su ser y de su hacer se convierten en la verdadera praxis del humanismo.

Obviamente, la ilimitada temática aportada por las ciencias y las humanidades representa el principal reto y razón para augurar, o mejor dicho, desear la realización de trabajos con los cuales avanzar en la comprensión de la creatividad humana, lo cual impone la incorporación y generación de nuevos instrumentos metodológicos de estudio. Asimismo, se visualiza la pertinencia de impulsar concepciones metodológicas que conjunten, conecten, intercambien y refuercen la relación entre los conocimientos científicos, humanísticos y tecnológicos.



Gnoseológicamente, HCH tiene la impronta de coadyuvar a recrear las condiciones culturales que permitan emular las etapas de mayor creatividad intelectual, como las épocas cuando se conjuntaron los saberes científicos y humanísticos en Occidente, en Oriente y en los antiguos pueblos latinoamericanos.

Políticamente, HCH debiera consolidar la vida democrática, no sólo en la elección de sus directivos sino sobre todo en la apertura de espacios para que sus miembros cuenten con mayores posibilidades de divulgar los resultados de sus investigaciones. Asimismo, la tarea visionaria de trascender el centralismo invoca un arduo trabajo para impulsar su carácter federalista, con la incorporación de académicos de todas las entidades del país.

Finalmente, sintetizo mi visión relativa al sostenimiento de HCH: opino que se deben fortalecer sus finanzas con acciones múltiples, como ya lo han demostrado los distintos consejos directivos, pero no necesariamente con la imposición de cuotas a sus miembros. He de recordar que HCH surgió, también, como protesta al neoliberalismo que lo ha mercantilizado todo.

En el décimo aniversario de Historiadores de las Ciencias y Humanidades, A.C. Recuerdos desde mi responsabilidad como secretario general¹

Leonel Rodríguez Benítez
Universidad de Occidente

Es un honor estar en esta mesa redonda, acompañado de mis compañeros académicos, doctores Alberto Saladino García, Omar Moncada Maya y Luz Fernanda Azuela Bernal, con quienes participé en las tareas iniciales para formar este espacio: Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, Asociación Civil, punto de encuentro al que, desde su origen, nos referimos, coloquialmente y de manera abreviada, como HCH.

Agradezco al actual Consejo Ejecutivo su amable invitación para participar en esta mesa redonda, programada para “rememorar y reflexionar sobre los propósitos, la visión y la misión de HCH en el momento de su fundación”, según lo señalan su presidente y vicepresidente, nuestros compañeros asociados, en la atenta comunicación enviada el pasado mes de enero.

Al momento de ordenar el texto que expondría ante ustedes decidí que llevara el subtítulo: “Recuerdos desde mi responsabilidad como secretario general”, porque me parece que compartir estas evocaciones servirá para recrearlas con mis compañeros de la mesa y, de esta forma, exponer al auditorio nuestra visión, a la de su fundación y primera etapa.

Con esta intención, expondré enseguida algunos de los pasajes relativos a las actividades preparatorias y a la existencia legal de la asociación, el primer plan de actividades con que anunciamos públicamente los objetivos y trabajos planteados y, en un tercer apartado, la organización y realización del Primer Congreso de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades.

¹ Texto presentado en la mesa redonda organizada dentro de la **Jornada Conmemorativa del X Aniversario de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C.**, realizada en Morelia, Michoacán, en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, el viernes 3 de marzo de 2017.



LOS PRIMEROS PASOS Y EL REGISTRO LEGAL

Cabe el señalamiento inicial de que los cuatro integrantes del primer consejo ejecutivo, fundadores de la asociación, habíamos tenido contactos académicos y amistosos prácticamente desde el segundo lustro de la década de 1980. Nuestros intereses comunes, valga decirlo, los estudios históricos de las ciencias, posibilitaron que compartiéramos tiempos y espacios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, en el Instituto de Geografía de la misma Universidad y, poco a poco, en otros foros –congresos, coloquios, mesas de trabajo y conferencias- en las Universidades de nuestra procedencia; la Universidad Autónoma del Estado de México, la Universidad Autónoma y el Centro de Ciencias de Sinaloa y, por supuesto, en actividades desarrolladas en las Universidades Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y en la Universidad Autónoma Metropolitana.

Así que nuestras relaciones previas, y el trato relativamente frecuente, dieron pie a que externáramos inquietudes acerca de la necesidad de abrir espacios para contribuir a la profesionalización e institucionalización de los estudios históricos y de la investigación histórica de las ciencias; así como a su efectiva difusión y tratamiento en más instituciones educativas y culturales del país, no únicamente en las instituciones que ya mostraban interés y contaban con trabajos en curso, desarrollados por grupos visibles de profesores e investigadores.

Aunque nuestros comentarios acerca de la necesidad de abrir nuevos espacios venían de tiempos anteriores, fue en noviembre de 2006 –con base en mis anotaciones- cuando emprendimos formalmente la creación de nuestra asociación.

El día 9, reunidos los cuatro en la sala de juntas del Área de Geografía Social, del Instituto de Geografía, analizamos y definimos dos aspectos prioritarios: el nombre de la asociación y el texto de los estatutos. Ambos puntos eran necesarios para proceder a la tramitación que diera existencia legal a esta empresa.

Los dos primeros nombres mencionados fueron: “Asociación Mexicana de Historiadores de la Ciencia y de la Tecnología”, que se plasmó así en el primer borrador de los estatutos, y “Asociación Mexicana de Historiadores de las Ciencias”. Ese mismo mes de noviembre de 2006 decidimos que, para atender nuestros propios cuestionamientos vertidos en dicha reunión sobre “¿cómo abrir el espacio para los filósofos y otros especialistas?”, la denominación más adecuada para ser incluyentes era Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C.

Otros puntos abordados en esa primera reunión “plenaria” del grupo impulsor, fueron: las personas que serían invitadas a la sesión constitutiva y si legalmente era necesaria su presencia física; además de la ya diversa procedencia de los estudiosos y especialistas ahí nombrados. Sólo expongo aquí que también se subrayó la necesidad de convocar a los grupos de trabajo más

amplios localizados en la Universidad Michoacana, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Autónoma de Chapingo, la UNAM, el CINVESTAV, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Autónoma del Estado de México, la Universidad Autónoma de Sinaloa y el Centro de Ciencias de Sinaloa.

Igualmente, se discutió la fecha probable de la asamblea constitutiva, que no se definió, pero sí nos repartimos tareas preparatorias. Un punto expuesto por mí en esa primera reunión fue la realización de nuestro primer congreso, en noviembre de 2007, ¡un año después!, en el Centro de Ciencias de Sinaloa, localizado en la ciudad de Culiacán, propuesta que fue aceptada de inmediato.

Las tareas que nos distribuimos consistieron en la revisión conjunta del borrador de estatutos con el notario, la elaboración de las invitaciones para la asamblea constitutiva y el diseño del logo y la selección tipográfica para la leyenda de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C. Por supuesto que hubo múltiples comunicaciones a distancia y otras reuniones más para avanzar en los preparativos, pero las omitiré aquí para abreviar esta exposición.

Como el factor limitante inmediato para fundar la asociación era cumplir con los requisitos establecidos por el gobierno federal mexicano —el permiso que la Secretaría de Relaciones Exteriores debía otorgar—, debimos esperar hasta diciembre de ese año, mes en el que la Secretaría de Relaciones Exteriores otorgó el permiso, condicionado a que en los estatutos se insertara la cláusula de exclusión de extranjeros. Así se hizo, tal cláusula se redactó en el artículo 25, que aparece en el documento protocolizado ante notario público.

Finalmente, la Escritura de Protocolización del Acta Constitutiva y los Estatutos Sociales, y la Constitución Formal de la Asociación denominada Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, Asociación Civil fueron fechadas en México, Distrito Federal, el primero de marzo de 2007 (ver nota 1, al final del texto).

Como dato adicional comentaré que, desde finales de febrero de ese año, tuvimos un logotipo y una selección tipográfica elaborados, tras algunas pruebas que desechamos, por la diseñadora gráfica Rosa María Romero, quien laboraba en el Centro de Ciencias de Sinaloa y trabajó gratuitamente en esas propuestas y en la identidad gráfica que aceptamos y utilizamos en la papelería e impresos diversos durante el periodo del primer Consejo Ejecutivo de HCH. Incluso se utilizó el logotipo como encabezado en versiones preliminares del documento de los estatutos, pero no apareció en el texto definitivo protocolizado.



LA ASAMBLEA FUNDACIONAL

El 1º de marzo de 2007, fecha de la Escritura de Protocolización y registro legal de HCH, los cuatro integrantes nos reunimos, previamente a la firma del documento, y trabajamos en el seguimiento de los acuerdos convenidos en la reunión del 15 de febrero anterior. Hablamos sobre la cuota económica que tocaba a cada uno de los fundadores para el pago del notario y la fecha tentativa para realizar la asamblea general, que podríamos llamar Asamblea General Fundacional, la cual programamos para efectuarse en el Auditorio Francisco Díaz Covarrubias del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 19 de abril, a las 12:00 horas.

Antes de trasladarnos a la oficina del notario, aún tuvimos tiempo para revisar un programa tentativo de “actividades 2007”, mi propuesta inicial de convocatoria para el primer congreso y un borrador de la carta de invitación formal a colegas para que nos acompañaran en la Asamblea Fundacional.

Entre el primero de marzo y el 19 de abril tuvimos tres reuniones: el 3 de marzo y el 3 y 9 de abril, en las que evaluamos los resultados de las invitaciones que entregamos, en persona o por vía electrónica, el Programa de Actividades 2007 y el orden del día que trataríamos en la Asamblea Fundacional.

La asamblea se desarrolló con el orden del día propuesto, que fue aprobado por los asistentes. En forma abreviada expondré lo que ahí se expuso. La mesa fue presidida por los promotores de la asociación y de la asamblea general: Alberto Saladino García, José Omar Moncada Maya, Luz Fernanda Azuela Bernal y Leonel Rodríguez Benítez, quien elaboró y cotejó el acta de dicha asamblea.

El orden del día constó de cinco puntos:

1. Lista de asistencia
2. Mensaje de bienvenida
3. Elección de vocales
4. Propuesta de programa académico 2007
5. Asuntos generales

En mi carácter de secretario general, me tocó conducir la asamblea, según el Acta Constitutiva Protocolizada. El desarrollo de los puntos se encargó a los demás compañeros de la mesa, con intervenciones libres y numerosas de los asistentes, quienes fueron en número cercano al centenar.

Sin abundar más diremos que, después de proponer el orden del día que fue aceptado, Omar Moncada obvió la lista de asistencia, por constar en una relación con los datos proporcionados por los ahí presentes. En cambio, expuso el perfil profesional, académico y cultural de los asistentes y sus instituciones de procedencia, y destacó la presencia de especialistas en distintas ramas del conocimiento histórico de las ciencias y las humanidades.

El mensaje de bienvenida lo dirigió Alberto Saladino, con la lectura del texto: “Evocar la Racionalidad a través de la Historia”, en el que destacó el hecho histórico de esta reunión, el proceso de creación de la asociación, su significado en el contexto de la globalidad y los retos que debíamos asumir para desarrollar trabajos con características de representatividad, inclusión, participación e interacción.

El punto de elección de vocales fue moderado también por Alberto Saladino, quien precisó ante el auditorio los criterios que proponía la mesa directiva para la elección de los vocales, quienes, en el registro legal de los estatutos de la asociación, forman parte del consejo ejecutivo como órgano de dirección de HCH, después de la asamblea general.

Los criterios propuestos por el primer consejo ejecutivo para la elección de vocales fueron dos: los vocales regionales y los vocales por disciplina, orientación que se ajustaba a los propósitos de estimular y fortalecer el campo de acción de HCH en las distintas regiones de México, y promover que un mayor número de disciplinas (científicas, sociales y humanísticas) fueran atendidas con su enseñanza, investigación y estudio históricos.

Como el número de vocales no está limitado en los estatutos, la asamblea tenía libertad de elegir los que considerara adecuados, y los hizo en número de catorce, que si bien fueron elegidos teniendo claridad en su especialidad, disciplinaria o en su destacada labor en zonas geográficas específicas del país, en ambos casos su papel era integrar y apoyar al consejo ejecutivo, formado en primera instancia por su presidente, el vicepresidente, el secretario general y el tesorero (véase nota 2, al final del texto).

El programa académico 2007 fue expuesto por Luz Fernanda Azuela y por el autor de esta crónica. Ahí centramos la atención en informar acerca de la próxima realización de las primeras actividades de la asociación: una mesa redonda en Pachuca, Hidalgo (Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 17 de mayo), una presentación de libro sobre la universidad y la educación en la Ciudad de México (Instituto de Investigaciones, UNAM, 14 de junio), una mesa redonda en Puebla, Puebla (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 12 de julio) y el Primer Congreso de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades en Culiacán, Sinaloa (12 a 14 de noviembre).

El desarrollo del punto de asuntos generales se caracterizó por los comentarios optimistas y las expectativas que despertaron entre los asistentes los objetivos y las tareas con que HCH iniciaba sus trabajos. Un aspecto sobresale entre los que se expusieron en este punto: el consejo ejecutivo propuso, y se aceptó, que a los asistentes a la Asamblea Fundacional que así lo aceptaran se les otorgaría el reconocimiento de socios activos fundadores de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C.



EL PROGRAMA ACADÉMICO 2007

Como había sido propuesto, el programa académico de HCH para el año 2007 inició en Pachuca, Hidalgo, el 17 de mayo, con la mesa redonda: “La Investigación de la Historia de las Ciencias en México”. La actividad se realizó en la Ciudad Universitaria de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, con la participación de los reconocidos académicos Patricia Aceves Pastrana (UAM-X), Alberto Saladino García (UAEM) y Carlos Viesca Treviño (UNAM), moderados por Consuelo Cuevas Cardona (UAEH). La asistencia de estudiantes y profesores fue notable, y el acto sirvió para difundir el quehacer de la asociación a través de la radiodifusora universitaria y los medios de prensa de la localidad, quienes se encargaron de realizar entrevistas y cubrir el desarrollo de la mesa redonda.

La segunda actividad del programa académico de 2007 fue la presentación del libro: *Claude Bernard, el sebo de vela y la originalidad científica* (Siglo XXI Editores, 2006), obra de la distinguida historiadora de la medicina Ana Cecilia Rodríguez de Romo (UNAM); esta actividad se efectuó el 14 de junio en el Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, IISUE (en el circuito cultural de Ciudad Universitaria), con la participación de los investigadores de la Universidad Nacional José Sanffilipo y Luz Fernanda Azuela, y la moderación de Lourdes Alvarado, académica de dicho instituto.

La tercera actividad con la que HCH dio a conocer sus propósitos de impulsar la historia de las ciencias y las humanidades en México fue justamente la mesa redonda “Situación de la Historia de las Ciencias Sociales y las Humanidades en México”, efectuada el 12 de julio en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélez Pliego, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Los ponentes fueron Lourdes Alvarado (Educación), Aurora Díez-Canedo (Historiografía) y Agustín Grajales (Demografía), bajo la moderación de Roberto Vélez Pliego. Las primeras, especialistas en esos campos y académicas de la Universidad Nacional y los segundos, distinguidos investigadores del ICSH-BUAP.

EL PRIMER CONGRESO DE HISTORIADORES DE LAS CIENCIAS Y LAS HUMANIDADES

El programa académico proyectado por el Consejo Ejecutivo de HCH desde principios del año 2007 tenía una cuarta actividad: el Primer Congreso de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades.

Expuse a mis compañeros la propuesta de realizar este primer congreso de la asociación que estábamos formando desde las reuniones iniciales, en noviembre de 2006. En ese tiempo me desempeñaba como director de área en el Centro de Ciencias de Sinaloa, institución radicada en la ciudad de Culiacán. Mi propuesta estuvo apoyada por el compromiso que en ese sentido

contrajo previamente el director general de esa institución, y por la seguridad de que los recursos del Centro de Ciencias de Sinaloa, del que fui fundador en 1992 como miembro de su primer núcleo académico, estaban precisamente al servicio de proyectos y programas dirigidos a los estudios sociales y humanísticos de las ciencias y de la tecnología, para apoyar a los sistemas educativo y cultural de los sinaloenses.

Así que, junto con los trabajos mencionados anteriormente, los miembros del consejo ejecutivo emprendimos los preparativos para realizar este congreso en junio de 2007, con la elaboración de un convenio entre el Centro de Ciencias de Sinaloa y HCH, que fue firmado en septiembre.

También en junio circuló la convocatoria para el evento, que fue un texto breve de ocho puntos. Ahí se informó que el congreso tendría como tema central el "Encuentro de las ciencias y las humanidades con la historia", y que su realización sería en Culiacán, Sinaloa, México, los días 12, 13 y 14 de noviembre de 2007.

La convocatoria se difundió ampliamente por vía electrónica entre un grupo numeroso de docentes e investigadores, nacionales y extranjeros, y mediante impresos que se depositaron en oficinas de instituciones educativas y de investigación. Posteriormente emitimos la primera y segunda circulares, entre agosto y septiembre de 2007. La segunda circular precisaba que el formato del congreso (ya definido por la convocatoria con la realización de simposios, coloquios y mesas) se enriquecería con dos conferencias dictadas por especialistas: la conferencia de apertura, pronunciada por Arturo Azuela, y la conferencia de clausura, por Patricia Aceves. En el cartel de difusión, el consejo ejecutivo insertó una leyenda en la que exponía el objetivo del evento:

Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C., ha organizado esta reunión académica de afiliados para discutir el estado presente y las perspectivas de la enseñanza, la investigación y la difusión de la historia de las ciencias, las humanidades, la tecnología y las artes, buscando contribuir al desarrollo cultural y educativo de la sociedad.

Ese texto sintetiza una de las motivaciones que compartíamos los promotores para la realización del congreso. Afortunadamente, nuestras motivaciones tuvieron en el Centro de Ciencias de Sinaloa el interlocutor adecuado, lo que llevó a conjuntar los intereses de HCH con los de esta institución difusora y promotora de la cultura científico-tecnológica, que apoya al sector educativo y a todos los sectores de la sociedad.

Además, la ciudad de Culiacán ya había sido sede de importantes reuniones de historiadores de las ciencias, que impulsé como parte de mis responsabilidades como vocal en la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, A. C. Es el caso del Primer Coloquio Regional de Historia de la Ciencia y la Tecnología, que realizamos en esa ciudad en junio de 1990. Del mismo modo, en agosto de 1994, desarrollamos en Culiacán los trabajos del IV Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y la Tecnología.



Para terminar con este recuento, posiblemente útil para ubicar al auditorio de esta sesión de las Jornadas Conmemorativas del X Aniversario de HCH acerca de lo hecho en el primer año de sus trabajos, les expondré brevemente que el primer congreso reunió a más de setenta participantes, entre conferencistas, ponentes, coordinadores y moderadores. El programa general del congreso estuvo constituido por dos conferencias dictadas por especialistas invitados (ver nota 3 al final del texto); seis mesas de comunicaciones, cuyas temáticas abordaron la historia de las ciencias y las humanidades de los últimos tres siglos; tres simposios que revisaron la historia de las ciencias naturales y rindieron homenaje a destacados científicos y humanistas; presentaciones de libros, y un coloquio que tuvo el objetivo central de analizar, discutir y definir las tareas que Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C. debía impulsar para cumplir sus tareas y propósitos.

NOTAS

1. Hacia mayo de 2007 distribuimos un tríptico informativo de la existencia de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C., el cual contenía en sus seis caras los puntos siguientes: “Fundación y registro” (cara 1), “¿Qué es Historiadores de las Ciencias y las Humanidades?” (cara 2), “Justificación” (caras 3-4), “Objetivos” (cara 5), “Contactos e informes” (cara 5) y “Consejo ejecutivo y vocales” (cara 6). El punto “Fundación y registro” expone lo siguiente:

Los trabajos para fundar Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A. C., por los Dres. Luz Fernanda Azuela Bernal, José Omar Moncada Maya, Alberto Saladino García y el M. en C. Leonel Rodríguez Benítez, iniciaron en noviembre de 2006. La Secretaría de Relaciones Exteriores expidió el oficio que autoriza el uso de la denominación de la asociación el 8 de diciembre de 2006. Su asamblea constitutiva se realizó el 1 de marzo de 2007 con el siguiente orden del día: I) Constitución de la asociación civil denominada ‘Historiadores de las Ciencias y las Humanidades’, II) Estudio y aprobación de los estatutos sociales, y III) Designación del Consejo Ejecutivo. Los acuerdos fueron: 1) Constituir HCH como asociación civil, 2) Aprobar los estatutos, y 3) Designar el Consejo Ejecutivo: Presidente, Dr. Alberto Saladino García; Vicepresidente, Dr. José Omar Moncada Maya; Secretario General, M. en C. Leonel Rodríguez Benítez y Tesorera, Dra. Luz Fernanda Azuela Bernal. La elección de vocales quedó pendiente.

El acta y los estatutos fueron protocolizados por el Notario Público No. 62 del Distrito Federal.

Luego HCH fue inscrita en el Registro Federal de Contribuyentes, de modo que el Servicio de Administración Tributaria le asignó la cédula de identificación fiscal para presentar declaración anual de impuestos sobre la renta, el 27 de marzo de 2007.

Finalmente, su primera Asamblea General, con cerca de cien asistentes, se llevó a cabo en el auditorio 'Francisco Díaz Covarrubias' del Instituto de Geografía de la UNAM, el 19 de abril de 2007, en la que fueron electos los vocales y los representantes por entidades federativas.

2. El tríptico informativo de HCH, mencionado en la nota 1, enlistó a los vocales de la asociación, sin especificar su carácter de vocales regionales o vocales por disciplina. La lista se presentó en orden alfabético, tomando en cuenta el primer apellido: Carlos Contreras Servín, María del Consuelo Cuevas Cardona, Aurora Díez-Canedo Flores, Francisco Javier Dosil Mancilla, Rebeca García Corzo, Estela Morales Campos, Humberto Morales Moreno, Eduardo Pedrero Nieto, Juan Alberto Soberanis Carrillo, Anastasio Sosa Ramos, José Luis Talancón Escobedo, Federico de la Torre de la Torre, José Alfredo Uribe Salas y Graciela Zamudio Varela.

3. La conferencia de apertura del Primer Congreso de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades llevó el título: "La Ciencia en *El Quijote*" y fue dictada por el reconocido literato e historiador, Dr. Arturo Azuela, en ese momento presidente del Seminario de Cultura Mexicana. La Dra. Patricia Aceves, brillante académica de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, y reconocida historiadora de las ciencias químicas y biológicas, dictó la conferencia: "La influencia de la obra de Leopoldo Río de la Loza en la ciencia mexicana" el día del cierre de los trabajos del congreso.

Colofón

